



Placeres

Prohibidos

Adrian Blake

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo 2016

Título original: Placeres prohibidos

Adrian Blake © 2016 (autor)

Placeres prohibidos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Placeres prohibidos de Gabrielle

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Prólogo

Deseo. Es el motor que rige mi vida. Lo que me domina, me consume, me deja sin respiración.

Todo lo que soy, todo lo que hago, está regido por la lujuria, por el ansia de enterrarme en una mujer, cualquiera que esté dispuesta a pasar una única noche conmigo. Necesito follar a todas horas, pero no tengo ninguna intención de atarme a nadie. No estoy dispuesto a aguantar los lloros y las súplicas de las mujeres a las que les brindo mi cuerpo, mi deseo, mi placer. Es por eso que lo dejo claro desde el primer momento, desde el segundo número uno.

Me he acostado con tantas mujeres que ya he perdido la cuenta. No recuerdo sus nombres, sus caras, sus gemidos de placer cuando mi lengua se pasea por sus sexos empapados. Lo único que recuerdo es lo que siento cuando a pesar de correrme una y otra vez, jamás quedo saciado: vacío, desesperación... y después nada.

Me paso la vida visitando los pubs de la ciudad, buscando a mi próxima víctima, mi próximo juguete, aquella que de una vez me deje extasiado, satisfecho. Me acerco sonriente, perverso, sexy (sí, estoy bueno y no dudo en hacer uso de ello) y con tan solo un par de palabras me las llevo a mi terreno.

Ninguna mujer se me ha resistido jamás, ninguna se ha negado a sí misma el placer que solo yo soy capaz de proporcionarle. Todas ellas caen rendidas en cuanto mis labios tocan su piel, mi aliento roza su oreja, o mis manos acarician su cuerpo. Es inevitable, porque aunque las féminas presuman de lo contrario, todas y cada una de ellas son esclavas de su sexo. Y yo soy el maestro.

Mi vida es demasiado aburrida, demasiado monótona para mi bien. Me rijo entre trabajar y follar. No hay nada más que me saque del hastío en el que me encuentro. Estoy llegando a un punto en el que la rutina va a terminar por asfixiarme.

Pero entonces llegó ella.

Capítulo 1

Está lloviendo a mares, pero eso no me impide caminar con paso distraído por la calle. Acabo de dejar la habitación del hotel en el que he tenido mi última sesión de sexo salvaje y necesito que la lluvia enfríe mi piel ardiente. La chica era rubia. Ni siquiera sé su nombre, o su edad, apenas me he preocupado por averiguar algo sobre ella. No era ni muy alta ni muy baja, ni gruesa ni delgada... una chica del montón. No tuve que esforzarme demasiado para que accediese a venir conmigo al hotel: una copa, dos palabras bonitas y una sonrisa seductora fueron todas las armas necesarias para lanzarme a su boca sin permiso, y con un par de caricias y un acercamiento hacia mi pelvis la tuve en el bote.

El polvo no fue de los mejores de mi vida, aunque tampoco puedo quejarme. No es que mi cabeza estuviese atenta a lo que estaba haciendo, estaba demasiado borracho para ello, pero tengo la certeza de que la chica ahora mismo estará enroscada en su cama con una sonrisa de oreja a oreja relamiéndose por los orgasmos que ha tenido entre mis brazos.

Mi demonio interior está saciado... por el momento. Puedo estar tranquilo al menos hasta esta noche, porque el deseo me arrasa cada vez con más rapidez, y ningún médico o psicólogo conoce la causa de este mal. No soy capaz de estar veinticuatro horas sin sexo. Alguna vez he intentado traspasar mis límites y olvidarme de mi problema, pero es inútil. Cuando estoy a punto de perder el control mi cuerpo se cubre de un sudor frío, mi pulso se acelera, mis pupilas se dilatan... y aparece la bestia.

Es entonces cuando necesito algo más fuerte, más duro, y recurro a los clubs en los que puedo desatarme sin miedo a que me arresten por maltrato. No es que me guste habitualmente el BDSM, prefiero el sexo seductor, ese en el que la chica termina gritando tu nombre desesperada porque le provoques el quinto orgasmo de la noche sin haberla penetrado aún. Pero la bestia necesita salir de vez en cuando, porque si no mis demonios acabarán por asfixiarme.

Vuelvo la vista... y allí está ella. Una joven apoyada en la parada del autobús, o más bien una mujer, de joven no tiene nada. Su pelo, oscuro quizás por el agua, le cae graciosamente por una espalda que grita por ser acariciada, y sus curvas redondeadas me llaman, las yemas de los dedos empiezan a cosquillearme por las ganas de tocarla.

Parece un gato ahogado. El agua chorrea por su espalda, y la ropa completamente empapada se pega de forma deliciosa a su curvilíneo cuerpo, dejando poco a la imaginación. Intenta que algún taxi se pare a su lado, sin éxito. Su gesto frustrado cada vez que uno de ellos pasa de largo hace que me den ganas de borrarle a besos.

Tiene que ser mía esta noche. Aunque acabo de echar un polvo, mi polla ya está fantaseando con estar dentro de su coñito prieto, mis manos quieren recorrer esas curvas voluptuosas, y mi lengua se muere por endurecer sus pezones tal y como está haciendo la fría lluvia para poder morderlos y hacer que grite de placer.

Sé que es una locura, pero si por mí fuese me acercaría a ella en este mismo instante, enterraría mi lengua en su boca y le arrancaría la ropa deprisa para apoyarla en la parada y follármela hasta el amanecer.

Camino hacia ella disimuladamente. Al pasar por su lado la rozo suavemente, casi sin querer, y mi polla se hincha un poco más al escuchar el siseo que sale de sus labios. Parece que ella tampoco es inmune a mí... Sus pezones se han puesto más duros si cabe y su piel se ha erizado de manera deliciosa. Es irremediable... necesito follármela ya.

De un salto me coloco en la carretera, y con un silbido paro a uno de esos taxis que a ella se le escapan. Sonríe cuando la oigo mascullar “¡Maldita sea!”, y por el rabillo del ojo la veo alzar los brazos al cielo dándose la vuelta frustrada.

Abro la puerta del vehículo, me apoyo indulgente en el lado del coche y la miro con una sonrisa de medio lado.

—Señora, está diluviando. Vamos, comparta el taxi conmigo.

—No, gracias, esperaré el siguiente —contesta sorprendiéndome.

—Vamos... no voy a morderla. Tan solo intento ser amable, así que suba al taxi, por favor.

Ella vacila, y yo cruzo los dedos para que sea una buena chica y entre en el puto taxi conmigo. Tras lo que para mí ha parecido una eternidad, asiente levemente y entra en el vehículo. Mi demonio interior grita eufórico previendo otro tanto más en su lista de conquistas, sin saber que ella será la que me lleve a la locura.

Aunque el asiento es lo suficientemente grande para que quepan tres personas, me pego a ella y rozo con mi pierna la suya, cubierta con una suave falda vaporosa que me muero de ganas de subir.

Mi mente enferma comienza a imaginar que mi mano sube suavemente por su pierna, mis dedos rozan cada centímetro de piel caliente haciendo resbalar la ínfima tela hasta topar con sus preciosas braguitas de encaje. Mmm... Me vuelve loco el encaje, no lo puedo remediar.

Apartaré suavemente la prenda de su piel para que mis dedos alcancen su objetivo, esos labios empapados por la miel que destila su excitación. Ella intentará que quite mi mano de ahí, pero tras un par de besos sensuales abrirá al máximo las piernas y se arqueará de forma deliciosa, apoyando su cabeza en el respaldo del asiento y enredando sus manos en mi camisa.

Recorreré su hendidura despacio, esparciendo sus jugos por toda su longitud, saboreando el momento, saboreándola a ella que gime entregada y apoya los talones en el sillón para quedar más abierta y darme mejor acceso.

Su mano resbalará por mi pecho hasta llegar a la correa de mi pantalón. Se volverá loca intentando desabrocharla, su deseo de tocarme será tan salvaje como el mío por follarla, y cuando consiga abrir mis pantalones agarrará mi polla con fuerza y suspirará satisfecha.

Introduciré un dedo en su estrecho canal y acallaré sus gritos haciendo que mi lengua se entierre de nuevo entre esos labios rosados. Succionaré su lengua con anhelo, curvaré mis dedos para acariciar ese punto sensible que las vuelve a todas locas, y su cintura comenzará un vaivén delicioso para aumentar mi contacto con su cuerpo.

Será entonces cuando ella se desate, se rebele, y de un manotazo saque mi mano de su coño para apartarme. Chuparé mis dedos mirándola con lujuria. Su sabor será delicioso, ácido y dulce a la vez. Agarrándose de mis hombros, se pondrá a horcajadas sobre mí y me follará fuerte, duro, sin importar que el conductor vea el espectáculo por el espejo retrovisor.

Clavaré mis dedos en su cintura, ayudándola a mecerse, deleitándome por cómo echa la cabeza hacia atrás y gime de placer. Mi polla estará en el paraíso, ese delicioso coñito apretado, suave, caliente, que la friccionará con desesperante lentitud.

Acompasaré los movimientos de su cuerpo con mis embestidas, cada vez más fuertes, más rápidas, más desesperadas, hasta que su cuerpo tiemble y se convulsione alcanzando el éxtasis. De su garganta saldrá un grito ahogado y caerá desmadejada entre mis brazos, que aupándola un par de veces más se derramará dentro de ella por completo, dejándome saciado, aunque sea solo por el momento.

—¿Se encuentra bien?

Su voz me saca de mis fantasías. Estoy duro como una piedra y mi polla tensa mi pantalón hasta el límite, pero no pienso ocultarlo. Le sonrío de manera sexy y me vuelvo hacia ella para que se percate del estado en el que me encuentro.

—Sí, perdona, estaba distraído. ¿Qué decías?

—Le comentaba que hemos llegado a mi casa y quería agradecerle su amabilidad de alguna forma. De no ser por usted habría llegado a casa empapada.

—¿Qué te parece si nos tuteamos y aceptas invitarme a un café en tu casa mientras me muestras cuán agradecida estás?

Su ceño se frunce por momentos, pasando del agradecimiento a la indignación. Mierda... me he pasado de listo. Con un movimiento seco se aparta de mí todo lo que le permite el reducido cubículo, y me mira con sus ojos rebosantes de desprecio.

—Me parece que puede usted irse al infierno. Creí que era usted todo un caballero, pero ha resultado ser un cara dura. Ya he pagado mi parte de la carrera, por lo que mi agradecimiento termina aquí. No me gustan los hombres que se creen irresistibles, así que adiós.

Dicho esto, sale del taxi y se va, y yo me quedo ahí, entre maravillado, asombrado y frustrado, porque por primera vez en mi vida adulta... me han dado calabazas. Río a carcajadas antes de informar al taxista de mi destino, me recuesto en el sillón y sonrío mientras pienso en ella, mi nuevo reto, mi nueva meta, la mujer que ha conseguido sacarme de mi hastío personal.

En vez de dirigirme a mi apartamento me acerco al bar de la esquina en busca de una nueva hembra que calme mi deseo... por ahora. La fantasía del taxi me ha dejado demasiado excitado como para irme a casa solo. Recorro el bar con la vista y mi mirada se cruza con la de una rubia voluptuosa que se relame los labios mirando hacia mi erección mientras juega con la pajita de su bebida.

No se parece en nada a ella, pero tendrá que servir, así que me acerco lentamente y me apoyo en la barra a su lado a pedirle una cerveza.

Dejo pasar unos minutos sin decirle nada, y ella se echa hacia delante, apretando sus senos entre el apretado top que lleva puesto, amenazando con dejarlos escapar de su confinamiento si no le presto atención pronto. Sonrío satisfecho y vuelvo la mirada hacia ella, que me sonrío y levanta su copa en un brindis silencioso.

—No entiendo cómo una mujer tan preciosa como tú puede estar sola en un bar repleto de... hombres —digo para romper el hielo.

—Eso es porque estaba esperándote a ti —contesta coqueta.

—Aduladora —le respondo con una sonrisa más bien falsa—. Seguro que te servía cualquier incauto que se acercase a ti.

—Es cierto, pero no voy a negarte que eres lo mejor que ha pisado el bar en toda la noche. Estás realmente bueno.

—Y yo reconozco que eres la chica más sexy de todo el bar —respondo.

La rubia se adelanta un paso, acaricia sutilmente la solapa de mi traje de corte italiano mientras mira mi boca con lujuria... y yo no siento absolutamente nada. Mi sangre no hierve, mi polla no da señales de vida, mi libido se ha marchado con la chica del taxi.

¡Maldita sea! Me muero de ganas por echar un buen polvo y la rubia está más que dispuesta, pero mi cuerpo no responde a los estímulos desde que la mujer misteriosa salió del taxi hace unos momentos.

Intento volver a animarme, y la agarro de la nuca para acercar mi boca a la suya y

besarla con parsimonia. Mi lengua se revuelve con la suya, mis labios acarician esa boca pintada de fresa, pero sigo inmune a sus encantos. Aprieto sus pechos entre mis manos, hago rodar sus pezones entre mis dedos... y siento que estoy perdiendo el tiempo.

Pero ante todo soy un caballero, así que la arrastro hasta los lavabos y me encierro con ella en el de minusválidos. Levanto su falda hasta la cintura, arranco sus bragas y comienzo a acariciarla con movimientos circulares mientras la beso.

Sus gemidos me están mareando, sus movimientos de pelvis me aseguran que pronto acabará, pero de lo único que tengo ganas es de salir de allí. Su cuerpo se convulsiona sacudido por el orgasmo, así que le coloco bien la ropa y me doy la vuelta dispuesto a alejarme.

—¿A dónde vas? —pregunta enfadada.

—A casa, estoy cansado.

—¿No vas a follarme?

—Mejor otro día, preciosa. Hoy no.

—Eres un cabrón —espetea furiosa.

—Lo siento, muñeca, pero yo no me conformo con cualquier cosa. Si me disculpas...

—¡Hijo de puta! —grita cuando estoy saliendo del baño.

Me acerco a la barra de nuevo, apuro mi copa de un trago y me marchó a casa. Solo y frustrado.

Capítulo 2

Anoche no pude pegar ojo pensando en ella. Me pasé más de dos horas frustrado y dolorido, porque mi “amiga” hizo acto de presencia en cuanto me tumbé en la cama y pasó por mi mente la imagen de mi reto personal, con esa sonrisa sincera que me brindó... antes de que fuera un auténtico capullo y lo mandase todo a la mierda.

Es la primera vez que mi seguridad y mi prepotencia espantan a una mujer, seguro que es por eso que no puedo sacármela de la cabeza. Pero apuesto todo lo que tengo a que una vez que me entierre en ella este deseo desmedido quedará en el olvido y volveré a ser el de siempre. Porque de no ser así estoy muy, pero que muy jodido.

Como mis pensamientos volaban una y otra vez a ella, acabé masturbándome sentado en la cama, apretándome la polla cada vez que imaginaba su boca rosada cerrándose en torno a mi glánde, o esas manos delicadas arañándome la espalda. Fue el mejor orgasmo de mi vida, algo demasiado triste teniendo en cuenta que follo sin control.

Me levanto de la cama antes de que mi mente divague de nuevo, me doy una ducha rápida y me voy a trabajar. Debería estar centrado en el caso que tengo entre manos, pero me paso todo el día pensando en ella, en sus muslos cremosos, en su boca carnosa, en su perfume sutil. No sé nada de ella, ni su nombre, ni a qué se dedica, ni siquiera conozco sus gustos, pero nada de ello importa para follármela una única vez. O dos, o tres.

En cuanto salgo de la oficina me dirijo a su casa con la esperanza de verla aparecer en cualquier momento, solo para echarle un último vistazo antes de mi avance. La causante de mi delirio llega dos horas más tarde caminando. Está cansada, sus facciones están marcadas por la fatiga, pero eso no hace que sea menos deseable. Sobre todo porque cuando termine con ella va a estar mucho más cansada que eso.

Me acerco con paso decidido, pero cuando me ve hace rodar sus ojos y me mira con cara de disgusto.

—¿Tú otra vez? ¿No tuviste suficiente con lo que te dije ayer?

—Es por eso que volví, preciosa. Quería pedirte disculpas por haber sido un auténtico gilipollas.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! No pensé que un prepotente como tú supiese pedir disculpas —sonríe complacido, esa lengua viperina me está resultando excitante.

—¿Qué tal si te invito a un café para compensarte? En una cafetería, palabra.

—No creo que te merezcas otra oportunidad.

—Por favor, princesa, ten un poco de misericordia con este capullo arrepentido.

—Estoy cansada, necesito una ducha y...

—Ángel, no seas mala, concédeme la redención.

Tras una carcajada que es música para mis oídos, accede a acompañarme al *Starbucks* de la esquina. Ella pide un *Caramel Macchiato*, dulce como sé que será su carácter. Yo un *Espresso*, fuerte, con cuerpo, intenso.

Ella me habla, pero apenas presto atención a lo que dice, porque no puedo dejar de mirar el movimiento de sus carnosos labios e imaginármelos sobre mi polla... o esos senos aterciopelados, que asoman como melocotones maduros bajo la tela de su camisa.

Estoy deseando que sea mía, pero con esta mujer tengo que andar con mucho más cuidado. Es una cervatilla asustada a punto de salir a correr en cualquier momento. Tengo que ser un lobo astuto si quiero devorarla.

De repente me doy cuenta de que ella me está mirando fijamente. Mierda, debe haberme preguntado algo y no tengo ni puta idea de qué.

—Lo siento, estaba distraído. ¿Qué decías? —No ganaré nada mintiendo, porque seguro que me pillas el embuste.

—¿Se puede saber qué pasa contigo? Solo hemos hablado dos veces, y en ambas has pasado de mí.

—No he pasado de ti, dulzura. Me he perdido en el movimiento de esos pecaminosos labios, lo siento.

—Creo que esto es un error —contesta levantándose—. No te interesa nada de lo que te digo, y creo que lo que buscas es un puto polvo de emergencia, así que me voy.

—No —la sujeto firmemente de la muñeca—. No te vayas, por favor. Es que eres demasiado atractiva para mi bien, eso es todo.

—Lo siento, pero no soy de las que sucumben con palabras edulcoradas. Y tampoco soy de polvos de una noche.

Se suelta de mi agarre de un tirón y se marcha, y yo me quedo ahí, pasmado, ante la segunda negativa que sale de su boca. ¿Pero qué demonios le pasa? ¡Estamos en el siglo XXI, por amor de Dios! Es algo completamente normal que dos personas adultas dejen escapar sus frustraciones echando un polvo una sola noche. Y nadie le ha dicho que la quiera solo para eso, ahora estoy seguro de que no va a ser suficiente.

Salgo a correr como alma que lleva el diablo y me cuelo en su portal tras ella, sujetándola antes de que ponga un pie en el ascensor.

—Por favor, espera, no te marches.

—¿Por qué me persigues? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Lo siento... otra vez. No sé qué me pasa contigo, me estoy comportando como un auténtico gilipollas. No tengo excusa.

—En eso estoy totalmente de acuerdo.

—¿Por qué no empezamos desde cero? Hola, soy Derek. Encantado de conocerte —digo tendiéndole la mano.

Tras una leve vacilación que me arranca el aire de los pulmones, mi ángel acepta la mano que le tiendo.

—Soy Gabrielle.

Gabrielle... un nombre tan dulce como ella. Debería haber sabido que solo podría tener nombre de ángel, mi ángel.

—Encantado de conocerte, Gabrielle. Creo que será mejor que te deje marchar... por ahora.

—Sí, será mejor que me vaya antes de que vuelvas a hacer el capullo —responde sonriéndome.

—¿Te apetece cenar conmigo esta noche? Conozco un restaurante muy acogedor cerca de la playa en el que podríamos hablar tranquilamente.

—Solo si prometes no volver a pasar de mí.

—Prometido. ¿Te recojo a las ocho?

—De acuerdo.

—Muy bien —la beso suavemente en la mejilla—. Hasta más tarde.

Aunque mi demonio interior grita porque se muere por retenerla, la dejo ir. He ganado una pequeña batalla, y poco a poco ganaré la guerra.

Me paso todo el día pensando en ella, no sé qué demonios ha hecho conmigo, pero se ha metido bajo mi piel, en lo más profundo de mi alma. Apenas puedo centrarme en el

trabajo, así que voy al gimnasio a quemar adrenalina.

A las ocho en punto estoy parado en su puerta. He decidido venir en moto, así podré sentir su cuerpo pegado al mío de una forma deliciosa.

Sonrío cuando la veo acercarse tímidamente. Se ha puesto unos pantalones vaporosos y una camiseta sin mangas, dejando al descubierto sus cremosos hombros y su delicado cuello, del que cuelga una fina cadena de oro adornada con un corazón. Mi demonio comienza a colar en mi mente imágenes perversas de mi boca recorriendo esa columna de terciopelo, de mis manos sopesando esos pechos cremosos... pero descarto esas imágenes rápidamente de mi mente para no volver a perderla otra vez.

La beso en la mejilla, y antes de que pueda pararme le recorro el cuello con los labios para plantarle otro suave beso en el hombro. Lo reconozco, mi demonio me ha tentado más de lo que quiero admitir.

—¿Lista?

—Espero que sepas conducir esa cosa —me contesta mirando con recelo la moto.

—Te doy mi palabra de que me defiende sobre ella.

—Tu palabra no vale de mucho por ahora, así que deberás demostrarlo.

—No podré demostrarlo si no subes a la moto, cielo.

Aunque reticente, pasa su larga pierna por encima de mi bestia de acero y se agarra al asidero de detrás. Sonrío complacido, porque ese gesto me ha descubierto que le atraigo más de lo que ella quisiera reconocer.

—Cariño, si no te agarras a mi cintura puedes llegar a caerte.

—Prefiero hacerlo aquí, gracias.

—No voy a morderte... lo prometo.

—Ya es la segunda vez que me lo dices, y en ambas ocasiones he tenido la sensación de que mientes.

No puedo evitar reírme a carcajadas ante su suspicacia. Esta mujer es toda una caja de sorpresas... que estoy muriéndome por descubrir. En la segunda curva que damos con la moto su precioso culo resbala del asiento, así que decide cambiar de idea y aprieta su cuerpo sedoso a mi espalda. La sensación es sublime, y a punto estoy de soltar un gemido. Tener sus pechos pegados a mí de esa manera es lo más cerca del cielo que puedo estar dadas las circunstancias. Mi polla empieza a rebelarse, no concibe que mi espalda sea la que recibe tal premio, pero debo contenerme... solo un poco más.

Llegamos poco después al restaurante, situado en primera línea de playa. He reservado una mesa en la terraza para disfrutar de las vistas, aunque ¿a quién quiero engañar? Solo voy a mirarla a ella.

El sitio le encanta, me lo dice su mirada brillante y su sonrisa ilusionada cuando observa todos los pequeños detalles del local. Pedimos la cena y nos enzarzamos en una charla amena, hablando de todo y nada a la vez.

—Y dime, Gabrielle, ¿A qué dedicas tu preciado tiempo?

—Tengo una pequeña floristería en el centro. ¿Y tú?

—Soy abogado, un trabajo demasiado aburrido.

—Yo no diría eso... aunque sí demasiado serio. Sinceramente, no tienes pinta de abogado.

—Vaya, gracias —le sonrío—. ¿Y de qué tengo pintas entonces?

—No sé... modelo, director general de alguna empresa... pero no abogado.

—¿Modelo? —respondo riendo—. Cariño, me tienes en muy alta estima si has creído que a mi edad aún puedo ser modelo.

—No seas creído, sabes perfectamente el físico que tienes.

—Claro que lo sé... típico, serio, aburrido...

—Te encanta que te regalen el oído, ¿eh?

—¿Vas a regalármelo? —la pico divertido.

—Ni lo sueñe, señor abogado.

—Me lo temía.

La cena transcurre en un abrir y cerrar de ojos, y antes de darme cuenta ha llegado la hora de devolverla sana y salva a su casa. Hacemos el camino de vuelta en silencio, y cuando llegamos a su puerta la acompaño hasta ella como todo un caballero.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —me dice—. Y encima has conseguido no volver a hacer el capullo, toda una hazaña para ti. Gracias por una velada maravillosa.

—Ha sido un auténtico placer, cielo —le respondo antes de besarla suavemente en los labios—. Hasta otro día.

—Esto... ¿Quieres subir?

—Será mejor que no lo haga, ángel.

—Está... está bien, lo entiendo —parece decepcionada, y me vuelve loco.

—No, no lo entiendes, preciosa. Estoy intentando ser un caballero.

—Así es como se llama ahora, ¿no? —Sonríe, pero esa sonrisa no llega a sus ojos.

La sujeto de la cintura y me acerco tanto a ella que seguramente debe estar notando el bulto de mi erección. Esta gatita cree que no la deseo... ¡Por Dios! ¡Si me muero por ella! Pero no sé por qué demonios no quiero subir tan pronto con ella.

—Gabrielle, me muero de ganas de subir contigo, empotrarte contra la puerta de entrada y follarte hasta mañana, pero no es el momento. Aún no.

Arraso su boca desesperado, apretando sus glúteos entre mis manos mientras me restriego contra ella. Estoy desesperado por tenerla, por enterrarme en ella de una puta vez, pero algo me dice que si lo hago ahora volveré a quedar insatisfecho.

—Sube, preciosa, antes de que me arrepienta de ser un auténtico caballero —susurro cuando separo mi boca de la suya.

Gabrielle asiente sorprendida, me besa en la mejilla y se va. Y aquí me quedo yo, con cara de gilipollas por haber desaprovechado la oportunidad. ¿Qué cojones me está pasando? Podría haberme pasado la noche entera enterrado entre sus muslos, saciando a mi demonio... y a mí. ¿Y qué he hecho? Portarme como un auténtico caballero y dejarla marcharse sola.

Lo que pasa es que no quiero que esto termine, aún no, al menos. El haber pasado tiempo con ella ha cambiado mis expectativas respecto a ella. Si hubiese subido con ella me la habría follado y ahí hubiese acabado todo, pero cuanto más la conozco más seguro estoy de que con una sola vez no va a ser suficiente.

Conduzco hasta la playa privada de la casa de Evan, mi mejor amigo, y me tumbo en la arena a relajarme mirando las estrellas. Me fijo en la constelación de géminis, esa con la que tanto me identifico. Es como yo, tiene dos caras. Por un lado soy un abogado eficiente, demoledor si hace falta. Por el otro... soy un depredador. Un lobo al acecho de su presa, y esa presa ahora mismo estará durmiendo apaciblemente en su cama, tan insatisfecha como yo.

La imagino desnuda en su cama, acariciándose pensando en mí. Sus manos se perderán entre sus curvas, su sexo llorará anhelándome, y la recorrerá un orgasmo insuficiente, dejándola tan insatisfecha como lo estoy yo.

Capítulo 3

Tras una noche de insomnio pensando en qué hacer para pasar más tiempo con Gabrielle, al fin se me ocurrió algo interesante. He conseguido que mi mejor amigo me mande a la mierda por despertarle a horas tan intempestivas, pero creo que el resultado merecerá tenerle enfurruñado un par de días.

Me levanto de un salto de la cama, me meto en la ducha y lo preparo todo en un santiamén. Debería estar muerto de sueño, pero me siento lleno de energía y ganas de estar con ella. Una hora después estoy en la puerta de su casa esperando a que Gabrielle se digne a abrirme.

No puedo más que sonreír cuando me abre la puerta despeinada y con cara de dormida, enfundada en un pijama de corazoncitos muy sexy. ¡Ay, dios! Apenas le tapa nada, y sus pechos amenazan con salirse de sus confines en breve.

Mi polla empieza a hacer estragos en mis pantalones cortos, pero no quiero que se dé cuenta, así que aparto de mi mente tan lascivo pensamiento y entro en el apartamento dándole un beso en los labios.

—Vamos, dormilona. Ponte el bañador, que nos vamos.

—¿Derek? ¿Habíamos quedado?

—La verdad es que no, pero esta mañana se me ha ocurrido que podría apetecerte ir a la playa.

—Derek, estoy muy cansada. Ayer no pude descansar y me muero de ganas de volver a la cama.

A la cama te llevaba yo en volandas... para deshacerme de ese pijamita tan sexy que llevas puesto y empalarme en ti hasta la empuñadura. Pero debo seguir el plan original sea como sea.

—Gaby, vamos... no seas así. Tengo una cesta en el coche lista para nosotros.

—¿Y cuándo demonios la has preparado? Hace horas que nos separamos.

—La prepararé esta madrugada. No podía dormir. Vamos... dime que sí, preciosa.

—¡Está bien, está bien! Pero ve preparándome un café mientras me visto. Allí está la cocina.

Otra batalla ganada. Voy a provocarla como nunca debajo de las olas... ya estoy deseando llegar a nuestro destino. Tengo su café listo cuando aparece por la puerta, y casi me muero de la impresión al verla. Esta mujer va a ser mi destrucción. Esos vaqueritos tan sexys no esconden nada... su culito prieto asoma jugueteón por el borde, y se me hace la boca agua solo con pensar en pasar mi lengua por ese trocito de piel succulenta...

Respiro un par de veces para serenarme, y me las arreglo para pasarle el café con una sonrisa sin sucumbir al deseo irrefrenable de cargármela al hombro como un Neanderthal y tirarla en la primera superficie plana que encuentre en mi camino para follármela sin descanso.

—Estás preciosa. ¿Lista?

Asiente tímidamente y la cojo de la mano para largarnos de una vez por todas. He conseguido que mi amigo me deje su casa de la playa, a la que pertenece una parcela de playa privada, así que estaremos absolutamente solos, perfecto para provocarla hasta que pierda el control.

Llegamos en un par de horas, y sonrío satisfecho al ver que mi colega ya ha pasado por allí para prepararlo todo al milímetro. En el centro de su parcela de playa hay una pérgola

de madera con cortinas blancas y un enorme colchón en el centro. En las mesitas adyacentes ha colocado unas copas, una botella de cava y un surtido de frutas deliciosas.

Gabrielle está admirada, mirando la playa como si fuese la primera vez que ve algo por el estilo. Le doy un apretón en la mano y tiro de ella hasta nuestro refugio.

—¿Todo esto es tuyo? —pregunta asombrada.

—De un amigo. Me lo ha prestado para hoy.

—¿Y cuándo lo has preparado?

—Ya te he dicho que anoche no podía dormir.

—¿Y por eso tuviste que darle la vara a tu amigo?

—No le compadezcas, cielo, él es un crápula que vive de noche y duerme de día.

—Me suena esa descripción...

—Yo no soy como él, Gabrielle. Nunca lo he sido.

Me fastidia que me compare con Evan, y he saltado a la defensiva. Es cierto que él es un mujeriego, pero jamás le ha hecho daño a ninguna mujer. Todas ellas saben de antemano lo que les espera si aceptan acabar en su cama. Es cierto que no somos iguales... yo soy peor que él.

Aparto esos pensamientos de mi mente, me quito la camiseta, quedándome solo con mi bañador negro de Versace, y escucho cómo se le acelera la respiración. Perfecto, para algo debe servir machacarme tantas horas en el gimnasio.

Se deshace de su ropa, y su cuerpo queda cubierto por un minúsculo bikini blanco. ¡Madre de Dios, qué cuerpazo! Empiezo a babear casi al momento, y tengo que tirarme al agua para que no note la erección que acaba de atrincherarse bajo la tela del bañador.

Ella se tumba en la pérgola y sirve dos copas de cava, me tiende una toalla cuando me acerco y espera a que coja mi bebida. Mmm... lo que se me ocurre hacer con ese cava... pero me porto bien y me tumbo a su lado, mirándola con lascivia, tentándola con una cereza madura, recorriendo su cuello con la fruta, acariciando después el valle entre sus pechos, metiéndomela en la boca y gimiendo de deseo.

Ella se tensa, inspira, pero no dice nada. En vez de eso mi intrépido ángel coge una uva y la deja caer entre mis pectorales, aterrizando muy cerca de mi ya evidente erección, y acerca sus labios a mi piel para recogerla.

—Dios, nena... vas a volverme loco.

—Tú has empezado.

—No me estoy quejando, créeme.

Me mira juguetona y continúa comiendo uvas. Le acerco una fresa a los labios, y cuando la muerde el dulce jugo cae por su barbilla. No me lo pienso dos veces y lo recojo con mi lengua, con lo que consigo que se arquee de puro deleite.

Vierto un poco de cava en el hueco de su ombligo, y lo tomo con pequeños lametazos. El sabor de la fría bebida mezclado con el de su piel me saben a ambrosía, y no puedo resistirme a realizar la misma operación otra vez... y otra más.

Ella se levanta mirándome traviesa y corre hacia el agua. Claramente me provoca, me reta, me excita como nunca antes nadie ha logrado hacerlo, y como su perrito faldero echo a correr tras ella y la alcanzo en la orilla. Me la echo al hombro y tras un azote en ese culito tentador me sumerjo en las frías aguas del océano.

Sale como un perrito empapado y me salpica con las manos, por lo que intento atraparla de nuevo. Se ríe mientras huye de mí, pero a un par de pasos la vuelvo a alcanzar y toda delicadeza queda en el olvido. Mi boca arrasa la suya, mis manos aprisionan sus glúteos, acercándola peligrosamente a mi gran erección, que pugna por clavarse hasta lo más hondo

de su coñito. Sabe tan bien... sus gemidos quedos me están haciendo perder el control, ese control del que tanto presumo, y aupándola en mis brazos la abrazo con fuerza y me restriego contra su sexo, y hundo mi lengua en su boca de la misma manera en la que me muero por hundirme en ella. La llevo de vuelta a la pérgola, sus piernas aún enredadas en mi cintura, y la dejo caer en la cama para tumbarme sobre ella.

Deslizo con un dedo la minúscula tela que cubre sus preciosos pechos y los adoro con mi lengua caliente, trazando círculos alrededor de ese pezón rosado, duro por mis caricias. Ella gime, se retuerce debajo de mí, y mi mano comienza a recorrer sus larguísimas piernas, de pura seda, llegando al límite de la cordura.

Pero no es suficiente, necesito más de ella, y no es el momento ni el lugar. Con un esfuerzo titánico, cubro de nuevo sus pechos y la beso con dulzura en la boca.

—Lo siento, Gabrielle, no debí...

—Pero yo quería que lo hicieras... Quiero que lo hagas.

Su súplica me desarma, pero no voy a quedarme satisfecho con un polvo en la playa, y sé que ella tampoco se va a contentar con eso. Necesito saber si está dispuesta a aceptar mis condiciones, porque de no ser así nos quedaremos con las ganas de llegar hasta el final.

—Gabrielle... no creo que el mejor sitio para echar un polvo sea una playa.

—No te entiendo...—me dice temblorosa, y mi alma se parte en dos al verla tan vulnerable— ¿Qué estábamos haciendo entonces?

—No voy a follarte como un perro en celo, eso es todo.

—¿Me deseas?

—Más de lo que puedo desear respirar.

—Entonces deja que ocurra. Necesito que me hagas el amor.

Mi alma se quiebra, el miedo atenaza mi garganta. Yo solo follo, jamás le he hecho el amor a una mujer. Y no voy a empezar ahora.

—Gabrielle... yo no hago el amor, cielo. Yo solo follo.

—¿Y eso qué significa? ¿Acaso no es lo mismo?

—No soy hombre de compromisos. Yo no puedo atarme a una mujer porque acabaría destrozándola. No soy bueno para nadie.

—¿Por qué dices eso? Lo único que ocurre es que aún no has conocido a la mujer adecuada. En cuanto lo hagas cambiarás de opinión.

—No va a llegar ninguna mujer adecuada, tengo demasiados demonios escondidos.

—Deberías abrirte un poco e intentarlo. Quizás estás equivocado.

—No puedo... no funcionaría.

—Dime entonces qué es lo que puedes ofrecerme, qué quieres conseguir de mí.

—Quiero que pases un día entero conmigo, preciosa. Necesito que seas mía para hacer lo que quiera contigo. Solo un día, después te dejaré en paz.

—¿Solo un día? ¿Follar hasta caer rendidos y no volver a verte jamás?

—Es lo único que puedo ofrecerte, mi amor. Follarte hasta que me ruegues que pare porque seas incapaz de soportar un solo orgasmo más —se relame sus labios carnosos, y mi polla da una sacudida.

—No quiero ser una muesca más en tu lista de conquistas.

—No... ¡No! Tú eres única, ángel. No sé qué tienes, pero no puedo dejar de pensar en ti. No duermo, no como preguntándome dónde estarás o qué estarás pensando. Créeme, jamás serás una más, eres única. Jamás consigo recordar a ninguna de mis amantes más de una semana, pero a ti sé que no voy a olvidarte nunca.

—No sé qué gano yo con todo esto... es una locura.

—Ganarás la noche más maravillosa de toda tu vida, pero también ganarás la oportunidad de explorar tu sexualidad y conocerte mejor a ti misma. Ganarás veinticuatro horas de placer.

Me mira con esperanza y deseo, y sé que acabo de ganar una batalla. Tan solo le falta un pequeño empujón, un pequeño adelanto de lo que podrá obtener de mí si accede a mis deseos.

Aprisiono su cuerpo con el mío, que ya está excitado solo con pensar en todo lo que quiero hacerle. Restriego mi polla contra su sexo, arrancándole un gemido suave y un estremecimiento. Sus ojos se entrecierran, sus pechos se elevan debido a su respiración entrecortada, y su boca se entreabre para tomar aire. Y yo aprovecho ese instante para invadirla con mi lengua, que ávida de su sabor recorre la cavidad descubriendo sus puntos débiles, descubriéndola a ella, que se retuerce contra mí de manera inocente y se agarra a mis hombros con fuerza cuando su lengua comienza el ataque.

Me enciende... Mmm, cómo me enciende que tome el control de esa manera tan dulce e inocente. Mis manos arden por el deseo de tocarla, pero si lo hago me la follaré aquí mismo, y no es eso lo que quiero.

Me separo suavemente de ella, abandono su boca, y aparto sus manos de mi piel para darle un suave beso en cada una de sus palmas. Ella respira como si hubiese corrido una maratón. Sus pupilas están completamente dilatadas, sus mejillas sonrosadas, y sus labios hinchados por el roce de mi barba de tres días van a volverme loco. Pero recupero la compostura y le tiendo la mano mirándola a los ojos.

—Quédate conmigo hasta mañana y te mostraré un placer como nunca antes has experimentado.

—Estoy a punto de cometer la estupidez más grande de toda mi vida... pero lo haré, aunque no hoy. Hoy es imposible.

—¿Por qué demonios no?

—Tú quieres veinticuatro horas conmigo, y mañana tengo que trabajar. Deberá ser el próximo fin de semana, que descanso ambos días.

—No sé si voy a ser capaz de aguantar hasta el fin de semana, preciosa, llevo deseándote demasiado tiempo para mi gusto.

—Es lo que hay, no puedo hacer otra cosa. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Lo tomo, gatita salvaje —le susurro al oído mientras mi mano se cuela por el elástico de su biquini—, pero antes voy a darte algo en lo que pensar hasta entonces, para que no te echas atrás.

Le deslizo la prenda por sus piernas y la lanzo al aire, no sin antes oler su aroma, una mezcla dulce y algo picante que hace que mi polla salte deseando impregnarse en él.

Con el dedo corazón recorro su abertura, que descubro deliciosamente húmeda. Sus jugos resbalan sin compasión por sus muslos desnudos, y me relamo deseando recogerlos con mi lengua. Continúo acariciándola suavemente, apenas introduzco la yema de mi dedo en su canal para repartir su flujo por su clítoris, que ya sobresale hinchado y esponjoso.

—¡Oh, Dios, sí!

—Eso es, nena... córrete para mí.

—Así... sí, ¡no pares! Dios mío, ¡me encanta!

De un solo empujón introduzco el dedo por completo dentro de su coño, y ella grita extasiada y se agarra a mi cuello con fuerza. Continúo el movimiento un poco más, dentro fuera, dentro fuera, y cuando sus caderas se bambolean en respuesta, introduzco otro dedo... y otro más. Sus manos vagan por mi cintura para quitarme el bañador, pero se lo impido, no

voy a dejarla tocarme hasta tenerla a mi merced.

—No, gatita... las manos quietas.

—Necesito... ¡Dios, necesito tocarte!

—No vas a hacerlo hasta que te tenga debajo de mí en mi cama. Yo no tengo lo que quiero, así que tú tampoco.

—¡Por favor!

—Shh... Tranquila, gatita... Relájate y disfruta.

Mi boca navega por su mejilla hasta su cuello, delicioso, como toda ella. Succiono un poco, lo justo para marcarla, y su gemido de placer casi consigue que pierda el poco control que me queda y me la folle allí mismo.

Le bajo bruscamente la parte de arriba del biquini, rasgando un poco la tela, y me apodero de su pezón enhiesto, que pide a gritos que lo recorra con mi lengua. Lo rodeo suavemente una, dos, tres veces, para luego morderlo despacio y soplar un poquito sobre él, todo esto sin cesar mis movimientos dentro y fuera de su delicioso coño caliente.

—¡Oh... sí! ¡No pares! ¡Sigue!—me grita entre jadeos.

—No pienso hacerlo, bombón.

Arraso su boca con la mía, pellizco su pezón con mi mano libre y al movimiento de mis dedos añado el roce de mi pulgar contra su clitoris. Se corre violentamente, gritando extasiada, llorando de puro éxtasis, y cae desmadejada entre mis brazos.

Dios... cómo me gustaría empotrarla contra una pared y follármela hasta mañana, hasta que mi mente y mi polla quedasen saciadas por completo. Pero me conformo con pasar mi lengua por sus muslos sin apartar la vista de sus ojos, lamer esos jugos escurridizos y lamer también mis dedos mirándola con hambre, con deseo, consiguiendo que ella se excite otra vez.

—Acuérdate de esto cuando estés sola en tu cama estas seis putas noches, bombón, porque yo voy a tener que matarme a pajas hasta el sábado.

—¡Ay Dios! Eres cruel —susurra conmovida.

—Créeme, ángel... yo voy a pasarlo mucho peor que tú. Te lo aseguro.

—No sé si creerte.

Una sonrisa maliciosa escapa de mis labios. Si ella supiera... Me acerco y le doy un casto beso en los labios antes de alejarme de ella de nuevo.

—El sábado a las ocho de la mañana serás mía durante veinticuatro horas. Vamos, te llevaré a casa.

Hacemos el camino de vuelta en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Cuando la dejo en su casa solo me doy el gustazo de besar de nuevo su dulce boca. Ella se agarra a mis hombros y se deja llevar, y a mí me va a volver completamente loco. ¿Por qué coño no puede ser mía ahora mismo?

—Descansa, Gabrielle, vas a necesitarlo. Hasta el sábado.

—Hasta el sábado.

Me marchó con una sonrisa de satisfacción en los labios y una erección de mil demonios, pero sé que no va a poder dejar de pensar en mí en todo este tiempo. Llego a casa frustrado por no habérmela podido follar como quería: duro y hasta el fondo.

Me deshago de la camiseta, que se me pega a la piel de manera asfixiante, pongo en el equipo de música algo de Heavy, como mi estado de ánimo, y me meto en el cuarto de baño. Necesito una ducha de agua fría.

Me quito el bañador y me meto bajo el chorro de agua helada, que calma un poco la fiebre que siento por ella, aunque no lo suficiente. Me enjabono los pectorales y por mi

cabeza pasa la imagen de las manos de Gabrielle recorriendo mi piel, acariciando mi pecho, perdiéndose entre mis muslos... Con un gemido frustrado, me siento en el asiento del hidromasaje y comienzo a acariciarme despacio, arriba y abajo, imaginando que son sus manos las que me tocan, su boca la que me succiona. Mis manos aprietan mi polla, dura, enhiesta. Con cada pasada el placer se vuelve más intenso, más apremiante.

Gemidos de puro placer escapan de mi garganta, pero no es suficiente, necesito mucho más, la necesito a ella, y con la mano que tengo libre aprieto mis huevos lo suficiente para acercarme más y más al orgasmo.

Pero se me ocurre algo mucho, muchísimo más placentero. Me pongo de pie en la ducha y enciendo el hidromasaje vertical. Uno de sus chorros impacta directamente en mis testículos... ¡Oh, sí! Ahora sí.

Me masturbo apretándome con fuerza la polla, disfrutando de la presión del agua al impactar un poco más abajo. Estoy tan cerca... la cara de ella aparece en mi cabeza, absorta en el placer, y el orgasmo me arrasa, mi polla se convulsiona llenando de semen toda la pared.

Me dejo caer al suelo de rodillas. La intensidad del orgasmo me ha dejado sin fuerzas, pero sigo sin estar saciado. La imagen de Gabrielle vuelve a llenar mi retina. La veo arqueada llevada por el placer, riendo en el agua esa tarde... pero la imagen que me marcó para siempre es la de ella bajo la lluvia.

No sé por qué, pero no puedo apartar esa imagen de mi cabeza. Y sé que solo lo conseguiré enterrándome de una vez por todas en ella.

Capítulo 4

Aún estamos a miércoles, y el mal humor va a ganarme la partida. Desde que me separé de Gabrielle el domingo no he podido arrancármela de la cabeza, y voy a terminar por volverme loco.

En el trabajo me está yendo como el puto culo. Apenas presto atención en las reuniones, y estoy posponiendo al máximo la mayoría de mis casos porque no soy capaz de concentrarme en ellos.

Ayer Evan terminó por mandarme a la mierda. Después de varias semanas sin vernos, lo único en mi mente tenía nombre de mujer: Gabrielle. Intenté olvidarme de ella por unas horas y disfrutar de las copas y la compañía, pero fue inútil.

A Evan le gusta experimentar en el sexo tanto o más que a mí. Él disfruta compartiendo conmigo a sus chicas, y la verdad es que yo me dejo hacer... la mayor parte de las veces. No soy muy quisquilloso a la hora de meterla en caliente, así que siempre que me propone ir al club donde suele ir él, termino por apuntarme.

Anoche me tenía preparada una sorpresa para aliviar a mis demonios. Dos mujeres, una rubia y otra pelirroja, nos esperaban en la habitación ataviadas solo con un conjunto de lo más sexy.

Creí que la máscara serviría, creí que al tener la cara tapada podría fantasear con que ella era Gabrielle, pero fue inútil. En cuanto uní mi boca a la de la pelirroja supe que todo era un error. Sonreí, apuré mi copa y me largué.

Evan me paró en la calle, ataviado solo con sus vaqueros y la furia contenida brillando en sus ojos.

—¿Se puede saber qué coño haces? —me espetó.

—Irme a casa.

—Derek, tenemos a dos diosas esperándonos en esa habitación. ¿Estás loco?

—Disfruta entonces.

—¿Cómo que disfrute? ¿No piensas venir?

—Estoy cansado. Me iré a casa.

—No me jodas, ¿quieres? Me ha costado mucho convencerlas para que accediesen a venir entre semana porque estabas raro, ¿y tú me dejas tirado?

—¿Puedes entender que llevo una semana de mierda y no tengo ganas de follar? No creo que sea tan difícil.

—Vete a la mierda, Derek. A mí no me hables así. Si no quieres follar allá tú, yo pienso hartarme.

Desde entonces no sé nada de él, aunque no me preocupa demasiado. No es la primera vez que terminamos discutiendo, y después de varias semanas de silencio alguno de los dos termina por ceder y llamar al otro.

Evan es como un hermano para mí. Le conocí cuando más falta me hacía. Hace tiempo que decidí dejarlo todo atrás y rehacer mi vida en esta ciudad, y él fue la primera persona que conocí.

La primera noche en Nueva York decidí ir a tomarme una copa. Estaba solo en la barra del bar, y él se sentó a mi lado a beberse su whisky.

—¿Nuevo en la ciudad? —me preguntó.

—Sí, acabo de llegar. Es mi primera copa en Nueva York.

—Espero que no sea la última. Nueva York es una ciudad especial. Tiene... magia.
Evan McGregor —dijo extendiendo la mano.

—Derek... Derek Lambert.

—Creo que necesitas un amigo aquí, Derek. Nadie puede estar solo en la gran ciudad.
Sus palabras me dejaron una sensación amarga en la boca del estómago. ¿Estaba ligando conmigo? No tengo nada en contra de los gays, pero empecé a sentirme incómodo.

—Esto... creo que te estás equivocando, Evan. Me gustan las tías.

La carcajada que salió de su boca me hizo sonreír. Bien, mis sospechas eran infundadas.

—Te aseguro que a mí también, y si son de dos en dos más aún. No estaba intentando ligar contigo, tío. ¡Joder me dan escalofríos solo de pensarlo!

—Lo siento —dije riendo—, pero parecía que querías meterte en mi cama, joder.

—No, no, no... ni de coña. A no ser que sea para compartir a alguna pibita, claro.
Entonces no te diré que no.

A partir de ese momento hemos sido inseparables. Se convirtió en el hermano que nunca he tenido, y más de una vez compartimos a una o varias mujeres. En el club, en la casa de la playa, en el baño de un bar... Con Evan fui capaz de saciar a mi demonio más de una vez, y las veces que no lo conseguía... él estaba allí para emborrarse conmigo hasta que ambos caíamos sin sentido.

Mi mente vuelve sin querer a la mujer que lleva inmersa en mis pensamientos desde que la conocí. ¿Qué estará haciendo? ¿Estará nerviosa por lo que le espera este fin de semana? ¿O ni siquiera piensa en mí?

Pensar en que me haya olvidado hace que se me forme un nudo en el estómago. No, imposible. Después del calentón de la playa no habrá podido sacarme de su cabeza. Apuesto a que se ha tenido que masturbar todos los días pensando en mí.

¡Mierda! Con solo imaginármela me he puesto a mil. Cierro los ojos y la veo desnuda dentro de una gran bañera llena de espuma. Sus delicadas manos deslizan la esponja suavemente por su piel, llenándola de crema.

Mmm... sube despacio la esponja por su tobillo, su gemelo, su muslo... y cuando llega a su sexo echa la cabeza hacia atrás y suelta un dulce gemido. No, nena... no lo estás haciendo bien.

Suelta la esponja en el suelo y arrastra sus manos por su estómago hasta llegar a sus redondeados pechos, que asoman sobre la superficie espumosa. Pellizca sus pezones con fuerza, y arquea la cintura deseando contacto más abajo, deseándome a mí.

Mis manos apartan el pantalón de chándal que llevo puesto y dejan al descubierto mi polla, dura y deseando las caricias de la mujer de mi mente.

La imagen en mi imaginación cambia, y ahora estoy allí, con ella. Me arrodillo junto a la bañera, y acaricio la superficie del agua mirándola a los ojos, pero sin llegar a tocarla. Ella se encorva buscando mi boca, se la doy una vez, dos, y la obligo a volver a tumbarse con un solo movimiento.

Paso las yemas de mis dedos lentamente por su pierna, su estómago, su esternón, su cuello... ella gime al sentir mi contacto, y agarra mi mano para guiarla hasta donde ella la quiere, ese sexo cálido deseoso de atención. Paso la palma suavemente arriba y abajo un par de veces... y abandono el nido rizado para coger uno de los juguetes que he traído conmigo.

Dejo colgando frente a ella un huevo vibrador, una de las muchas travesuras que guardo en el cajón del armario, y lo dejo recorrer su pezón lentamente. Ella se ríe y abre bien las piernas para darme el acceso necesario.

Cuando tiene el juguetito colocado en su interior, le doy vida, haciendo que se estremezca y gima cegada por el placer. Ahora sí ataco su boca como llevo deseando desde que estoy en esa fantasía, y mis dedos se enredan en sus rizos para encontrar su clitoris y estimularla despacio.

Las manos de Gabrielle se enredan en mi pelo en mi imaginación, y mis manos aprietan mi polla con fuerza en la realidad. Esta mujer va a volverme loco, jamás me había masturbado pensando en una fémina, y con ella ya van varias masturbaciones desesperadas.

En mi fantasía, levanto a Gabrielle de la bañera, la insto a enredar sus piernas en mi cintura y tras quitarle el juguetito me entierro en ella hasta el fondo. Comienzo a embestirla fuerte, apretando su culo entre mis dedos, sintiendo sus manos enredadas en mi pelo y sus dientes en la piel de mi cuello.

El orgasmo se acerca, ella grita sacudida por él, y el mío llena mis manos de semen. Me meto en la ducha y tras un suspiro, apoyo la frente en las frías baldosas. Estoy deseando que llegue el jodido fin de semana.

Capítulo 5

Son las cinco de la mañana y no he podido pegar ojo. Aún quedan un par de horas para que deba ponerme en marcha, pero mi cabeza no deja de darle vueltas a lo que va a suceder hoy con ella.

Gabrielle se me ha metido bajo la piel, de eso no cabe la menor duda. He fantaseado con follármela de mil maneras distintas, con oírla gritar mi nombre en pleno orgasmo, con sentir sus uñas clavadas en mi espalda.

He tenido más que tiempo suficiente para preparar las mejores veinticuatro horas de su vida... y de la mía. Tan solo con pensar que en poco menos de tres horas estaré enterrado en su coñito prieto y anhelante me pongo duro como una roca.

Casi sin darme cuenta mis manos han apresado a mi pene entre ellas, otra vez, y se menean arriba y abajo por su tronco, apretándolo más y más, y el placer me recorre por entero. Imaginar su boquita de fresa rodeando mi polla con placer me acerca más y más a la locura, y con un par de pasadas más me corro, aunque me quedo insatisfecho, porque sé que solo ella será capaz de llevarme al paraíso.

Me levanto de la cama dispuesto a darme la primera ducha fría del día. Lo he preparado todo al milímetro para explorar el placer con ella, no quiero que nada se estropee después del trabajo que me ha costado convencerla de que acceda a pasar un día conmigo. Normalmente es suficiente con un polvo, pero no sé por qué quiero pasar más tiempo con esta mujer. Quizás sea el reto que ha representado para mí, acostumbrado a tener a la mujer que me venga en gana con solo chasquear los dedos.

Salgo de la ducha y me arreglo a conciencia. He escogido mi atuendo

minuciosamente para provocarla con los cinco sentidos, y voy a hacer uso de mi atractivo en primer lugar. Unos pantalones de corte inglés, una camisa abierta con las mangas subidas hasta medio antebrazo y un par de botones desabrochados. Un poco de perfume para despertar su olfato, y ya estoy listo para mi asalto sensual.

Una vez listo, lo preparo todo para cuando lleguemos a mi casa. Otra novedad, pues ninguna mujer ha pisado nunca mi santuario, pero con ella tengo la imperiosa necesidad de traerla a mis dominios como un lobo acorralando a su presa. De aquí no podrá, ni querrá, escapar.

Llego a su puerta media hora antes de lo acordado, así que decido tomarme un café en el bar de enfrente, pero mi mirada se cruza con la suya cuando levanto la vista y la veo asomada a la ventana.

Dios... la necesito ya, en este mismo instante. Me apoyo en el coche a esperarla, y cuando sale del edificio me deja absolutamente sin respiración. Lleva un minúsculo vestido rojo que deja poco o nada a la imaginación, y unos tacones rojos de aguja que me incitan a follármela únicamente con ellos puestos. Apenas se ha maquillado, solo sus labios rojos como fresas maduras tienen un toque más de color.

Nada más tenerla a mano la cojo por la cintura y acerco su cuerpo al mío. Mi boca recorre la suya suave, sutilmente, rozándola apenas, con mi aliento susurrando entre ellos, embriagándome de su olor, una suave fragancia floral tan inocente como ella. Recorro con las palmas de las manos su espalda desnuda, deseando verla arquearse con su primer orgasmo del día.

—Dios, nena... estás impresionante. ¿Has desayunado? —Pregunto en un suave murmullo.

Niega tímidamente con la cabeza, así que sonrío y tiro de ella en dirección a la cafetería. Es imposible dejar de mirarla, mi pequeño ángel se ha convertido en una diablesa sensual... aunque bajo la superficie sigue siendo la misma inocente que me he propuesto corromper.

—¿Qué? —me pregunta sonriendo—. No dejas de mirarme, me pones nerviosa.

—Te miro porque estás tan condenadamente sexy que te juro que de no ser porque nos detendrían por escándalo público te tumbaría sobre la mesa y te follaría con fuerza.

—Gracias... creo.

Su respuesta me arranca una carcajada. Solo ella es capaz de convertir una provocación directa en un cumplido cortés. En cuanto nos subimos al coche mi mano se desliza lentamente por su muslo, levantando la poca ropa que lo cubre, para descubrir con un gemido que la muy descarada no lleva ropa interior.

—Vaya, gatita... has logrado sorprenderme. Creí que llevarías encaje debajo de ese vestidito tan sexy.

—No voy a permitirte que me rompas la ropa interior, y después de lo que pasó el otro día en la playa sé que sería así.

—Estoy plenamente satisfecho con tu decisión, preciosa. Veamos cómo puedo sacar partido de esto.

Deslizo mis dedos por su monte de Venus, enredándome en sus rizos suaves como la seda, con lo que consigo que se tense en su asiento y se le escape un gemido.

—¿Puedes tener tu atención puesta en la carretera? —me suplica en un intento de que termine con mi avance— Vamos a estrellarnos.

—Aunque soy un hombre puedo hacer dos cosas a la vez, bombón. De las que estoy haciendo ahora mismo, ambas me encantan. Y la que se está excitando eres tú... yo aún estoy

sereno.

No me lo creo ni yo... tengo el miembro tan duro e hinchado que me molesta el roce del pantalón, pero ella no tiene por qué saberlo. Le sonrío diabólico, pero no aparto mi mano de su sexo, que comienza a humedecerse poco a poco.

Continúo con mi asalto y recorro su abertura suavemente, sin llegar a tocar su clítoris. Introduzco mi dedo en su canal empapado, que lo succiona con ansia, y extendiendo su jugo por el pequeño botón, haciendo que ella se retuerza y gima como loca.

Mmm... Qué ganas de follármela a pelo. Antes de verla arrasada por el clímax llegamos a mi casa, pero no soy tan cruel como para dejarla en ese estado, y en cuanto meto el coche en el garaje me vuelvo hacia ella y devoro su boca al mismo ritmo, duro y salvaje, que siguen mis dedos entrando y saliendo de ella.

—Vamos, nena... córrrete para mí.

—¡¡Dios... sí... no pares... Dios!!!

Su cuerpo se tensa, se convulsiona, su coñito caliente exprime mis dedos y un gemido entrecortado sale de sus labios cuando la sacude el primero de los orgasmos que tengo planeados para ella.

Sale del coche con paso tembloroso, y la aprisiono contra una columna para besarla y restregarme contra ella.

—Este ha sido el primero de muchos, pequeña. Te voy a llevar al orgasmo tantas veces que cuando termine contigo vas a tener que dormir una semana entera para recuperarte.

—Por favor... para. Vas a conseguir que me excite de nuevo.

—Esa es la idea, nena. Te prometí veinticuatro horas de placer, que no se te olvide.

—Desde el otro día no puedo olvidarlo.

Tiro de ella hacia el ascensor y vuelvo a besarla, y coloco sus manos sobre mi pecho, instándola a que me toque. Necesito sentir sus delicadas manos por todo mi cuerpo, estoy a punto de reventar.

Comienza a acariciarme tímidamente, toques suaves, inseguros, y enciende mi sangre como ninguna mujer ha conseguido con caricias más estudiadas. La agarro fuerte del culo, y la acerco a mi cuerpo para sentirla, para rozar cada centímetro de piel que tiene a descubierto. Pero pronto el ascensor se para y las puertas se abren en mi piso.

Aunque la idea principal era diferente, en cuanto entramos en mi apartamento la emporto contra la puerta cerrada y hago que me rodee con sus largas piernas de alabastro, me desabrocho el pantalón y hundo mi miembro caliente en su dulce coño.

—¡Oh... joder, nena... qué bien se siente!

—¡Ay Dios... que rico!

¡A la mierda la protección! Sé que yo estoy limpio, y apuesto toda mi fortuna a que ella también lo está, y ¡joder! ahora mismo me encuentro en el paraíso. Comienzo a hincarme en su interior fuerte, duro, y de su garganta escapan gritos ininteligibles que me ponen a mil por hora.

—¡Ah, Dios, Sí! ¡Así... justo así!

—Eso es, muñeca... vamos, mírame.

—¡Dios... Sí! ¡Joder qué gusto!

Sus ojos azules se clavan en los míos cuando el orgasmo la arrasa, con sus pupilas dilatadas, brillantes de pasión, y yo la sigo poco después, no antes de salir de ella y derramar mi semen en la alfombra. Me ha dejado seco... y joder, plenamente saciado, al menos por ahora, como nunca antes había logrado sentirme.

Tiro de ella hasta el cuarto de baño, y una vez he puesto a llenar mi enorme bañera,

comienzo a desnudarnos a ambos. Tengo la intención de revivir la fantasía del otro día, así que echo sales al agua, que se llena de espuma. Sus manos temblorosas por los vestigios del orgasmo desabrochan mi camisa lentamente, y cada porción de piel que deja al descubierto la recorre con sus labios... Sus besos suaves van a acabar con mi cordura.

Me siento con la espalda apoyada en la pared de la bañera y la coloco a ella entre mis piernas abiertas. En este mismo instante me apetece lavarle su sedoso cabello, que tiene pegado a la cara debido al sudor.

Recorro su cuero cabelludo con las yemas de mis dedos, y sonrío cuando ronronea como la gatita traviesa que es. Mis manos jabonosas recorren suavemente el valle entre sus senos, bajando por su estómago, su ombligo... enredándose en los rizos sedosos que me vuelven loco. Ya estoy cachondo perdido, mi polla se clava en su espalda cada vez que mueve sus caderas buscando el toque exacto, el roce que aún no le voy a proporcionar.

Con un suave movimiento, la siento a horcajadas sobre mí para que su coñito sediento se roce contra mi miembro anhelante, deseoso de enterrarse en ella de nuevo. Esta mujer va a volverme loco por completo... cuando sus brazos rodean mis hombros y su boca traviesa se apodera de mi cuello, el mundo se tambalea a mi alrededor.

—¡Oh, Dios, nena...! Me vuelves loco...

Restriega su rajita traviesa contra mi erección, y sus gemidos me llevan al borde de la locura. Un par de veces la punta de mi polla entra dentro de ella, y me pueden las ganas de embestir hacia delante y enterrarme por entero.

Ella sigue con sus caricias suaves, su lengua se enreda en uno de mis pezones una y otra vez, y la agarro del pelo para sentir que estoy aún en tierra firme. Una de sus manos viaja por mi estómago hasta mi polla hinchada, y la acuna en su palma dulcemente, arrancándome un gemido.

No puedo esperar más, levanto sus caderas y me entierro en ella de nuevo, su canal es mi paraíso particular, el único lugar donde me he sentido alguna vez a salvo. Sus pechos se bambolean frente a mi cara, y mi lengua diabólica recorre sus pezones con cada movimiento, arrancándole gemidos que me calientan la sangre al límite.

—¡Dios bendito! Sigue así... ¡me encanta! —gime en mi oído.

—¡Eso es, cielo! ¡Vamos... estrújame bien! ¡Joder!

—¡Oh Dios... no puedo más!

—Vamos, preciosa, dame tu orgasmo... ¡dámelo ya!

Mi orden ahogada desencadena su clímax, violento, descarnado, estrujando mi polla erecta, ordeñándome hasta que de un brusco movimiento me salgo de ella y me corro en el agua ya fría.

La saco del baño y la llevo a la ducha, me deshago de los restos de nuestro deseo entre risas y caricias y la llevo a la cama, cubierta de sábanas negras de satén. Cuando su cabeza toca la almohada, se queda dormida con un suspiro satisfecho. Voy a dejarla descansar el tiempo justo de preparar la comida, que va a contribuir a despertarle los sentidos de nuevo, a excitarse nuevamente.

Cuando llego con la bandeja al dormitorio, mi pequeño ángel disfrazado de diablesa está profundamente dormido. Resigo su perfil suavemente con el dedo, y ella sonrío en sueños. La despierto con besos suaves en su espalda, y ronronea sonriente.

—Vamos, dormilona, a comer.

—¿Comer? —Su cara de sorpresa me arranca una sonrisa.

—¿Acaso creías que iba a matarte de inanición? Para lo que te tengo preparado necesitas energía, preciosa. Vamos, siéntate.

Se apoya en el respaldo de la cama con las piernas cruzadas y la sábana hasta la barbilla, y para mí no puede estar más dulce, más deseable que en ese momento. Un cosquilleo extraño sube por mi espalda, y de pronto siento unas ganas irrefrenables de cuidarla, protegerla, mimarla.

La comida que he preparado es sencilla y destinada a seducirla, para comerla con las manos, o sobre su cuerpo, si me deja. Le acerco una jugosa ostra a los labios, y su lengua la atrapa traviesa. Sus ojos se cierran fruto del placer, y recojo los jugos del molusco que han quedado en sus labios con mi lengua, arrancándole un gemido, y arrancándomelo también a mí. Si sigo por este camino no terminaremos la comida, y estoy ansioso por llegar al postre.

Tras terminar con las ostras entre besos y caricias sutiles, pasamos al siguiente plato, unos canapés variados. Ella se adelanta, y sostiene uno de ellos ante mis labios, que tras ingerir el delicioso bocado chupan sus dedos, succionan las yemas con cuidado para saborear el caviar adherido.

Mi cuerpo no puede más, pero no voy a dejar que mi libido se cargue todo el juego que tengo preparado. Hago que Gabrielle se tumbe y se destape. Sigue gloriosamente desnuda, algo que me complace sobremanera.

—Ahora voy a saborear el mejor plato... a ti.

Coloco pequeños canapés a lo largo de su cuerpo, y comienzo a comérmelos despacio, rozando su piel con la lengua cada vez que devoro uno de ellos. Los gemidos que salen de sus labios me están volviendo loco, y antes de darme cuenta tengo la cabeza enterrada entre sus muslos, saboreando su abertura, caliente, húmeda, sedosa.

—¡Oh, sí! ¡Ay, Derek, sigue!

Sus gritos están haciendo estragos en mi cordura, no puedo más, necesito estar de nuevo dentro de ella, pero mi ángel me sorprende dándose la vuelta e introduciéndose mi polla por completo en su preciosa boquita.

—¡Oh... joder... nena!

Su lengua juguetea con la punta de mi miembro, y me impide concentrarme en lamerla. Pero necesito hacerlo, y hundo mis dedos dentro de su coñito prieto a la vez que con la lengua acaricio su clítoris hinchado.

Va a volverme loco... Esa boca fue hecha para pecar, maldita sea. Me chupa como nadie antes lo hizo, tragándose mi polla hasta la campanilla, succionándome hasta la locura. Y esa mano traviesa que me acaricia los testículos suavemente...

—¡Vamos, nena, joder, sí! ¡Cómemela... eso es... justo así!

El orgasmo me arrasa, intento apartarme, pero ella me lo impide y se traga mi semen, relamiéndose traviesa. Es en ese justo momento cuando pienso que es la única mujer capaz de matar a mis demonios.

Hundo de nuevo mi boca en su coño, necesito verla correrse, necesito ser yo quien la lleve al éxtasis, y comienzo el asalto con mi lengua.

—Mmm...Sí... ¡Qué rico... Dios, sí! ¡No pares... Derek... no pares!

El orgasmo la arrasa, siento sus fluidos inundar mi lengua, y juro por Dios que aún no la siento lo suficientemente cerca.

Tras un pequeño descanso, voy directamente por el postre: melocotones con crema. Empapo un trozo de fruta en la deliciosa crema y la acerco a sus labios entreabiertos. Los gemidos que salen de su boca al saborear el postre me están volviendo a excitar, pero quiero alargar el momento todo lo que pueda. Devoro sus labios, saboreo el dulce postre dentro de su boca caliente y paseo mis labios lánguidamente por los suyos para recoger todo resquicio de crema. Con un segundo trozo de melocotón, trazo un camino cremoso desde su cuello

hasta su ombligo, y lo borro con mi lengua, sin dejar de mirarla a esos ojos que me hipnotizan, me pervierten. Ella arquea la espalda buscando más, y no dudo en embadurnar sus pechos con el postre, que está frío y despierta sus crestas rosadas. Succiono ansioso sus pezones, quiero devorarla, absorberla, hacerla mía por completo. Cuando muerdo la rugosa punta con más fuerza de la que ella espera, salta con un jadeo ahogado, pero aprieta mi cabeza contra su seno, señal de que le ha gustado.

Mojo mis dedos en la crema y la paso por su sexo, que ya está mojado, ansioso, ardiente, para borrarla después a lametazos certeros, que desatan sus gemidos. Pero me he vuelto más osado, y con otro trozo de melocotón, introduzco un poco de crema helada en su coñito justo antes de empalarla con fuerza. Dios... la sensación es... indescriptible. El frío de la crema contrasta con el calor que emana de su cuerpo, y mi polla va a entrar en combustión debido a tanto placer.

Comienzo a moverme despacio, con parsimonia, y sigo alimentándola con mi boca, pasándole pequeños trozos de fruta que devoramos juntos, alternados con suaves besos. Pero la sangre se enciende, la mía y la de ella, y el lento movimiento no es suficiente, no llega a saciar el hambre que ambos sentimos, así que la levanto de la cama, sentándola sobre mí, que he terminado de rodillas, y la insto a que se mueva, a que busque nuestro orgasmo.

Ella se agarra fuerte a mis hombros, me clava sus uñas cinceladas, y comienza a moverse arriba y abajo, cada vez más y más rápido. Su cuerpo se arquea, su sexo se tensa hasta que consigue explotar cuando el éxtasis la recorre de los pies a la cabeza. No puedo más, necesito hacerlo fuerte, así que la arrastro hasta apoyarla en mi escritorio y la embisto con fuerza, desde atrás, dejando su torso apoyado en la mesa y apoyando mis manos en su espalda.

Comienzo a mecarme dentro de ella con fuerza, mi polla roza el final de su sexo, ella grita llevada por la pasión, yo gruño como un animal en celo. Estoy tan cerca... pero necesito que se corra, que me estruje como solo ella sabe hacerlo, así que salgo de su interior y sentándome en la alfombra me como su coñito empapado, delicioso, jugoso, dulce... ¡este coño va a volverme loco, joder!

Sus piernas se tensan, señal de que se acerca el orgasmo, y me sitúo de nuevo tras ella para enterrarme en su calor, una, dos, tres embestidas y su coño se convulsiona, me ordeña. Su cuerpo se estremece, su garganta gime, y me catapulto a un orgasmo más intenso que el anterior.

Me derrumbo sobre ella en la madera, y de sus labios sale una carcajada que me contagia, y acabamos los dos retorciéndonos en la alfombra. ¿Qué ha sido eso? No sé qué me pasa, pero me siento realmente bien... estoy... feliz. No sé qué tiene esta mujer que me vuelve loco, me intriga, me hace desear cosas que no conozco, me da pánico.

Y aquí estoy yo, tumbado de nuevo sobre ella, comiéndomela a besos, porque es lo que me pide el cuerpo en este preciso instante. Sus brazos me rodean con suavidad, y sus manos me acarician con dulzura, erizándome la piel, despertando sensaciones nuevas en mi vientre.

Capítulo 6

Abro los ojos desorientado para descubrir que es media tarde. ¡Mierda! Debí quedarme dormido. Me giro para descubrirla dormida con la mejilla apoyada en su mano, un ángel que está consiguiendo que mi sangre lasciva se calme.

Acaricio con dulzura su mejilla, y sus pestañas aletean sobre sus marfileñas mejillas al tiempo que su boca dibuja una sonrisa adormilada. Acaricio esa boca con mis labios, un suave roce de bienvenida, pero lo que tengo planeado para el resto de la tarde no está relacionado con la cama.

—¿Has dormido bien?

Su pregunta me sorprende, nadie se había preocupado por mí nunca, y una ternura inmensa se apodera de mí, arrancándome una sonrisa tierna.

—Creo que nunca había dormido tan bien en mi vida. Vamos, levanta.

—¿A dónde vamos?

—A dar un paseo. Me apetece salir de aquí, ¿a ti no?

—Claro que sí.

Tiro de Gabrielle hacia la ducha para saciarme de ella antes de salir. Dejo que mis manos jabonosas resbalen por su cuerpo, se pierdan entre sus muslos, recorran su espalda y aprieten su cuerpo contra el mío aupándola por el culo.

—Derek...

—Lo sé, cielo. Tranquila.

La pongo de espaldas a mí, apoyada en la pared, y levanto una de sus largas piernas hasta apoyarla en el banco. Queda abierta, expuesta, y tan deseable... Enciendo el hidromasaje y le arranco un grito cuando el agua se estampa directamente en su coño... acariciando su clitoris y humedeciendo su entrada.

—¡Oh... joder!

—Te gusta, ¿verdad?

—¡Sí!

—Pues esto te va a volver loca.

Me introduzco en ella lentamente, y ahora el que grita soy yo. Sentir su sexo estrujándose, acompañado del impacto del agua en mis testículos, van a llevarme al orgasmo sin tan siquiera moverme.

Me agarro a sus preciosos pechos, y los pellizco al unísono a la vez que me mezo dentro de ella. Mis embestidas comienzan siendo lentas, mis caricias meros roces en sus pezones enhiestos, pero conforme voy aumentando el ritmo, pellizco con mis dedos sus crestas, haciendo que se arquee, que me muestre esa curva deliciosa que es mi perdición.

—¡Oh...sí... Derek... fóllame!

—Te gusta, ¿eh? Vamos, gatita... muévete conmigo.

Sus caderas empujan hacia atrás, haciendo que mis embestidas sean profundas, hasta el límite, y pronto su cuerpo se convulsiona, apoya la cabeza en mi hombro y grita arrasada por el orgasmo.

Continúa echándose hacia atrás con movimientos secos, certeros, y me lleva al orgasmo una vez más. Cuando salimos de la ducha, la seco suavemente y con un dulce beso en los labios la siento en la cama.

Me dirijo al armario con paso decidido y saco un vestido vaporoso y unas sandalias

cómodas que he comprado para ella.

—¿Qué es eso? —pregunta recelosa.

—Un regalo. Póntelo.

—No deberías... no... —la silencio con un beso suave.

—Cariño, no querrás pasear por la playa con lo que has traído puesto. Cuando vi el conjunto en la tienda me acordé de ti, y me apeteció regalártelo.

—No sé qué decir...

—Solo di “Gracias, Derek” —apunto con tono de falsete.

—Gracias, guapo.

—Ahora ven aquí y bésame.

Se acerca con cara de pillina, y abro mis brazos dispuesto a envolverla con ellos, pero la sonrisa se congela en mis labios cuando se pone de rodillas y besa la punta de mi polla, que entra en combustión. Un siseo escapa de mis labios cuando cojo su pelo en un puñado y echo la cabeza hacia atrás.

—Gracias —susurra antes de introducirse entero en la boca.

¡Oh, joder! Qué bien la chupa... Mmm... Como siga así voy a correrme ya. Su lengua acaricia mi polla un segundo antes de metérsela de nuevo en la boca. Con una mano la sujeta por la base para poder acceder mejor, y con la otra acaricia mis huevos con suavidad.

¡La madre que me parió! ¡Qué bien lo hace la condenada! Succiona mi miembro con avaricia, me estruja, me devora, me enciende. Mi polla se revoluciona, mi cuerpo se tensa, las piernas no me sostienen. Me sujeto a su cabeza en un intento por mantenerme de pie, pero mis manos toman el control y dirigen a mi precioso ángel, enseñándole cómo hacerlo, cómo llevarme al orgasmo.

Voy a correrme... estoy a punto de hacerlo. La aparto suavemente para no llenarle la boca de semen, pero ella vuelve a acercarse, a succionarme más fuerte, y los jadeos se escapan de mi boca con cada recorrido, con cada toque de su lengua. Mi cuerpo se tensa, y solo puedo gritar “¡Joder, nena!” cuando el orgasmo me arrasa. Ver como se relame el semen que se ha escapado de sus labios me va a llevar a la locura.

De un solo movimiento la levanto en brazos y la siento sobre el escritorio. Le abro las piernas al límite, y me siento en la silla para darme un festín con su coño, que está anegado en esos jugos deliciosos que bajan por sus muslos. Entierro mi cara en él, y mi lengua hace estragos en su clítoris, en su canal, en su clítoris de nuevo. Sus manos me sostienen la cabeza pegada a su sexo, y la muevo suavemente a ambos lados para que mi barba raspe su piel lo justo para arrancarle un gemido.

—¡Más! —susurra entre jadeos.

Por nada del mundo voy a parar ahora. Introduzco dos dedos dentro de ella, y los curvo ligeramente, alcanzando el punto exacto para que se convulsione en un orgasmo. Pero no pienso detenerme, y continúo mi asalto con los dedos a la vez que le muerdo ese clítoris hinchado, rosado, jugoso... Antes de que se haya recuperado del primer orgasmo está siendo sacudida por el segundo, y subo besando su piel hasta su boca, que jadea, que me devora, que me marca.

Media hora después paseamos por el paseo marítimo cogidos de la mano. Hablamos de ella y de mí. Sonreímos como idiotas, yo imaginando lo que pasará después, ella quizás recordando lo que ha pasado.

Pero mi demonio interior no quiere estarse quieto, y vuelvo a desearla de nuevo con ganas, con lujuria. Verla así, relajada y contenta, está consiguiendo que necesite hacer que se convulsione entre mis brazos.

La llevo entre las rocas y la beso con fuerza, mi mano se cuela bajo la falda del vestido y acaricio su piel desnuda, fría por la brisa. Mis dedos alcanzan su culito prieto, amaso su carne apretándola contra mi erección. Un dedo explorador se pasea por su rajita, que ya está mojada. Está lista de nuevo, y ¡qué diablos! Yo también lo estoy. La levanto en peso, y rodea mi cintura con las piernas. Joder, me ha puesto a mil, me importa una mierda que alguien nos vea, necesito follármela ya.

Introduzco mi polla suavemente dentro de ella, y comenzamos el vaivén. Me bebo sus gemidos, la aprieto fuerte contra mi cuerpo, la empalo cada vez más y más fuerte, hasta que se convulsiona entre mis brazos y me muerde fuerte en el hombro, lo que me arrastra a un orgasmo increíble.

Con suavidad la pongo en el suelo, y limpio sus muslos con un pañuelo.

—¿Qué estás haciendo conmigo? —susurra entre mis labios.

—Llevarte a la locura, espero —le contesto sonriendo.

—¡Dios! Podría habernos visto cualquiera...

—Pero no ha sido así, y además ha sido un polvo de primera. No le des más vueltas.

—Pero Derek...

Acallo sus protestas con un beso y nos dirigimos paseando al restaurante. He reservado una mesita apartada del mundo para poder provocarla a mis anchas, y el camarero nos acompaña solícito.

En cuanto se marcha, mi mano se pasea insolente por su muslo desnudo, y ella salta, abochornada, e intenta apartarla de un tirón. No puedo más que sonreír por su aspecto, tan cohibido, tan... angelical. Continúo con el asalto, subiendo más, y más... hasta que el camarero se acerca y aparto mi mano como si nada.

—Derek, ¿vas a estarte quieto? Me estás poniendo nerviosa —me espeta cuando este se ha marchado.

—Lo siento, cariño, no puedo evitarlo.

—Eres un auténtico demonio.

—A estas alturas ya deberías tenerlo claro.

Comenzamos a comer, mis manos ya quietas. Siento como una de sus manos juguetonas abre la cremallera de mis pantalones y se cuela por la abertura.

—Señorita... compórtese —le digo bromeando.

—Ya lo hago —contesta sonriendo.

—Eres una perversa...

—Tengo un buen maestro.

Su mano exploradora acaricia mi miembro con la palma abierta, y hace que me ponga duro, enhiesto, deseoso de enterrarme de nuevo en ella. Pero a este juego podemos jugar dos, y mi mano vuelve a su coñito, acariciándola con parsimonia, como si nada ni nadie fuese a pararme. Comer con una sola mano es una putada, pero oír sus maldiciones por lo bajo es la mejor recompensa.

Sigo atormentándola durante un rato más, y cuando sus flujos comienzan a correr por sus piernas le abro los muslos y le introduzco la bolita que he llevado todo este tiempo en el bolsillo. El recuerdo de la fantasía de la otra noche me hizo pararme en una tienda erótica a comprarla, va a ser interesante utilizarla en este momento.

—¿Qué...

—Shh... Calla y obedece.

—¿Qué demonios...?

—Te va a gustar. Confía en mí.

—Eso es trampa.

—Nunca he dicho que juegue limpio.

Se mueve incómoda los primeros minutos, aunque se conforma y comienza a comer. Pero el tenedor cae sobre el plato con un estruendo cuando acciono el mando y la bolita demoníaca comienza a vibrar dentro de su coño.

—¡Joder! —gime ante la impresión.

—Esa boca... preciosa. No querrás que todos se enteren de lo que pasa... ¿verdad?

—¿Te has vuelto loco? Quítame eso ahora mismo.

—Ni hablar. Veinticuatro horas de placer, ¿recuerdas? Eso se queda donde está.

Continúo comiendo como si no pasara nada, pero mi sonrisa perversa me delata, cada vez que ella se remueve, gime o se convulsiona recorrida por un orgasmo. Me mira con fastidio, pero sé que cuando me pille a solas va a vengarse de mí, y eso me pone tan cachondo...

Conseguimos terminar la cena sin incidentes y cogemos un taxi para llegar a casa. Pero no puede esperarse ni un solo minuto, y en el ascensor me coge de las solapas de la camisa y me besa con pasión descontrolada.

—Mmm... gatita ardiente... tranquila.

—¿Tranquila? ¿En serio crees que puedo estar tranquila después de lo que me has hecho?

—Te ha gustado, reconócelo.

—¡Sí! Por supuesto que me ha gustado, Derek, pero...

—Entonces cállate y bésame.

Se me abalanza de nuevo para devorarme. Dios... cómo me gusta su vena salvaje. Salimos a trompicones del pequeño habitáculo y por pura suerte atino a meter la llave en la cerradura.

Apenas cierro la puerta, nos desnudamos con prisa, la tumbo en la encimera de la cocina y me la follo como llevo queriendo hacer toda la noche. Me posiciono entre sus cremosos muslos y de una sola estocada me entierro en ella igual que mi lengua lo hace en su boca, saqueando, devorando, succionando su lengua con hambre.

Comienzo a mover mis caderas, dándole estocadas secas, certeras, llegando al límite de mi cordura. Con una mano acaricio sus preciosas tetas, pellizco sus pezones erectos, aprieto su carne sensible. Con la otra mano rodeo su clitoris con cuidado, apenas rozándolo, y lo pellizco con fuerza, haciendo que llegue al orgasmo y me arrastre a mí con ella.

Me derrumbo sobre ella saciado, cansado, con la respiración acelerada. El latido desenfrenado de su corazón retumba en mi oído y sus manos recorren mi pelo en suaves pasadas cariñosas, que están derrumbando mis reservas, desestabilizando mis demonios.

Levanto la cabeza y la veo mirándome con sus ojos cristalinos, sonriendo, e instintivamente le devuelvo una sonrisa tierna, satisfecha.

—Eso ha sido...—suspira ella.

—Un polvo impresionante—la interrumpo.

Capítulo 7

Me despierta un suave roce en la mejilla. Abro los ojos lentamente y me encuentro con su mirada azul, tan dulce, tan femenina como ella. No puedo evitar estirar la mano para acariciar su mejilla, y ella cierra los ojos y ladea la cabeza como una gatita mimosa.

—Hola —susurra un segundo antes de besarme suavemente.

—¿Qué hora es?

—Tranquilo, solo son las doce de la noche, pero es que tengo un poco de hambre.

—Ven, preciosa —digo levantándome—. Preparemos un sándwich.

Tiro de ella suavemente y la levanto de la cama. Le paso mi camisa por los brazos y le abrocho los botones despacio, rozando su piel con mis nudillos, viendo como se eriza con mi tacto. Me pongo un pantalón de pijama y la llevo a la cocina cogida de la mano.

Preparamos un par de sándwiches entre risas y bromas. No puedo evitar la tentación de mancharle la nariz con crema de cacahuete para lamérsela después. Ella me imita embadurnándome una tetilla... y su lengua peligrosa me arranca un gemido sordo cuando elimina la crema.

Jamás había compartido con una mujer un momento tan normal... y a la vez tan íntimo. Preparar un sándwich en pareja es toda una experiencia para mí, y realmente me ha encantado ese momento. Nos sentamos en el sofá a devorar nuestra cena, porque en el restaurante no hemos comido ninguno de los dos, y un silencio reparador nos envuelve. Termino mi bocadillo, me tumbo apoyando la cabeza en sus piernas y cierro los ojos, suspirando satisfecho.

—¿Quién te hizo daño, Derek?—me pregunta de repente.

La pregunta me pillas por sorpresa. Me tenso, porque se ha acercado a la verdad más de lo que me gustaría, pero me hago el inocente y la miro con el ceño fruncido.

—¿Daño? Nadie, Gabrielle. ¿A qué viene esa pregunta?

—Eres tierno, cariñoso, divertido, pero te escudas tras esa máscara de hombre duro e inalcanzable, y quiero saber por qué.

—En mi profesión veo tantos divorcios a causa de las infidelidades que han hecho que me plantee mis prioridades en la vida. Prefiero lo que hago, acostarme con una mujer viviendo el día a día sin pensar en el futuro, a darme cuenta un día que la mujer que me ama tiene el corazón hecho pedazos por mi culpa —es una verdad a medias, pero tiene que servir.

—También puedes ser tú quien salga herido.

—Mírame, Gaby... quiero follar a todas horas. Incluso ahora, estando aquí sentados, me muero de ganas de enterrarme en ti de nuevo. Ninguna mujer puede aguantar eso durante mucho tiempo. Es un ritmo demasiado duro de soportar.

—Si te ama te querrá tal como eres. Además, no creo que sea nada malo que desees a tu mujer.

—El problema es que no deseo a una única mujer, cariño. Nunca lo he hecho.

“Hasta ahora”, me grita mi corazón. Solo tengo que decir esas dos palabras y sé que será mía para siempre, se ve a leguas en sus preciosos ojos cristalinos. ¿Pero es eso lo que deseo? Se supone que con una noche debería bastar, que mañana podré follarme a cualquier otra, pero en mi fuero interno sé que no es así.

Ella se ha quedado cabizbaja, triste, y me parte el alma verla así. Necesito que sea feliz, que se ría, no que esté destrozada por mi lengua viperina.

—Ey... —le digo levantándole suavemente la cabeza— Disfruta del momento y no pienses en mañana, ¿de acuerdo?

Asiente con una sonrisa y sigue comiéndose su sándwich. Menos mal, no quería fastidiar el momento de esa manera.

—¿Te apetece ver una película?—pregunto para cambiar de tema.

—¡Claro!

Ni siquiera le pregunto cuál quiere ver, sé perfectamente la que quiero que vea. Una de miedo, para que se pegue bien a mí y poder así disfrutar de su cuerpo de nuevo. Pero la muy descarada disfruta tanto como yo con dichas películas, y en vez de acurrucarse sobre mí se acerca a la tele y se sienta en la alfombra con el tazón de palomitas en el regazo.

Cada vez me gusta más. ¡Joder! No sé cómo voy a volver a mi vida después de esta noche. Me siento a su lado a ver la película, aunque en realidad solo puedo mirarla a ella, tan preciosa, tan viva, tan... ella.

Es tan distinta a las demás... Me desafía, me hace perder el control... pero me sigue el ritmo, es tan apasionada como yo. La miro de nuevo a la cara para descubrir que me está mirando, sexy, apasionada, mi pequeña diablesa gatea hacia mí por la alfombra, y a un suspiro de mis labios, tan solo me susurra una palabra.

—Fóllame.

Acabo de quedarme en estado de shock. En mi vida he visto algo tan deliciosamente erótico como ella en este justo momento. La preciosa, dulce e inocente mujer que conocí en la parada de autobús ha desaparecido para dar paso a una diablesa con las uñas afiladas...

—¿Cómo has dicho?

—Necesito que me folles, Derek. Fuerte, duro, hasta el fondo.

—Joder, nena... me pones a mil.

La aprisiono entre mis brazos con fuerza, devoro su boca, su cuello, su hombro... succiono el lóbulo de su oreja con cuidado, desatando en ella escalofríos de puro placer. Pero lo quiere duro, y pienso hacer todos sus deseos realidad en el tiempo que nos queda.

La llevo en brazos al dormitorio y la pongo de pie junto a la cama. De un solo tirón arranco los botones de la camisa que le he puesto, que me encanta como le queda, tapando solo lo justo, dejando las curvas de sus glúteos al descubierto.

Aprisiono un pecho entre mis dedos y con mis dientes muerdo el pezón sonrosado, chupándolo después, succionándolo para saborear el sabor de su piel. La empujo para que caiga en la cama y me sitúo a horcajadas sobre ella. Le sostengo las manos por encima de la cabeza y devoro su boca, que se mueve desesperada por la mía, mientras su sexo se restriega por mi polla, que lleva erecta desde que he escuchado la sucia palabra escapar de sus labios.

Del cajón de la mesita saco dos corbatas, y ato sus manos al cabecero. Voy a hacerla retorcerse, desearme como jamás deseará a otro... La sola idea de que otro hombre acaricie su piel me enerva, me provoca, y descarto el pensamiento antes de cometer una tontería.

—Derek... ¿Qué estás haciendo? —me pregunta extrañada.

—Lo quieres duro, pequeña... y es lo que te voy a dar.

—Pero...

—Shh... Tranquila. Déjame seducirte.

Levanto sus piernas hasta apoyar sus tobillos en mis hombros, y mi lengua se pierde entre los pliegues húmedos de su sexo, que clama por aliviar el dolor que siente. Lamo con ímpetu, muerdo su clítoris rozando el límite del dolor, y con un solo movimiento introduzco tres dedos dentro de su coño.

—¡Oh... joder... Derek!

—Eso es... preciosa... vamos... dame ese orgasmo.

Mis palabras desencadenan los espasmos que la llevan al paraíso, y siento sus fluidos inundar mi boca, dulces, calientes... deliciosos.

Me sitúo entre sus muslos abiertos y me empotro en ella con fuerza, hasta el fondo. El Paraíso no puede ser nada comparado con esto... Su coñito está caliente, prieto, húmedo... justo como a mí me vuelve loco. Comienzo a empotrarme en ella cada vez más y más deprisa. Ella intenta moverse, pero las ataduras de sus manos se lo impiden, y se retuerce frustrada entre mis brazos.

—¡Dios... por favor... necesito tocarte!

—No, gatita traviesa... si me tocas el juego terminará antes de que empiece lo bueno.

—¿Lo bueno? ¡Dios! ¡Vas a volverme loca!

—Ese es el objetivo, pequeña.

Le doy la vuelta de manera brusca y me tumbo sobre su espalda. Muevo mi polla entre sus pliegues, sin entrar, sin darle lo que quiere. Aumento el recorrido de mi miembro hasta su culito prieto, virgen. Su cuerpo se tensa, pero sé que me lo dará si se lo pido.

—Me has puesto demasiado cachondo, ángel... quiero probar este culito delicioso.

—Pero yo nunca...

—Tranquila.

Su cuerpo se tensa, sus piernas se cierran y ese culito provocador se aprieta hasta límites insospechados. Pero necesito entrar en ella, en su culito suave, y follarla hasta el amanecer.

—¿Confías en mí, Gabrielle?

—Claro —susurra.

—Te prometo que no voy a hacerte daño, pero tienes que permitirme entrar. Voy a hacerlo despacio, ¿de acuerdo? Créeme, te gustará.

Paseo mi lengua por su espalda, lamiendo todas sus pecas, entrando en el hueco de sus dulces cachetes, para pasarla lánguidamente por la abertura de su culo. Lamo su ano despacio, lubricándolo, tentándola a relajarse, y con mis dedos expertos acaricio el botoncito travieso que quiere escapar de su confinamiento.

Sustituyo mi lengua por las bolas chinas que compré para ella, y las introduzco despacio, poco a poco, intentando que se relaje.

Tras lo que parece una eternidad, entra la primera de ellas, y Gaby suspira, no sé si por el alivio o por el placer que le espera. Cuando por fin consigo que ambas bolas estén dentro de su culo, la penetro suavemente y pongo en marcha el mecanismo.

¡Oh, joder! La vibración de las putas bolas se siente más de lo que imaginaba, y hace que follármela sea una tarea titánica. Quiero que esto dure, quiero llevarla al orgasmo tantas veces que pierda la cuenta. Comienzo a moverme despacio, dentro fuera, dentro fuera, pero sus gemidos están a punto de hacerme perder el control.

—¡Oh, Derek! ¡Dios... sí! ¡¡Por Dios... qué rico... me encanta... voy a correrme!!

—Vamos, nena, córrete para mí. Hazme feliz, cielo.

Su orgasmo la arrasa, me estruja, y las bolas chinas vibran tan cerca de mi polla que estoy a punto de correrme con ella. Por eso salgo despacio, y sustituyo mi polla por mi lengua, deleitándome con los flujos de su orgasmo, tan suave, tan delicioso para mí.

Ella no deja de gritar, de convulsionarse, el orgasmo no termina, y con un par de lamidas a su coñito chorreante vuelve a correrse.

—¡Sácalas, Derek! ¡Por Dios, sácalas!

Hago lo que me pide, pero sustituyo las bolas por mi polla, que entra tan... tan

despacio... joder, si su coñito es el paraíso, su puto culo es el infierno. Tan apretado... no voy a durar ni un asalto.

Tras lo que me parece una eternidad, estoy enfundado en su culo hasta la empuñadura. Mi respiración se acelera, mi cuerpo se tensa por las ganas de moverme de nuevo.

—Ya está cielo. ¿Te duele?

—No... Es incómodo, pero no me duele.

—Perfecto. Ahora voy a moverme despacio. Si te duele dímelo y paro.

Pego mi pecho a su espalda, y cuelo una mano por debajo de su cuerpo para introducirle un dedo en su canal mientras acaricio el clítoris con el pulgar. Un pollazo, dos, tres... y entro en combustión. Mi pulso se acelera, mis músculos se tensan, de mi garganta surge un rugido... y me corro sin remedio.

Caigo sobre su espalda jadeante, temblando, las emociones han podido conmigo. Llevo toda la noche follándomela, pero esta vez ha sido... diferente. Ahora mismo me siento... perdido. Esa es la palabra exacta. Perdido en su sabor, en su olor... perdido en ella. Y maldita sea si quiero sentirme así.

Le desato las manos y me alejo de ella. Voy a prepararme un café, a ver si se me despeja la mente, aunque sé que no va a servirme de nada. Apoyo las manos en la encimera y dejo caer la cabeza, hundido, perdido en unas sensaciones que jamás habían arrasado mi conciencia, mi alma.

Es la primera vez que mi bestia sale a pasear con ella. He intentado contenerla, he intentado mantenerla presa entre los muros de mi mente, pero escucharla pedirme que la folle ha derribado todas las defensas. Sé que he debido hacerle daño, pero mi pequeño ángel ha aguantado estoica mi rudeza, y yo he caído rendido a sus pies.

Ahora mismo me siento miserable. He utilizado a la única mujer que me ha hecho sentir a salvo como a una vulgar puta, en vez de tratarla como la princesa que es, y sé que eso va a matarme poco a poco.

Ella se acerca por detrás, me abraza y llena de dulces besos mi espalda tensa. Y yo me derrito por completo. No sé qué tiene esta mujer, pero va a ser mi perdición.

Me vuelvo despacio, y la envuelvo en mis brazos para besarla con ternura. Una ternura que no sabía que poseía, pero que ella ha sabido encontrar fácilmente. La cojo en brazos y la llevo de vuelta a la cama, donde me dedico a homenajearla con besos suaves y caricias sutiles hasta que ambos caemos en un profundo y reparador sueño.

Capítulo 8

Me despierta el suave roce de su cabello en la nariz. Apenas son las ocho, y me destroza que nuestro tiempo juntos haya llegado a su fin. Sus pestañas aletean ante el roce de mis manos en su espalda, y sus labios dibujan una sonrisa perezosa dedicada a mí en exclusiva.

—Buenos días, Derek —susurra adormilada.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

—Como un lirón... pero hemos desperdiciado demasiado tiempo durmiendo

—contesta bajando triste la mirada.

—Quédate.

—¿Cómo has dicho?

—Por favor, quédate conmigo.

Las palabras salen de mis labios antes de darme cuenta de ello. Jamás he suplicado, jamás le he pedido a una mujer pasar más tiempo con ella. Siempre han sido ellas las que me han rogado, las que me han suplicado un poco más de atención, y siempre me he negado a ello.

Y eso es precisamente lo que acabo de hacer. Estoy suplicando, mendigándole unas horas más, porque no estoy seguro de que haya sido suficiente el tiempo que he pasado con ella.

—No, Derek. Quedarme implicaría algo para lo que no estás preparado.

—Gaby, estoy más que preparado para pasar otro día contigo. Es más, necesito pasar otro día contigo.

—Un día, una semana... ¿Y después qué?

—No pienses en el después, piensa en el ahora, en lo bien que lo hemos pasado y lo bien que lo pasaremos hoy.

—Quizás tú estés preparado para pasar una noche más conmigo, Derek, pero yo no estoy preparada para terminar con el corazón hecho pedazos, que es lo que ocurrirá si me quedo.

—Pero... —silencia mis ruegos con un beso suave.

—Derek, no lo estropees. Quedémonos con el bonito recuerdo de lo que ha pasado entre nosotros. Por favor, llévame a casa.

—¡De acuerdo, maldita sea! Te llevaré a tu casa... después. Llevo veinticuatro horas follándote, ángel... ahora voy a hacerte el amor.

Me tumbo sobre ella con cuidado, apoyando mi peso en los antebrazos, y comienzo a darle besos suaves por la frente, los párpados, las mejillas... Recorro lentamente sus labios con la punta de mi lengua, incitándola a abrirlos, y recorro cada recoveco, cada centímetro de esa boca que me ha vuelto loco durante toda la noche. Ella me abraza suavemente, y sus tiernas caricias por mi espalda me están dejando sin fuerzas. Paseo mi boca lujuriosa por su cuello, su hombro... hasta llegar a sus preciosos pechos, esos que jamás podré olvidar.

Vuelvo a saborearlos para mantener en mi mente el recuerdo de su tacto y su sabor... ella gime, comienza a retorcerse, y continúo mi descenso por su piel de seda, hasta llegar a mi hogar, a ese coño delicioso que me ha sabido calmar, que ha sido mi puerto, mi guía, el único lugar en el que me he sentido completamente a salvo.

Succiono su clítoris suavemente, alternando lametazos con suaves besos, e

introduzco lentamente mi lengua en su canal húmedo, caliente por mis caricias. Asumo un ritmo lento, cadencioso, con el que voy a llevarla al límite. Su cuerpo se arquea, sus piernas aprisionan mi cabeza entre sus muslos y sus manos me aprietan contra su sexo, ávido de más.

—¡Dios... Derek, sí... más rápido! ¡Por favor... necesito más!

Sigo succionando su clítoris e introduzco mis dedos dentro de ella. Comienzo a moverlos lentamente, en un vaivén enloquecedor, guiado por sus gritos, que van *in crescendo* hasta que con un espasmo, mi dulce ángel llega al orgasmo.

La dejo descansar unos minutos, en los que me recreo subiendo por su estómago, sus pechos, su cuello... hasta llegar a su dulce boca y perderme en ella.

Suavemente le doy la vuelta, y la tumbo despacio, abrazada a la almohada. Recorro su espalda con mis labios, rozándola apenas, hasta su dulce e irresistible culo. Repito el recorrido en sentido ascendente con suaves besos húmedos, y termino bajando con mi lengua, que se vuelve loca en su oreja, succionando su lóbulo con hambre.

Me tumbo sobre ella, que se tensa a la espera de mi siguiente movimiento. Cojo del cajón de la mesita el aceite hidratante, y sentado a horcajadas sobre su precioso trasero extendiendo el líquido por su espalda, masajeando con mis manos despacio, acercándome a sus costados, rozando apenas sus pechos, embadurnándola por completo.

—Mmm...—ronronea mi gatita con los ojos cerrados.

—¿Te gusta?

—Me vuelve tan loca como lo haces tú.

Sustituyo mis manos por mi pecho, que paseo suavemente por su espalda, y mi polla recorre su abertura, desde el clítoris hasta el ano, y viceversa. Ella ondea su cuerpo buscando la penetración. Le voy a conceder un pequeño adelanto, y en uno de los vaivenes introduzco solo la punta, para después sacarla y volver a mi recorrido.

Continúo con la tortura un poco más, hasta que mi determinación flaquea y entro en ella por completo, gimiendo del placer que siento al estar dentro de ese coñito tan delicioso.

Mis movimientos son lentos, adormilados. Ella gime suavemente, laxa, y se agarra fuerte a la almohada, mientras yo la agarro a ella fuertemente contra mi cuerpo. Necesito sentirla cerca, fundirme con ella, convertirnos en un solo ser.

El orgasmo de ella se acerca, puedo sentirlo, y aumento el ritmo de mis embestidas. Su sexo me exprime, se convulsiona, ella se tensa, y su orgasmo desencadena el mío, fuerte, intenso... aterrador.

Me despierto de nuevo pasado el mediodía. Ella duerme tranquila a mi lado, como un ángel caído, destrozada después de aguantar mi ritmo mucho más de lo que esperaba. Podría quedarme la vida así, tan solo viéndola descansar, pero no puedo retrasar más lo inevitable.

La despierto con suaves besos en la mejilla, el cuello, el hombro... hasta que sus ojos vuelven a abrirse y su boca cobra vida brindándome otra de sus inimitables sonrisas.

—Hola —suspira adormilada.

—Hola princesa. Es la hora.

En sus ojos se refleja la tristeza que siente mi alma, pero aparta la mirada y se despereza antes de saltar de la cama. La observo vestirse, y con cada prenda que cubre su cuerpo se destroza un pedacito más de mi alma. He llegado a conocer su cuerpo mejor que el mío. He descubierto todos sus puntos débiles, sus curvas, valles y depresiones. Conozco su olor, su sabor, el tacto de su piel, el sonido de su risa. Tengo clavados en el alma sus gemidos, sus orgasmos, e incluso sus lágrimas.

Pero he de dejarla marchar. Hicimos un trato y debo cumplirlo, aunque eso me mate por dentro. No soy bueno para ella, y lo mejor que puedo hacer en este momento es alejarme

cuanto antes para que pueda rehacer su vida.

Viajamos en mi coche en silencio, cogidos de la mano, evitando cortar el vínculo antes de lo necesario. No puedo dejar de desviar la vista hacia ella. La noto triste, cabizbaja, sé que todo esto le ha afectado, la ha cambiado por completo. Como a mí. Desde que Gabrielle apareció en mi vida he dejado de ser yo mismo.

Su presencia en mi vida ha hecho que cambie, que mute a un ser nuevo, diferente, desconocido. Sé que no voy a ser capaz de disfrutar con otra mujer ahora que he saboreado el Edén entre sus brazos, mi vida volverá a ser un infierno cuando la deje marchar.

La acompaño al portal, y antes de darle siquiera tiempo de pensar, la aprisiono entre mis brazos y le doy un último beso, para marcarla a fuego y grabarme en la memoria su sabor a pura ambrosía. Aprieto los ojos con fuerza evitando las lágrimas que pugnan por derramarse, apoyo mi frente en la suya y suspiro resignado.

—Ha sido un auténtico placer conocerte, Derek —Sus palabras susurradas son un dardo envenenado que se clava en mi alma.

—El placer ha sido mutuo, Gabrielle —No puedo... no puedo alejarme de ella—. Déjame llamarte mañana, por favor.

—No... Lo mejor es que nos despedamos aquí. Has sido maravilloso, pero mi corazón no resistiría ni un solo encuentro más, no cuando no tenemos ningún futuro juntos.

—¿Estás completamente segura de que es lo que quieres?

—No —contesta sonriendo—, pero es lo más seguro para ambos. Adiós, Derek.

—Adiós, mi dulce Gabrielle.

Veo como se aleja, llevándose con ella un pedazo de mi alma. Tengo el estómago encogido, la respiración agitada... el alma vacía.

Me encamino de vuelta al coche y conduzco como alma que lleva el diablo sin rumbo fijo. Necesito pensar, olvidarla, olvidar lo que ha pasado entre nosotros durante estas veinticuatro horas. Pero antes de que este pensamiento termine de formarse en mi mente sé que eso es imposible.

Me detengo cerca de la playa, y voy caminando hasta las rocas en las que le hice el amor. Me siento en una de ellas y me quedo mirando al horizonte, pensando en lo que la aparición de Gabrielle ha supuesto para este mujeriego empedernido.

Mi demonio interior se rebela, grita, se retuerce, porque al igual que yo mismo se ha vuelto adicto a su olor, su sabor, su tacto. Y yo no puedo hacer nada para remediar el vacío que ambos sentimos por dentro. Le pedí que se quedara, le supliqué, y ella se marchó.

No se lo reprocho. Fui un auténtico gilipollas cuando le ofrecí el trato, pero entonces no sabía lo que era estar con ella. Debería haberla convencido, debería haber insistido en que se quedase conmigo un día más, quizás así podría haberla conservado para siempre.

Para siempre... Es irónico que ahora que la he perdido me dé cuenta de que lo que necesito es precisamente lo que ella me pidió, y yo lo rechacé sin esfuerzo.

Estoy bien jodido... porque acabo de darme cuenta de que no voy a ser capaz de vivir ni un solo segundo sin ella.

Capítulo 9

Estoy sentado en la barra del bar... solo. Ya hace un mes desde que Gabrielle salió de mi vida tal y como había entrado... como una exhalación. He intentado seguir adelante, he intentado olvidarla, pero mi mente no deja de pensar en ella y mi demonio interior clama por volver a sentirla entre sus garras.

Lo he intentado mil veces, he intentado ponerme en contacto con ella de todas las maneras a mi alcance, pero ella jamás me ha escuchado. La he llamado infinidad de veces, pero siempre me salta el contestador. Le he dejado infinidad de mensajes, pero jamás he obtenido respuesta.

Empecé refugiándome en el deporte, pero mi mente viajaba una y otra vez a ella, y terminaba a puñetazos con lo primero que se me ponía por delante. Ahora me refugio en la bebida. Bebo a todas horas, hasta perder el sentido, porque es la única forma de que Gabrielle salga de mi mente por unas horas y pueda descansar en paz.

Hoy he bebido más de la cuenta. Tengo la vista y el entendimiento nublados. Hoy el alcohol no está siendo mi aliado, porque con cada trago de whisky su recuerdo se hace más nítido, más real.

—Hola, guapo. ¿Me invitas a una copa?

Miro de reojo a la mujer que se contonea a mi lado. Es morena, no demasiado alta, muy delgada para mi gusto... y sinceramente no me pone nada. Pero debo hacer algo, o jamás podré sacarme a Gabrielle de la cabeza. La miro sonriendo a través de mi borrachera y me relamo, provocándola.

—¿Qué te parece si nos tomamos esa copa en otra parte? —le comento con picardía.

Ella sonríe coqueta y se toca distraídamente el pelo. Bien... ya es mía. Cada vez es más fácil... y más aburrido. Aunque lo intento, el sexo no ha sido lo mismo desde que se marchó.

Nos montamos en un taxi y la morena se sienta a horcajadas sobre mí sin tener en cuenta al conductor, que nos mira por el espejo retrovisor con desaprobación. El recuerdo de la primera vez que vi a Gabrielle se cuela en mi mente como un intruso, pero lo descarto rápidamente.

Si la que estuviese sobre mí fuese ella no habría pasado de un par de besos, pero me importan una mierda el conductor, la chica y que me vean follándome a una desconocida, así que introduzco mis manos bajo la minúscula falda del vestido, que deja casi al descubierto su tanga de encaje. Hace algún tiempo me volvía loco el encaje... ahora solo me gusta si cubre la piel de Gabrielle.

Lo arranco de un tirón e introduzco dos dedos dentro de ella sin preocuparme de si está o no preparada. Ella se arquea buscando mi boca, pero la esquivo sin disimulo. Ninguna mujer va a mancillar el recuerdo de los besos de Gabrielle.

La masturbo con fuerza, haciéndola gritar desesperada por su orgasmo. Y cuando llegamos a la puerta del hotel la aparto de un empujón de mi regazo y me encamino a coger una dichosa habitación.

Ella me precede al entrar en la habitación, y antes de que tenga tiempo a decir nada la apoyo contra una mesa, de espaldas a mí, y agarrándola fuerte del pelo entiero mi miembro, aún algo flácido, en su interior. Desde que Gabrielle se fue me cuesta empalmarme, solo lo consigo evocando su recuerdo. Así, sin verle el rostro, imagino que es ella la que está

acunándome en sus entrañas, y mi polla comienza a hincharse, mi demonio se relaja, y me dejo llevar por la situación.

Mis investiduras son cada vez más duras, más fuertes. Sé que cuando la suelte voy a tener un buen manojo de pelo en mi mano, y que voy a hacerle un moratón con la mano con la que la tengo asida por la cintura, pero todo me da igual desde que Gabrielle salió de mi vida.

Mi dulce Gabrielle... la mujer que me ha cambiado por completo, que ha hecho de mí un ser inservible para cualquier otra mujer para después abandonarme. Esa mujer que en tan solo veinticuatro horas consiguió cambiarme, hechizarme. El orgasmo se acerca, mi cuerpo se tensa... y su nombre escapa de mis labios entreabiertos cuando me corro.

Salgo de ella sin ni siquiera mirarla. Sé que no lo ha disfrutado, sé que no he conseguido que se corra, pero sinceramente me importa una mierda. Me vuelvo sin tan siquiera mirarla, tiro un par de billetes en la cama y salgo de la habitación tal y como he entrado... perdido en Gabrielle.

Me despierto con un dolor de cabeza monumental en una cama que no es la mía. Miro a mi alrededor... y no recuerdo cómo he llegado a ese lugar. Las paredes y el techo están pintados de rojo, hay cadenas y objetos de BDSM por todas partes, y estoy completamente desnudo. ¿Qué coño hice anoche?

Intento levantarme pero un mareo me lanza de nuevo sobre la cama de sábanas negras justo cuando una mujer de unos cincuenta años entra con una bandeja de desayuno.

—Al fin has despertado —dice sonriendo.

—¿Dónde estoy? ¿Qué...

—Primero desayuna y tómate la pastilla. Después te daré todas las explicaciones que necesites.

Asiento y me incorporo de nuevo para recibir una fuente provista de café, zumo de naranja y un plato con beicon y dos huevos.

Doy buena cuenta de la comida, no he sabido que estaba hambriento hasta que he dado el primer bocado, y la buena mujer aparta la bandeja de mi regazo para sentarse junto a mí.

—Muy bien, Derek, ¿qué necesitas saber?

—Todo —contesto avergonzado—. No recuerdo nada de lo que pasó anoche.

—Soy Jocelyn, la dueña de este local. Te encuentras en el *Infierno*, un club de BDSM, como supongo que habrás deducido por la decoración de la habitación.

—Sí, bueno... no hay que ser demasiado listo para darse cuenta de eso —bromeo.

—Anoche apareciste aquí bastante ebrio, y exigiste una sumisa para jugar. Pero como comprenderás, las normas del club prohíben practicar BDSM en el estado en el que te encontrabas.

—Perfectamente razonable dadas las circunstancias —me siento avergonzado, y lo peor es que no lo recuerdo.

—Debo decir que me costó convencerte de que esperases aquí a la chica, esperanzada de que te durmieras en cuanto te tumbases en la cama, cosa que efectivamente ocurrió. Y aquí has estado desde entonces.

—Discúlpeme por todo el numerito que debí montar... no estoy pasando mi mejor momento.

—Derek... llevo en este negocio el tiempo suficiente como para distinguir a un practicante genuino de un hombre atormentado. Y me temo que tú perteneces al segundo tipo.

—No soy buena persona, Jocelyn.

—Soy de la opinión de que cada uno es simplemente persona. Podemos equivocarnos más o menos y de nosotros depende enmendar esos errores. ¿Puedo preguntarte qué te preocupa?

—Ya te he molestado bastante —intento levantarme—¿Dónde está mi ropa?

—Derek... a veces hablar de ello ayuda. La ropa puedes cogerla en cualquier momento, mi consejo solo ahora.

—Jamás había tenido demasiados problemas con el sexo. Estoy enfermo, soy adicto a él, pero nunca había tenido problemas para saciarme con cualquiera. Hasta ahora.

—Vaya... así que se trata de una mujer.

—Es más que eso... es...

—Siempre te cansabas de las mujeres después de acostarte con ellas y sin embargo no puedes saciarte de ella, ¿es eso?

—¿Cómo lo sabes?

—Una vez conocí a alguien como tú. Era incapaz de estar más de un día con una misma mujer, creía estar enganchado al sexo, pero lo único que le pasaba era que no concebía el sexo sin amor, por lo que no era capaz de atarse a nadie que no amara.

—¿Y qué le pasó?

—Pues que duerme conmigo cada noche y lleva veinticinco años siendo inmensamente feliz a mi lado. No estás enfermo, Derek, solo perdido. Mi consejo es que vayas a buscar a esa chica y consigas conquistarla fuera de la cama. Llévala a cenar, cómprale flores, preocúpate por lo que le gusta... Haz sus sueños realidad, Derek. Merecerá la pena. Y ahora me voy, que el club no se regenta solo. Tu ropa está en la silla. Cierra la puerta al salir, y espero no volver a verte por aquí.

Tras besarme en la mejilla Jocelyn se marcha, y me visto pensando en todo lo que me ha dicho.

Cuando llego a casa me encuentro un escenario digno de una película de terror: las botellas de whisky y ron están tiradas por el suelo, un par de cuadros rotos, los cojines del sofá destrozados y la mesa de cristal del centro hecha añicos.

Debí terminar muy borracho anoche para que mis muebles de diseño hayan terminado de esa manera. Tiro los restos de alcohol que encuentro por doquier en el fregadero, recojo todo el destrozo lo mejor que puedo y me dirijo a darme una ducha para despejarme.

Entrar en el dormitorio trae a mi cabeza recuerdos de Gabrielle, pero los aparto de inmediato para no volver a caer en la desesperación. Debo idear un plan de acción para recuperarla. Jocelyn me ha hecho ver las cosas desde otra perspectiva, y estoy dispuesto a seguir sus consejos con tal de recuperar a mi ángel.

Esa mujer me ha hecho ver la realidad de una manera aplastante: estoy loco por Gabrielle, por tenerla a mi lado, por intentar ser mejor persona para ella.

La ducha de agua helada activa mis neuronas, que seguían abotagadas por el alcohol ingerido en los dos meses que llevo sumido en la desesperación de no tener a Gabrielle conmigo, y tras ponerme algo de ropa salgo a la calle a ordenar de nuevo mi vida.

Esa noche llego a casa destrozado. Las compras no son lo mío, porque normalmente le encargo a mi secretaria que se ocupe de ello o incluso lo hago todo por Internet. Pero el ir de tienda en tienda ha sido una terapia muy favorable para recuperarme y volver a ser yo mismo.

Pido una pizza y me dispongo a ver el partido, pero los recuerdos de Gabrielle acechan en lo más profundo de mi mente para salir de nuevo a atormentarme, así que llamo a

mi mejor amigo, Evan.

—¡No me lo puedo creer! ¿Derek? ¡Tío, cuánto tiempo! ¿Cómo te va todo?

—pregunta sorprendido de oírme.

—Sobrevivo, que no es poco. ¿Tienes planes para ver el partido?

—Pues iba a pedir una pizza, ¿por qué?

—Ya la pido yo. Vente para casa y lo vemos aquí.

—De acuerdo, llevaré unas cervezas.

—Evan... que sean sin alcohol.

—¿Sin alcohol? ¿He oído bien?

—Sí, capullo. Has oído bien.

—De acuerdo, sin alcohol. Ya me explicarás por qué.

Un cuarto de hora después llega Evan seguido de cerca por el repartidor. En cuanto cruza la puerta nos fundimos en un estrecho abrazo. Hacía demasiado tiempo que no nos veíamos, y he de reconocer que le echaba de menos.

—Me alegro de que me llamaras, tío. Llevas demasiado tiempo desaparecido ¿Dónde estabas metido? ¿O en quién, capullo?

—He tenido problemas, pero estoy solucionándolos.

—Supongo que por eso las cervezas son sin alcohol...

—Más o menos.

La noche pasa como una exhalación. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajado como ahora, se me había olvidado lo que significaba tener a un amigo a quien contarle tus problemas.

Cuando el partido termina, con la victoria de mi equipo, Evan se vuelve hacia mí y me observa con una ceja levantada.

—¿Y bien? ¿Vas a explicarme tu desaparición?

—Conocí a una chica.

—Derek... todos los días conoces chicas a las que te llevas a la cama y después olvidas.

—Ella es distinta, Evan. A ella no puedo quitármela de la cabeza. Pero fui un completo gilipollas y la alejé de mí antes incluso de tenerla.

—¿Qué le has hecho? —pregunta algo preocupado.

—Le pedí veinticuatro horas de sexo desenfundado y después de eso la dejé marchar. Y cuando me pidió que me dejase llevar para ver dónde podría llevarnos el estar juntos le dije que no.

—Entiendo... por eso llevas dos meses desaparecido —no es una pregunta, Evan me conoce demasiado bien.

—Llevo dos meses bebiendo como un cosaco, follándome a toda la que se me pone por delante de la manera más despreciable y hundiéndome en la miseria.

—¿Y qué te ha hecho abrir los ojos, macho? —pregunta.

—Esta mañana me he despertado en una cama extraña sin recordar nada. Anoche fui a un club de BDSM borracho como una cuba exigiendo una sumisa... y por suerte la dueña me dejó dormir la mona y no llamó a la policía.

—¡Joder! —su cara es todo un poema, está escandalizado y con razón.

—Debo cambiar, Evan. Debo ser mejor persona, ir a buscarla e intentar convencerla de que vuelva a mí.

—¿Crees que lo conseguirás?

—No tengo ni puta idea, pero tengo que intentarlo. No pienso perderla sin luchar.

—Sabes que te ayudaré en todo lo que pueda.

—Gracias, tío, esto es importante para mí.

Una hora después, Evan se marcha y me encuentro solo de nuevo. Me tumbo en el sofá y cierro los ojos, e imágenes de Gabrielle se cuelan en mi mente como fantasmas al acecho.

Recuerdo perfectamente su sonrisa, esa que me dedicó por entero cuando se despertó y me encontró observándola, sus ojos entrecerrados cuando estaba inmersa en la pasión, sus caricias suaves recorriendo mi piel caliente.

Antes de poder evitarlo estoy masturbándome imaginándola. La veo tumbada en mi cama, estirándose cuan larga es después de un sueño reparador. Veo cómo se apoya en los codos mirándome apoyado en la puerta del baño con una toalla como único atuendo, y como me indica con el dedo que me acerque.

Me veo gateando sobre su piel desnuda, salpicándola de besos perezosos hasta llegar a su boca dulce. Veo cómo tira de mí para tumbarme sobre ella, cómo guía mi erección hasta su sexo y con un movimiento de su pelvis hace que me entierre dentro de ella.

Veó cómo nos movemos al unísono, acompañados al ritmo de un solo corazón, meciéndonos lentamente llevados por la lánguida pasión. Siento sus uñas clavarse en mi espalda, su lengua jugar con la mía... siento que el orgasmo me arrasa e imagino que en algún lugar ella lo está compartiendo conmigo.

Capítulo 10

Llevo tres semanas sobrio... y célibe. No sé cuál de las dos adicciones está costándome más trabajo controlar, pero mi vida está siendo una puta mierda.

Me refugio en el trabajo para no pensar en nada, pero Gabrielle siempre está presente en mis pensamientos... y quiero que siga siendo así, porque es quien me está dando las fuerzas necesarias para continuar.

Machacarme horas y horas en el gimnasio con Evan también me ayuda bastante. El esfuerzo físico y los retos que me pone el capullo de mi mejor amigo hacen que mi mente permanezca en blanco por unas horas. A pesar de todas las mujeres que se contonean ante mí, que me ponen el culo en la entrepierna con cualquier excusa, no caigo en la tentación. Tengo muy claro mi objetivo y no pienso estropear lo que llevo conseguido por un mal polvo. No hay nadie igual que Gabrielle.

He decidido ir y venir del trabajo a pie, me sienta bien observar a la gente dirigirse a su rutina diaria. Estoy aprendiendo a descifrar a las personas que se cruzan en mi camino, y también me está sirviendo para conocerme mejor a mí mismo.

Hoy he salido del bufete antes de lo habitual debido a que el caso que tengo entre manos se ha resuelto de mutuo acuerdo, así que he decidido dar una vuelta por el centro y entrar en algún restaurante a comer. Y de pronto... ahí está ella.

Gabrielle... aún no se ha percatado de mi presencia, y camina directamente hacia mí sin despegar la vista del teléfono. Lleva prisa, porque su paso es bastante rápido, y la noto preocupada. Justo antes de que choque contra mí la sostengo suavemente de los hombros, y ella me mira avergonzada, y después sorprendida.

—Derek... —su voz es apenas un susurro.

—Hola, Gabrielle. Deberías mirar por dónde vas —bromeo.

—Lo siento... ando un poco distraída. ¿Cómo te va todo?

—Bueno... digamos que estoy volviendo a encauzar mi vida después de un tiempo perdido. ¿Y a ti?

—Como siempre... muy liada en la floristería.

—¿Algún problema? Te noto preocupada...

—Nada que no tenga solución. Una remesa de flores que no llega. Y son para una boda, así que debo solucionarlo cuanto antes.

No puedo apartar los ojos de ella. Está tan preciosa como siempre, con su pelo castaño recogido en lo alto de la cabeza dejando a la vista ese cuello que tantas veces besé aquella noche. Incluso con los vaqueros y una camiseta ancha está tan apetecible como siempre.

Sin poder evitarlo me acerco más a ella. Necesito oler su adictivo olor, llenarme de él. Mi polla reacciona ante su cercanía, la reconoce y ansía volver a enterrarse en ella.

—Estás preciosa —digo muy cerca de su oído—. Mucho más de lo que recordaba.

—Gracias, Derek. Debo irme... —responde algo nerviosa.

—Déjame invitarte a un café... tenemos que hablar.

—Creo que eso no es buena idea después de...

—Gaby... es solo un café —suplico—. Creo que al menos nos debemos eso.

—Eh... está bien. Pero un café rápido. Debo volver al trabajo.

Nos acercamos a una cafetería cercana, y pedimos nuestros cafés. El momento me recuerda a otro similar, en el que tanto la cafetería como nosotros éramos distintos.

Observo a mi ángel redentor con detenimiento. Sigue tan guapa como siempre, pero sus ojos no son los mismos. Su mirada es triste, vacía. Sé que es por mi culpa, por haber sido un auténtico gilipollas y haberme negado en su momento lo que tanto anhelo ahora mismo: estar con ella.

Acaricio suavemente su mano, y el corazón se me resquebraja cuando ella la aparta.

—¿Qué has hecho en este tiempo, Gaby?

—Pues... trabajar, Derek. Trabajar e intentar olvidarte.

—¿Querías olvidarme? —su respuesta me ha sorprendido... no creí que ella sintiese algo por mí.

—Supongo que para ti ha sido muy fácil pasar página, pero lo que pasó entre nosotros significó muchísimo para mí, y no consigo hacerlo aunque quiera.

—¿Crees que ha sido fácil? ¿En serio? —una carcajada amarga escapa de mis labios— Gabrielle... me he tirado dos putos meses borracho, sin recordar por la mañana lo que hice la noche anterior. Llevo tres semanas intentando ser mejor persona, intentando ser digno de una mujer como tú, y cuando lo consiga, cuando supere mis adicciones y mis gilipolleces, voy a volver a buscarte.

—Quizás sea tarde entonces. Quizás sea tarde ahora.

—No dudes ni por un solo segundo que las veinticuatro horas que pasamos juntos han sido las mejores de mi vida, Gabrielle, y si tengo que luchar por recuperarte lo haré.

—¿Te has parado a pensar que quizás yo no quiera estar contigo?

—No lo dices en serio —mi alma helada acaba de romperse en mil fragmentos.

—He pasado un auténtico infierno durante este tiempo sin poder olvidarte, sin poder sacarte de mi cabeza. Y justo el día en el que me levanto con la determinación de pasar página me choco contigo. Esto debe ser una broma pesada del Universo que confabula contra mí.

—Quizás es nuestro destino, Gaby. No podemos luchar contra eso.

Gabrielle se levanta de la mesa y me mira con tristeza. Esa mirada se clava en mi alma como miles de cuchillos afilados.

—Te pedí que nos dieras una oportunidad y te reíste. Tuviste la oportunidad de

conservarme a tu lado y la dejaste escapar. ¿Qué ha cambiado, Derek?

—Yo... yo he cambiado.

—No te creo, Derek. Una persona no es capaz de cambiar de la noche a la mañana.

—Es posible si encuentra el aliciente adecuado, y tú lo has sido para mí.

—Pues vas a tener que demostrarlo, y mientras lo haces yo voy a seguir con mi vida.

Adiós, Derek.

—No, nena... Adiós jamás. Mejor hasta pronto.

Mi demonio interior grita por ella, me exige que la persiga, la silencie con mis besos y la posea en el acto, pero mi parte racional sabe que debo dejarla escapar. Aún no está preparada, y la verdad es que yo tampoco.

Después de oírla decir que ha intentado olvidarme mi mundo se tambalea. Que ella sienta la necesidad de hacerlo significa que no ha sido inmune a mí, que esta locura que siento, la siente ella también. Y saber que siente algo por mí me da esperanzas, unas esperanzas renovadas que me hacen seguir adelante.

Salgo del local y me encamino de vuelta a mi casa, hoy mucho más animado de lo que he estado desde que Gabrielle se fue. Al menos ahora sé algo que antes no sabía: Gabrielle me quiere, y también me necesita tanto como yo a ella, aunque se niegue a reconocerlo.

Realmente voy por el buen camino.

Capítulo 11

Son las nueve de la noche y me encuentro bajo la ventana de Gabrielle. Hace ya un mes de nuestro encuentro fortuito, y mis adicciones están superadas, sobre todo mi adicción al sexo. Sin ella ya no tiene sentido.

He conseguido superarlo, he conseguido que mi demonio interior no salte cada vez que veo unas buenas tetas o unas piernas largas, y todo es gracias a ella.

Durante este mes separados me he dedicado a mí mismo, a descubrirme y saber qué espero de la vida. Me he apuntado a yoga, a boxeo e incluso a clases de cocina. He dedicado mi tiempo a mí mismo, y me ha servido de mucho.

Ahora me conozco mejor a mí mismo, pero eso no quiere decir que no haya pensado en Gabrielle. Ni un solo minuto ha salido de mi mente, y mucho menos de mi alma. Varias veces la he observado en la distancia, alimentándome de su visión, respirando tranquilo cada vez que llegaba a casa a sola, porque su soledad es mi esperanza.

Es por eso que estoy esta noche aquí, apoyado en mi coche mientras espero atisbar un retazo de la mujer a la que he entregado mi cordura. Observo como un imbécil la luz de su ventana esperando las migajas que quiera regalarme sin saberlo. Hoy solo consigo ver su silueta, pero con eso me basta.

Ya no puedo esperar más, necesito tenerla entre mis brazos, pero tengo que prepararlo todo al milímetro para poder conquistarla como ella se merece. Nunca he sido un caballero, pero por ella lo intentaré.

La luz de su apartamento se apaga, y respiro hondo antes de darme la vuelta para alejarme creyendo que se ha ido a dormir, pero me paro en el sitio cuando veo a Gabrielle salir del portal.

Está realmente impresionante. Lleva un vestido negro que cae sugerente por una silueta que tan bien recuerdo y tanto ansío, y esos tacones de aguja rojos que me vuelven loco. Apenas lleva un poco de maquillaje, pero sí el suficiente para que cualquiera que no la conozca no se dé cuenta de las bolsas que tiene bajo los ojos.

Me acerco despacio a ella, sin apartar mi mirada de esos ojos tristes, y sonrío cuando ella me ve y da un respingo.

—Cualquiera diría que has visto a un fantasma —bromeo.

—No esperaba ver a nadie, y menos a ti. ¿Qué haces aquí?

—Pasaba por aquí y te vi salir del portal —miento descaradamente.

—¿En serio? ¡Qué casualidad!

—La verdad es que sí, no esperaba verte. Estás preciosa, Gabrielle.

—Derek, me gustaría charlar contigo, pero debo marcharme.

—¿Una cita? —intento parecer amable aunque por dentro ardo de celos.

—Digámoslo así. Voy a un local que me han recomendado.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—El Edén —confiesa en un susurro—. ¿Lo conoces, Derek?

Mi sangre hierve, mi demonio interior grita frustrado, y aprieto los puños hecho una furia.

—No vas a ir allí —escupo con rabia.

—¿Perdona? Te recuerdo que no eres mi novio, ni mi dueño, ¡ni siquiera eres mi amigo! Puedo hacer lo que me dé la gana.

—¿Pero tú sabes lo que es ese local, Gabrielle? Es un club de intercambio.

—Lo sé. Ya te dije que quiero probar cosas nuevas. Voy para ver lo que ofrecen, porque quiero hacer un trío y me han dicho que es un local muy aceptable.

Mi paciencia tiene un límite, y ella acaba de superarlo. La aprisiono contra la pared y dejo mi boca a milímetros de la suya.

—No tienes ni idea de lo que me haces, ¿verdad, nena?

—Suéltame, Derek.

—No puedo... te juro que lo he intentado, pero sabe Dios que no puedo.

Uno mi boca a la suya... y por fin me siento completo de nuevo. Recorro sus labios con los míos suavemente, tanteando, esperando el rechazo, pero Gabrielle no puede evitar rendirse a lo que hay entre nosotros desde aquel día en la parada de taxis.

Cuando sus brazos me rodean la cintura, ahondo el beso, recorro con mi lengua los recovecos de esa boca que tan bien recuerdo, y un gemido se escapa de mi garganta cuando ella me agarra del culo y me aprieta contra su cuerpo. Lo está disfrutando tanto como yo aunque se niegue a reconocerlo.

Mis manos comienzan su avance, recorren suavemente sus costillas para rozar los costados de sus pechos, pero al sentir el íntimo contacto ella me empuja suavemente para apartarme, así que le dejo el espacio que me solicita, sintiendo al instante su ausencia.

—Deberías marcharte —susurra derrotada.

—No parecías tener muchas ganas de que me vaya.

—Lo que yo quiera no importa. Es lo mejor para los dos.

—Mi dulce Gabrielle... no voy a dejarte, no pienso rendirme ahora que soy digno de tenerte.

—Siempre lo fuiste, Derek, eras el único que creía lo contrario. Ahora ya es tarde.

—¡No! ¿Tarde? ¿En serio piensas eso? ¡Si acabas de derretirte entre mis brazos!

—Quiero experimentar cosas nuevas. Quiero explorar mi sexualidad. Y necesito no tener ataduras para ello.

—Explórala conmigo, nena... sabes que conmigo puedes hacerlo.

—Necesito hacerlo con otras personas, Derek. Quiero conocerme a mí misma, ¿es que no lo entiendes?

—Puedes descubrirte conmigo, Gaby. No necesitas estar sola en ello. Yo te puedo guiar sin que corras ningún tipo de riesgo.

—¿En serio? ¿Serás capaz de soportar verme con otro hombre? ¿Podrás soportar que otro me folle mientras tú solo miras?

El dolor, los celos y la rabia deben haberse reflejado en mí cara, porque ella sonrío con tristeza y me acaricia suavemente la mejilla.

—Intentas parecer ser el Diablo disfrazado, pero no eres más que un hombre y sientes como tal. Debo hacer esto sola, Derek. No soportaría hacerte daño.

Por un minuto me quedo allí, parado en el sitio. Mi alma se deshace al pensar que la he perdido para siempre. “¡Lucha por ella!” grita mi demonio interior, “¡Es nuestra y no dejaremos que ningún cerdo la toque!”.

Me quedo mirando hacia donde ella se ha ido. Aún puedo distinguir su silueta en la penumbra. Mi alma grita “mía”, y mi determinación resurge y me hace que vaya tras ella.

El Edén es un local bastante singular situado en el casco antiguo de la ciudad. La decoración no difiere de la de cualquier otro pub: luces tenues, colores oscuros y música a tope. Lo peculiar es lo que ocurre entre sus cuatro paredes.

Se trata de un club sexual. Así, sin florituras. Lo mismo puedes encontrarte salas para

intercambios de parejas, para sexo dual o incluso algo de sexo duro. Lo sé porque he venido infinidad de veces con Evan a explorar las opciones que el club nos ofrecía.

En cuanto entro por la puerta me dan una máscara veneciana de color negro, que me pongo encantado. Así Gabrielle no podrá descubrirme.

A la derecha está la barra, en forma de L, y un par de mesas altas ocupadas por unas cuantas parejas. A la izquierda está la pista de baile y unos pocos sillones repletos de gente entrando en faena, y al fondo hay una puerta que da a la parte destinada al sexo.

Gabrielle se acerca a la barra, y tras unas palabras con el camarero, este asiente sonriente y la acompaña por la maldita puerta. No tardo ni un segundo en seguirla, y mi cabreo aumenta conforme vamos pasando las salas que hay a continuación.

A la derecha, un arco en la pared deja ver una habitación rodeada por completo de camas cubiertas de satén negro, cuyo único mobiliario extra es una mesa en el centro de la misma con una bandeja con condones y una caja de pañuelos de papel.

A la izquierda vislumbro infinidad de cubículos con gruesas cortinas negras sobre los cuales hay encendida una luz, roja, verde o amarilla, según las preferencias de las personas que hayan dentro de ser o no molestadas.

Gabrielle entra en una puerta que hay al fondo, y cuando el camarero se marcha y enciende la luz verde me cuelo tras ella. Enciendo la luz roja, no quiero que nadie nos moleste, y miro hacia ella. Está sentada en un sillón de cuero blanco, a mi derecha. A la izquierda hay una gran cama en forma circular y una pequeña puerta que lleva al cuarto de baño, y al fondo de la habitación un par de escalones dan acceso a un inmenso jacuzzi burbujeante. Haría lo que fuera por probar ese jacuzzi con Gabrielle, por hacerle el amor en él.

La noto tan tensa... Estoy seguro de que no es esto lo que quiere, pero su obstinación no la deja ver la realidad. Se retuerce las manos nerviosa, sin percatarse aún de mi presencia, intentando sin éxito parecer una mujer experimentada.

Necesito acercarme, acunarla entre mis brazos y decirle todo lo que siento, pero lo único que puedo hacer es mirarla sin intentar aliviar su tensión y su miedo cuando descubre mi presencia.

—Sé que no debería hablar, pero estoy un poco nerviosa. Es la primera vez que...

—Shh —la interrumpo bruscamente.

Me acerco lentamente a ella, la ayudo a ponerse de pie y acaricio su mejilla suavemente. La echo tanto de menos... desciendo mi caricia por su cuello, y ella aparta la cabeza para darme libre acceso. Poso mis labios en la curva de su hombro con delicadeza, y succiono despacio, activando sus terminaciones nerviosas con cada roce de su piel. Mi corazón se acelera y las ganas de estar dentro de ella empiezan a ser insoportables, pero tengo que hacer esto bien. He de ir despacio para no asustarla.

Con sumo cuidado me coloco tras de mi ángel y continúo mi asalto a su cuello mientras cubro su cintura con mis manos y comienzo el ascenso hasta su pecho.

Sus curvas me encienden, su sabor me embriaga, y cuando mis manos entran en contacto con su redondeado pecho no puedo reprimir un gemido. Siguen tan tersos, suaves y dulces como los recordaba.

Le doy la vuelta y comienzo a desabrochar los botoncitos que cierran su vestido por delante sin dejar de mirarla a la cara. Está tensa, se muerde el labio inconscientemente, y sus manos se retuercen a los costados de su cuerpo.

Acerco mi boca a la suya, pero ella aparta la cara y me susurra que no. Así que vuelvo a mi asalto por su cuello para tranquilizarla. Dejo caer el vestido al suelo, para descubrir que

solo lleva debajo un minúsculo tanguita de encaje negro.

Me quito la camisa y el pantalón tan rápido como puedo, aunque me dejo los bóxers puestos para no terminar demasiado deprisa, y le tiendo una mano para que venga a tumbarse conmigo en la gran cama.

Tras un momento de duda, coge mi mano y se tumba boca arriba en la cama. Me pongo a su lado, y recorro su clavícula con leves pasadas de mi lengua. Ella gime, y sostiene con fuerza mi cabeza contra su piel cuando me doy un atracón con sus tetas. Succiono, chupo y muerdo sus pezones hasta que ella se retuerce contra mí. Introduzco un dedo en el tanga y recorro esa rajita deliciosa, pero aún no está como a mí me gusta: húmeda y dispuesta.

Deslizo mi boca por su estómago, lamiendo cada marca, cada uno de los lunares que tan bien recuerdo, y lamo el encaje de su tanga, que con la presión roza su clítoris, haciendo que gima extasiada por fin.

Le abro las piernas para situarme bien entre ellas, y continúo lamiéndola a través de la tela, pasadas lentas y precisas, hasta que sus jugos corren por sus muslos. La erección que me provocan sus gemidos me es dolorosamente familiar. Echaba de menos tenerla conmigo en la cama.

Me deshago con cuidado de la tela, deslizándola lentamente por sus piernas, y me la follo con la boca como llevo deseando tanto tiempo. Introduzco mi lengua en su delicioso sexo, y gimo cuando sus fluidos inundan mi boca. El recuerdo de aquellas veinticuatro horas inunda de nuevo mi mente para hacer que me dé cuenta de que no es la misma mujer, de que Gabrielle no se está comportando como lo hacía conmigo, y eso me da una satisfacción enorme.

Continúo lamiendo su clítoris hinchado con rápidas pasadas, y ella comienza a convulsionarse esperando la llegada del orgasmo, que tras un par de pasadas más la arrasa haciéndola gritar.

—¡¡Derek!!!

Mi nombre en sus labios hace que me tense, inspiro profundamente y la miro a la cara. ¿Será posible que me haya reconocido? No muevo ni un músculo, espero la recriminación que no llega.

Cuando me percato de que ha gritado mi nombre presa del orgasmo me inunda una oleada de pura satisfacción masculina. Gabrielle está desmadejada sobre la cama, mirando al vacío... y las lágrimas caen por sus mejillas como puñales que se clavan en mi alma. ¿Está llorando por mí?

—Eh... Shh... No llores más —le susurro con voz ronca. Me mata verla llorar.

—Lo siento... es que yo... no puedo.

—Claro que puedes, cielo. Mírame.

—De verdad, perdóname. Lo he intentado pero...

—Gabrielle... mírame.

Al oír su nombre susurrado por mis labios levanta sus ojos hacia los míos. Al principio su mirada parece vacía... pero su alma reconoce la mía, y suspira resignada.

—Debí haber imaginado que eras tú... ¿Qué haces aquí, Derek?

—Gabrielle, yo... he venido a buscarte. Tienes razón, no puedo soportar que otro hombre te toque.

—No puedo luchar contra ti... no soy tan fuerte —me dice derrotada.

—Nena... no quiero que luches contra mí.

—Jamás te han dicho que no, ¿verdad, Derek? Y eso te asusta. Por eso me persigues.

—¿De verdad crees eso?

—¿Y por qué si no? Tú no eres hombre de compromisos, ya me lo dejaste bien claro aquel día.

—Estoy aquí porque no puedo sacarte de mi cabeza, Gabrielle, porque desde que no estás en mi vida me siento incompleto. Porque no soy capaz de seguir adelante si no te tengo conmigo.

—¿Y dónde quedó el hombre que me dijo que disfrutase del momento sin pensar en el mañana?

—Murió cuando te dejé marchar.

Da un respingo ante la crudeza y la desesperación de mis palabras, que seguramente no se esperaba. ¿En serio fui tan cabrón con ella? Me quita la máscara suavemente, y tras deshacerse de la suya, me acaricia la mejilla con el dorso de la mano y me besa. Su beso es tan hambriento y desesperado como los míos, y me rindo completamente a ella.

La abrazo con fuerza, y continuo asaltando su boca, su cuello, su clavícula... ella me tira del pelo para devolverme a su boca, y no puedo esperar más para estar dentro de ella.

Me coloco entre sus muslos y me introduzco en ella tan despacio que duele. Cuando estoy empalado hasta la empuñadura, levanto la cabeza un poco y la miro directamente a los ojos.

—Así es como tenemos que estar, Gabrielle... justo así.

Comienzo mi vaivén desesperado, sin querer perderme ningún detalle de su cara, sus gemidos, sus miradas, porque soy plenamente consciente de que puede ser la última vez que la tenga entre mis brazos.

Ella se retuerce, gime, me clava sus deliciosas uñas en los antebrazos, y me insta a arremeter más fuerte, más profundo. Su sexo me aprieta como un guante hecho a medida, un guante de pura seda que me hace arder. Jamás me había sentido así con ninguna mujer. Jamás había sentido la necesidad cruda de fundirme con ella hasta que su piel se confunda con la mía. Pero Gabrielle es distinta, es todo lo que yo necesito para obtener la redención.

Ella rodea mi cintura con las piernas y me aprieta fuerte contra ella cuando su orgasmo llega y hace que me corra con un grito de placer.

—¡Mía!

Capítulo 12

Llevo largo rato mirando al techo con Gabrielle dormida entre mis brazos. No puedo sacarme de la cabeza que mi intento desesperado porque no sea de otro hombre puede hacer que huya de mí, pero no he podido evitarlo.

Pensar que otro hombre podía tocarla casi me vuelve loco. Necesitaba impedirlo, y pensaba hacerlo sin descubrirle mi identidad, pero al ver esas lágrimas rodar por sus mejillas cuando ha dicho mi nombre han sido demasiado.

Mi pequeño ángel suspira, y se abraza a mí como si tuviese miedo a soltarme. Acaricio suavemente su cabello ondulado, y sus pestañas aletean en sus mejillas un instante antes de volver a caer en un profundo sueño.

Necesito hacer algo, tengo que hacerle ver que soy el hombre que ella necesita, pero he llegado a la triste conclusión de que para ello debe hacer lo que tenía pensado cuando vino a este local: experimentar.

Sé que seré incapaz de verla con cualquier desconocido metiéndose entre sus muslos. Solo de pensarlo mi demonio interior aúlla lleno de ira. Pero sé con quién seré capaz de soportarlo.

La observo mientras duerme, tan guapa como recordaba. Se nota que ha perdido peso, pero sigue siendo un ángel... mi ángel. Beso su frente suavemente y cuando me aparto veo que tiene los ojos abiertos, mirándome con una sonrisa adormilada.

Esa sonrisa aligera un poco más el peso de saber que para recuperarla debo ponerla en brazos de otro hombre. Aunque ese hombre sea el único que conoce mis más oscuros secretos.

—Hola —susurra sonriéndome.

—Hola, preciosa. Deberíamos irnos.

—Lo sé, pero estoy tan a gusto aquí contigo... y no hemos utilizado ese jacuzzi tan maravilloso. Sería una pena irnos sin probarlo —ronronea la muy descarada.

Le sonrío, y tras darle un fugaz beso en los labios doy un salto y comienzo a vestirme.

—No te muevas. Regreso en seguida.

Tras ponerme los pantalones y la máscara voy a la barra para pedir la habitación una hora más. Es una tarea titánica, porque ya estaba reservada y tengo que sobornar al encargado y a la pareja para que me la cedan un poco más de tiempo, pero me he propuesto cumplir todos sus deseos y este es ínfimo comparado con lo que me voy a ver obligado a hacer.

Cuando vuelvo a su lado me la encuentro sentada en la cama mirando el teléfono, que le arranco de las manos y apago antes de unirme de nuevo a ella.

—¡Derek! ¡Era importante!

—Solos tú y yo por una hora... vamos a estrenar esa bañera enorme.

Ella se ríe y se encamina al jacuzzi. Yo disfruto como un enano viendo el movimiento de ese culo perfecto cuando sube los tres escalones que nos llevan a él.

El agua no está demasiado caliente, y enciendo el burbujeo tras echar unas pocas sales al agua. Rápidamente la estancia se inunda de un perfume refrescante, y ayudo a mi ángel a entrar en la enorme bañera. Nos sentamos uno frente al otro, y sonrío encantado cuando ella comienza a provocarme acariciando su cuello con dulzura.

—Así que quieres jugar a ser una diablesa...

—¿Yo? Soy inocente...

—No lo niegues... Te gusta provocarme...

—Ajam —contesta sin dejar de mirarme.

—A este juego podemos jugar los dos.

Comienzo a pasar mis manos por mi pecho, untándolo de espuma, y de su garganta escapa un gemido antes de intentar acercarse a mí.

—No, ángel... has empezado el juego, ahora debes continuar —digo separándome de ella—. Tócate para mí.

—No es justo, Derek... necesito tocarte.

—Nadie dijo que la vida fuese justa. Has jugado con fuego, pequeña... te toca arder.

Tras unos momentos de duda Gabrielle reanuda sus caricias con su sensual sonrisa, y mi mano resbala inconscientemente hacia mi polla, que lleva dura desde que me he deleitado con el bamboleo de su bonito trasero.

Sus malos acarician sus pechos amasándolos, pellizcando sus pezones, apretando la carne entre sus dedos. Mi mano aprieta mi miembro mientras sus pasadas aumentan de ritmo.

—Vamos, nena... pellízcate más fuerte —obedece y jadeo—. Joder, nena... me pones a mil...

Ella baja sus manos por su estómago y llegan a su sexo, pero el agua y la espuma me impiden ver lo que hace.

—Siéntate en el borde y sigue tocándote.

Gabrielle me obedece sin rechistar, y abre sus piernas un poco para poder acceder a su clítoris libremente. Pero necesito verla, necesito ver lo que esconde en su nido sedoso.

—Enséñamelo, nena... ábrete para mí.

Abre sus labios con dos dedos de una mano, y con la otra comienza a recorrer su coñito delicioso con pasadas cadenciosas, de arriba a abajo, y volviendo al principio.

Me relamo muy... muy excitado, y mi mano ha tomado un ritmo delirante, apretándome con fuerza y moviéndose deprisa. Mi otra mano ha bajado inconscientemente y masajea mis testículos suavemente, aumentando vertiginosamente el placer. Necesito correrme, pero quiero que el espectáculo dure mucho... mucho más, así que paro mis movimientos por ahora y cuelgo los brazos por fuera de la bañera.

Gabrielle pasea su dedo corazón por su rajita, lo introduce despacio en su sexo, humedecido por su dulce miel, y lo arquea un par de veces en su interior para volver a su clítoris hinchado.

—Métete dos dedos dentro, nena. Vamos... enséñame cómo te masturbas cuando yo no estoy contigo.

Mi ángel introduce de nuevo un dedo húmedo en su canal, y tras un par de movimientos hacia dentro y hacia fuera, se mete un segundo, y un tercero. Arquea la espalda, tensa sus piernas abriéndolas al máximo y acompaña sus acometidas con el roce de su pulgar en su clítoris hinchado.

¡Joder! Verla así, entregada, excitada y expuesta me calienta la sangre, y tengo que volver a agarrarme la polla, tengo que correrme con ella.

Me pongo de pie sin soltarla y me acerco a dos pasos de Gabrielle. Ella abre la boca instintivamente, y succiona mi miembro con una suavidad delirante. ¡Dios! Ya no me acordaba de lo bien que lo hace... Estoy tan, tan cerca... El roce de sus dientes en mi glándula me catapultó al orgasmo. Intento separarme de sus labios, pero ella me lo impide y se relame traviesa cuando la tormenta amaina.

—Mala... has sido muy, muy mala...

—Te gusta que lo sea.

—No sabes cuánto.

Me arrodillo en el agua, abro sus piernas al máximo y entierro mi cara en su sexo, que está chorreando deliciosa miel caliente. Las pasadas de mi lengua son lentas al principio, pero cuando ella me aprieta la cabeza contra su coñito delicioso mi demonio toma el poder y la succiono con fuerza, con desesperación, alimentándome de sus gemidos, de sus estremecimientos, de sus convulsiones.

Cuando Gabrielle se agarra fuerte a mi pelo y se convulsiona en un orgasmo, me siento sobre mis piernas y la empalo de una sola embestida al tiempo que entierro mi lengua en su boca. El burbujeo del agua acaricia nuestros sexos añadiendo sensaciones al hecho de estar tan unidos, y cuando comienzo mi vaivén ella grita arqueando la espalda hacia atrás, acción que aprovecho para morderle los pezones sonrosados y duros de placer.

Ella me aprieta fuerte contra su cuerpo. Siento dolorosamente bien cómo sus uñas se clavan en mi espalda, y sus piernas me rodean atrayéndome más cerca si cabe. Yo también la necesito más cerca... necesito que mi piel se fusione con la suya, y cuando este pensamiento se forma en mi cabeza el orgasmo nos arrasa y quedamos laxos en el agua, ya fría.

—Esto no significa nada, Derek.

—Lo significa todo.

Estamos tumbados en la cama, esperando que nuestras respiraciones se apacigüen cuando Gabrielle abre la boca. ¿En serio piensa que lo que ha pasado no significa nada?

—Debo irme —dice tras un suspiro.

—Yo te llevo.

—No hace falta.

—¡Por supuesto que hace falta! No voy a dejarte andar sola a estas horas cuando tengo el coche aparcado en la puerta.

—No me debes nada, Derek. Sigo pensando lo mismo que el otro día. Necesito hacer esto sola para poder olvidarte.

—Escúchame bien, gatita revoltosa —La aprisiono contra la cama impidiéndole moverse—. Que no se te pase ni por un momento por esa cabecita loca que tienes que voy a alejarme de nuevo. Soy gilipollas, pero no estúpido, y sé que lo que ha pasado aquí esta noche no es un polvo pasajero. Así que sé una buena chica y acepta que te lleve a casa.

—Eres un creído.

—Lo sé... y también sé que te encanta.

Conduzco hasta su casa en silencio, sin soltar su mano, que acaricia mi muslo cuando debo cambiar de marcha. Una vez en su puerta, la acompaño al portal y la beso suavemente en los labios.

—Mañana te llamo —digo antes de darme la vuelta, pero ella me detiene.

—Derek... quédate esta noche.

—Gabrielle, no sé si es buena idea. Necesitas pensar en todo esto.

—Por favor... quédate —¿Está rogando?

—¿No decías que querías olvidarme? —no entiendo nada.

—Lo sé, pero...

—¿Estás segura?

—No quiero estar sola.

Su ruego es tan desesperado que le paso el brazo por los hombros y sin mediar palabra entramos en su casa. La verdad es que su apartamento no es lo que esperaba de ella. Es un piso pequeño, con una sola habitación y muy pocos muebles antiguos, que parecen haber sido comprados en un rastro. La decoración es escasa, y los pocos adornos que hay son sencillos.

Gabrielle se acerca despacio a mí y comienza a desabrocharme lentamente la camisa, pero no me mira a los ojos, le tiemblan las manos y sé que algo le pasa.

—Gabrielle... Mírame —digo levantando su mirada hacia la mía— ¿Qué te ocurre? Llevas mucho rato callada.

—Ahora me siento un poco avergonzada por lo que ha pasado esta noche.

—¿Avergonzada por qué?

—¿Qué pensarás de mí? Estaba tan desesperada por olvidarte que iba a recurrir a un desconocido para tener sexo.

—Lo hiciste conmigo, nena.

—¡Pero no lo sabía! ¡Cuando me hiciste sexo oral no lo sabía!

—Gaby... me detuviste. Sin saber que era yo me paraste los pies.

—Pero pensaba hacerlo...

—¿Por qué no querías que te besara?

—No quería que nadie me hiciese olvidar tus besos. No quería que nadie mancillase tu recuerdo.

—Nena...

Asalto su boca con una ternura desconocida incluso para mí. Mi dulce Gabrielle... es lo mejor que me ha pasado en mi puñetera vida. Mi lengua entra en contacto con la suya despertando las brasas de la pasión, y ella continúa su tarea de desvestirme.

Pero estar en su casa me hace desear otras cosas, cosas que jamás había podido siquiera soñar. Deseo un hogar, una familia, y la añoranza se instala en mi pecho como un clavo al rojo vivo.

El deseo ha desaparecido por completo, y ella debe notar el cambio en mí, porque se aparta suavemente y me abraza fuerte.

—¿Podemos solo dormir, Derek?

—De acuerdo... la verdad es que estoy algo cansado.

Es la primera vez que compartiré una cama solamente para dormir, y me siento como un niño abriendo su regalo de Navidad. Me dejo los bóxers para no caer en la tentación de volver a enterrarme en ella, y cuando vuelve del cuarto de baño con su camisón blanco de niña buena una sonrisa aparece en mis labios.

—¿Qué? —me pregunta cruzando los brazos sobre el pecho.

—Nada —pero la risa burbujea en mi garganta, y no puedo retenerla por mucho más tiempo.

—Derek...

—Cielo, es que estás tan... virginal... y cualquiera lo diría viendo cómo te mueves sobre mi polla...

—No te rías... no siempre llevo ropa interior sexy —me dice sonriendo.

Yo me he puesto serio de repente. Los pensamientos que me acosan no son para tomárselos a broma. ¿En serio cree que no está sexy vestida así? ¡Por Dios bendito! ¡Si tengo que hincarme las uñas en las palmas para no acercarme a desnudarla!

—¿Sabes, nena? He visto mujeres con todo tipo de lencería dedicada a seducir a un hombre, y jamás me había sentido tan seducido por una como en este mismo momento.

—Mentiroso...

—Estoy hablando completamente en serio, Gabrielle. Pareces un pequeño ángel que ha venido a mi vida para concederme la redención.

Se acerca a mí con cuidado, apoya sus manos heladas en mi pecho desnudo y me besa con una suavidad que me asusta. Es tan etérea que parece un fantasma, y debo abrazarla bien

fuerte para cerciorarme de que es real, y no un producto de mi mente enfermiza.

Cuando nos metemos bajo las blancas sábanas de algodón, la abrazo acercándola a mi pecho y entierro la nariz en su pelo, que desprende aroma a lirios... un perfume ya tan conocido para mí.

Estoy un poco tenso, es una sensación extraña para mí tener a una mujer a mi lado sin pensamientos lujuriosos, pero ella acaricia mi espalda en círculos y me transmite la tranquilidad que necesitaba para poco a poco quedarme completamente dormido.

Creo que es la primera vez en mi vida que consigo dormir tranquilo de una sola vez... sin fantasmas que me asalten.

Capítulo 13

A las nueve de la mañana me dirijo al bufete con paso decidido. Esta mañana me siento mejor que de costumbre. Apenas he pegado ojo en toda la noche, pero tener a Gabrielle entre mis brazos ha sido más reparador que un sueño de ocho horas.

Al irme esta mañana de su casa la he visto tan tranquila, tan en paz, que he sido incapaz de despertarla, pero le he dejado sobre la almohada una nota para que no se preocupe cuando se levante.

Como todas las mañanas, Cristine, mi eficaz secretaria de sesenta años (no quería arriesgarme a tener que despedirla por una noche de sexo cuando monté el bufete tres años atrás), me acerca un café y unas magdalenas de arándanos, mis preferidas.

—Buenos días, Derek, tienes una visita en el despacho.

—No tenía citas para esta mañana...

—Es Evan, que se ha presentado aquí antes de que yo llegase.

—No esperaba que viniese, pero me viene de perlas. Por favor, Cristine, que no me molesten, y no me pases ninguna llamada.

—De acuerdo.

En cuanto entro en mi despacho suspiro resignado. Mi incorregible amigo está bebiéndose mi mejor whisky, reservado ahora para los clientes importantes, repantigado en mi silla con los pies sobre la mesa como si estuviese en su propia casa.

—Baja tus sucios pies de mi mesa de caoba, Evan.

—Creí que tardarías menos en aparecer —espeta tras obedecerme— ¿Dónde demonios estabas? ¿O debo preguntar con quién estabas?

—Creo recordar que no tengo que darte explicaciones de mi paradero diario. Que yo recuerde, sigo siendo mi propio jefe.

—Has estado con ella —su cara de asombro me arranca una carcajada.

—No sé a qué te refieres...

—¡Vamos hombre! ¡No seas cabrón! ¿Tengo o no tengo razón?

—La tienes. Ayer tuvimos una noche un poco complicada.

—Yo no diría que complicada si vienes de dormir con ella.

—Créeme, lo fue. Mi dulce y virginal Gabrielle decidió experimentar cosas nuevas y se fue al *Edén* para follar con un extraño.

—¡Joder con la mosquita muerta!

—No te pases... Por suerte, el soltero disponible fui yo, y no tuve que matar a ningún hijo de puta.

—Deduzco que la cosa terminó bastante bien, dado tu cara.

—Sí, gracias a Dios. Y eso me lleva a otro asunto de suma importancia que debo discutir contigo. Me has puesto las cosas muy fáciles viniendo a verme hoy.

—Sabes que te ayudaré en lo que pueda.

—Gabrielle quiere hacer un trío —suelto a bocajarro.

—¿Qué? ¡Ah, no... Ni hablar! Una cosa es hacerlo con una desconocida, Derek, pero ella es tu chica.

—Aún no lo es, y si quiero recuperarla debo hacerlo. Si quiero que se dé cuenta de lo que podríamos tener juntos tengo que cumplírle esa fantasía. Y te aseguro que me hace tan poca gracia como a ti, pero eres el único en el que confío lo suficiente como para hacerlo.

—Estará buena, ¿no? Ya que tengo que follármela...

Mi sangre hierve, y antes de que pueda siquiera respirar le levanto de la silla cogido por el cuello.

—Como vuelvas a hablar así de ella te reviento la cara.

—Derek... suéltame... ¡Lo decía de coña, joder! Acabas de demostrarme que esto es una puta gilipollez.

—¡Quizás lo sea! ¡Quizás lo único que consigo es alejarla más de mí! ¡Pero estoy desesperado, joder! ¿Es que no lo ves?

—Lo intentaré, ¿vale? Pero no creo que puedas con ello, y en el momento en el que vea el más mínimo vestigio de celos por tu parte me largo.

—Evan... es la mujer de mi vida, y si quiero tenerla debe darse cuenta de que soy lo que ella necesita. Te aseguro que podré con ello.

—¿Y de cuántas veces estamos hablando, Derek?

—No lo sé... quizás con una sola vez baste... o quizás no.

—¿Estás completamente seguro de que podrás con ello, Derek?

—No tengo elección.

—De acuerdo, pues dime cuándo será y allí estaré.

—El sábado en mi casa, sobre las 8. Aún no tengo demasiado pensado el plan de acción, así que te llamaré a lo largo de la semana para ultimar detalles.

—Como quieras.

—Y ahora vete, capullo, que tengo trabajo que hacer.

—Sinceramente, colega, espero que sepas en dónde te estás metiendo con esto.

Dicho esto, Evan se marcha, y yo me quedo solo con mi demonio interior, que está totalmente de acuerdo con que soy un gilipollas, que voy a perder a mi mejor amigo y a la mujer que necesito, que no voy a ser capaz de soportarlo. Pero debo hacerlo por ella.

Durante toda la semana no dejo de darle vueltas a la idea. A veces pienso que es una puta locura y me quedo con el teléfono en la mano para llamar a Evan y decirle que no vamos a hacerlo, y otras veces pienso que es lo único que puedo hacer para estar con ella.

El martes decidí llevarla al cine y a cenar, a una auténtica cita, pensando que eso sería suficiente para estar con ella. Pero no fue así. Ambos estábamos tensos, y la velada fue más una tortura que otra cosa.

Durante la película me dediqué a observarla, a memorizar cada uno de los rasgos de su cara, a robarle algún que otro beso en la oscuridad, y en la cena hablamos de banalidades, aunque lo que realmente necesitábamos era sexo desenfrenado.

Fui un auténtico caballero y la dejé en la puerta de su casa con un beso, un par de caricias robadas y muchas ganas de subir con ella. El resto de la semana ha sido imposible vernos, ambos hemos tenido demasiado trabajo.

Mañana será el día, mañana me pondré a prueba y veré si lo que he planeado será lo acertado o una puta locura que apartará a Gabrielle de mi lado.

Capítulo 14

Hoy es el día en el que pondré a prueba mi determinación, mis celos... y mi cordura. Estamos a sábado, y todo está preparado al milímetro para ella.

El no habernos podido ver apenas en toda la semana ha significado que no he podido hacerle el amor ni una sola vez desde el *Edén*. El antiguo Derek habría aullado frustrado, pero el de ahora está en paz, porque unos minutos en su compañía me dan la paz que tanto necesito.

Es por eso que he quedado con ella antes de que llegue Evan. Tengo pensado seducirla, suavizarla, y aliviarme un poco yo también, pero completamente solos.

Gabrielle llega tan puntual como siempre. Tenemos dos horas por delante antes de que llegue Evan y la comparto con él, pero por ahora es toda mía. Está preciosa, como siempre. Se ha puesto un vestido vaporoso en un tono rosado y unas sandalias de tiras a juego. Apenas lleva maquillaje, y es un detalle de ella que me encanta. Estoy cansado de modelos de revista que cuando se quitan todo el maquillaje parecen otra persona. Lleva el pelo suelto, y sus ondas castañas brillan bajo la luz de la lámpara, atrayéndome como la miel a las abejas. Parece una princesa. Mi princesa.

En cuanto cierro la puerta, la aprisiono contra ella para saborearla, el único placer que he estado disfrutando durante toda la semana. Ni siquiera la estoy tocando, no me fío de mí mismo si lo hago. Apoyo los antebrazos en la puerta, a ambos lados de su cabeza y bajo mi boca hacia la suya.

La recorro con suavidad, explorando sus rincones, y muerdo suavemente su labio inferior, haciendo que su boca se abra con delicadeza. Mi lengua juega con la suya apenas unos segundos, y finalizo el beso antes de no poder contenerme y empotrarla contra la puerta.

—Hoy va a ser un día especial... y quiero que nos lo tomemos con calma, ángel.

—Me encantan las sorpresas —yo sonrío al oírla, porque no se espera lo sorprendente que va a llegar a ser.

—Entonces creo que vas a delirar de placer, cielo.

La cojo de la mano y la llevo a mi habitación. Verla de nuevo en el mismo sitio donde se hizo imprescindible para mí hace que sienta una opresión en el pecho, pero la aparto de mis pensamientos y comienzo a deslizar los tirantes de su vestido por sus suaves hombros.

Beso suavemente su piel, subiendo por su cuello hasta el lóbulo de su oreja, y lo enrojeczo con un pequeño mordisco. Ella gime encantada y se agarra a mi cintura evitando desvanecerse. Vuelvo a besarla, esta vez con más ansias. Mis manos acunan suavemente sus pechos, que han escapado del confinamiento del vestido, y sus pezones se endurecen al contacto de mis pulgares.

Mi ángel siempre está tan dispuesta y receptiva... Esta noche sobran las palabras... Desabrocho la cremallera del vestido, que cae como un río de seda por sus piernas, cubiertas con unas medias sujetas por una liga. Se ha propuesto volverme loco y va a conseguirlo.

La tumbo suavemente en la cama y me coloco a su lado, para poder acariciarla a placer. Resigo con el índice el elástico de las medias, y suelto los cierres de la liga para deslizarlas por su pierna. Lamo con cuidado las marcas que el elástico ha dejado sobre su piel, y cuando se la saco por completo succiono uno a uno los dedos de sus pies.

Repito la operación con la otra pierna, y cuando levanto la vista hacia ella la veo excitada, arrebolada y dispuesta. Me acerco a su tanguita de encaje, a juego con el ligero, y

lo deslizo un poco por las piernas, pero lo dejo a la altura de las rodillas para impedirle separar sus delicadas piernas.

Introduzco el dedo corazón entre los pliegues de su sexo, apenas abierto por las restricciones del encaje, y acaricio su abertura despacio, para cerciorarme de que ya está jugosa, como a mí me gusta.

Me deshago del tanguita y lo guardo en el cajón de mi mesilla, en donde aún descansa el que le quité aquella vez, el que me ha acompañado en mi locura. Me sitúo junto a ella y comienzo mi festín.

Subo mi mano deslizándose por su muslo hasta su cadera a la vez que rodeo sus pezones con mi lengua, consiguiendo que se arquee y gima de gusto. Bajo mi boca hasta su ombligo, donde me recreo con pasadas remolonas, y me sitúo entre sus piernas para mirarla ardiendo de deseo.

—Voy a comerte hasta que te corras en mi boca, nena... ¿te gusta la idea?

—¡Joder, Derek! ¡Cállate y hazlo!

Su frustración me arranca una carcajada. Me encanta cuando se pone agresiva desesperada por correrse... pero acerco mi boca lentamente para succionar su clítoris hinchado. Ella grita, se retuerce, se agarra con fuerza a las sábanas, y cuando le meto dos dedos dentro ella explota en un delicioso orgasmo que inunda mi boca de sus jugos salados.

Me pongo de pie, y la observo respirar con dificultad mientras me desnudo lentamente, para situarme sobre ella y pegar mi cuerpo al suyo, sin penetrarla.

—Pase lo que pase hoy, nena, recuerda este momento.

Me hundo en ella lentamente a la vez que mi lengua se hunde en su boca, y comienzo un movimiento lento, cadencioso, sin separar mi boca de la suya en ningún instante. Es la primera mujer con la que realmente hago el amor. La primera vez fue aquel día, antes de dejarla marchar. Esta vez no pienso cagarla, no pienso dejar que mi demonio la espante de nuevo.

El orgasmo de mi chica está cerca, y sus músculos vaginales me estrujan de una forma tan dolorosamente placentera que cuando ella se tensa yo me corro con ella.

Gabrielle lleva un rato dormida cubierta solamente por una sábana de satén. Llevo largo rato simplemente así, observando su descanso, aprendiéndome su rostro para no olvidarlo mientras viva. Pero la hora se acerca, y Evan llegará de un momento a otro.

La beso suavemente en la mejilla, la sien, la cabeza, y ella aletea sus pestañas antes de dedicarme una de sus preciosas sonrisas. Continúo besándola, esta vez en la boca, acariciando su piel para relajarla, pero la llave en la cerradura de la puerta hace que se siente y me mire horrorizada.

—¿Derek? —pregunta horrorizada.

—¿Confías en mí? —ella asiente— Te dije que iba a cumplir todos tus deseos, así que...

Mi mejor amigo no se acerca, no habla, solo se apoya en el quicio de la puerta y le dedica una de sus encantadoras sonrisas. Ella se muerde el labio nerviosa, cubriéndose con la sábana hasta la barbilla, pero le saluda educadamente antes de posar su mirada suplicante sobre mí.

Su reacción me despierta una ternura enorme. Solo quiero abrazarla, acunarla entre mis brazos y echar a Evan de una puta vez de aquí. Pero sé que debo hacerlo por ella.

—Él es Evan, mi mejor amigo. Nena... no va a pasar nada que tú no quieras que pase, te lo prometo, pero sé que querías experimentar y quiero que lo hagas. Evan y yo ya hemos hecho esto antes, y es la única persona a la que te confiaría.

—Estoy muy nerviosa, Derek —susurra.

—Lo sé... pero conseguiré que te relajes muy pronto. ¿Seguimos adelante?

Mi demonio interior está ansioso porque ella se niegue, por mandarlo todo a la mierda y quedármela para mí solo, pero Gabrielle asiente y nos mira alternativamente a uno y a otro.

Evan me mira, yo asiento, y se sienta en el sillón de orejas que hay al lado de la cama, simplemente mirando, sin pasar a la acción hasta que yo se lo diga.

Destapo a mi chica por completo para que Evan pueda darse un festín con su cuerpo, y mientras susurro en su oído palabras tranquilizadoras subo la mano desde su tobillo hasta el muslo, poniéndole la piel de gallina y tensando su estómago.

Concentro mis caricias en su clítoris sin apartar mi boca de la suya. Lo recorro suavemente en círculos, y cuando ella se relaja rompo el beso e introduzco dos dedos en su canal, ya anegado de sus flujos.

Cuando cierra los ojos le hago señas a Evan para que se acerque, y mientras pego mi boca a su coño para lamerla a conciencia, Evan se acerca a sus pechos y succiona sus pezones con delicadeza.

Mi demonio interior grita, se retuerce, se niega a dejar que otras manos acaricien su piel. Pero debo acallararlo, esto es para ella, y para mí, que dependo de que se dé cuenta de que no necesita a nadie más que a mí. Sigo mis pasadas de lengua en su clítoris. Gabrielle se retuerce, aprieta la cabeza de Evan sobre su pecho con una mano y con la otra me insta a mí a que la devore bien, y tras un par de pasadas más de mi lengua y un par de movimientos de mis dedos en su interior ella se corre con un grito.

Se queda desmadejada en la cama, los brazos y las piernas abiertas, y Evan comienza a desvestirse sin dejar de mirarme. Está atento a todos mis gestos, para saber cuándo y cómo actuar, así que me deshago del pantalón de pijama y me siento a un lado de Gabrielle con la espalda apoyada en el cabecero.

Evan se tumba al otro lado y tras dedicarle a ella una sonrisa tranquilizadora me mira.

—¿Puedo? —susurra.

Yo solo asiento, y Evan comienza a lamer, chupar y morder todo el cuerpo de Gabrielle, excepto su boca, que me pertenece.

Aunque los celos me están corroyendo, su lengua recorriendo los pezones de Gabrielle hace que me excite, y la mirada lasciva que ella dedica a mi polla dura como el mármol me anima a acariciarme mientras los veo jugar.

Evan baja por su ombligo, y cuando llega a su sexo lo lame suavemente, con delicadeza, como si fuese una delicada flor a punto de romperse.

Pero ella no aparta sus ojos de los míos, no toca a Evan, no lo incita. Su mano cubre la mía, y me ayuda a masturbarme arrancándome gemidos que se acompañan con los suyos. Las lamidas de Evan la vuelven a llevar al orgasmo, y la coloca a cuatro patas para ponerse un condón y enterrarse en ella.

—¡Joder! —es todo lo que Evan atina a decir cuando se detiene un segundo para absorber las sensaciones.

Mi demonio interior grita, pero yo me siento excitado. Es una tortura sentirme así. Por un lado quiero que pase, pero por otro me matan los celos. ¡Ella es mía, joder!

No puedo más, necesito sentirla más cerca, así que me sitúo de rodillas frente a ella y con una caricia en su cabeza consigo que se meta mi polla en la boca, hasta que toco el fondo de su garganta.

Imita las embestidas de Evan en mi miembro, y con cada succión, con cada pasada de su lengua me acerco más y más al orgasmo.

Poco a poco sus lamidas son más rápidas, más fuertes, y cuando ella se corre me lleva con ella al paraíso. Evan grita, se tensa y se corre, derrumbándose sobre su espalda, y tras besarla suavemente en la mejilla nos deja solos, cerrando la puerta tras de sí.

Nos quedamos largo rato así, simplemente abrazados tumbados sobre la cama, intentando que nuestras respiraciones se apacigüen. La respiración... y mi cordura, porque si Evan no llega a irse de la habitación lo hubiese tumbado de una hostia.

Cuando la tormenta amaina y llega la calma, Gabrielle se coloca sobre mí y me besa dulcemente en los labios.

—Gracias —me susurra.

—¿Todo bien? —le pregunto a mi preciosa chica.

—Me ha encantado... pero me siento un poco avergonzada.

—Nena... no tienes que estarlo. Evan entiende este mundo muy bien, y no va a juzgarte por un tonto juego sexual.

—¡No voy a poder mirarle a la cara!

—Claro que podrás. Es un gran tipo, nena... ya lo irás conociendo con el tiempo.

La abrazo fuerte contra mi pecho y me quedo simplemente así, disfrutando de la sensación, hasta que pocos minutos después Gabrielle cae dormida.

Pienso en lo que ha pasado. A fin de cuentas no ha sido tan malo. Ha habido veces que no he podido controlarme, que no he podido dejar de lado mis celos y mi instinto protector, pero la mayor parte del tiempo he disfrutado. Sí... estoy dispuesto a repetirlo por ella.

En ese momento no pude llegar a imaginar lo que iba a arrepentirme de mis decisiones... con el tiempo.

Capítulo 15

Cuando salgo de la habitación, Evan está apoyado en la isla de la cocina bebiéndose una botella de agua completamente vestido de nuevo, listo para marcharse si se lo pido.

—¿Todo bien? —pregunta mirándome fijamente.

—Sí... se ha quedado dormida. Creo que ha sido intenso para ella.

—Me alegro de que ella esté bien, Derek, pero me refería a si tú estás bien.

—Sí, estoy bien. Aunque me sorprenda, en vez de cabrearme al verla contigo me he puesto muy cachondo —No voy a decirle que ha habido veces en las que me habría gustado arrancarle la cabeza.

—Eso es buena señal.

—Sí, y sé que ella también lo ha disfrutado. Al principio estaba nerviosa, pero después ha sacado a la diablesa que lleva dentro.

—No me habías dicho que tu chica es un bombón.

—Es perfecta, eso sí te lo dije.

—¿Piensas repetir?

—¡Joder, sí! Verla tan excitada y manejable me vuelve loco. Y sé que ella también querrá.

En ese momento Gabrielle sale de mi habitación ataviada únicamente con una de mis camisas. ¡Joder! Está tan deseable como con ese conjuntito sexy que traía puesto, y mi polla ya está levantando la tienda de campaña en mi pijama.

Abro los brazos y ella se refugia en ellos muerta de vergüenza, así que tras una carcajada y un beso en los labios la sitúo sobre la isla.

—¿Entonces te gusta mi chica, Evan?

Gabrielle me pega un manotazo en el brazo mortalmente abochornada, y Evan me guiña un ojo y la mira de arriba a abajo antes de responder.

—La verdad es que está realmente buena, Derek... tu chica es un pequeño bocado muy delicioso.

Desabrocho la camisa de mi ángel lentamente, relamiéndome a cada pedazo de piel que queda descubierta, y cuando se la quito por completo la tumbo en la isla con las piernas bien abiertas.

Ella vuelve a estar nerviosa, pero sabe lo que viene a continuación, así que se deja hacer como una buena chica. Saco de la nevera un bote de nata montada y me acerco a su coñito depilado, le pongo un montoncito encima y la chupo suavemente.

—Mmm... Sí, Evan... Gabrielle es un bocado delicioso, pero probarla con nata es rozar el Nirvana.

Evan me quita el bote de las manos y vierte un poco de la crema en uno de los pezones de Gabrielle, para después retirarlo con la lengua en lentas y certeras pasadas.

—Tienes razón, Derek, con nata sabe muchísimo mejor.

Nos vamos pasando el bote de nata para embadurnar a Gaby por todas partes, y cuando mi chica es una enorme tarta sobre la mesa de la cocina comenzamos a limpiarla con la lengua, cada uno por un extremo.

Ella grita, jadea, se retuerce y respira con dificultad. El primer orgasmo llega cuando yo retiro la nata de los labios de su sexo con lengüetazos certeros, el segundo cuando Evan le come las tetas con avaricia.

Hemos acabado pringados de nata y muy, muy cachondos. Cojo a Gabrielle en brazos y la llevo a la ducha. Evan y yo nos desvestimos y la acompañamos en el acto. Yo la enjabono por delante, Evan por detrás. Cuando mi mano enjabonada se entretiene en su clítoris, Gabrielle ataca mi boca como una gata salvaje, y sujeta mi polla con una mano y la de Evan con la otra.

Nos masturba al unísono, y ninguno de los dos puede mantener el equilibrio, por lo que ambos debemos apoyar la espalda contra las frías baldosas. Pero cuando a ella la recorre el tercer orgasmo de la noche se pone de rodillas y empieza a comérmolas, alternando entre uno y otro. Me chupa a mí mientras masturba a Evan y viceversa, hasta que mi amigo se corre en las losas de la pared y yo lo hago en sus dulces tetas.

Nos duchamos en serio y nos metemos los tres en mi cama, con ella en el centro, con idea de dormir, pero mi teléfono suena en ese puto momento.

—¡Joder! Esperad un minuto.

Les dejo relajados en la cama, para que aprovechen y se conozcan un poco más, mientras atiendo la dichosa llamada. No reconozco el número, así que debo descolgar por narices.

—¡Dígame! —mi tono es demasiado brusco, pero no puedo evitar el cabreo que tengo por la interrupción.

—Derek, soy Marguerite.

¡Maldita sea! Marguerite es una cincuentona con mucho dinero y demasiado tiempo libre. Su marido es mi mejor cliente, el que más dinero me deja, y tengo que aguantarla. Ya he tenido varios roces con ella debido a que por cojones me quiere en su cama, y la verdad es que yo no estoy por la labor de follarme a una mujer madura, y más teniendo a Gabrielle.

—Señora Simmons —pongo una distancia entre nosotros que espero que pille a la primera—, son las doce de la noche de un sábado, ¿no puede esperar al lunes?

—Derek, cielo, no te enfades conmigo. Mi marido está en el calabozo y necesito que le saques de allí.

—¿Qué ha sido esta vez?

—Una pelea en un restaurante. Ya sabes lo mal que le sienta la bebida...

Suspiro resignado, porque tiene razón. Joshua Simmons es un desgraciado alcohólico con mucho dinero. Gracias a la cantidad exorbitada que me paga puedo permitirme defender a víctimas de violencia doméstica sin cobrar mis honorarios, y debido a mi pasado es algo que necesito hacer.

—En un momento estaré allí.

—Gracias, Derek, sabía que podía contar contigo.

Me acerco al dormitorio, donde Gabrielle ya está dormida, y Evan me mira interrogante.

—Debo salir... mi mejor cliente está en la cárcel.

—Tranquilo, tío. Ve.

—Cuida de ella hasta que vuelva...

—Seguro que no tardas. Vete ya.

Me visto y cierro suavemente tras de mí la puerta de mi apartamento, sin saber que ese acto iba a ser el detonante de mi nuevo Infierno.

Marguerite Simmons se acerca coqueta cuando llego a la comisaría. Me cansa su comportamiento, pero debo aguantarla lo mejor que pueda si no quiero que convenza a su marido de que se busque a otro abogado.

—¡Derek! Gracias a Dios que llegaste.

—Señora Simmons, sacaremos a su marido de aquí en un momento, voy a hablar con el comisario y a rellenar los papeles pertinentes.

—Espera, antes podríamos ir a tomar una copa. A fin de cuentas mi marido se merece lo que le está pasando.

—No tengo tiempo ni ganas de tomarme una copa, señora Simmons. Cuénteme lo que ha ocurrido para que solucionemos el problema y pueda irme a casa.

—¿Solo? Podrías irte acompañado...

—Créame... valoro mucho mi soledad. Y ahora cuénteme lo que ha pasado o me marchó.

—Joshua ha llegado a casa como siempre, bebido, y ha insistido en salir a cenar fuera. En el restaurante ha pedido una copa, y el maître le ha aconsejado que no beba más alcohol. Ya conoces a mi marido... se ha puesto como un energúmeno y le ha dado una paliza al pobre hombre.

—Entiendo... Deberá pagar una fianza para sacar a su marido de aquí, pero eso no lo exime del juicio que deberá sufrir por haber agredido a otra persona.

Sacamos a mi cliente de la cárcel, pero está tan bebido que debo ayudar a su mujer a llevarlo a su casa. Cuando voy a salir por la puerta, Marguerite se me echa encima como una gata en celo, y debo apartarla antes de que su boca pringosa de gloss roce la mía.

—Señora Simmons... le he dicho un millón de veces que yo no me acuesto con mujeres casadas.

—Puedo darte más placer del que puedes llegar a imaginar...

—Lo dudo mucho, Marguerite. Déjame ir, o me aseguraré de que tu marido te quite esa maravillosa asignación que tanto valoras.

Ella se aparta frustrada y desaparece por la puerta de su habitación dando un portazo. Suspiro cansado... otra pequeña batalla ganada.

Cuando vuelvo a casa la estampa que me encuentro hace que mi demonio interior amenace con hacer su aparición. Gabrielle está sentada en el sofá solo con una camisa, bebiendo y riendo con Evan.

¿Por qué una actitud tan normal me está pareciendo una amenaza? Aparto de inmediato mis pensamientos y mis celos. Evan no sería capaz de hacerme algo así.

Me acerco a ellos y me siento en el sillón más pequeño después de coger un refresco del frigorífico. Hace poco tiempo que dejé mi adicción, y no creo que sea muy acertado probar el vino. Gabrielle no me decepciona, y se levanta de su lugar junto a Evan para sentarse en mis rodillas y darme un suave beso en los labios.

—¿Todo bien? —pregunta mi amigo.

—Sí, aunque lidiar con los Simmons no es nada fácil. Espero que haya aprendido la lección.

—En ese caso yo me voy —contesta levantándose—. Espero que volvamos a repetir, macho, ha sido un día interesante.

En cuanto Evan sale por la puerta Gabrielle se sienta a horcajadas y comienza a desabrocharme la camisa.

—Mmm... Así que mi gatita tiene más ganas de jugar...

—Ajam —dice antes de asaltar mi cuello.

—Creí que entre Evan y yo te habíamos saciado por hoy.

—Eso era follar, Derek. Ahora quiero hacer el amor.

Sus palabras deshacen toda la tensión que me ha causado verla con Evan. El corazón se me encoje en el pecho y un nudo se me atasca en la garganta, pero consigo disimularlo.

—Nena... vas a volverme loco...

—Eso es lo que pretendo.

Asalta mi boca, hunde su lengua en ella y me abraza fuerte con sus piernas y sus brazos. La pasión que siente es nueva, distinta a la que hemos compartido, y mi demonio ruge y se retuerce, pugnando por salir.

La cargo en brazos y la llevo a la cama, donde le arranco la camisa, haciendo que los botones vuelen por la habitación en todas direcciones, y la dejo totalmente desnuda para mí. Saco del cajón las bolas chinas, aquellas que exploraron su culo aquella vez. No he vuelto a usarlas desde entonces, reservándolas para ella, y estoy deseando volver a ver cómo se retuerce.

Las unto de lubricante y se las meto en el sexo, acciono el mando y las vibraciones arrancan gemidos de su boca. Paso la lengua por su cuello, y me doy un festín con sus deliciosas tetas, que mi demonio cree mancilladas por las caricias de Evan. Me ha costado mucho aplacar a mi bestia aunque haya dicho lo contrario.

Succiono su piel hasta marcarla como mía, y muerdo su pezón con fuerza, rozando el límite de la cordura. Me empacho de su piel, y bajo por su estómago hasta encontrar ese botón hinchado que tanto me llama, que me suplica por más caricias.

Lamo suavemente sus labios, los humedezco, los cato... y después me lanzo desesperado a arrancarle un orgasmo lamiendo su clítoris.

—¡Oh, joder... Derek! ¡Más... quiero más!

Cuando siento que su cuerpo se tensa en espera del orgasmo apago las bolas chinas y paro mis caricias.

—¡No pares! ¡Derek no pares!

Unto su culo de lubricante y me meto despacio en él. Necesito sentir cómo me succiona, cómo me aprieta, cómo grita de placer. Cuando estoy dentro acciono de nuevo las bolas y comienzo a moverme deprisa.

—¡Joder, nena... cómo me pone follarme este culito!

—¡Sigue Derek... no pares! ¡Joder, no pares!

La vibración de las bolas chinas en mi polla es... la puta ostia. Mis investidas aumentan el ritmo, mis dedos se clavan en la carne de su cintura, me tenso, grito... y me corro cuando Gabrielle grita mi nombre.

Capítulo 16

Tras una semana sin ver a Gabrielle por mi puto trabajo, hemos vuelto a quedar con Evan. Cada vez que pienso en ello vuelve a mi mente la imagen que me encontré al volver a casa el sábado pasado.

Mi demonio sigue pensando que estaban demasiado... cariñosos, por decirlo de alguna manera. Su actitud hace que me pregunte si pasó algo entre ellos durante mi ausencia. Yo intento pensar que son imaginaciones de mi mente enferma. Evan no se atrevería a tocar a mi chica sin mi permiso, y mucho menos sin estar yo delante. Fin de la historia.

Echo la culpa de estos pensamientos a mi frustración, que es del tamaño de Canadá, por no haber podido ver a Gabrielle ni una sola vez en toda la semana. Hemos hablado por teléfono casi cada noche, llegando algunas veces a subir tanto la temperatura que hemos terminado teniendo sexo telefónico, pero necesito sentirla junto a mí, aunque el sexo no entre en la ecuación.

Hemos quedado en que ambos vendrán a mi casa, que se ha convertido en el punto de encuentro para cumplir las fantasías de Gabrielle. Es el lugar donde me siento más cómodo, y necesito estarlo para poder compartir a mi ángel.

Tengo una botella de champán en el frigorífico, las copas en la mesa del salón... y mi polla erecta y expectante. Sonríe al pensar en todo lo que tengo preparado para mi dulce ángel, pero esa sonrisa muere en mis labios cuando los veo llegar juntos a mi apartamento... con el brazo de Evan sobre los hombros de Gabrielle. ¡¿Pero qué coño?!

Encierro en lo más profundo de mi alma los celos irrefrenables que siento, y me acerco a ellos con una sonrisa, aunque estoy seguro de que se dan cuenta de que es forzada.

—Evan... aparta tus sucias manos de mi chica. ¿Venís juntos?

—Nos hemos encontrado en la puerta... parece que nos pusimos de acuerdo
—contesta Evan sonriéndole, aunque quita su brazo de donde estaba.

Y en ese momento me muerdo de ganas de partirle todos los dientes de la boca. Tranquilízate, Derek... solo son imaginaciones tuyas.

Nos tomamos un par de copas de champán (bueno, yo vuelvo a repetir con el refresco) relajados en el sofá, con Gabrielle sentada entre los dos. El sencillo vestido que se ha puesto nos deja a ambos libre acceso para colar la mano por debajo, acariciando sus muslos suaves, su coñito depilado libre del confinamiento de las bragas... La muy descarada ha venido sin ropa interior.

Evan ataca su clítoris con su mano y yo introduzco dos dedos en su sexo, y aunque respira con dificultad y los gemidos se escapan de su boca, Gabrielle se queda quieta, laxa entre los dos.

Bajo los tirantes del vestido, dejando al descubierto sus pechos, que tienen ya los pezones duros como rocas. Sin dejar nuestra tarea por debajo de la falda atacamos sus pechos, cada uno se decanta por un montículo, y ella se retuerce y gime. Tras hacerle una silenciosa señal a Evan, ambos nos levantamos, dejando a Gabrielle gimiendo frustrada.

Nos desnudamos ante la atenta mirada de mi chica, que se deshace de su vestido con un contoneo sexy, y nos sienta a ambos en el sofá completamente desnudos y empalmados.

Ella se pone de rodillas entre ambos, y acaricia nuestros miembros a destajo, subiéndolo por el tronco y bajando hasta los huevos. Cuando se mete mi polla en la boca me hace gritar. No ha soltado la de Evan, pero se da un festín digno de una reina, succionando,

lamiendo, mordiéndome a cada embestida que doy inconscientemente.

Cuando su lengua pasa a saborear mis testículos estoy rozando el Nirvana. Estoy a punto de correrme, así que la aparto con cuidado, y ella se gira para comerse a Evan hasta el fondo.

Mis manos no pueden estar quietas, y acaricio sus pezones mientras la miro, tan desinhibida, sexy, deseable. Me siento en el suelo detrás de ella, y mientras sigue succionando la polla de Evan me doy un banquete con su coño, que está inundado de su deseo.

La chupo con fuerza, atrapando su clitoris entre los dientes y haciéndola jadear. Mis pasadas aumentan de ritmo, y cuando ella se tensa, la follo con la lengua, introduciéndola en su sexo, y saboreando su orgasmo cuando este la arrasa. Pero quiero más, necesito más, y la insto a que se siente a horcajadas sobre Evan y se deje follar. Acerco mi polla a su dulce boca, y ella vuelve a succionarme de esa manera tan dulce que tiene de hacerlo, acercándose nuevamente al orgasmo.

Me aparto de ellos un momento, intentando recuperar la cordura. Verla botar sobre Evan, ver cómo le da pequeñas palmadas en ese precioso trasero, me está volviendo loco, y tras untarle un poco de lubricante en el culo la empalo de nuevo y comienzo a moverme.

¡Joder! ¡Esto es la ostia! Si de por sí ella está apretada, con la polla de Evan pujando en su coñito lo está aún más... El roce de mi polla contra la de Evan, separada únicamente por una ínfima piel, me va a catapultar al orgasmo antes de lo que me gustaría.

—¡Joder... me corro... me corro! —grita Evan.

Sus palabras catapultan a Gabrielle a otro orgasmo, y las contracciones de su sexo hace que ambos nos corramos en el acto.

Caemos desmadejados en la alfombra, un amasijo de piernas y brazos, y cuando recuperamos la calma Evan se marcha al cuarto de baño.

Me coloco sobre Gaby, y la beso en los labios suavemente... pero mi demonio ruge bajo su contacto, y poco a poco el ansia me corroe, me consume. Mi demonio grita que la marque como mía, que limpie lo que las manos y la polla de Evan han ensuciado. Es irónico que verla con Evan me ponga como una moto, y cuando este sale de la habitación los celos me corroen como un cáncer.

Devoro de nuevo su boca, mis dientes chocan con los suyos por la prisa de comérmela entera, y antes de que pueda recuperar la cordura estoy enterrado en ella. Me la follo con fuerza, apretando sus senos, impactando con mis huevos en su culo, y ella me rodea con sus piernas y me clava las uñas en los brazos.

—¡Joder Derek... sí!

—Te gusta... ¿eh, gatita?

—Me encanta... ¡me vuelves loca!

Levanto la vista y veo a Evan parado en la puerta del baño, apretándose la polla sin apartar la vista de nosotros, y mi demonio se siente triunfante. “Mira bien, Evan... ¡es nuestra!” grita eufórico. Le doy la vuelta a mi chica, la pongo a cuatro patas y continúo follándomela, instándola a ver como Evan se masturba viéndonos follar.

—Te gusta que nos mire, ¿verdad, nena? Te gusta que se ponga cachondo viendo cómo te follo —le susurro.

—¡Sí... joder sí!

—Vamos, nena... córrete para nosotros...

En ese momento los chorros de semen caliente de Evan ensucian el suelo cuando se corre con un grito, y tras un par de embestidas más Gabrielle y yo le imitamos... aunque yo lo

hago en el paraíso de su sexo.



Vuelvo a casa tras otro día de mierda en el trabajo. Parece que el Universo conspira contra mí, porque los únicos encuentros que tengo con Gabrielle son aquellos en los que entra Evan. Y me jode... y a mi bestia también.

Hace tres días que no puedo verla porque ha tenido mucho lío en la floristería. Antes de ella no me interesaba quiénes fuesen mis amantes pero me sentí orgulloso al enterarme de que mi chica es la florista más solicitada del país.

Entro en el chino que hay de camino a mi casa para llevarme algo para cenar. Pero me quedo parado en el sitio cuando veo a Evan cenando... con Gabrielle.

Me quedo helado... están demasiado juntos, demasiado cómplices, demasiado... cercanos. ¿Pero qué es lo que he hecho? Al intentar acercarla a mi lado la he alejado sin remedio, empujándola a los brazos de Evan.

Mi dulce Gabrielle... era tan pura, tan inocente... y la he corrompido por culpa de mis miedos. La amo... no quería admitirlo, pero estoy perdidamente enamorado de ella.

Me siento traicionado... más por Evan que por ella. Ese hijo de puta mentiroso... juró que jamás se interpondría entre nosotros, pero ahí está, sonriéndole a mi mujer.

Mi demonio se desata, me consume, toma el control. Me llena de una ira incontenible que jamás había sentido, y toda esa ira va dirigida a mí mismo, por haber sido tan estúpido de no hacerle caso.

Es mía... en cuerpo y alma desde el momento en que la vi en la parada de taxis. Y ahora todo se ha derrumbado, mi mundo se ha ido a la mierda por culpa de mi supuesto mejor amigo.

En el momento justo en el que Evan levanta la mirada y me ve, me doy la vuelta y salgo del restaurante, con la furia hirviendo en mi sangre. Decido marcharme antes de hacer algo de lo que me pueda arrepentir, pero apenas he andado un par de manzanas cuando el desgraciado me agarra del brazo obligándole a mirarlo.

—¿Pero qué coño te pasa? ¿Por qué te has ido de esa manera del restaurante?

Sin pensarlo siquiera, levanto el puño y lo estampo contra su cara. Evan me mira sorprendido, pero no me lo devuelve. Se limpia la sangre de la boca con el dorso de la mano y me empuja para evitar que repita el puñetazo.

—¿Estás loco? ¿A qué ha venido eso, Derek?

—¡Maldito hijo de puta! ¡Te dejé probar a mi mujer! ¿Y así me lo pagas? —espeto furioso.

—¿De qué cojones estás hablando? ¡Estábamos cenando! ¡Me la encontré y le propuse que cenásemos juntos!

—¡Y yo voy y me lo creo! ¡No nací ayer, Evan! ¡Vi cómo la mirabas!

—¡Me estaba hablando, joder! ¿Prefieres que mire al techo?

—¡Sé que te la estás follando a mis espaldas!

Evan me mira con la boca abierta y luego niega alejándose de mí.

—Estás enfermo, macho. Ves fantasmas donde no los hay. Creo que ha llegado el momento de terminar con esto. Se acabó. Sabía que esto iba a pasar, y debí negarme a entrar en tu puto juego.

—Sé muy bien lo que he visto. Aléjate de ella, ¿me oyes? Aléjate de ella antes de que pierda las formas y termine lo que he empezado.

Un sollozo desgarrado llama mi atención, miro detrás de Evan... y allí esta Gabrielle,

con los ojos anegados en lágrimas, que sale a correr en dirección contraria. Mi alma se parte, mi corazón grita que vaya tras ella, pero mi orgullo me lleva en dirección contraria.

Son las dos de la mañana y no he podido pegar ojo. No puedo soportar la angustia que me oprime el corazón al pensar que he vuelto a cagarla con Gabrielle. Mi estúpido orgullo ha dejado que sea un auténtico gilipollas. Otra vez. Se ha convertido en una costumbre entre nosotros.

Cansado de dar vueltas en la cama, me visto y voy a su casa. Abro con la llave que me dio cuando comenzamos a salir, y veo que todo está en silencio. Me acerco a su cuarto, y la encuentro en la cama hecha un ovillo con una de mis camisas apretada entre sus brazos.

Su cara hinchada y sus hipidos me recuerdan dolorosamente que por mi culpa se ha dormido llorando. Mi dulce Gabrielle... ahí tumbada con un pijama de corazoncitos parece tan angelical como el día en que la conocí.

Con mucho cuidado me deshago de los pantalones y le quito despacio la camisa de las manos. Me tumbo junto a ella y nos tapo con la manta, abrazándola suavemente. Ella suspira y se da la vuelta refugiada entre mis brazos, entierra la cara en mi cuello y suspira mi nombre.

Sonrío ante el gesto, entierro la nariz en su pelo y apenas tardo un segundo en quedarme dormido.

Me despierto con la mirada de Gabrielle clavada en mi cara... y en mi alma. Está muy seria, y tras una noche de descanso me siento un poco avergonzado por mi comportamiento de ayer.

Pensando en frío me he dado cuenta de que mi reacción ha sido desmesurada, y he hecho pasar un mal rato a Gabrielle sin necesidad.

—Perdóname —es lo único que atino a decirle.

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar que me acuesto con Evan a tus espaldas?

—¡No pensé! ¡Os vi ahí, tan cerca, tan cómplices, que los celos me cegaron!

—No voy a consentirte ni una sola duda más, Derek. Si no confías en mí, no tenemos nada que hacer.

—No volverá a ocurrir, cariño. Te lo juro.

La beso suavemente y me coloco sobre ella. Mis caricias son lánguidas, suaves. Mi boca acaricia su cuerpo con dulzura, y cuando me entierro en su interior dejo fluir todo lo que siento por ella. El amor, la devoción... con ella me siento completo, vivo.

Entro y salgo de ella con embestidas lánguidas, y cuando su sexo me exprime fruto de su orgasmo me dejo llevar, dejo que la calma me recorra y suspiro satisfecho cuando ella me sonríe.

Tras un desayuno y unos cuantos arrumacos a mi chica me vuelvo al bufete. El día pasa más calmado, y a última hora me escapo para ir a casa de Evan para disculparme también con él.

No quiero pensar mal, no quiero ser desconfiado, pero cuando veo salir a Gabrielle de su casa no puedo controlarme. La sigo desde la distancia, como un vulgar ladrón, aprendiendo sus gestos, sus movimientos, su risa. Intentando encontrar un atisbo de culpa en su semblante, pero solo veo tranquilidad.

Me vuelvo al bufete cabreado, frustrado y con más dudas de las que puedo soportar. ¿Están jugando conmigo o mi mente enferma me hace ver cosas donde no las hay?

Con esas preguntas rondándome la cabeza echo mano de la botella de whisky que tengo para los clientes. A la mierda todo. Me he sacrificado tanto por ella... y estoy cansado de dar tanto sin recibir nada a cambio.

Llevo más de media botella cuando Marguerite irrumpe en mi despacho. ¡Joder! No

estoy para lidiar con ella ahora mismo. El tiempo que he estado sin beber me ha pasado factura, y tengo una borrachera de campeonato a pesar de que no he bebido tanto como solía beber.

—¿Qué coño haces aquí, Marguerite? Vete.

—¡Derek! ¿Qué te ocurre?

—¡Maldita sea, largo!

—¿Tiene que ver con una mujer? —a cada frase que sale de sus labios se acerca a mí un poco más.

—¿A ti qué coño te importa? ¡He dicho que te largues!

—Me importa porque no quiero que sufras.

—Vete a la mierda, Marguerite. A ti lo único que te interesa es que te folle, porque el imbécil de tu marido siempre está demasiado borracho para hacerlo. Pero siento decepcionarte, preciosa. Ahora mismo estoy más borracho que él.

Ella se sienta en mis rodillas, pero estoy demasiado borracho para apartarla.

—Ella no te merece, Derek. Ella no merece que estés así.

—¿Y tú sí? —digo tras una carcajada.

—Quizás no, pero puedo aliviar tu dolor...

Marguerite arrasa mi boca... y yo no siento absolutamente nada. Intenta que colabore, pero lo único que puedo hacer es sentir una gran satisfacción cuando Gabrielle entra en el despacho y me pilla de esa guisa.

—¿Cómo has podido? —susurra— ¿¿Cómo has podido??

—De la misma manera en la que tú lo has hecho con Evan, nena.

—¿De qué hablas? Te dije...

—¡Te he visto salir de su casa! Dime... ¿acaso él te folla mejor que yo?

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Estás borracho!

—Lo estoy. Borracho y muy cachondo... y desde luego no pienso follarte a ti. Debes estar satisfecha después de follar con el hijo de puta ese que se hace llamar mi mejor amigo.

—Estás enfermo, Derek... muy enfermo.

Gabrielle sale de la habitación dando un portazo, y aparto a Marguerite de mi regazo de un empujón.

—Que no te lo repita, lárgate.

—Derek...

—O te largas... o no voy a parar hasta que tu marido pida el divorcio y te quite hasta el último céntimo que tienes —baluceo.

Ella se marcha airada, y yo me quedo allí, destrozado y ahogándome en alcohol.

Capítulo 17

Me despierto a la mañana siguiente, tumbado en el sofá de mi despacho hecho una puta mierda. Desorientado, perdido. Mi vida se ha ido con ella. Todas mis ilusiones, mis anhelos, han terminado en el fondo de una puta botella de Whisky... otra vez.

El dolor que pude vislumbrar en sus ojos justo antes de salir de mi vida me ha hecho comprender que mi mente enferma me ha jugado una mala pasada, y he terminado de cagarla haciéndole creer que me follaba a Marguerite a sus espaldas.

Me levanto con dificultad, con una resaca impresionante. Tras decirle Cristine que me voy a tomar el día libre me marcho a casa. Ando a paso lento, machacándome al recordar cada palabra que salió de mi boca anoche con el único propósito de hacerle daño a Gabrielle.

Pero el daño me lo he hecho yo mismo. Ahora nada tiene sentido, y no sé cómo voy a seguir adelante a partir de ahora.

Me meto en la ducha, esperando que el agua caliente borre de mi piel la vergüenza que siento, y sin tan siquiera secarme me meto en la cama.

Varias horas después me levanto, me preparo un sándwich y me siento a recordar cada uno de los momentos que he vivido con Gabrielle: nuestro primer encuentro, nuestra primera cena. Aquella vez en la playa, las veladas tranquilas en casa... Mi mente viaja a cada uno de los encuentros que hemos compartido con Evan. Mientras él se mostraba dulce y delicado con ella, yo era salvaje, apasionado.

Debí verlo antes, debí darme cuenta de que Evan se había enamorado de ella. No puedo culparlo... pues yo también lo estoy. He llegado a una triste conclusión: si la amo debo dejarla marchar. Y si para que ella sea feliz debe estar con Evan, haré lo que esté en mi mano para lograrlo, aunque para ello tenga que desaparecer de sus vidas.

Me visto y me encamino a casa de mi amigo, pero al no encontrarlo allí le espero sentado en los escalones. Dos horas después aparece cabizbajo, y su cara de sorpresa al verme es todo un poema.

—¡Derek! ¿Dónde te habías metido? Te he llamado un millón de veces.

—¿De dónde vienes?

—Derek...

—Evan... dímelo.

—De casa de Gabrielle —suspira.

—¿La quieres?

—¿Cómo dices?

—¿Estás enamorado de ella?

—¡Joder, no! ¿Por quién coño me tomas? ¡Jamás la he tocado si tú no estabas delante!

—Acabas de decirme que estabas con ella...

—¡Estaba con ella porque está destrozada! ¿En qué coño estabas pensando, Derek? ¡Te has comportado como un auténtico gilipollas! ¿Cómo se te ocurre engañarla con tu cliente?

—No pasó nada, Evan. Entre Marguerite y yo no pasó nada —reconozco en un susurro.

—¡Pues disimulasteis muy bien delante de Gabrielle!

—Ella está enamorada de ti, Evan. No de mí.

—No crees eso... no puedes creer eso después de todo lo que has vivido con ella

—niega alucinado.

—¿Y por qué se refugia en ti, Evan? ¿Por qué corre a tu lado cuando discutimos? ¡Ayer la vi salir de tu casa!

—¡Por Dios bendito, Derek! ¡Recorre a mí porque soy su amigo! ¡Recorre a mí porque te conozco mejor que nadie!

—Yo no estoy tan seguro.

Pero me engaño a mí mismo. Oyendo a Evan me he dado cuenta de que ella me ama aunque no lo haya admitido, y yo he sido un auténtico cabrón.

—Me metí en este juego creyendo que te ayudaba, Derek, pero lo único que he conseguido ha sido que tus antiguos demonios vuelvan a salir a la luz. Gabrielle está enamorada de ti, tanto que incluso te envidio, porque no hay nada que desee más que tener a una mujer que me ame de esa manera. Y tú no paras de darle motivos para que te odie y se aleje de ti. ¿Sabes qué? Al final va a resultar que tienes razón... ella va a estar mejor sin ti.

Evan pasa por mi lado y se mete en su casa, dejándome solo con mis pensamientos. Estoy solo, hundido, incompleto... y todo por culpa de mis miedos y mis demonios.

He vuelto a cagarla, he vuelto a alejar de mí a mi ángel redentor. Creí que sería capaz de lidiar con mis celos enfermizos, pero Gabrielle me conoce mejor que yo.

Desde que conozco a Gabrielle, es la segunda vez que me siento perdido. La he vuelto a perder, y esta vez no sé si conseguiré que me brinde su perdón y me salve de mí mismo.

□ □

Llevo una semana encerrado en casa solo... y destruido. Parece que el destino se interpone en mi camino de tener a Gabrielle en mi vida, y no sé cómo superarlo.

He intentado reponerme... otra vez. He intentado superarlo y seguir con mi vida... pero es imposible sacarla de mi cabeza y de mi corazón. Por culpa de mis celos enfermizos he echado a perder lo que más ansío, lo que anhelo con toda mi alma. Y no sé si seré capaz de volver a recuperarlo.

Esta vez no he recurrido a la bebida, ni mucho menos al sexo. Ya la cagué bastante la vez anterior con mi poco autocontrol. Ni siquiera tengo fuerzas para salir de la cama y me he tomado unas vacaciones en el trabajo para recuperarme y poder volver a ser yo mismo.

Por mi mente no dejan de pasearse imágenes de Gabrielle en todas sus facetas: riendo cuando cenamos relajados en algún restaurante, atenta cuando hablábamos de cualquier tema que a ella le apasionara, sumida en sus pensamientos, o consumida por la pasión cuando la llevaba al orgasmo. Ahora es tarde para recuperarla, y toda la culpa es mía.

Me levanto por fin de la cama decidido a encauzar mi vida y me meto en el cuarto de baño. El agua caliente elimina de mí el hedor de la traición... porque es lo que hice: traicionar la confianza de mi alma gemela y la de Evan.

Esta vez también perdí a mi mejor amigo. Sabía lo que iba a ocurrir mejor que yo mismo, y no le hice caso. Ahora pago las consecuencias de mis malas decisiones.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos para dejarme llevar de la mano de Morfeo, que en su mundo me tortura con imágenes de ella. ¡Maldito sea! ¡Ni estando con él puedo estar tranquilo!

La luz de la mañana inunda mi habitación. Hace mucho tiempo que estoy despierto, mucho antes de que despuntaran las primeras luces del alba. Desde que volví a perderla permanezco así, tumbado en cualquier parte sin poder respirar, deseando despertarme de esta pesadilla y encontrarla a mi lado. Pero la pesadilla no acaba, cada vez que abro los ojos vuelve a empezar, así un puto día tras otro.

Miro la puerta sin verla, recordando todos los detalles de la que ahora sé que es el amor de mi vida, esperando que en cualquier momento cruce el umbral iluminando de nuevo mi vida con su sonrisa. Pero eso no va a ocurrir, al menos si no intento salir del agujero en el que yo solo me he metido y voy a buscarla para pedirle perdón de rodillas.

Un golpe en la puerta me obliga a salir de la cama. Arrastro mis pies hasta ella para descubrir que solo se trata de un mensajero para cobrar las putas facturas. Le cierro la puerta en las narices y me arrastro de nuevo hasta la cama, pero algo que asoma en el cajón de la mesita de noche llama mi atención.

Me acerco despacio y cojo con una suavidad casi reverente el pedazo de encaje que parece estar burlándose de mí. Sus braguitas... esas que me vuelven loco cuando rozan su piel provocándome. Las acerco suavemente a mi nariz, y a pesar de que hace semanas que ella se fue de mi vida aún puedo percibir su olor, dulce y picante a la vez, ese olor que me hace perder la cabeza por ella.

Mi dulce Gabrielle ha conseguido robarme el corazón, el alma y hasta el entendimiento. Mi ángel redentor, que huyó de mí porque fui incapaz de ver lo que todo el mundo veía: que estaba tan loca por mí como yo lo estoy por ella.

Vuelvo a estar como al principio: perdido en la oscuridad sin ella. Debo volver a recuperarla, pero esta vez no sé si seré capaz de conseguirlo.

Vuelvo a empezar, debo hacerlo por mí... y por ella. He de idear un plan lo suficientemente bueno como para convencerla de que he cambiado de nuevo, de que he conseguido ser el hombre que ella se merece y necesita. Solo así podré calmar este anhelo que me ahoga cada vez que pienso en ella.

El nuevo día ha despuntado como mi estado de ánimo: gris. La lluvia repiquetea en los ventanales de mi oficina recordándome que a cada segundo que pasa Gabrielle se aleja más y más de mí, y yo no puedo hacer nada, porque aunque no esté haciendo ni puto caso de lo que se está pasando a mi alrededor, la reunión en la que me encuentro es la más importante de mi carrera.

¿Y qué me importa mi carrera si mi corazón y mi alma están vacíos? ¿Qué mierda me importa mi trabajo si la mujer a la que amo no está conmigo para compartir mi éxito?

—Señores, si me disculpan...

Me levanto de mi silla y me dirijo con paso decidido a la puerta dejando a un grupo de directivos de la empresa de infraestructuras más importante del país con un palmo de narices.

Camino por la calle sin rumbo, respirando el aire impregnado de humedad, recordando todos los momentos que he vivido junto a ella. Y casi sin darme cuenta me encuentro frente a su floristería.

Ahora que lo pienso jamás me he preocupado por su trabajo... ni por su vida. Realmente no me he preocupado por nada que no sea tenerla en mi cama dispuesta y deseando tenerme dentro de ella... como si fuese una vulgar puta.

Permanezco observándola desde el escaparate sin apartar la vista de ella ni un solo instante. Es atenta con los clientes, afable, y se desvive con las ancianas que compran ramos de flores, seguramente para las tumbas de sus maridos fallecidos.

Verla trabajar me muestra una faceta suya que desconocía... y que también adoro. Permanezco parado bajo la lluvia, sin percatarme de la humedad de mi ropa, admirando sus gestos, sus miradas perdidas, sus sonrisas forzadas.

Gabrielle mira por la ventana y nuestras miradas se cruzan, y por un momento siento que su alma conecta con la mía de nuevo, enviando una descarga eléctrica directamente a mi corazón.

Dios... es más guapa de lo que recordaba. Aunque su rostro muestra signos de cansancio, aunque sus ojos han perdido el brillo que tenían, es la mujer más preciosa que he visto en la vida.

Mi pequeño ángel vengador coge un paraguas de debajo del mostrador y sale a mi encuentro. A cada paso que da mi corazón late más deprisa, mi miembro se endurece y mi respiración se acelera. Su cercanía es todo lo que mi cuerpo necesita para salir de su letargo. Su perfume inunda mis fosas nasales cuando está a un metro escaso de mí.

—¿Qué haces aquí? —dice malhumorada— ¡Lárgate, Derek!

—Tengo entendido que las aceras son del ayuntamiento, cielo, así que no pienso largarme.

—Puedo denunciarte por acoso...

—¿Por admirar las flores de tu escaparate? Gabrielle... no seas tan drástica.

—¡Maldita sea, Derek! ¡¿No has tenido bastante con el daño que me has hecho?!

El impacto de su afirmación hace que me tambalee en el sitio, y mi demonio ruge frustrado cuando la cojo del brazo para acercarla más a mí.

—Jamás ha sido esa mi intención, y lo sabes. He sido un auténtico capullo, un inmaduro, ¡un gilipollas! pero jamás he pretendido hacerte daño.

—Suéltame —susurra.

—Vuelve conmigo —replico.

—Tú estás mal de la cabeza.

—¡Sí, maldita sea! ¡Lo estoy! ¡Me estoy volviendo loco sin ti! —confieso sin pudor.

—¡No parecías muy desesperado cuando estabas besando a otra en tu despacho!

—¡¡Ella me besó a mí, joder!! ¡Estaba como una puta cuba porque te vi salir de casa de Evan! —Mi excusa es una mierda, pero es lo que pasó.

—Te dije que entre Evan y yo no había nada... ¿y no me creíste? —pregunta con los ojos como platos.

—Ahora te creo —respondo avergonzado.

—No creerás que voy a volver contigo después de saber que no confiaste en mí, ¿verdad?

—Tengo mis esperanzas puestas en que lo hagas, la verdad.

—¿Pero no te das cuenta de que estando juntos lo único que conseguimos es hacernos daño?

—Correré el riesgo —respondo cruzándome de brazos, en un gesto totalmente infantil.

—Por favor, márchate —parece abatida y me mata verla así.

—Me gusta observar las flores, Gabrielle.

—¡Joder, Derek! ¡Vas a coger una pulmonía!

—Así que sigo importándote...

El corazón da un vuelco en mi pecho y el peso que llevo en mi alma se aligera levemente. Aún tengo una oportunidad para recuperarla, y aunque sea pequeña sé que la puerta no está cerrada del todo.

—No digas tonterías. No quiero cargar sobre mi conciencia con tu neumonía —se defiende.

—Ahora que sé que te preocupas por mí no pienso marcharme.

—Allá tú —dice estampándose el paraguas contra el pecho y cruzándose de brazos—, pero al menos así me aseguro de que no pillas un resfriado.

Mi pequeño ángel se da la vuelta y yo me quedo un minuto más ahí parado,

saboreando el olor de su perfume, regodeándome en el convencimiento de que aún hay una mínima esperanza de recuperarla.

Capítulo 18

Llevo al menos una hora aquí parado, frente a la casa de Gabrielle esperando que regrese del trabajo. Necesito hablar con ella, disculparme por mi comportamiento y abrir un poco más la ventana que he vislumbrado abierta esta mañana.

Son las doce de la noche, y doy vueltas preocupado por saber dónde andará. ¿Le habrá pasado algo? La desesperación empieza a apoderarse de mí, pero verla aparecer en el coche de mi mejor amigo desvanece mi miedo y despierta mis demonios. Respiro aliviado al ver que solo le da un abrazo y un beso en la mejilla antes de que mi mujer se baje del coche.

Mi mujer. Apenas han aparecido esas dos palabras en mi cabeza y ya me siento completamente decidido a hacerlas realidad.

Tiro al suelo el cigarro que me estoy fumando y me acerco lentamente a ella. Gabrielle da un salto al percatarse de mi presencia.

—¡Joder, Derek! ¿Vas a dejarme en paz de una vez?

—Siento haberte asustado, nena. Necesitaba hablar contigo.

—No hay nada que puedas decirme para que cambie de opinión, Derek. Lo nuestro se acabó. Te he dado dos oportunidades y las dos las has desperdiciado.

—Cariño, déjame...

—¡No! ¡¿Me oyes?! ¡No pienso hacerlo! ¡Estoy harta de que me utilices! ¡Conmigo se acabó el juego! ¡Búscate a otra con la que jugar!

—¡No quiero a otra, joder!

—¡El otro día estabas muy a gusto besando a otra mujer!

—¡Te he dicho que no era yo quien la besaba!

—¡Aún así no parecías muy disgustado!

—¡La usé para vengarme! ¡Me destrozó pensar que te veías a solas con Evan!

—¡¿Vengarte?! ¡Fuiste tú quien propuso el juego con Evan! ¡Y jamás me he acostado con él sin estar tú delante! ¡Lo hice porque creí que era lo que tú querías, gilipollas!

—Lo sé. Yo...

—Tú... Siempre eres tú, Derek. Tus deseos, tus anhelos, tus necesidades... nadie más importa, ¿verdad? Por una vez en tu puta vida piensa en mí y déjame en paz.

Gabrielle se da la vuelta para entrar en el portal y aprovecho la oportunidad para aprisionarla contra la pared. Su respiración se acelera, pero aún así gira la cabeza para mirarme con odio.

—¿En serio crees que si pudiese olvidarte estaría persiguiéndote como un puto acosador? —gruño en su oído— Me tienes loco, Gabrielle. No puedo sacarte de mi cabeza por más que lo intento. ¡Estoy poniendo mi trabajo en peligro por ti!

—Tú eres el único culpable, Derek. Única y exclusivamente tú. Suéltame o te juro por Dios que voy a empezar a gritar como una *Banshee*.

—Inténtalo.

Uno mis labios a los suyos antes de darle tiempo siquiera a respirar. El contacto me hace entrar en combustión al instante... Me encanta el sabor de su boca, el sonido de esos gemidos que intenta disimular aunque no pueda. Acerco mi cuerpo al suyo para hacerle ver el tamaño de mi erección, pero ella me sorprende golpeándome con fuerza en los brazos.

Me quito la corbata sin soltarla... y ato sus manos con ella a la barandilla de la escalera. Separo mis labios de los suyos el tiempo justo para susurrarle:

—Así está mejor, nena.

Vuelvo a alimentarme de su aliento. Su cuerpo se retuerce, su garganta gime, y yo me estoy volviendo completamente loco. Recorro suavemente su costado por debajo de la camiseta para acariciar su pecho cubierto por encaje. Su piel sedosa me da la bienvenida erizándose, y mi libido se dispara como en los viejos tiempos.

Su rodilla impacta peligrosamente cerca de mi entrepierna, y aprisiono sus muslos entre los míos para evitar que me deje estéril antes de tiempo.

—Eres mía, nena... aunque tu boca lo niegue tu cuerpo te delata.

—Por favor... no lo hagas, Derek. Si sientes algo por mí no lo hagas —murmura sollozando.

Me separo de ella como si me hubiera quemado. ¿Si siento algo por ella? ¿En serio no se ha dado cuenta en todo este tiempo de que no puedo vivir si no la tengo a mi lado? Siento asco de mí mismo cuando caigo en la cuenta de que he estado a punto de violarla. Desato la corbata de la barandilla y la deslizo suavemente por su piel hasta dejarla caer al suelo. Me doy la vuelta y me alejo de ella sin decir ni una sola palabra. Tengo que alejarme de allí o mis demonios me harán cometer una locura.

Estoy tan furioso... no puedo creer que mis demonios hayan tomado el control hasta el punto de hacerme cometer algo tan asqueroso como lo que he estado a punto de hacer. Conduzco como un loco por la carretera huyendo de la ciudad. Necesito pensar... y alejarme de ella.

El amanecer me da la bienvenida sentado en una de las barcas que hay varadas en la arena. Hace frío, pero un café bien cargado me calienta los huesos... aunque no mi alma. No llegué a darme cuenta del daño que le estaba causando a Gabrielle. No me quise dar cuenta de todo lo que ha sufrido por mi culpa.

Tiene razón... he sido un puto egoísta. Solo he pensado en mí mismo y en lo que yo necesito, jamás en lo que necesitaba ella. Me engañé a mí mismo al pensar que los encuentros con Evan eran por ella. Jamás nada ha sido por ella, todo lo que he hecho ha sido por mí mismo.

Compartirla con Evan me daba la excusa perfecta para sentirme mejor conmigo mismo al descubrir que noche tras noche ella volvía a mi lado. Durante toda la relación mis demonios han llevado la voz cantante, esos demonios que acompañan a mi alma desde hace ya tantos años y que nadie conoce mejor que yo mismo.

Apenas recuerdo qué edad tenía, solo sé que era un adolescente colmado de hormonas revolucionadas. Christine me engatusó como a cualquier crío. Ella tenía veintiocho, muchos más años que yo. Yo era un creído, la envidia de todos los chicos del instituto y el amor de todas las chicas, y tener la oportunidad de ligarme a la profesora de Literatura era algo que todos ellos anhelaban, fue como un reto.

Christine Era una provocadora, todos babeábamos por ella y lo sabía. Solía vestir camisetas desabrochadas que dejaban asomar su sujetador por el escote y minifaldas con las que podíamos verle las bragas por debajo de la mesa... cuando se las ponía. Siempre puso mayor interés en mí. Me ayudaba con los deberes, me daba clases particulares en los recreos si yo se lo pedía, aunque reconozco que me ocupaba más de recrearme la vista con sus tetas que en lo que realmente me explicaba.

Una tarde volvía a casa calado hasta los huesos, llovía a mares y había perdido el autobús. Christine se acercó con su coche y me pidió que subiera para llevarme a casa. Ojalá nunca lo hubiese hecho. Me llevó a su casa para que mis padres no me vieran empapado... o eso me dijo. Cuando entré en el baño para secarme oí voces en el salón pero no presté

atención. ¡Maldita fuera mi estampa por no haberlo hecho! Al salir del cuarto de baño Christine me interceptó en el pasillo y me llevó a su dormitorio, donde me sedujo. Sentir su mano resbalar hasta mi polla y su lengua inundar mi boca estuvieron a punto de hacer que me corriera. La mezcla de hormonas y ego hicieron que en vez de escandalizarme porque una profesora quisiera follar conmigo me sintiese el joven más afortunado del mundo... hasta que dos hombres fornidos entraron en la habitación.

Mientras esos dos armarios empotrados me sujetaban, ella me quitó toda la ropa. Después de eso me ataron a la cama y practicaron conmigo todas las barbaridades que quisieron... los tres. Chillé, pataleé... luche como un jabato, pero no me sirvió de nada. Cuando se hartaron de mí me dejaron tirado desnudo en mitad de la calle como un trapo viejo. En ese momento fui incapaz de moverme, ni de respirar siquiera. Tenía ganas de morirme, de hacerme pequeño hasta desaparecer.

Tres horas después una patrulla de policía me encontró y llamaron a mis padres. No había que ser muy listo para saber lo que me había pasado. Tuve que declarar para poder escapar e irme a mi cuarto a llorar por lo que me había pasado. Esa noche cometí una locura... que por suerte no llegó a ser más que un susto. Mi madre me encontró justo a tiempo, antes de que la cuchilla rozase siquiera mi piel. Permanecí mucho tiempo abrazado a ella, que lloraba desconsolada por no haber sido capaz de protegerme de algo tan macabro.

Esa noche no pude pegar ojo. Solo podía pensar en la locura que había estado a punto de cometer, y en que no podía permitir que esa mujer siguiese dando clases en el instituto. Al día siguiente me levanté decidido a contarle al director lo que me había hecho esa hija de puta. Mis padres no querían oír ni hablar de ir tan pronto al instituto, mucho menos después de la locura que había estado a punto de cometer, pero yo necesitaba hacerlo, necesitaba hacerle ver a esa desgraciada que no había podido conmigo, que yo era mucho más fuerte que ella.

Cuando llegué al instituto todas las paredes estaban forradas con fotografías de las aberraciones que había sufrido. Todo el mundo me señalaba, murmuraban a mi paso. No pude soportarlo y salí corriendo antes de poder hablar con nadie. Tuvimos que mudarnos, nos fuimos a otro estado, y comenzó la dura batalla por hacer justicia. Desde entonces he sido consciente de los problemas psicológicos que eso me acarreaba, y he perdido la cuenta de los psicólogos y psiquiatras que han tratado mi problema.

Doy un sorbo a mi café pensando en la mujer a quien acabo de dejar llorando en su portal. Ha sido mi punto de apoyo desde que apareció en mi vida para dejar toda esa mierda atrás, y sin darme cuenta ha sido el saco de boxeo en el que he descargado mis frustraciones.

Tengo que cambiar mi táctica con ella. Tengo que demostrarle que me importa más que mi propia vida, pero para eso debo volver a poner a raya a mis demonios. Y solo hay un lugar donde puedo conseguirlo.

Marco el número que llevo tanto tiempo sin marcar a pesar de que me lo sé de memoria. Al tercer tono una voz de mujer suena al otro lado de la línea. Mis ojos se llenan de lágrimas al instante, un nudo se atasca en mi garganta y comienzo a temblar descontroladamente antes de seguir hablando.

—Hola mamá.

Capítulo 19

Estoy parado frente a la puerta de la casa de mis padres, esa casa que no he vuelto a pisar desde que me independicé, hace ya demasiados años.

El corazón me late a mil por hora por el miedo. Sí, estoy acojonado, porque no sé cómo van a reaccionar mis padres al verme después de tantos años. Me apoyaron cuando todo sucedió, pero me recordaban tanto mi pasado que tuve que huir de su lado para poder respirar.

Al principio llamaba a casa a menudo, para ponerles al día de mis logros o simplemente porque necesitaba escuchar sus voces en la distancia. Pero poco a poco la rutina se fue afianzando, las llamadas comenzaron a ser menos frecuentes... hasta que se terminaron por completo.

Antes de que llegue a mitad de camino veo salir a mi madre con los brazos abiertos y los ojos anegados en lágrimas. Está como siempre. El pelo cano y unas pocas arrugas en el rostro, pero es la misma de siempre. El nudo que tengo en la garganta me impide decir ni una palabra, así que abro los brazos esperándola.

Cuando su cuerpo se refugia entre mis brazos apoyo la cara en su cabello e inspiro ese olor tan familiar para mí. Aunque parezca increíble, me siento en casa.

No me he percatado de las lágrimas que corren por mis mejillas, ni los sollozos ahogados que salen de mi garganta hasta que caigo de rodillas acunado en los brazos de mi madre.

La presa se ha abierto dentro de mí. Lloro por lo que me ocurrió, por la mierda de persona en la que terminé convirtiéndome y por haber perdido al amor de mi vida. Permanecemos así mucho tiempo, sin importar la gente que se nos queda mirando al pasar. No sabía cuánto necesitaba a mi madre hasta que no la he tenido entre mis brazos.

—Shh... tranquilo, mi niño... se acabó... se acabó... estás en casa —me susurra entre sollozos.

Nos levantamos despacio del suelo y entramos en casa abrazados. Tengo tanto que decirle... y sin embargo no me salen las palabras. Solo con mirarla un nudo se me atasca en la garganta y no puedo contener las lágrimas. Ella solo me abraza sonriendo con los ojos llorosos. Cuando la tormenta amaina le cojo las manos entre las mías y las beso como si fuesen un tesoro... ¡Joder! Es mi tesoro.

—Mamá, yo...

—Calla —me interrumpe poniendo un dedo en mis labios—. Lo sé... y lo entiendo, Derek. Lo que ocurrió fue muy duro para todos, pero sobre todo para ti, y si alejarte era lo mejor para que lo olvidaras está bien.

—Debí venir antes. Debí... —las lágrimas contenidas hacen que no pueda seguir hablando.

—Lo importante es que estás aquí. Lo único importante es que mi niño ha vuelto a casa. Necesitabas tiempo y nosotros estábamos dispuestos a dártelo.

Una hora después estoy sentado en la barra de la cocina comiendo cacahuètes y viendo cómo mi madre prepara mi comida preferida: su maravilloso asado de cordero. No puedo quitarme la inquietud que siento por no haber visto aún a mi padre, que debe estar a punto de llegar.

En cuanto oigo la llave en la cerradura me tensó, me pongo de pie y espero verle

aparecer por la puerta de entrada. Al verle me veo a mí mismo dentro de treinta años, porque somos jodidamente idénticos. Su cabello negro se ha convertido en una melena plateada, y esos mismos ojos que me miran a diario desde el espejo están rodeados de arrugas.

Las llaves resbalan de su mano cuando levanta la vista y se percata de mi presencia, sus ojos se abren con la sorpresa, y su abrazo protector no se hace de rogar.

Jamás he visto a mi padre llorar. Jamás soltó ni una sola lágrima, ni siquiera en el juicio en el que quedó expuesta la crueldad que recibí. Siempre fue fuerte, por él, por mí y por mi madre. Hasta ahora. Se aparta de mí para mirarme de arriba abajo y luego sonreír con orgullo.

—Te has convertido en todo un hombre. Un gran hombre. Estoy tan orgulloso de ti...

—Siento no haber vuelto antes, papá.

—Estás aquí, que es lo importante —responde tranquilo.

—¿Por qué no vais a ponerlos al día mientras se termina de hacer la cena? —dice mi madre.

Entramos en su despacho a tomarnos una copa y me quedo mudo de la impresión. Todas las paredes están repletas de recortes de periódicos de mis casos, mis logros, mis premios.

—Has tardado demasiado en volver —dice sin mirarme.

—Lo siento, papá. Intenté superarlo, pero no lo he conseguido. Creí que olvidándome de todo lo conseguiría. Debería haber vuelto antes. Debería...

—Hijo, lo que te pasó no es algo que pueda olvidarse. Jamás vas a poder avanzar si ese es tu objetivo.

—¿Y entonces qué hago? No puedo seguir así... yo... necesito arreglarlo —agacho la cabeza avergonzado.

—Debes aprender a vivir con ello. Debes afrontarlo y asumir que es una parte de tu vida de la que no te puedes librar.

—¿Y eso cómo demonios lo hago? —respondo más brusco de lo que pretendía— He echado a perder mi futuro por ello. He alejado de mí a la mujer a la que amo por culpa de mis demonios.

—Así que ha sido una mujer quien ha conseguido traerte de vuelta... Recuérdame que le dé las gracias cuando la conozca.

—Después de lo que le he hecho no creo que tengas esa suerte.

—¿Tan grave ha sido? —pregunta mirándome de reojo.

—La última vez que la vi casi... la violo.

—Mañana podrías ir a ver al doctor Brown. Necesitas volver a terapia, Derek.

El doctor Brown fue el sicólogo que me trató cuando todo ocurrió. Él fue quien consiguió convertirme en un chico "normal" de nuevo.

—De acuerdo. Iré.

□ □

Hace horas que estoy despierto tumbado en mi cama de la infancia, en ese cuarto repleto de premios deportivos de un chico adolescente que aparentaba normalidad aunque estuviese destrozado por dentro. No puedo sacarme a Gabrielle de la cabeza por más que lo he intentado. Anoche le mandé un mensaje del que no he recibido respuesta.

"Aún no se ha terminado, nena. Volveré a buscarte"

El cansancio emocional hizo que cayese dormido en cuanto mi cabeza tocó la

almohada, pero sueños turbulentos me despertaron mucho antes del amanecer. Volver a la casa de mis padres ha despertado de nuevo las pesadillas, esas que había conseguido ahuyentar hace ya tanto tiempo. Volver a revivir la tragedia me ha hecho despertarme sobresaltado y sudoroso.

Me he dado una ducha bien caliente para apartar los recuerdos de mi mente, pero no ha servido de nada. Lo único que consigue hacerlo es el recuerdo de mi ángel redentor, imaginarla entrando en mi despacho sexy y seductora, contoneando sus caderas enfundadas en uno de sus vestiditos sexys, dispuesta a seducirme.

Me veo repantigando en mi sillón, mirando cómo se acerca lentamente. Se sienta en el borde de mi escritorio y cruza las piernas al más puro estilo “Instinto Básico”, y yo me relamo expectante. Acaricio con un dedo su pierna, desde la rodilla hasta la cadera, y su boca se entreabre al soltar un suspiro de deseo.

Me levanto despacio y me acerco a ella, hasta que sus piernas quedan aprisionadas entre las mías. Arquea la espalda para darme mejor acceso a su cuello, pero no es eso lo que necesito, así que la acerco a mi pecho y saqueo su boca con mi lengua, hurgando en todos sus recovecos y arrancándole gemidos que me ponen la piel de gallina.

Me separo lo justo para quitarle el vestido. La muy descarada lleva debajo un conjunto de encaje negro que a punto está de hacerme perder el control. Con suavidad suelto los cierres del ligero y poniéndome de rodillas desenrollo lentamente sus medias, lamiendo cada centímetro de piel que dejo al descubierto.

Sus nudillos están blancos de la fuerza con la que se agarra al borde de la mesa, y sonrío satisfecho cuando su mirada se oscurece al ver cómo me acerco a su sexo. Pero solo le dedico una pasada de mi lengua por encima del encaje antes de volver a ponerme de pie y atacar con avaricia sus pezones rosados, que ya están duros esperando a mi lengua. Los lamo, los succiono, los muerdo mientras sus manos se enredan en mi pelo y las mías aprisionan su dulce trasero. Sus gemidos son cada vez más fuertes, y de un solo tirón libero a su sexo de la ínfima tela que lo cubre antes de ponerme de rodillas nuevamente y darme un festín con la miel que ya corre por sus muslos.

Mi lengua se adentra en su interior y mi nariz roza suavemente su clítoris, haciendo que llegue al orgasmo casi al instante. Sentir sus uñas clavarse en mis hombros cuando su cuerpo es recorrido por el éxtasis hace que esta vez sea yo quien gima ardiendo de deseo.

Intento atacar de nuevo su boca, pero mi gatita traviesa me empuja para sentarme en la silla, arrodillarse entre mis piernas y liberar a mi enorme erección de su confinamiento. Me dedica una mirada sexy antes de estirar su lengua y lamer la gotita perlada que asoma de la punta. No puedo hacer más que echar la cabeza hacia atrás, debido al placer que me produce ese acto tan simple. Gabrielle lame mi polla desde la base hasta la punta un par de veces antes de engullirla por completo. Sentirme dentro de su boca hace que me sienta desfallecer, pero me aguanto las ganas de correrme para exprimir al máximo el momento.

Ella succiona, lame y me aprieta entre sus labios una y otra vez, y cuando estoy a punto de perder la cordura se levanta y me besa con dulzura antes de sentarse a horcajadas en mi regazo e introducirme lentamente en su interior. El gemido que escapa de mi garganta queda preso entre sus labios carnosos, que no se han separado de los míos, y sus manos acarician suavemente mi nuca.

Comienza entonces su vaivén, tan lento y delicioso como todo lo que hace, y en unos cuantos movimientos su cuerpo se arquea recorrido por un nuevo orgasmo. Sus contracciones ordeñan mi polla haciendo que la acompañe poco después.

Me levanto de la cama para limpiar la evidencia de mi imaginación pervertida y me

meto en la ducha. El agua caliente calienta mis hombros, que han perdido por fin la rigidez que adquirieron al despertarme de la pesadilla.

Diez minutos después estoy vestido y bajo a desayunar. Mi madre ya está trajinando en la cocina, preparando tortitas con sirope, zumo de naranja y café. La beso en la mejilla abrazándola desde atrás y aspiro su aroma, ese que tantas veces me tranquilizó en mi juventud y que tan fácilmente logré olvidar.

Ella sostiene mis brazos entre los suyos y sonrío contenta de tenerme de nuevo a su lado. En este momento me doy cuenta de lo egoísta que he sido. Ellos también sufrieron un infierno con lo que me pasó, pero no me han tenido a su lado para superarlo juntos.

—Buenos días, mamá —le susurro antes de darme la vuelta y servirme un café.

—Buenos días cariño. ¿Qué tal has dormido?

—No muy bien. Dormir en esa cama ha revivido los fantasmas, pero debo lidiar con ello y aprender a superarlo.

—Lo conseguirás —dice apretando mi mano—. Estoy segura de que podrás hacerlo. Eres fuerte, cariño.

—Necesito hacerlo, mamá.

—Y dime, ¿cómo es ella?

—Papá ya se fue de la lengua, ¿eh? —contesto sonriendo.

—Hay cosas que una madre intuye por su cuenta —levanto una ceja escéptico—.

Sí... tu padre me lo contó —reconoce ella con un gracioso mohín.

—Se llama Gabrielle y trabaja en una floristería. Es preciosa, inteligente, divertida... y hace que mi corazón se pare cada vez que me mira.

—¿Eso es todo?

—Me avergüenza decir que no sé mucho más de ella. Solo sé que su pelo castaño se enreda en mis dedos como si quisiera atraparme, que su perfume a flores silvestres haría que la reconociera a través del gentío y que su risa es la música que calma mi alma.

—Realmente estás enamorado de ella —dice mi madre tras darle un sorbo a su café.

—Con toda mi alma. Pero por culpa del pasado le he hecho mucho daño, mamá.

Quizás demasiado.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aún no lo sé. Pero sé que para no volver a hacerle daño tengo que superar esta mierda, o de lo contrario la alejaré de mí para siempre. Y no puedo permitirlo.

—Quizás deberías contarle lo que te pasó. Así ella logrará entenderte mucho mejor.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —Definitivamente mi madre está loca— Si se lo cuento se alejaría de mí al instante.

—Yo creo que lo que pasa es que te avergüenzas de ti mismo por ello, Derek. Y quizás debo recordarte que tú no tuviste la culpa de nada. Eras un niño, y esa mujer abusó de ti.

—No sería capaz de mirarla a la cara, mamá.

—Ninguna vergüenza es comparable a perder al amor de tu vida, Derek. Espero que encuentres la forma de recuperarla, pero recuerda esto cuando no te quede ningún As en la manga.

Capítulo 20

La consulta del doctor Brown remueve mis entrañas igual que lo hacía de niño, e igual que entonces no me gusta y quiero salir de aquí. Estoy nervioso y no paro de mover la pierna en un intento de calmarme. Mi padre pone su mano sobre mi rodilla sin mirarme y presiona levemente para que pare el baile que interpreto desde hace rato.

Tenerle a mi lado me da las fuerzas necesarias para ponerme de pie cuando la enfermera dice mi nombre. Mi siquiatra no ha cambiado demasiado. Tiene el pelo cano y varias arrugas cruzan sus rasgos amables. Sonrío inconscientemente cuando se acerca a darme un abrazo afectuoso.

—¡Derek! ¡Cuánto tiempo! Me alegro de verte. ¿Qué te trae por aquí?

Miro a mi derecha para fijar la vista en mi padre, pero me doy cuenta de que se ha quedado fuera de la consulta. Este trago tengo que pasarlo yo solo.

—Necesito ayuda, doctor. Nada va bien y me estoy volviendo loco.

—Bueno, empecemos por el principio. Cuéntame qué has hecho después de todo este tiempo —Su cambio de tema ya es familiar para mí, pretende adentrarse en el problema poco a poco, y no sabe cuánto se lo agradezco.

—Soy abogado. Uno de los mejores del país, de hecho.

—¡Estupendo! ¿Y en qué te especializaste? —pregunta con una sonrisa amable.

—Soy criminalista. Me dedico a meter a los malos en la cárcel —Intento bromear, pero no puedo deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Interesante... ¿Algo más?

—En mi tiempo libre me dedico a representar a víctimas de maltrato y violación que no pueden pagarse un abogado decente.

—¿Y eso te reconforta? —pregunta mientras empieza a escribir en su ya conocido cuaderno.

—Me hace sentir mejor persona —admito.

—Me ha dicho tu padre que has conocido a una mujer. Háblame de ella.

—Es... preciosa. Perfecta. No puedo quitármela de la cabeza ni un solo momento.

—¿Cómo la conociste?

Hablar de Gabrielle aumenta el nudo que siento en el pecho, pero si quiero avanzar debo soltarlo todo.

—La conocí en una parada de taxis un día de lluvia. Todos pasaban de largo... y le presté mi ayuda.

—¿Y ella siente algo por ti?

—Lo sentía... hasta que la cagué.

—¿Por qué piensas que la has cagado, Derek?

—Porque le he hecho mucho daño. Más del que ella puede soportar.

—¿La quieres?

—Con toda mi alma —reconozco—. No puedo respirar si no estoy con ella. No puedo dejar de pensar en ella, de imaginarla... sin ella me siento perdido.

—Si es así, ¿por qué le hiciste daño?

—Mis miedos hicieron que cometiese una estupidez tras otra. La última de ellas hacerla creer que la engañaba con otra porque me cegaron los celos al verla con mi mejor amigo.

—¿De qué tienes miedo, Derek? —levanta la cabeza el tiempo justo para preguntar antes de volver a escribir.

—De volver a sufrir.

Mi siquiatra se quita las gafas, cruza las manos sobre la mesa y me mira fijamente.

—Bien, Derek... como le expliqué a tus padres cuando todo ocurrió, las víctimas de una violación pasan por tres fases. La primera fase dura dos años, y es la etapa de crisis. La víctima está en shock, se culpa de lo que ha pasado, no soporta el contacto físico y se retrae en su interior. La segunda etapa se da desde ese momento hasta dos años después, es decir, cuatro años después de la agresión. La víctima tiene problemas para relacionarse con la pareja y desarrolla un mecanismo de defensa debido a la angustia y la ansiedad que le causa la violación. Y la última etapa es aquella en la que la víctima comienza a entender lo que pasó, y aprenden a vivir con ello.

—Entiendo.

—Me temo que aunque ya han pasado veinte años sigues estancado en la segunda etapa, Derek. No has avanzado, no has aceptado que lo que ocurrió fue una tragedia y que no tienes la culpa de nada.

—Sé que no fue mi culpa...

—Intentas convencerte de ello, pero tu subconsciente sigue creyendo que eres el culpable de que esa mujer te violase. Y hasta que no lo superes no podrás tener una relación sana con ninguna mujer.

Puede que el doctor tenga razón ¿El cabrón de mi subconsciente es quien me impide que esté con Gabrielle?

—¿Y qué puedo hacer?

—Cada paciente es un mundo, Derek, y no puedo decirte con exactitud lo que debes hacer. Contarle a ella lo que te pasó sería un primer paso en la dirección correcta.

—Me odiará, me...

—Derek, nadie va a odiarte por ello. También deberías enfrentarte a tu agresora, verla con los ojos de un adulto sería un gran paso.

—No sé si podré hacerlo...

—Empieza por tu chica, habla con ella. Los demás pasos los iremos dando poco a poco. Me gustaría que pasaras tiempo con tu familia, y que vengas a mi consulta a menudo. Quizás deberías pedir una excedencia.

—Soy mi propio jefe, puedo hacer lo que quiera.

Tras sonreírme, el doctor Brown se levanta y me tiende la mano.

—Dile a mi secretaria que te de cita para dentro de unos días.

—¿Cuánto tiempo cree que tardaré en recuperarme, doctor?

—Poco a poco, Derek. El mundo no se creó en siete días como nos han hecho creer.

Me receta unas pastillas para que pueda dormir mucho mejor y me da cita para una semana más tarde. Salgo de la consulta un poco más animado. Quizás el mundo no se creó en siete días, pero mi vida me la he cargado en un solo momento, y aún tengo alguna esperanza de recuperarme.

Vuelvo a casa de mis padres, le cuento a ellos lo que me ha dicho el doctor y preparo las maletas para seguir los pasos que me ha recomendado el doctor. Tengo que ir a buscar a Gabrielle.

□ □

Me encuentro de nuevo en mi apartamento, pero solo voy a estar un par de días aquí

antes de volver a casa de mis padres... a ser posible con Gabrielle.

Ni siquiera he deshecho la maleta. Es más, debo hacer otra para el tiempo que voy a pasar alejado de mi vida. Me meto en la ducha y sin darme cuenta imágenes de Gabrielle inundan mi mente. Recuerdo una ducha con ella, en la que mi pequeña diablesa me demostró que su cara virginal es solo una fachada.

Entró sin previo aviso en la ducha y comenzó a pasar sus manos por mi pecho. Yo eché la cabeza hacia delante y apoyé la frente y las palmas de las manos en la pared para dejarla explorarme a placer. Sus pequeñas manos se deslizaron por mi abdomen, mis muslos, mi trasero... y se agarraron a mi polla erecta cuando creía que iba a morirme de expectación.

Mientras desplazaba su mano por mi miembro plantó dulces besos en mi espalda, y con su mano libre palpó mi ano. Me tensé por un segundo, pero su exploración no pasó de ahí. Reconozco que fue... agradable, pero poco después trasladó esa mano traviesa a mis testículos, que masajeó con pericia.

Creí que iba a morir de placer ahí mismo, pero cuando mi semen amenazaba con salir disparado ella me soltó. Me di la vuelta encendido de deseo, la levanté en peso y la empotré contra la pared para enfundarme en ella hasta la empuñadura. Sus manos son deliciosas, pero su coñito prieto es el puto paraíso. Comencé a moverme desesperado, con embestidas secas, profundas, certeras. Nuestros gritos se mezclaban con el vapor del agua que empapaba nuestros cuerpos, y cuando el orgasmo nos atravesó fue como salir de golpe de un huracán.

Mi mano se traslada lentamente a mi miembro que ya está erecto debido al recuerdo. Paso la palma por toda su longitud, apretando la punta con los dedos y apresando entre ellos la gota perlada que se ha escapado de ella. Comienzo a moverla despacio, arriba y abajo, cada vez más apretada, más fuerte, más deprisa. Tengo que apretar la otra mano a la pared para no caerme de rodillas del placer que estoy sintiendo. Aunque sea en mis recuerdos Gabrielle sigue consiguiendo llevarme al límite.

Cuando el orgasmo me arrasa, su nombre escapa de mis labios en un grito ahogado. Una vez pasada la tormenta, me enjabono lentamente con una sonrisa en los labios. Ha llegado la hora de recuperarla.

Una hora después me encuentro en la puerta de la floristería. Miro por la cristalera, pero no la veo por ningún lado. El tintineo de la campanilla de la puerta me sobresalta, y mi ángel redentor entra en la tienda con una enorme caja en las manos. Aprovecho que está en el almacén para entrar en la tienda. Inmediatamente un olor floral muy parecido al de Gabrielle inunda mis sentidos. Acaricio suavemente el pétalo de una orquídea con el dedo y antes de terminar el gesto su presencia inunda la habitación.

—¿Otra vez tú? Creí que te habías rendido.

—Casi estuve a punto de hacerlo. Pero no vengo a intentar seducirte, Gabrielle. Esta vez no. Vengo a proponerte algo.

—La última vez que me hiciste una proposición terminé con el corazón destrozado, Derek.

—¿Me dejarás que me explique al menos?

Tras unos minutos que me parecen eternos, ella asiente imperceptiblemente mientras se cruza de brazos, apoyando la cadera en el mostrador.

—Me he comportado como un auténtico cabrón contigo, lo sé. He pagado contigo mis demonios, y no sabes lo que me arrepiento de ello. El otro día me diste mucho en lo que pensar, nena.

—¿Yo? —pregunta sorprendida.

—Creí que te había dejado lo suficientemente claro que te quiero, pero no ha sido así.

—¿Me quieres? —susurra.

—Con toda mi alma, Gabrielle —me acerco a ella y atrapo sus manos con las mías—. Te quiero tanto que si no estoy contigo me cuesta respirar, y quiero que tú sientas lo mismo por mí.

Ella abre la boca para decir algo, pero pongo un dedo en sus labios para impedírselo.

—No es justo que te pida eso cuando no me conoces en absoluto. Tengo problemas psicológicos, Gabrielle... problemas debidos a algo que pasó hace mucho tiempo.

—¿Me lo vas a contar? —pregunta incrédula.

—Sí, pero no aquí, ni ahora. Este es el trato que te propongo: ven conmigo a la ciudad donde me crié, a la casa de mis padres. Conóceme, descubre cómo soy. Escúchame cuando esté preparado para desvelarte mis demonios, y si después de todo eso sientes que no puedes con esto, te juro por lo más sagrado que te dejaré marchar y no volveré a perseguirte.

—No puedo irme así como así, Derek. Tengo un negocio y...

—Cógete vacaciones. Una semana... dame una semana y te dejaré marchar. Te juro que no intentaré nada a no ser que tú me lo pidas —ella ríe divertida.

—No te lo crees ni borracho, Derek. Eres incapaz de mantener las manos alejadas de mí.

—Te doy mi palabra. Si quieres que te toque deberás ser tú quien me seduzca.

Dormiré en otra habitación y haré lo que sea necesario para que accedas a esto, nena.

—¿Una semana? ¿Y si decido que no quiero estar contigo me dejarás en paz?

—Te lo juro. ¿Qué me dices? —pregunto con toda la decisión de la que soy capaz.

Ella se queda pensativa demasiado tiempo para mis nervios, pero levanta la mirada insegura y asiente.

—Lo haré. Pero te juro que si decido alejarme y me persigues de nuevo te denunciaré.

—No tendrás que hacerlo —sonrío aliviado.

Me acerco a ella y aspiro el aroma de su cabello antes de posar mis labios en su mejilla para darle un suave beso. Ella inspira fuerte, pero no dice nada. Mis ojos se encuentran con los suyos un segundo, yo sonrío y beso el dorso de su mano antes de separarme de ella unos pasos. No estoy preparado para estar tan cerca de ella sin tocarla como quiero.

—Te recojo mañana a las ocho —le digo.

—¿Mañana?! ¡Estás loco! ¡No puedo irme así por las buenas, Derek!

—Claro que puedes. No tienes que darle explicaciones a nadie. Pon un cartel de que estás enferma y asunto arreglado.

—¿No puedes esperar un par de días?

—Debo estar allí mañana. Tengo que ir a terapia, Gabrielle.

—¿Terapia? ¿Por qué?

—Esa es otra de las cosas que averiguarás en esta semana.

Son las seis de la mañana y ya estoy despierto, duchado y tomándome un café. Los nervios van a acabar conmigo. No puedo dejar de pensar en la reacción que tendrá Gabrielle cuando descubra mi pasado, pero es lo que debo hacer si quiero crear los cimientos de una relación a largo plazo con ella.

Enciendo el ordenador para ultimar los detalles de mi viaje. No puedo dejar mi empresa a la deriva, y aunque mis compañeros son perfectamente capaces de llevar el negocio sin mí quiero dejar todos los cabos atados antes de marcharme.

En un ataque de locura reservo mesa en el restaurante al que llevé a Gabrielle la primera vez que cenamos juntos, aquel pequeño lugar que está junto al mar. No puedo

seducirla, pero sí puedo mimarla como se merece.

A las ocho estoy aparcado frente a su casa. Respiro hondo y me dispongo a llamar al timbre, pero ella se me adelanta saliendo por la puerta antes de que alcance a darle al botón.

—Buenos días, Derek. Te vi por la ventana.

—Buenos días, preciosa —contesto besándola en la mejilla—. ¿Lista?

—Creo que sí. ¿Y tú?

—No... no lo estoy. Pero es lo que debo hacer si quiero seguir adelante.

Conduzco sin rebasar el límite de velocidad, tal y como hacía antes. Me siento en calma... y esa es una sensación que había olvidado y que me gusta. Pongo un poco de música para que el ambiente no esté demasiado tenso, y me centro en la carretera. Me encanta escucharla cantar. Lo hace bajito, como si así yo no fuese a escucharla, pero no puede evitar tararear las canciones que conoce. Sonrío satisfecho sin mirarla, no quiero que deje de hacerlo.

A la una estamos aparcando en la puerta del restaurante. Gabrielle me mira con una ceja levantada, y yo me encojo de hombros con inocencia.

—Tenemos que comer, y el restaurante nos pilla de camino.

—Ya... seguro que es por eso —contesta escéptica.

Nos sentamos en la misma mesa en la que nos sentamos aquella vez, y cuando el camarero toma nuestro pedido ambos nos quedamos mirando el horizonte. Yo, con añoranza por lo felices que éramos entonces. Supongo que ella pensará en lo mismo.

—No puedo creer todo lo que ha pasado desde entonces —susurra confirmando mis sospechas.

—Jamás pensé que pudiese ser tan gilipollas.

—Derek... no. Si estoy aquí es porque necesito saber. Y así no me ayudas a ser objetiva.

—Lo siento, cambiemos de tema. ¿Qué has hecho en el tiempo que hemos estado separados?

—Trabajar, salir con mis amigas... ha sido poco tiempo, de hecho.

—¿En serio? A mí me ha parecido una eternidad. No podía dejar de pensar en ti.

—¿Por qué yo, Derek? De entre todas las mujeres del mundo, ¿por qué te has fijado en mí?

—No lo sé. Quizás porque eres tan distinta a las mujeres con las que me relacionaba que me has llegado al alma. Porque eres fiel a ti misma. Porque me haces sentir completo. Porque me miras y mi alma revolotea en mi estómago. Porque...

—Vale, vale... me hago una idea.

Se ha puesto como un tomate, sonrío y cojo su mano para besarla suavemente.

—¿Te incomoda saber lo que siento por ti?

—No es eso. Es que estás muy diferente...

—Soy diferente. Tengo muchas cosas que arreglar, pero estoy haciendo todo lo que puedo por hacerlo —confieso.

—Me alegra oír eso. Independientemente de lo que pase entre nosotros quiero que estés bien, Derek.

Comemos charlando animadamente, descubriéndonos el uno al otro. He descubierto que su color favorito es el azul, que su colonia se llama *Indian Night Jasmine*, que disfruta levantando la cara al cielo en los días de lluvia, que adora los perros y que su vida está vacía sin la música.

Yo le descubro que aunque parezco un abogado *snob* estoy mucho más cómodo en

vaqueros y zapatillas, que me gusta el café muy cargado, que en mis ratos libres dibujo y que me encanta pasar tiempo sentado en la orilla del mar al atardecer.

Continuamos nuestro camino, y a las cinco estamos aparcados frente a la casa de mis padres. La miro nervioso, y ella me coge de la mano y me aprieta insuflándome valor. Salimos del coche y ella se agarra a mi brazo. Ese gesto me entenece, pero también me calma. Mientras ella esté conmigo todo va a estar bien.

Mi madre sale a nuestro encuentro. Tanto ella como mi padre están deseando conocer a la mujer que me ha robado el corazón y ha sido capaz de llevarme de vuelta con ellos. Mi madre me abraza fuerte antes de volverse hacia Gabrielle y repetir el gesto con ella.

—Tú debes ser Gabrielle. Yo soy Eleonor, la madre de Derek.

—Es un placer, señora.

—Nada de formalismos. Llámame Elly. La mujer que me ha devuelto a mi hijo puede llamarme como quiera.

Gabrielle sonríe y asiente antes de cogerse de su brazo.

—Entonces debes llamarme Gaby. Mis amigas me llaman así.

Me quedo parado un segundo en el sitio, viendo alejarse a las dos mujeres de mi vida, con un nudo en la garganta al ver que Gabrielle es la mujer que necesito, la mujer perfecta para mí.

Capítulo 21

Estoy confinado tras la barbacoa en el jardín. Mis padres han acaparado a Gabrielle y me han “castigado” preparando las hamburguesas mientras ellos la conocen un poco mejor. La verdad es que no me importa. Ella está relajada, feliz, y realmente disfruto viéndola así. Mi madre y ella han conectado al momento y sé que llegarán a ser muy buenas amigas... si se queda conmigo.

Esta tarde fui a mi terapia sin ella. La dejé charlando con mi madre y me escapé a la consulta del doctor Brown para contarle las novedades. Insistió en que la llevase a una sesión conmigo, pero para ello debo contarle lo que me ocurrió, y no sé si seré capaz de hacerlo aún.

Los nervios me atenazan el estómago durante toda la cena, pero cuando mis padres se retiran a dormir, me siento con Gabrielle en el columpio del porche a tomarnos una taza de chocolate caliente.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Tus padres son muy intensos —sonríe—, pero encantadores. Me han estado contando batallitas de tu niñez durante horas.

Me tenso por un momento. Es el momento apropiado, pero el miedo no me deja hablar, así que solo sonrío.

—Espero que tu habitación esté bien —digo en cambio.

—Es perfecta. Todo esto es perfecto, Derek. Estoy conociendo muchas cosas sobre ti que me gustan y me sorprenden al mismo tiempo

—Ha sido culpa mía que apenas conozcas nada de mí, Gabrielle. La verdad es que solo conoces mi faceta más despreciable.

—No digas eso, no es verdad.

Sus ojos se clavan en los míos un instante que me parece eterno, y la caricia de su mano en mi mejilla me arranca un suspiro y hace que cierre los ojos inconscientemente.

—A pesar de lo que ha pasado entre nosotros siempre has sido tierno y cariñoso conmigo. Te he visto relajado charlando con Evan, y muchas de las cosas que haces son dignas de mención.

—¿Qué cosas? —pregunto sorprendido.

—He descubierto que ayudas a víctimas de maltrato y abusos sexuales, Derek.

—Ya se han ido mis padres de la lengua —repongo violento.

—Pues no, listo... no han sido ellos. Ayer cuando saliste de la floristería una clienta te reconoció. Llevaste su caso y la salvaste de una muerte segura. Eso es algo que jamás habría esperado de ti, y dice mucho de tu carácter.

—Nadie se ocupa de esas mujeres. Alguien tiene que hacerlo y a mí no me cuesta nada.

—Claro que te cuesta. Las costas de los juicios corren de tu cuenta. Eso es mucho dinero si llevas muchos casos, como me dijo ayer esta mujer.

—Me hace sentir mejor persona.

—Derek... eres buena persona —susurra—. Estás traumatizado por algo que ocurrió, pero no eres mal tipo.

Sus labios se unen a los míos y me quedo en estado de shock. El tacto de su piel enciende mi alma, y un gemido escapa de mis labios antes de que me apodere de su cuerpo y la sienta en mi regazo.

Ahondo el beso, y mi lengua entra en contacto con la suya, mis manos buscan el camino hacia sus pechos y los acuno suavemente entre mis palmas. Gabrielle enreda sus dedos en mi pelo y comienza sus caricias cadenciosas, relajando mis músculos tensos, aunque despertando mi excitación.

Con un esfuerzo titánico separo mis manos de su cuerpo y mi boca de la suya, apoyando mi frente en la de ella.

—No me hagas esto, Gabrielle. Si seguimos así no voy a poder cumplir mi promesa de no tocarte.

—Lo... lo siento —Está tan turbada como yo—. No debería haberlo hecho. Me voy a la cama.

Se levanta de mis piernas para marcharse. Está avergonzada, y la sujeto de la muñeca para que me mire un segundo.

—Gabrielle... nadie quiere hacerte el amor más que yo, pero cuando lo haga será para no dejarte escapar. No me lo pidas a no ser que estés completamente segura de que te quedarás a mi lado.

Ella asiente y se marcha a su habitación. Me alejo de la casa lo suficiente para poder ver su ventana, y cuando la luz se apaga vuelvo a sentarme en el porche. Cierro los ojos y un suspiro sale de mis pulmones. ¡Joder!, esto va a ser más duro de lo que imaginaba.

Estoy haciendo el amor con Gabrielle. Ella está tumbada en mi cama bocabajo, y yo recorro la curva de su espalda con mis besos. Mis manos acarician sus costados, y mi pecho resbala por sus glúteos lentamente. Ella ronronea satisfecha, y sonrío inconscientemente cuando su mano intenta atrapar mi erección.

—No, gatita traviesa... no vas a tocarme todavía.

—¡Pero quiero hacerlo! —responde con un mohín delicioso.

—Tendré que ponerle remedio...

Saco una corbata del cajón de la mesilla y dándole la vuelta ato sus manos al cabecero. Ella se ríe feliz, y yo continúo con mi asalto, esta vez por delante. Mis besos acarician su cuello y su hombro, y cuando llego a sus dulces pechos mi lengua aparece un segundo para saborear su pezón rosado, que ya está enhiesto esperando mi caricia. Repito la operación con el otro pezón, y continúo bajando por su estómago. Mis besos son suaves, delicados, pero Gabrielle gime excitada con cada uno de ellos.

Yo también estoy cachondo, y mi polla amenaza con buscar alivio cuando roza un momento su sexo. Continúo sin embargo bajando con mi boca por su monte de Venus hasta llegar al sitio que más anhelo, ese coño delicioso que me vuelve completamente loco.

Gabrielle abre las piernas de inmediato permitiéndome el acceso, y separo sus labios suavemente para hundir mi nariz en su clítoris, ya hinchado. Su olor almizclado me enloquece, y mi lengua no tarda en hacer su avance contra su abertura. Ya está empapada, y el sabor de sus jugos en mi lengua casi hace que llegue al orgasmo.

Recorro sus pliegues con la lengua, con pasadas lentas y certeras, y ella se retuerce entre mis brazos, desesperada por soltarse y poder acariciar mi pelo como hace siempre. Pero no se lo permito, y aumento el ritmo de mis lengüetazos, alternando su botoncito con su deliciosa abertura, y el orgasmo la arrasa dejándola exhausta.

Desato sus manos y acaricio sus muñecas para que recupere la circulación, pero ella me empuja y me tumba en la cama.

Unas caricias como alas de mariposa me despiertan. Aún turbado por el sueño veo a Gabrielle recostada a mi lado en la cama, sonriendo, y por un momento siento que el sueño no ha sido tal y me abalanzo sobre ella para devorar su boca.

Gabrielle gime y me devuelve el beso con ansia, se retuerce bajo mi cuerpo desnudo y me arranca un gemido cuando su muslo roza suavemente mi erección. Cuelo la mano por debajo de su camiseta y acaricio sus pezones, esos que echaba tanto de menos. Gabrielle me tira del pelo y sonrío sobre sus labios antes de bajar por su cuello.

—¡Derek, para!

El susurro escapa de sus labios y yo me quedo sin aire, muy quieto, intentando asimilar lo que ha ocurrido. Me separo despacio de ella y la miro a los ojos para detectar cualquier atisbo de dolor, o rabia, pero ella se está riendo. ¡Se ríe! Y me quedo mirándola sin entender qué es lo que pasa.

—Gabrielle, lo siento... yo... —balbuceo.

—Tu madre me mandó a despertarte. Si tardamos más de la cuenta subiré a buscarnos, y no creo que sea agradable que nos encuentre así.

—¿Estás bien? Joder, nena... estaba soñando y...

—Si este es el resultado del sueño debía ser muy caliente —dice antes de soltar una carcajada.

Yo sonrío malicioso y la atrapo entre mi cuerpo y el colchón. Acercó mis labios a un centímetro de su oreja y la hago estremecerse.

—Ni te lo imaginas.

Dicho esto, me levanto y me encamino silbando a la ducha. Ella se queda un momento tumbada en mi cama, asimilando lo que acabo de hacer, antes de entrar en el cuarto de baño para aprisionarme contra el lavabo y comerme la boca con avaricia.

—A este juego podemos jugar los dos —dice cuando se aparta de mí.

—Es el juego que más me gusta, Gabrielle... jugar a seducirte.

Un cuarto de hora después bajo al salón para descubrir que mi pequeña seductora se ha ido con mi madre de compras, así que me sirvo un café y voy a buscar a mi padre. Le encuentro en el garaje montando uno de sus “juguetitos”, una nueva maqueta de helicóptero.

—Buenos días papá. ¿Qué modelo es? —pregunto dando un sorbo a mi café.

—Es el *Academy 12120 U.S.Navy MH—60S HSC—9 'Tridents'*. Mi nueva adquisición.

Permanezco observando cómo une las piezas de la maqueta mientras me tomo el café. Poco a poco el amasijo de pequeños trozos de plástico y hierro se convierten en un helicóptero blanco y rojo del tamaño de mi brazo.

—¿Se lo has dicho ya? —pregunta mi padre.

—No. Necesito más tiempo.

—Hijo... el tiempo pasa, y ella espera una explicación. No permitas que se canse y se marche antes de que le cuentes la verdad.

—El doctor Brown quiere que la lleve hoy a su consulta.

—¿Vas a hacerlo?

—No tengo más remedio —digo encogiéndome de hombros.

—Lo correcto sería que ella fuese allí sabiendo lo que ocurre. Debes decírselo cuando vuelva.

—Lo intentaré, papá. Pero no te prometo nada.

—Es lo mejor para los dos, hijo. Ella no puede vivir en la ignorancia, y tú no puedes esconderte en las sombras por más tiempo.

Capítulo 22

Son las cinco de la tarde y estamos sentados en la sala de espera del doctor Brown. Sé que le prometí a mi padre que le contaría lo que pasó antes de traerla, pero al final no he podido hacerlo. Cuando llegó de comprar con mi madre se enfrascaron juntas en preparar la comida, y después de comer se quedó dormida apoyando su cabeza en mi pecho mientras veíamos una película.

¿A quién quiero engañar? No tengo excusa. No se lo he dicho porque soy un cobarde. Me aterra la reacción que ella pueda tener cuando se entere, me aterra que me abandone. Pero lo que más pánico me da es ver el rechazo en sus preciosos ojos castaños.

Ni siquiera he tenido el valor de decirle que ha sido el doctor Brown quien ha insistido en que la traiga conmigo. Simplemente le he pedido que me acompañe y ella ha accedido sin rechistar.

—¿En serio puedo entrar contigo? —pregunta— No creo que sea buena idea hacerlo sin que tu médico lo sepa.

—En realidad... ha sido él quien ha insistido en que te trajera.

Ella me mira con la sorpresa pintada en el rostro, mientras yo solo me encojo de hombros.

—¿Le has hablado de mí? —pregunta.

—Nena, es mi siquiatra. Por supuesto que le he hablado de ti.

Cinco minutos más tarde llega el peor momento de la tarde. Cuando veo aparecer a Evan por la puerta de entrada mi estómago se revuelve y me tenso por un segundo. Gabrielle me mira sorprendida, pero no dice nada.

El que era mi mejor amigo se acerca y saluda a Gabrielle con cariño, señal de que no han perdido el contacto desde que todo ocurrió. Cuando se vuelve hacia mí su reacción es otra historia. Simplemente me mira con las manos en los bolsillos y una ceja arqueada.

—Gracias por venir, Evan. Significa mucho para mí.

—Tú dirás —contesta.

—Derek —me interrumpe el doctor Brown—, podéis pasar.

Gabrielle aprieta mi mano con cariño y me precede. Evan, aunque reticente, la imita. Me siento frente a ellos en la enorme consulta y mi médico se sienta junto a mí.

—Veo que ambos habéis venido —les dice—. Me alegro de que hayáis comprendido el problema de Derek.

—Un momento —replica Evan— ¿Problema? ¿Qué problema? A mí nadie me ha contado nada.

Mi siquiatra mira a Gabrielle, que niega con la cabeza, y yo bajo la mirada avergonzado.

—Derek, hablamos de esto, te dije que ellos debían venir conscientes del problema. ¿Por qué no se lo has dicho?

—Sabe bien por qué —replico incómodo.

—Muy bien —contesta levantándose—. Esta es mi última consulta de la tarde, así que tengo tiempo de sobra. Voy a ir a tomarme un café. Cuando vuelva quiero que se lo hayas contado. Y si alguno de los dos siente que no puede con ello, es libre de marcharse.

Dicho esto, coge su chaqueta y nos deja solos en la consulta. Los nervios atenazan mi estómago, me impiden respirar... pero Gabrielle se sienta a mi lado y me pasa su brazo por

los hombros, confortándome como solo ella sabe hacer.

—Puedes hacerlo, Derek. Cuéntanos que ocurre —me dice suavemente—. Necesitamos saber qué te pasa.

Evan no dice nada, pero su mirada se ha suavizado, y me observa expectante. Casi sin darme cuenta comienzo a hablar.

—A los quince años yo era el muchacho más popular del instituto. Todas las chicas reían como tontas cuando las saludaba por los pasillos o simplemente les sonreía. Yo estaba cansado de esa aptitud, y entonces... llegó ella.

Evan se sienta en la mesa que había entre los dos frente a mí, y aprieta mi rodilla dándome ánimos. Debe haber notado mi malestar. ¡Joder! ¡Me siento enfermo solo de recordarlo!

—Christine era la profesora de ciencias que todo alumno desea tener: joven, guapa, simpática... y me prestaba más atención que al resto. Fingía no saber resolver los problemas porque ella siempre estaba dispuesta a pasar tiempo conmigo fuera de clase, y yo disfrutaba de esos momentos mirando su escote o sus piernas e imaginándome entre ellas...

—Continúa —susurra Gabrielle.

—Recuerdo que llovía a mares. Recuerdo que perdí el autobús y que estaba empapado. Ella se paró junto a mí y se ofreció a llevarme a casa. Cuando me di cuenta de que iba en dirección contraria le pregunté y me dijo que íbamos a su casa para que pudiese secarme antes de que mis padres me vieran así.

—Joder —susurra Evan imaginando lo que sigue.

—Yo me sentí el tío más afortunado del mundo. Creí que ella estaba interesada en mí y que iba a perder mi virginidad con ella. ¡Maldita sea la hora en la que me subí a ese coche!

—¿Qué paso? —oigo decir a Gabrielle.

—Cuando estaba desnudándome en su dormitorio la escuché hablar con varios hombres, pero no presté atención. Media hora después me vi desnudo, atado de pies y manos y a merced de una sicópata y dos desconocidos.

Las lágrimas caen sin control por mis mejillas, pero ya nada importa. En este momento me encuentro de nuevo en aquella casa, desnudo frente a aquellas personas.

—Luché con todas mis fuerzas, pero no conseguí nada. Ellos... ellos me...

Un sollozo interrumpe mi relato. Gabrielle me abraza con fuerza. Siento sus lágrimas mezclarse con las mías, pero no importa. Ya nada importa...

—Shh... tranquilo —susurra mi ángel—. No tienes que seguir. Déjalo Derek.

—Me violaron. Me hicieron cosas con las que he soñado hasta perder la cabeza. Me dieron tal paliza que no sé ni cómo estoy vivo. Y después me dejaron tirado a un lado de la carretera desnudo.

Los nudillos de mi mejor amigo están blancos de la fuerza con la que se agarra a la mesa. Sus músculos tiemblan de rabia contenida, pero soy incapaz de mirarle a la cara.

—Tuve la suerte de que una patrulla policia pasó por allí y me vio. Me llevaron a urgencias y me obligaron a testificar. Esa noche intenté suicidarme, pero mi madre me encontró a tiempo. Al día siguiente quise volver a clase. No quería permitir que esa degenerada se saliese con la suya. Cuando llegué todos mis compañeros me miraban. Algunos se reían, otros me miraban con compasión. Cuando entré en el instituto vi todas las paredes forradas con las fotos de mi desgracia.

—¿Qué? —susurra Gabrielle sorprendida.

—¡Maldita hija de puta! —grita Evan.

—Fue entonces cuando me desmoroné. Nos mudamos y mis padres comenzaron una

batalla legal contra mis violadores. Los dos hombres están muertos, pero ella salió de la cárcel a los diez años. Lo primero que hizo fue mudarse aquí. No pude soportarlo y me alejé todo cuanto pude.

Levanto la vista, con miedo a lo que voy a encontrarme, pero Evan me abraza antes de que pueda reaccionar. Sus lágrimas mojan mi camisa, y su agarre a punto está de dejarme sin aire.

Gabrielle hace rato que está llorando, y cuando Evan me suelta se acerca y me besa con ternura. Su sabor me calma, me relaja, y cuando separa sus labios de los míos se acurruca en mi regazo sin soltarme.

—¿Por qué nunca me lo contaste, tío? Somos amigos... —gime Evan.

—Porque no lo he superado. Estoy estancado, y necesito que me ayudéis a seguir adelante.

En ese momento entra el doctor Brown en la consulta, y tras echar un vistazo sonrío y saca de su escritorio una caja de pañuelos de papel y nos la tiende.

—Veo que ya lo sabéis. Ahora puedo explicaros el problema de Derek.

—Somos todo oídos —contesta Evan con decisión.

—La recuperación de una víctima de violación consta de tres etapas. En la primera de ellas el paciente está en estado de shock, no soporta el contacto físico, se culpa de lo que ha ocurrido y se retrae en su interior. En la segunda etapa tiene problemas para relacionarse y crea un mecanismo de defensa debido a la angustia y la ansiedad. En la tercera el paciente acepta lo que le ocurrió y aprende a vivir con ello. Derek debería haberlo superado hace años, pero se ha quedado estancado en la segunda fase.

—Entiendo —contesta Evan, mientras que Gabrielle asiente.

—Aunque se esfuerce por creer lo contrario, Derek cree que es el culpable de lo ocurrido, y hasta que no se enfrente a ello no va a poder ser capaz de seguir adelante.

—¿Y qué podemos hacer? —pregunta Gabrielle.

—Derek debe enfrentarse a su violadora. Debe hacerle frente para poder entender que él solo era un niño. Y necesita vuestra ayuda. Es un paso que no puede enfrentar él solo, tiene que estar arropado por la gente que le quiere —mira el reloj—. Tengo que irme. Mi mujer me matará si vuelvo a llegar tarde a cenar. Voy a estar unos días fuera, Derek. Nos vemos el lunes.

Salimos de la consulta en silencio. Gabrielle me coge de la mano con fuerza, y Evan me tiene cogido por el hombro. Mis padres siempre me han apoyado, pero jamás me sentí tan arropado como en este preciso momento. Cuando llegamos a mi coche Evan me vuelve a abrazar y se dirige a su coche.

—Te sigo, Derek —me dice.

—Perfecto.

Conduzco despacio hasta mi casa, y una vez allí presento a mi mejor amigo a mis padres. Ellos me sorprenden diciendo que van a pasar unos días fuera, que volverán el domingo. Así que tenemos la casa para nosotros solos durante toda la semana.

Gabrielle propone que hagamos una barbacoa y que invitemos a mis amigos de la infancia, pero desde que me mudé me convertí en una persona introvertida y antisocial, así que no conozco a nadie de la ciudad.

Mientras Gabrielle se queda en casa preparando un postre, Evan y yo vamos al supermercado. Al principio nos rodea un silencio incómodo, esto es exactamente lo que no quería que pasase, pero gracias a Dios el ambiente se relaja poco a poco.

—Derek, lo siento —me dice Evan.

—¿Que lo sientes? ¿Por qué? —pregunto sorprendido.

—Debí darme cuenta de que algo raro pasaba cuando pasó lo de Gabrielle.

—No eres adivino, tío. No podías saberlo.

—¡Joder, eres mi mejor amigo! ¡Te conozco lo suficiente como para saber que ese comportamiento no era normal!

—Desde que nos conocemos jamás he estado enamorado... hasta ahora. No podías saber si eran o no celos.

—Te diste cuenta por fin, ¿eh? —dice dándome un pequeño codazo.

—Aunque me avergüence reconocerlo me di cuenta gracias a ti. Si no me llegas a echar la bronca que me echaste hubiese seguido cegado por completo.

—Respecto a eso, Derek... Gabrielle me gusta mucho, pero no de la forma en la que crees. Me recuerda mucho a mi hermana, y...

Ahora empiezo a comprenderlo todo. Su comportamiento con Gabrielle, su cercanía, sus miradas de cariño...

—La echas de menos, ¿verdad?

—No pasa un solo día que no lo haga. Gabrielle recurrió a mí en una de vuestras peleas para pedirme consejo porque era incapaz de acercarse a ti, y cuando la conocí más a fondo me di cuenta de que ella me podía ayudar a superarlo.

—Siento no haber sido el amigo que necesitabas —susurro.

Ahora me doy cuenta de que no he sido consciente del sufrimiento de Evan por la muerte de su hermana pequeña. Realmente ninguno de los dos lo hicimos bien, así que estamos a mano.

—Cuando venía a verme me hablaba de ti, de lo frustrada que se sentía —continúa Evan.

—¿Frustrada?

—Me dijo que jamás hacíais el amor. Siempre te la follabas, pero solo le habías hecho el amor una única vez.

—Es cierto —reconozco avergonzado—. Pensé que si no me involucraba de esa manera no me afectaría verla contigo.

—¿Y por qué coño nos propusiste hacerlo, Derek? ¿Por qué no te dedicaste a seducirla por tu cuenta?

—Porque ella me lo pidió. Un día la seguí al Edén, donde iba a buscar experiencias nuevas. O se las daba yo o la perdía.

—¡Dios, Derek! Con todas las mujeres que te has follado, ¿y no reconoces una mentira? Gabrielle fue al Edén porque no podía olvidarte. Pensó que acostándose con otro hombre lo lograría, pero irónicamente se acostó contigo. Como le insististe en volver ella se inventó eso de experimentar para quitarte la idea de la cabeza.

—¿Y por qué demonios accedió al trío?

La carcajada de Evan me pilla por sorpresa. Me lo quedo mirando fijamente con una ceja alzada, esperando una respuesta.

—¡Porque pensó que era lo que tú querías! —contesta exasperado— ¡Accedió porque pensó que si no lo hacía te perdería! Habéis estado los dos tan ciegos que no os habéis percatado de lo que teníais delante.

—Ahora ya da igual, Evan. Tengo que volver a recuperarla, y esta vez sin artificios. Está aquí porque le propuse un trato. Si después de saberlo todo quiere seguir sin mí, no volveré a molestarla más. Y pienso cumplirlo aunque eso termine conmigo.

—No lo hará. Sigue enamorada de ti.

—Pero le he hecho demasiado daño, tío. No sé si será capaz de perdonármelo.
—Bueno, si no lo hace... aquí estaré para ayudarte a levantarte.

Capítulo 23

Estoy tumbado en la cama de mis padres mirando al techo. Hemos pasado una noche muy agradable, quizás la mejor de mi vida. Nunca me había sentido tan relajado, ni tan feliz. Después de comernos unas buenas hamburguesas hechas en la barbacoa y saborear el delicioso pastel de chocolate que ha hecho Gabrielle, nos hemos sentado los tres en el sillón a ver una película.

Sentir de nuevo a Gabrielle entre mis brazos ha sido como pisar el paraíso. La muy descarada se ha tumbado cuan larga era en el sofá, sobre nosotros, con la cabeza y la espalda apoyadas en mi pecho y los pies sobre Evan.

Sentir sus caricias inconscientes sobre mi brazo han hecho que me excite, pero he sabido disimular como todo un campeón. Después nos hemos ido a dormir. Como Evan se va a quedar a dormir toda la semana le he cedido mi cuarto. Pensar que Gabrielle está a unos metros de mí, que nos separa solo una pared, me está volviendo loco.

La puerta se abre lentamente y ella aparece en el umbral, envuelta en un camisón de algodón con dibujos de corazoncitos que me arranca una sonrisa. Se acerca vacilante a la cama, y tras una breve duda aparta las mantas y se tumba a mi lado.

—Gabrielle, ¿Qué haces aquí? —susurro para no sobresaltarla.

—Venía a despertarte —su voz suena avergonzada, así que me giro para mirarla.

—Ya estoy despierto. ¿Qué pasa? ¿No puedes dormir?

—Ya sé que me dijiste que no te lo pidiera hasta que no estuviese segura, pero...

Permanece en silencio lo que para mí parecen horas, aunque hayan sido apenas segundos. Sé lo que quiere, y mi miembro ya está listo y dispuesto a dárselo.

—¿Pero? —repito al ver que no continúa.

—Quiero... necesito que me hagas el amor —suelta a bocajarro— y sé que tú también lo necesitas. Al menos sé que hoy lo necesitas. No quiero que pienses que ya he tomado una decisión, porque estoy más confundida si cabe, pero...

—Gabrielle... cállate.

Me apodero de su boca despacio, saboreándola y recordando todas sus texturas y todos sus sabores. Ella gime en mis labios y se agarra a mis hombros con fuerza, dejándome las marcas de sus uñas en la piel.

Continúo besándola mucho... mucho tiempo, y bajo mis caricias por su mandíbula para llegar a su oreja.

—Me vuelves loco, mi amor. Completamente loco —susurro.

Me pongo de rodillas en la cama arrastrándola conmigo y sentándola en mis muslos para seguir besándola. Sus dedos se enredan en mi pelo, los míos en sus caderas. Beso su cuello, el valle entre sus senos... y ella tira de mí para tumbarse en la cama y ponerme sobre ella.

—Mmm... gatita traviesa... quiero hacerlo muy despacio. No me desconcentres.

Bajo los tirantes de su camisón para dejar un pecho al descubierto, y me doy un festín con su pezón rosado, que ya está duro y reclamando a mi lengua. Me deleito con su sabor, y me pongo de rodillas para poder alternar ambos pezones, que muerdo suavemente y succiono despacio. Ella se arquea y se retuerce debajo de mí, y su sexo se roza con el mío continuamente, mandando descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

Vuelvo a besarla, amasando sus pechos con mis manos un segundo antes de ponerla

de lado y situarme a su espalda. El camisón ha desaparecido ya de su cuerpo, y ni siquiera recuerdo cómo se lo he quitado. Mi mano se cuela por la seda de sus braguitas y roza su clítoris un segundo antes de volver a prestarle atención a sus pechos. Mi boca no se despegue de la suya, soy incapaz de hacerlo. Me deshago de sus braguitas con cuidado y dejo al descubierto ese coñito que tanto me gusta. Paso una de sus piernas por encima de mi cintura para dejarla más expuesta, y mientras que con la mano que tengo debajo de su cabeza acaricio suavemente su pezón, con la otra mano comienzo a masturbarla.

Está tan mojada... mis dedos resbalan por su piel, acarician su clítoris con mimo y poco a poco van invadiendo su interior. Entro y salgo lentamente, pero ella grita cuando el orgasmo se acerca, y no quiero que esto termine tan pronto, así que los saco despacio y la beso un instante más.

Continúo acariciando su clítoris sin descanso, cada vez más y más deprisa. Su mano se cuela en el pantalón de mi pijama y sujeta mi miembro con fuerza arrancándome un gemido. Mis dedos bailan sobre su perla, mis caderas se mueven al compás de los movimientos de su mano sobre mi polla, y cuando ella se tensa recorrida por el primer orgasmo de la noche arraso su boca con desesperación.

Se acabaron los juegos. Me deshago de la camiseta del pijama en un segundo y vuelvo a colocarme sobre ella para volver a encenderla con mis caricias. No tardo demasiado, ella me desea tanto como yo la deseo a ella.

Pronto Gabrielle toma el control, y me empuja para tumbarme en la cama y colocarse sobre mí para comerme la boca. Ese arranque de lujuria está a punto de hacer que me corra, pero consigo controlarme aunque no sé cómo. Mis manos se mueven ansiosas por su cuerpo deseando que esto no sea un sueño.

Se deshace de mis pantalones y se mete mi polla en la boca, hasta el fondo, hasta que toco el final de su garganta, y comienza a succionarme. ¡Joder! ¡Había olvidado lo bueno que es estar enterrado entre sus labios! Mis caderas se mueven inconscientemente al ritmo de sus embestidas. Mis manos se enredan en su pelo para marcarle un ritmo más lento que me permita aguantar, pero ¡joder! Ella coge mis testículos con las manos y hace rodar mis bolas entre los dedos catapultándome al orgasmo.

—¡Dios, Gabrielle! ¡Joder! —grito sin control.

La tumbo en la cama con un solo movimiento y entierro la lengua en su sexo, bebiéndome sus jugos y arrancándole un gemido. Lamo, chupo y succiono su clítoris desesperado, como un sediento en medio del desierto. Cuando introduzco mis dedos dentro de ella se retuerce y pega su coñito delicioso a mi boca al máximo, y se corre entre espasmos gritando mi nombre.

Vuelvo a tumbarla de lado con su pierna sobre mi cintura, y me introduzco lenta, muy lentamente en ella. Cuando estoy enterrado por completo, la miro a los ojos y ella me sonríe antes de besarme. Comienzo a moverme lentamente, aumentando la intensidad de mis embestidas, más y más rápido. La muerdo en el cuello para marcarla como mía, y ella se contorsiona para ponerse sobre mí, dándome la espalda. En esta postura rozo su punto G con la punta de mi polla, y ella se acaricia el clítoris con cada embestida, volviéndome loco. Sus gritos me tienen al borde del abismo, y un nuevo orgasmo la recorre al momento.

Salgo de ella un momento para besarla a conciencia, y la tumbo en la cama para follarla como a ambos nos gusta: fuerte y hasta el fondo. Apoyo mis manos en la parte de atrás de sus muslos y comienzo a embestirla deprisa, hasta adentro. Sus pechos se bambolean deliciosos frente a mí, y me están haciendo perder la poca razón que me queda. Me retumban los oídos del placer que me inunda, pero la necesito más cerca, así que me tumbo sobre ella

abrazándola, hundiendo mi lengua en su boca.

El placer me recorre por entero cuando ella se contrae a mi alrededor en un nuevo orgasmo. Un calambre se extiende por todo mi cuerpo dejándome aturdido. Caigo rendido junto a ella, que sonrío y me besa con ternura.

—Te amo, Gabrielle —susurro un segundo antes de caer dormido.

Me despierto solo en mi cama, pero el olor a sexo me recuerda lo que pasó anoche y me arranca una sonrisa. Me desperezo un momento antes de meterme silbando en el cuarto de baño.

Mientras el agua resbala por mi piel me deleito recordando la noche anterior. Definitivamente ha sido la mejor noche de mi vida. Después de tanto tiempo envuelto en pesadillas he conseguido dormir de un tirón. Y no fue por el sexo, sino por la presencia de mi ángel, ella es la única que consigue tranquilizar mi atormentada alma. Ella es la única que conseguirá rescatarme y convertirme en el hombre que debo ser para ella.

Entiendo que Gabrielle no se haya quedado conmigo. Sé que aún tiene dudas, y no puede deshacerse de ellas de la noche a la mañana. Pero que se colase en mi cama es un indicio de que aún tengo una oportunidad con ella.

Bajo al salón esperando encontrarla allí, pero solo está Evan, que me mira con una sonrisa antes de darle un sorbo a su café.

—Veo que has dormido bien, Derek —comenta—. Nunca te había visto esa sonrisa en la cara.

—Sabes lo bien que he dormido. Y siento no haberte dejado dormir a ti —bromeo.

—¡Oh, créeme! Dormí como un lirón... después de hacerme dos pajas escuchando como te follabas a tu mujer.

—Eres un cabrón —digo con una carcajada—. Ahórrate esos detalles en el futuro, ¿de acuerdo? ¿Dónde está Gabrielle?

—Ha salido. Ha dicho que volvería en un par de horas.

—¿Y no ha dicho dónde iba?

—No... lo único que ha dicho es... “¡Ya lo verás!”

Me encojo de hombros antes de prepararme el desayuno. La verdad es que no sé si conoce a alguien aquí, porque el día que se fue con mi madre llegó a las tantas, así que no me preocupa en absoluto donde esté.

Poco antes del almuerzo llega una Gabrielle cargada de bolsas. Evan y yo nos apresuramos a ayudarla.

—¿Pero qué demonios traes aquí, Gaby? —pregunta Evan— Esto pesa como el demonio.

—El otro día descubrí con tu madre una tienda de ropa y me encantó lo que vi, así que he vuelto.

Está un poco rara... y creo saber por qué. Sube a toda prisa a su dormitorio para sacar las cosas de las bolsas, y yo me giro hacia Evan.

—Tío, ¿por qué no pides un par de pizzas? Bajo en seguida.

—¿Otra vez? —pregunta tras una carcajada— Vas a dejarla seca.

—Está preocupada por lo que pasó anoche. Voy a hablar con ella.

La sonrisa se borra de los labios de mi amigo, que asiente y se va al salón. Cuando entro a la habitación de Gabrielle la descubro sentada en la cama cabizbaja con una caja entre las manos.

—¡Eh! —susurro acercándome y sentándome a su lado— ¿Qué ocurre, nena?

—Na... nada.

—Nena, te conozco lo suficiente como para saber que te pasa algo. Cuéntamelo, por favor.

—Es que... estoy tan confundida, Derek... Una parte de mí me dice que no me fíe de ti, que vas a volver a hacerme daño. Pero has cambiado tanto... pareces otra persona, y mi corazón me grita que me deje llevar, pero...

—Ven aquí —la corto sentándola en mis muslos—. El Derek que conociste ya no existe, Gabrielle. Ese Derek era un depredador, que utilizaba a las mujeres para su propio beneficio. No estoy diciéndote que te fíes de mí y que olvides todo lo que ha pasado entre nosotros, porque ni yo mismo puedo olvidarlo.

—Lo sé... es que me siento dividida.

Ver el precioso rostro de mi ángel teñido por la preocupación me parte el alma. Yo quiero, ¡no!, necesito que ella sea feliz y haré todo lo posible para conseguirlo.

—No quiero que pienses en ello —digo con un nudo en la garganta—. Tienes hasta el domingo para decidirte. Disfruta de estas mini vacaciones y cuando volvamos a casa decides lo que quieres, ¿de acuerdo?

Ella asiente y entierra la cara en mi pecho. Permanecemos así un rato, sin hablar, simplemente recreándonos en terneros tan cerca. Cuando ella levanta la cabeza y me sonrío, mi corazón se siente más ligero.

—Te he comprado un regalo —me dice—. Es una tontería, pero... espero que te guste.

Me tiende la cajita que sostenía entre las manos cuando entré. Me quedo sin habla cuando la abro: es un colgante de plata en forma de ala de ángel lacada en negro. La sostengo entre mis dedos un momento, aguantando el nudo que amenaza con ahogarme.

—Cuando lo vi me acordé de ti. Me recuerdas a un ángel caído, perdido entre demonios. Quiero ayudarte a vencer esos demonios, Derek. ¿Me dejarás?

Solo atino a asentir, he perdido la capacidad de hablar. Gabrielle me quita la cadena de entre los dedos y la coloca en mi cuello. Acaricia mi pecho un segundo antes de darme un beso sobre el corazón.

—Vamos abajo, nena... la comida ya habrá llegado —es lo único que atino a decir.

Capítulo 24

Ya es domingo. La semana ha pasado en un abrir y cerrar de ojos, y no quiero que termine, no tan pronto. Acaricio inconscientemente el colgante que me regaló Gabrielle. He dejado aparcado un paso importante de mi recuperación para poder pasar estos días con mi ángel y mi mejor amigo, pero no puede pasar de hoy.

Inspiro profundamente al pensar en Christine. Mi cuerpo tiembla inconscientemente, y las lágrimas amenazan con derramarse de mis ojos. ¿Pero qué coño me pasa? ¡Ya no soy un niño, joder! Esa mujer ya no puede hacerme daño. Repito la letanía en mi mente una y otra vez mientras me doy una ducha.

Cuando bajo a desayunar Gabrielle ya está en la cocina preparando bacon y huevos. Aún está vestida con su pijama, y me acerco a abrazarla, porque lo necesito con urgencia.

Ella se vuelve y me aprieta fuerte contra su cuerpo arrancándome un suspiro.

—¿Estás bien? —susurra.

Asiento con la cabeza sin apartarla de su cuello. Ella espera pacientemente, y cuando me siento preparado me separo de ella y la beso suavemente en los labios.

—Gracias —le digo.

—Tonto —sonríe.

Evan aparece por la puerta con pan recién horneado, se acerca a mí y me aprieta el hombro suavemente. Desayunamos en silencio, y las muestras de apoyo de los dos pilares más importantes de mi vida se suceden sin cesar.

El día pasa en silencio. Me encuentro taciturno, pero ambos me entienden y no intentan animarme. Después de comer vemos una película tumbados en el sofá, pero no podemos dejarlo pasar más.

A las seis de la tarde subo a vestirme. Me pongo mi mejor traje porque, aunque no quiera admitirlo, quiero demostrarle que lo que me hizo no ha podido acabar conmigo, que ella no ha sido capaz de hundirme.

Llegamos a la puerta de Christine en una hora. Evan para el coche y se vuelve hacia mí.

—¿Estás listo?

Niego con la cabeza y Gabrielle me aprieta la mano antes de unir sus labios a los míos.

—Los dos vamos a estar contigo, Derek —susurra mi chica—. Puedes hacerlo.

Bajamos del coche y nos dirigimos hacia la puerta de la casa. No es una casa demasiado grande, parece demasiado oscura, como el alma de su dueña.

Me tiembla la mano cuando intento tocar el timbre, y al final Evan lo hace por mí. Nos abre la puerta una mujer de unos sesenta años. Su cara está surcada de arrugas, y su pelo cano parece pringoso. Desprende un olor nauseabundo, como si llevase demasiados días sin ducharse. Su espalda se curva de manera extraña, haciéndola parecer más baja de lo que realmente es. Y en sus ojos puedo distinguir la condena de la locura.

Respiro hondo al darme cuenta de que han pasado muchos años desde que ocurrió. Creía que iba a encontrarme a Christine como antes, no tan joven, claro está, pero no convertida en una anciana.

¿En serio esa mujer acabó con mi vida? ¿En serio me he dejado amedrentar por una anciana? Sonrío al darme cuenta de que por fin lo entiendo. Era solo un niño, y esa mujer

abusó de mí. Ella es la culpable, no yo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? —espeta la mujer.

Me quedo mirándola fijamente, y de repente siento que un gran peso se eleva de mis hombros. Creí que no había pagado lo suficiente por sus pecados, pero realmente ya está en el Infierno. Me acerco a ella despacio, saco de mi cartera un fajo de billetes y lo pongo en la mano de la anciana.

—Te perdono, Christine.

Es lo único que atino a decir antes de darme la vuelta, coger a mi mujer de la cintura y a mi amigo del hombro y marcharme.

—¿Derek? —pregunta Evan extrañado.

—Se acabó, tío —susurro sonriendo—. Se acabó.

□ □

Veo la ciudad de Nueva York a través de las cristaleras de mi despacho. Hace una semana que volvimos de casa de mis padres. Hace una semana que Gabrielle se alejó de mí de nuevo, pero esta vez fui yo quien se lo pidió. Necesito que piense bien en sus sentimientos, necesito que medite sobre la decisión que va a tomar.

Miro el reloj antes de apagar el ordenador y marcharme. Sonríó a mi nueva joven secretaria antes de darle las buenas noches y marcharme. Hoy tengo prisa, tengo una cena pendiente. Paso por *Tiffani's* para recoger el anillo que encargué en cuanto volví a la ciudad. Es una alianza de platino y diamantes con el símbolo del infinito al frente. Porque es eso lo que siento por ella: un amor infinito.

Al llegar a casa me doy una ducha rápida y me pongo un traje limpio. A las ocho estoy en la puerta del *Serendipity*, uno de los mejores restaurantes de la ciudad. El *Maître* me acompaña a nuestra mesa, apartada del gentío, y espero nervioso a que llegue mi cita.

Gabrielle aparece diez minutos después, y está preciosa, como siempre. Lleva un vestido de gasa blanca que cae sinuoso hasta sus rodillas, y su pelo cae libre por sus delicados hombros. Se me seca la boca nada más verla.

Me levanto solícito cuando se acerca y la acomodo en su asiento antes de elegir el vino. Pedimos una comida sencilla, una ensalada y pasta. Charlamos sobre lo que hemos hecho durante la semana, aunque la tensión y el nerviosismo se notan en el ambiente. Una vez terminada la cena, paseamos por las calles de la ciudad cogidos de la mano.

Un artista callejero canta a ritmo de Blues, y no dudo un momento en atraer a Gabrielle entre mis brazos y ponerme a bailar con ella, que suelta una carcajada mientras me sigue los pasos.

—Estás loco —me dice.

—Loco por ti, desde luego. ¿Lo estás pasando bien en nuestra primera cita?

—Me estás sorprendiendo gratamente, la verdad.

—Aún no he empezado a sorprenderte.

Seguimos bailando en silencio, disfrutando de la cercanía, disfrutando de la música. Cuando esta termina nos encaminamos lentamente hacia su casa, cogidos de la cintura. Estoy muy nervioso aunque lo oculte muy bien. Me juego mi felicidad en esta velada, así que respiro hondo cuando llegamos a su portal y la cojo de ambas manos.

—Derek... —pongo un dedo sobre sus labios para silenciarla.

—Espera un minuto.

Saco la cajita del bolsillo de mi chaqueta y la abro, ofreciéndosela. Ella me mira con los ojos como platos, y sus manos tiemblan de manera incontrolable.

—Desde que te cruzaste en mi vida aquel día de lluvia no he podido olvidarte. Desde

que hicimos el amor por primera vez te metiste en mi corazón y en mi alma, y aunque la he cagado infinidad de veces quiero pedirte una última oportunidad.

Hinco una rodilla en el suelo y cojo su mano entre las mías. Ella inspira hondo, pero permanece callada.

—Ahora soy un hombre nuevo, has conseguido deshacerte de los demonios que me dominaban y hacerme ver que yo solo era una víctima. Has sido mi amiga, mi amante, mi todo. Conseguiste robarme el corazón y enamorarme hasta perder el sentido con una simple mirada, y te has convertido poco a poco en la mujer de mi vida.

Las lágrimas caen por sus mejillas sin control, sus labios tiemblan, y yo ahora mismo estoy a punto de sufrir una apoplejía.

—Gabrielle, ¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

Capítulo 25

Llevo dos semanas siendo un hombre nuevo, y todo se lo debo a ella, a ese momento que en un principio creí nefasto: el instante en el que le pedí matrimonio.

La llevé a cenar a mi restaurante favorito, ese al que la llevé una vez, cuando solo quería pasar un día con ella. Quería causarle buena impresión, y la verdad es que lo conseguí. Estaba muy nervioso, no recuerdo haber estado así nunca. Gabrielle estaba espectacular, como siempre. Cenamos un menú sencillo, una ensalada y pasta. Apenas probé bocado, los nervios me cerraron el estómago.

Ella sonreía y me miraba con picardía, pero yo estaba demasiado concentrado en la tarea que tenía pendiente, demasiado enfrascado en mis pensamientos para darme cuenta de esa mano traviesa que subió por mi pierna.

—Tranquila, gatita traviesa —susurré en su oído al quitarle la mano—. Aún queda mucha noche por delante.

Ella rió y continuó comiendo en silencio. Yo me conformé con mirarla, con deleitarme con sus pequeños gestos, sus miradas y sus sonrisas mientras hablábamos de cosas banales. Estaba tan absorto en el movimiento de su boca que no me percaté de que su mano volvía a acercarse a mi entrepierna, y me sobresalté derramando el vino por toda la mesa.

—¡Joder! ¡Qué torpe soy! —mascullé entre dientes.

Gabrielle soltó una carcajada que reverberó por todo mi cuerpo. Me limpié como pude con la servilleta, y cuando el camarero recogió todo el desaguizado me apoyé en la mesa y la miré travieso.

—Me las vas a pagar, preciosa. He hecho el ridículo por tu culpa, y voy a vengarme.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a vengarte? —preguntó coqueta.

—Cuando estés desnuda en mi cama lo descubrirás.

—Estoy deseando que llegue ese momento.

Continuamos cenando en silencio. Compartimos el postre, aunque lo que realmente me apetecía era tumbarla sobre la mesa, untar el mouse de chocolate sobre su cuerpo y lamerlo hasta que sus gemidos me volvieran loco de deseo.

Poco después paseamos por las calles de la ciudad. Disfruté mucho de ese paseo. La mimé todo lo que pude, incluso le regalé una rosa que nos ofreció un vendedor ambulante. Nunca he sido romántico, ni me han importado estos detalles, pero con ella siento la necesidad imperiosa de tenerlos, si me lo pidiera le bajaría las estrellas. Cuando llegamos a la plaza un músico callejero tocaba a ritmo de Blues.

—Princesa, ¿me concedes este baile?

Sin esperar respuesta, acerqué su cuerpo al mío y comencé a mecernos al compás de la música. Nos dejamos llevar mucho tiempo, mirándonos a los ojos, compartiendo sonrisas y besos, sin preocuparnos del paso del tiempo.

Cuando llegamos a la puerta de su casa, los nervios hicieron que me marease, pero no podía echarme atrás cuando todo había salido perfecto, así que inspiré hondo y le abrí mi corazón... y mi alma. Ella me escuchaba con los ojos como platos, las lágrimas rodaban por sus mejillas... pero no obtuve la respuesta que esperaba.

—Derek... te quiero como jamás he querido a nadie, pero... pero no puedo casarme contigo... todavía.

Su negativa amenazó con destruirme. Sentí como mi corazón se rompía en mil pedazos y mi alma quedaba destrozada.

—Entiendo —dije alejándome de ella, pero me sujetó de la muñeca para impedir que me marchase.

—No, Derek, no lo entiendes —El roce de su mano en mi mejilla fue como bálsamo para mis heridas—. Estoy enamorada de ti y quiero estar contigo, pero aún es demasiado pronto para embarcarnos en un compromiso.

—¿Pronto? —pregunté ofuscado—. Estoy enamorado de ti y tú me correspondes. ¿Para qué esperar?

—¡No nos conocemos! Desde que nos vimos por primera vez hemos estado más tiempo separados que juntos. Necesitamos pasar tiempo juntos, conocernos, y averiguar si somos compatibles.

—No tengo ninguna duda de que lo somos, Gabrielle.

—¿Puedes hacerlo por mí? Guarda el anillo y vuelve a pedírmelo cuando nos conozcamos mejor. Por favor...

—¡Está bien, maldita sea! ¡Esperaré!

—Gracias, cariño —susurró un segundo antes de unir su boca a la mía.

Aunque soy adicto a sus besos, ese beso me supo muy amargo. No entendía sus motivos, yo la quería con toda mi alma y estaba seguro de que quería pasar el resto de mi vida con ella. ¿Por qué ella no lo tenía tan claro?

—Quédate conmigo, Derek —susurró cuando separó su boca de la mía.

—Nena... no estoy de humor. Dejémoslo para otro día, ¿de acuerdo?

—Derek... Por favor... Solo dormir...

—Gabrielle, no...

Pero las palabras no consiguieron salir de mi boca. Sus labios se unieron a los míos de nuevo, y esta vez no era un beso inocente, ni mucho menos. Sus manos recorrieron mi espalda y mi culo, tentándome, provocándome como solo ella sabe hacer, y casi sin darme cuenta me vi de pie a los pies de su cama.

—Gabrielle...

—Solo dormir Derek. Te lo prometo.

Me desnudé, quedándome solo con los bóxers, y me metí bajo las sábanas. Gabrielle apareció poco después enfundada en un pijama de seda que dejaba muy poco a la imaginación. Se me secó la boca solo con verla. Esa mujer es capaz de excitarme con solo una mirada, y su cuerpo envuelto en seda es un caramelo que me encanta desenvolver y saborear.

Gabrielle se arrebujó bajo las mantas y acercó su cuerpo al mío, abrazándome, colocando su cabeza en el hueco de mi brazo y suspirando satisfecha.

Yo no pude pegar ojo. Me pasé toda la noche luchando con el deseo de arrancarle la ropa y hacerla mía, marcarla a fuego para que recordase a quién pertenecía. Las horas pasaban en el reloj de la mesita de noche, y yo seguía sin comprender su negativa.

Las luces del alba entraban por la persiana medio cerrada cuando logré coger el sueño. Me desperté a mediodía gracias a las caricias de la mano de mi novia en el pecho. Sin abrir los ojos atrapé su mano entre las mías y sonreí cuando intentó liberarla sin éxito.

Cuando abrí los ojos y la miré, supe que jamás podría resistirme a ella. Haga lo que haga, siempre conseguirá de mí lo que le venga en gana, aunque eso sea mi perdición. Ella es la dueña de mi corazón, de mi alma y de mi cordura.

Dejando a un lado mi frustración, la tumbé en la cama despacio y empecé a recorrer

su cuerpo con mi boca, con mis manos, con mi lengua. Sus gemidos de placer me encendían, me animaban a seguir explorando. Cuando mi lengua rozó su pezón por encima de la seda, un gemido incomprensible salió de sus labios.

La desnudé lentamente, dejando toda su piel al descubierto, pasando las yemas de mis dedos por cada porción de su cuerpo que dejaba a la vista. Ella se retorció, gemía, se arqueaba buscando más caricias. Pero simplemente la rocé durante lo que me parecieron horas.

—¡Derek, por dios, tócame! —gritó de repente.

Sonreí y posé mi boca en el hueco de su cuello, donde succioné despacio marcando su piel. Continué bajando lentamente, y cuando mi boca estuvo a menos de un milímetro de su pezón soplé suavemente. La cresta rosada se endureció al momento, y cuando mi lengua la tocó Gabrielle gimió extasiada.

Mis manos bajaron por su estómago para enredarse en los suaves rizos de su sexo, y uno de mis dedos encontró su clítoris, ya hinchado. Alterné mis caricias en su clítoris con lametazos en su pezón, y Gabrielle se convulsionó entre mis brazos en su primer orgasmo del día.

—Buenos días, preciosa —susurré junto a su boca.

—Te quiero, Derek.

Sus palabras me llegaron directas al alma. La garganta se me cerró por las lágrimas contenidas, sentí como mi corazón volvía a recomponerse poco a poco, y no pude reprimir el impulso de abrirle las piernas y enterrarme en su interior.

—Yo también te quiero, preciosa.

Mis caderas comenzaron a moverse lentamente, y mi boca se apoderó de la suya. Nuestras lenguas bailaron juntas, nuestras manos se enredaron en el otro, y mi polla bombeó dentro de ella hasta que juntos llegamos al orgasmo.

Sin salir de ella continué besándola largo rato. Sentir sus manos enredadas en mi pelo calmó mi alma atormentada por su negativa.

—Esperaré, Gabrielle. Esperaré y te convenceré de que soy todo lo que necesitas.

Dicho esto, me levanté de la cama, y tras vestirme y saborear su boca un momento más, me marché a casa para pensar en todo lo ocurrido más tranquilamente.

Dos horas después estaba en casa de Evan, tirándome de los pelos. No pasaron ni diez minutos antes de que empezase a pasearme por el salón como un león enjaulado intentando descubrir qué le faltaba a Gabrielle para entregarse a mí por completo.

Cuando llegué a casa de Evan y le comenté mis dudas y mis miedos, simplemente se rió. ¡El muy cabrón se rió!

—No le veo la gracia, Evan —repliqué malhumorado.

—¿Pero tú te estás viendo, Derek? ¡Hace una semana que la has recuperado, por amor de Dios!

—¿Y eso qué tiene que ver? Llevamos casi un año conociéndonos. No es tan descabellado pedirle matrimonio.

—A ver Derek... Gabrielle lo ha pasado muy mal en esta relación. La has tenido girando en una ruleta rusa, y ahora no puedes pretender que se case contigo solo porque se lo has pedido. Dale tiempo para ver que has cambiado y que no vas a volver a hacerle daño, macho. Déjala respirar un poco.

—¿Respirar? ¿Crees que la estoy agobiando?

—Sinceramente, creo que un poco sí. Pasa tiempo con ella, haced cosas juntos, y cuando pasen un par de meses, o tres o cuatro, vuelve a pedirle que se case contigo.

—Me estoy comportando como un auténtico gilipollas... otra vez, ¿verdad?

—Digamos que estás haciendo el imbécil. No llegas a gilipollas... todavía.

—¡Menos mal! —contesté con ironía.

Las palabras de Evan me hicieron recuperar la cordura y plantearme seriamente mis prioridades. Ahora sé que antes de volver a pedirle que sea mi mujer tengo que convencerla de que el cambio es real, de que no voy a irme a ninguna parte ni voy a hundirme cuando las cosas no vayan todo lo bien que deberían. Tengo que convencerla de que soy un hombre nuevo.

Capítulo 26

Hoy es uno de esos días en los que me gustaría mandarlo todo a la mierda y meterme en la cama con Gabrielle. Está lloviendo a mares, he llegado tarde a trabajar gracias a un atasco de cojones y, por si eso fuera poco, tengo que ver en una hora a Joshua Simmons y, por ende, a su mujer.

Llevo sin ver a Marguerite Simmons desde la fatídica noche en la que hice creer a Gabrielle que la estaba engañando con ella, y no sé cómo enfrentarme a esta situación, la verdad. Lo primero que he hecho esta mañana ha sido informar a Gabrielle de la cita, no quiero que por esta tontería volvamos a tener problemas. Creo que no le ha hecho mucha gracia, pero sabe que el señor Simmons es mi mejor cliente, así que no ha dicho nada.

Media hora antes de la reunión recibo un mensaje de la dueña de mis pensamientos.

Suerte en la reunión. Te quiero

Sonrío porque sé que está preocupada, nerviosa e insegura debido a lo que pasó la otra vez, así que la llamo al momento para tranquilizarla.

—Hola cariño, ¿Qué tal estás?

—Aburrida —contesta tras un largo suspiro—. La tienda hoy está muerta, con tanta lluvia la gente no se anima a salir.

—¿Y por qué no cierras la tienda, coges un taxi y te vienes para acá? En cuanto termine la reunión te invito a comer.

—No sé, Derek... no quiero molestarte...

—Nena... no digas estupideces. Le diré a mi secretaria que me avise en cuanto llegues para acortar la reunión... me muero de ganas de verte.

—Está bien... cierro y voy para allá. Hasta ahora.

—No tardes, cielo. Te quiero.

—Y yo a ti.

En cuanto cuelgo, salgo para hablar con Cristen, mi nueva secretaria, para que me avise de la llegada de Gaby.

—¿Se le ofrece algo, señor Lambert?

—Sí, venía a hablar contigo, Cristen. Y ya te he dicho que me llames Derek.

—Prefiero conservar el formalismo, si no le importa. Gajes del oficio.

—Como quieras, entonces —contesto sonriendo. Esta mujer es demasiado formal.

—Usted dirá.

—En una media hora llegará mi novia, Gabrielle Lewis. Cuando llegue avísame inmediatamente para terminar la reunión con el señor Simmons, por favor.

—Por supuesto, señor Lambert. ¿Alguna cosa más?

—Te pediría que echases matarratas en la bebida de la señora Simmons, pero sé que tu moral te lo impide, así que eso es todo —digo con un guiño.

Me alejo con la carcajada de mi secretaria haciéndome sonreír a mí también. Diez minutos después Cristen me avisa de que Joshua Simmons me espera. Me extraña que no venga con Marguerite, es una puta lapa pegada al culo de su marido millonario.

—Buenas tardes, Derek —dice Joshua estrechándome la mano—. ¿Qué tal te va todo?

—No me puede ir mejor, Josh. La verdad es que estoy en mi mejor momento.

—Me alegro... me alegro. Te mereces todo eso y más.

Necesito acortar la reunión todo lo posible, así que haciéndole una seña me acomodo en mi sillón.

—Tú dirás, Josh. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Vengo a pedir el divorcio.

Sus palabras me dejan estupefacto. Después de tantos años aguantando a Marguerite, ¿a qué viene esto ahora?

—¿El divorcio? —pregunto.

—Exactamente, Derek. Hace mucho tiempo que no hablamos, y desde que me sacaste de la cárcel soy un hombre nuevo. Me he apuntado a Alcohólicos Anónimos, y estoy siguiendo un tratamiento para dejar la bebida.

—Me alegro mucho por ti, Josh. Es un gran paso que debías de haber dado mucho antes.

—Cierto. Ahora me doy cuenta de cosas que antes no veía. Marguerite me engaña, Derek. Me engaña con todos los tíos que tienen el estómago suficiente para follársela. También sé que intentó propasarse contigo, y lo siento.

—Josh, no...

—Sé que tú no has permitido que lo haga, y te lo agradezco. Pero no pienso mantener a sus chulos con mi dinero.

—Se va a poner difícil. Lo sabes, ¿no?

—Me decepcionaría si no lo hiciera —dice sonriendo con petulancia—, pero cuando nos casamos le hice firmar una separación de bienes absoluta, así que no tiene por dónde cogerme. Ella ha vivido mantenida por mí durante todo nuestro matrimonio, así que no tengo nada que perder.

Joshua me da una carpeta llena de documentos. Tras echarle un vistazo, veo una lista de bienes, fotocopias de sus documentos de identidad, el registro de la casa, y cosas por el estilo.

—Confío en que no se me haya olvidado nada —continúa mi cliente—, pero siempre puedes llamarme para pedirme lo que necesites. Por cierto, también va mi nueva dirección, me mudé hace una semana.

—Esta tarde me pongo a ello, y en cuanto tengamos fecha de juicio te llamo.

El pitido del intercomunicador de Cristen pone fin a la reunión.

—Su mujer está aquí, señor Lambert —se oye la voz de mi secretaria.

—Gracias, Cristen. Ahora mismo salgo.

—Vaya, vaya... Así que te has casado, ¿eh, granuja? —dice Joshua sonriendo.

—Aún no, Josh... estoy en ello. Pero te aseguro que será con ella con quien lo haga —contesto seguro de mí mismo.

—Enhorabuena, hombre. Me alegro de que hayas conocido a la mujer adecuada.

—Discúlpame un segundo.

—Solo si me la presentas.

Tras sonreírle, me dirijo a la puerta y veo a Gabrielle apoyada en el escritorio de Cristen, hablando con ella relajada. El corazón me da un vuelco en el pecho, siempre que la veo me pasa lo mismo, es mi sueño hecho realidad, solo mío. Me acerco a ella despacio y la agarro de la cintura para unir mis labios a los suyos en un beso casto.

Entro en combustión inmediata, sus manos se enredan en mi nuca y me devuelve el beso con ternura. Su olor inunda mis fosas nasales y mi cuerpo se relaja.

—Hola preciosa. Te he echado de menos.

—No seas exagerado. Solo hace unas horas que me dejaste en la floristería —responde riendo.

—Unas horas son demasiadas. Ven.

Entro en mi oficina enredado en su cintura, y ella se para en seco cuando ve a Josh.

—Lo siento, no sabía que estabas aún reunido —dice compungida.

—No importa, nena. Quiero presentarte a Joshua Simmons, mi mejor cliente. Josh, esta es la mujer que me ha robado el corazón, Gabrielle Lewis.

—No me extraña que te haya robado el corazón, Derek —dice Joshua acercándose a estrecharle la mano—, es preciosa. Encantado de conocerte, Gabrielle. Cuida a mi abogado, tiene que durarme muchos años.

Ella sonríe y asiente, pero no dice nada. Me encanta verla tan cohibida... si pudiese le sacaría los colores, pero tengo que ser profesional.

—Bueno —dice Josh—, debo irme. Espero esa llamada, Derek.

—Espero que sea pronto.

En cuanto mi cliente se va, aprisiono a Gabrielle contra mi escritorio y comienzo a desabrochar su camisa mientras enciendo el intercomunicador con Cristen.

—Cristen... que nadie me moleste, por favor.

—Muy bien, señor Lambert.

En cuanto corto la conexión, ataco su cuello con besos lentos, húmedos, que le ponen la piel de gallina. Bajo mis manos por su cuello, y aparto la tela del sujetador de encaje... Dios, me vuelve loco el encaje. Masajeo su carne con suavidad, esperando que su pezón se endurezca por mis caricias, y la desnudo de cintura para arriba, sentándola en la mesa después.

—¿Aquí? —susurra entre jadeos.

—Aquí —contesto sonriendo—. Llevo fantaseando con esto toda la mañana, nena. Así que no vas a escaparte.

—No pienso hacerlo.

Mi mano baja por su estómago, hasta colarse por el filo de su falda, que se le ha subido al sentarse abierta de piernas sobre la madera. Acaricio por encima del encaje su sexo, muy lentamente, y ella se retuerce buscando un mejor contacto.

Retiro la tela lo justo para poder acariciar su clítoris, pero ya estoy cachondo, y necesito mucho más que eso, así que la tumbo sobre la mesa y devoro sus pechos mientras introduzco un dedo dentro de su dulce coño, que ya está empapado.

—¡Joder, Derek! ¡Sí!

—Shh... que te van a oír, preciosa. Silencio.

—¡No puedo!

Aparto la tela un poco más, y me arrodillo frente a ella. La miro sonriendo, su respiración se ha parado en seco y está tensa como la cuerda de un arco esperando mi próximo movimiento.

Subo una de sus piernas a mi hombro para abrirla al máximo y poder darme un festín. Ella inspira profundamente, y yo me río triunfal. Saco la lengua sin dejar de mirarla, y me acerco lentamente a su cuerpo. Ella se arquea, esperando mi lametazo, pero vuelvo la cara y beso su muslo suavemente.

—Eres malo —me dice jadeando.

—Y te encanta que lo sea.

Continúo con mis caricias en sus muslos, sin acercarme demasiado a su sexo, que me llama como miel a las abejas. Cuando creo que voy a perder la cordura, escapan de sus labios

las palabras que quería escuchar.

—¡Por favor, Derek... cómeme ya!

Entierro mi cara en sus pliegues, y lamo, chupo y saboreo sus fluidos, que mojan el escritorio.

—¡Dios, por fin! —susurra gimiendo y agarrándome del pelo.

Aumento el ritmo, e introduzco dos dedos en su interior para embestirla con fuerza, como a ella le gusta. Mi chica se retuerce, se arquea, gime con cada embestida de mis dedos, y estoy a punto de volverme loco.

Me pongo de pie de un salto y desabrocho mis pantalones con prisa para liberar mi polla, que corcovea deseando enterrarse en ella. Arranco sus braguitas de un tirón y me empalo de una sola estocada en ese coño que me vuelve loco. ¡Joder! Es el puto paraíso.

Empiezo a moverme despacio, toques secos, certeros y hasta el fondo. Mi chica se agarra a mis brazos para no resbalar por la superficie de madera, y cada vez aumento más el ritmo. Pero no es suficiente, necesito entrar más adentro, así que pongo sus piernas sobre uno de mis hombros y cambio el ángulo de mis embestidas.

—¡Joder, nena... cómo me pones!

—¡Sí, Derek... más fuerte! ¡Más fuerte!

De pronto, Gabrielle me aparta de su cuerpo, se levanta y me llama con un dedo juguetón. Sonríó acercándose despacio a ella.

—¿Qué es lo que quieres, gatita traviesa?

—Siéntate en el sillón —susurra—. Voy a hacer que te acuerdes de mí cada vez que estés aquí.

Saber que quiere montarme casi me catapulta al orgasmo, pero trago saliva y hago lo que me pide. Mi pequeña diablilla se coloca dándome la espalda y se introduce mi polla lentamente, haciendo que gima de placer.

—¡Joder, nena... vas a matarme!

Ella solo sonríe y comienza a moverse. Sus caderas suben y bajan hipnotizándome, sus manos viajan perezosas hasta sus pechos y pellizca sus pezones con desespero... y yo me estoy volviendo completamente loco.

Pego mi pecho a su espalda, y paso mis brazos por debajo de sus piernas, de modo que ella tiene que apoyar los pies en el escritorio, quedando totalmente expuesta. Empiezo a moverme dentro y fuera de su cuerpo, acariciando su clítoris al unísono, cada vez más y más rápido, hasta que las contracciones de su orgasmo me catapultan al Nirvana.

Caemos desmadejados en la silla, ella acurrucada en mi cuerpo, y tras un par de respiraciones agitadas estallamos en risas. Ha sido un final de jornada muy interesante.

Capítulo 27

Llevo ya dos meses con el puto divorcio de Joshua Simmons, y no llegan a un acuerdo. Estoy hasta la polla de sus juegos, de los de su mujer, de lidiar con ellos a cada paso que doy. Mi paciencia está llegando a su límite, y voy a tener que ponerle un ultimátum: o se decide a ir a juicio o el divorcio se lo lleva otro abogado. Me juego mucho, pero me voy a volver loco si no lo hago.

Ya no se trata de que no se pongan de acuerdo, es que Marguerite se ha empeñado en seducirme para conseguir lo que quiere. Siempre que lo ha intentado la he echado de mi despacho con cajas destempladas, pero llego a casa de mal humor, y Gabrielle lo nota. Tengo que mentirle a mi chica para que no se preocupe, porque ¿cómo le digo que la mujer con la que creyó que la engañaba está acosándome de nuevo?

Gabrielle está siendo un gran apoyo... como siempre. Aguanta mis días malhumorados, que no podamos vernos hasta la noche, e incluso me ayuda cuando algo se me atasca, aunque no tenga ni puta idea de Derecho. No sé qué haría sin ella... no quiero ni pensarlo.

Son las nueve de la noche, y aún estoy en el despacho. En un principio no íbamos a vernos, pero necesito cambiar de aires, necesito distraerme y solo ella es capaz de conseguirlo. Me dirijo a su casa en cuanto salgo de la oficina. Me abre la puerta una Gabrielle despeinada y en pijama, con cara de asombro.

—¿Derek? ¿Ocurre algo?

—¿Tiene que pasar algo para que venga a verte? —digo más brusco de lo que pretendo.

—Claro que no, pero esta tarde dijiste que ibas a irte a casa directamente, por eso me ha extrañado verte aquí.

—Estoy aquí porque te necesito —susurro a un milímetro de su boca—. Hazme olvidar, nena. Hazme desconectar del puto trabajo.

Uno mi boca a la suya y aprieto su culo contra mi cuerpo. La deseo... ¡Joder! La deseo con tantas ganas que no voy a ser capaz de llevarla a la cama. Sus brazos se enredan en mi cuello, y sus piernas se entrelazan en mi cintura con ganas de más. La cargo hasta la encimera de la cocina, que es la superficie más cercana, y la tumbo en ella para arrancarle literalmente toda la ropa. Me desnudo con prisa, y cuando me subo a la superficie para unirme a ella, sus piernas vuelven a enroscarse en mi cintura y tiran de mí para que me entierre en su sexo, que ya está mojado y listo para mí, siempre está lista para mí, solo para mí. En cuanto estoy enterrado hasta el fondo todos mis problemas se evaporan como el agua. Me quedo quieto, inspiro fuerte y cierro los ojos para saborear el momento. Necesito sentirla, ella es la única persona que sabe como calmarme.

Mi pequeña gatita traviesa acaricia mi mejilla mirándome con ternura, y yo me pierdo en esos ojos castaños que tantas veces me han hipnotizado, que tan bien saben mostrarme lo que siento.

—Te quiero, pequeña —susurro un segundo antes de comenzar a moverme.

Mis embestidas no son suaves, ni delicadas. Soy brusco, rudo, porque es lo que necesito en este momento para desahogarme. Pero ella me entiende, y en vez de enfadarse arquea su cuerpo hacia el mío y, acompasando el movimiento de sus caderas con las mías, devora mi boca con ansia. Me clava las uñas en la espalda y aprieta sus talones en mi culo.

Sentir su fogosidad y su necesidad de mí hace que pierda la cordura en menos de un minuto.

Cuando recupero el aliento, abro los ojos para ver cómo me observa con una sonrisa.

—Lo siento —digo avergonzado—, no...

—Tranquilo... sé que lo necesitabas así.

—Eso no es excusa, nena. Debí preocuparme de ti.

—Derek, tranquilo...

—Ven —susurro tirando de ella—, vamos a solucionarlo.

Ella solo sonrío y me sigue hacia el cuarto de baño. Pongo el agua a punto, y entro con ella en el pequeño habitáculo de cristal. Voy a tener que cambiarle esta mierda de ducha, en ella no cabemos los dos.

—Ahora —susurro en su oreja— voy a hacer que te corras una y otra vez, hasta que me supliques que pare.

—No es necesario, Derek —dice acariciando mi pecho.

—Sí que lo es. Eres mi posesión más preciada, y debo darte lo mejor. Incluidos los orgasmos.

Muerdo el lóbulo de su oreja arrancándole un gemido, y apunto el chorro de agua caliente a sus pechos, que se endurecen al momento. Ella gime y echa la cabeza hacia atrás para apoyarla en mi hombro, y aprovecho la postura para hundir mi mano en su sexo y encontrar su clítoris hinchado.

—¡Ay Dios!

—Derek, gatita... solo yo.

Alterno mis movimientos con el chorro de la ducha, que hace que se arquee y grite de placer, y en poco menos de cinco minutos mi chica es recorrida por su primer orgasmo. Yo vuelvo a estar duro como una piedra, y apoyo sus manos en la pared para poder acceder a su cuerpo desde atrás. Me entierro en ella de nuevo, y muevo mis caderas en círculos, como a ella le gusta, volviéndonos locos a los dos.

Comienzo a embestir despacio, esta vez no hay urgencia, solo necesidad. Arqueo mi pelvis para tener mejor acceso, y cuando su cuerpo se tensa alrededor de mí el orgasmo me arrasa de nuevo.

—Derek, para... por favor —Su gemido me arranca una sonrisa.

—¿Tan pronto te rindes? Si solo van dos...

—¡No puedo más!

—Blandengue.

Salgo de su cuerpo lentamente, le doy la vuelta y la beso con todo el amor y toda la ternura de los que soy capaz. Es la mujer de mi vida, y necesito que lo sepa. Cuando nos secamos, nos ponemos un pijama (sí, mi novia me ha comprado un pijama de seda azul marino para cuando me quedo a dormir con ella) y nos sentamos en el salón a esperar que llegue la pizza.

—¿Qué ocurre, mi amor? —pregunta abrazada a mi cuerpo.

—Me están volviendo loco, nena. Josh y su mujer son un puto coñazo. No sé si voy a poder seguir con este divorcio.

—¿Qué quieren esta vez?

—Marguerite no acepta lo que Josh le ofrece. Le digo que vaya a juicio, que así las cosas son más sencillas, pero aunque diga lo contrario la sigue queriendo, y en vez de eso claudica y le ofrece otra cosa. Y así una, y otra, y otra vez.

—Tengo una idea. ¿Qué te parece si le pedimos a Evan las llaves de la casa de la playa y nos vamos a descansar allí un par de días?

—No puedo irme, nena, tengo...

—Derek, necesitas un descanso. Estás trabajando demasiado, y te está pasando factura. Tómate unos días libres, por favor...

—¿Días de sexo desenfrenado? —pregunto alzando las cejas.

—Ni hablar —contesta riéndose—. Días de descanso y relax. El sexo desenfrenado solo por la noche.

—Me cago en... con lo que me gustan a mí los polvos mañaneros...

—Todo se puede negociar, señor abogado...

En ese momento llega la pizza dejando nuestra negociación en el aire. Cenamos en un silencio cómodo mientras vemos una película de esas romanticonas que a ella le encantan y nos quedamos dormidos en cuestión de minutos, uno en brazos del otro.

Capítulo 28

Solo quedan tres horas para que deje la oficina hasta el lunes, y aunque parezca increíble hoy es miércoles. Estoy dejándolo todo preparado para que uno de mis socios se pueda ocupar de todo en caso de emergencia, aunque sé que no va a pasar nada.

Después de mucho negociar, conseguí que Gabrielle se conformara con dos días libres antes del fin de semana, así que pasaremos cuatro días en la playa. Estaremos solos hasta el viernes, que vendrá Evan a pasar el fin de semana con nosotros, y una “sorpresa” de Gabrielle.

Acabo de tener una reunión muy importante que ha salido tal y como esperaba, así que estoy de muy buen humor. Lo único que podría agriarlo sería un problema de última hora, y eso no va a pasar.

Cristen entra en mi despacho con mi *expreso*, y la animo a sentarse en uno de los caros sofás para hablar con ella.

—Cristen, voy a dejarlo todo en manos de John, pero de todas formas si ocurre algo importante llámame al móvil.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! Su novia me amenazó con estrangularme si lo hacía, así que no cuente con ello, señor Lambert.

Sonríó inconscientemente ante las ocurrencias de Gabrielle... ¿Cómo no se me ocurrió que sería capaz de algo así?

—Insisto, Cristen. Si ocurre algo muy importante me llamas. Yo te protegeré de Gabrielle. Además, no voy a volver, pero puedo intentar solucionarlo por teléfono.

—Como su novia me arranque la cabeza por hacerlo, tenga claro que volveré de entre los muertos para atormentarle mientras viva —contesta levantándose—. Y no lo digo en broma.

Cierra la puerta tras la carcajada que escapa de mi garganta ante su ocurrencia. Miro a mi alrededor y pienso en todos los cambios que ha habido en mi vida desde que conocí a Gabrielle en aquella parada de autobús. Ella ha sido un bálsamo para mis heridas. Se ha convertido en mi confidente, mi amiga, mi amante. No concibo la vida si Gabrielle no forma parte de ella. Y ahora me toca a mí demostrarle que he cambiado, que soy un hombre nuevo y que puede contar conmigo siempre.

Sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos de mi cabeza y me dispongo para salir, pero irrumpe en mi despacho una Marguerite desaliñada y con ojeras. Mi secretaria entra inmediatamente después.

—Lo siento, señor Lambert —dice alterada por el forcejeo—, no he podido detenerla.

Le hago un gesto con la mano para que se marche y me cruzo de brazos mirando a Marguerite con una ceja arqueada.

—¿Y bien? ¿Qué coño haces aquí?

—Necesito que me ayudes, Derek. No podéis quitármelo todo... ¡No podéis dejarme en la ruina!

—Creo recordar que todo lo que has tenido pertenece a Josh. Tú no tienes un céntimo, Marguerite. Jamás has trabajado. Además, considero que las condiciones que te ofrece son más que suficientes. Deberías aceptarlas, ¿No crees?

—Por favor... ayúdame a conseguir más... la casa, al menos.

Se acerca a mí y acaricia mi brazo con sus manos, por lo que me aparto de un tirón.

—Sé que tú y yo no hemos tenido una buena relación, pero podríamos repartirnos el botín.

—¿Botín? ¡Lárgate de aquí! Y ten por seguro de que tu marido se va a enterar de esta visita, Marguerite. Soy su abogado, y si por algo me caracterizo es por no dejarme corromper por nada, ni por nadie.

Dicho esto, paso por su lado y me marchó a casa, este va a ser un largo, y deseado, fin de semana, y no voy a dejar que esa horrible mujer me lo estropee. Tras darme una ducha, reviso la maleta una última vez y pongo rumbo a casa de Gabrielle.

Cuando abro la puerta me quedo parado en seco: hay una muchacha rubia sentada en el sofá con un pijama de corazones comiendo pizza.

—Eh... ¿Hola? —digo confundido.

—¡Siii! —grita saltando hacia mí y abrazándose a mi cuello— ¡Por fin conozco a mi cuñado!

Su grito despeja todas mis dudas: se trata de Ariana, la hermana pequeña de Gaby. Paso mis brazos por su cintura y la abrazo con cariño. Solo conozco de ella lo que su hermana me ha contado... que no es poco. Ambas hermanas están muy unidas y Gaby siempre habla maravillas de la pequeña.

—Así que tú eres la pequeña Ary... ¡Y yo que pensaba que eras una niña! —bromeo.

—¡Oye! ¡Que solo soy un año menor que tu novia! Seguro que mi hermana ya te ha contado las batallitas de cuando éramos pequeñas.

—Pues la verdad es que no... pero ya sé en lo que nos vamos a entretener este fin de semana —bromeo—. Por cierto... ¿Dónde está?

—En la ducha.

—Bien... pues sé una buena cuñada y comparte conmigo un poco de esa pizza... me muero de hambre.

—Y yo que creía que ibas a ir a acompañarla...

—¿Contigo en el salón? Ni lo sueñes.

—Sírvete entonces —contesta señalando la mesa.

Me siento con ella y me como casi media pizza hablando de Gabrielle. En diez minutos sé más de su juventud de lo que ella me contaría de buena gana.

Siempre fue una niña ejemplar. Buenas notas, un expediente impecable. Tocaba el piano y le encantaba patinar. Nunca ha sido muy popular, y era la presidenta del club de matemáticas. Tiene un Máster en dirección de empresas, pero en vez de trabajar para una gran multinacional decidió montar su pequeña floristería.

Gabrielle nos descubre tirados en el sofá, muertos de la risa, y nos mira con una ceja arqueada. Está impresionante con esas mallas y ese jersey de lana. Me levanto sin dejar de reír y la beso suavemente en los labios.

—Veo que ya os conocéis —comenta.

—Tu novio me gusta, Gaby. Es guay —grita su hermana desde el sofá.

—Hemos tenido una conversación muy... interesante —digo como si tal cosa.

—Ya te ha estado contando sus batallitas de juventud, ¿no?

—La verdad es que no. Me ha contado las tuyas.

Ella mira a su hermana con reprobación y a mí me da un ataque de risa. Gaby se vuelve a mirarme sonriendo también.

—Solo por eso voy a perdonarla.

—¿Por qué? —pregunto confundido.

—Porque nunca te había visto reír de esa manera.

Sonríó y la abrazo por la cintura para besarla como es debido. Saboreo su boca lentamente, hasta que la voz de su hermana me hace volver a reír.

—Idos a un hotel, chicos... que aquí hay gente que se muere de envidia.

Gaby la mira sonriendo y la apunta con un dedo.

—Nada de fiestas, ni chicos que no conozcas. Lo quiero todo recogido, y ya sabes lo que tienes que hacer el sábado.

—¡Que sí, pesada! Todo controlado. Largaos ya.

Agarro la maleta de mi chica y tiro de ella hacia la salida, no sin antes darle un sonoro beso en la mejilla a mi nueva cuñada. Me está gustando esto de tener nueva familia.

Llegamos a la casa de la playa de Evan al atardecer. Estamos en pleno diciembre y hace frío, así que enciendo la chimenea del salón y pongo la calefacción en el dormitorio para cuando nos vayamos a dormir.

Me doy una ducha rápida y me dirijo a la cocina, donde mi chica está preparando algo para cenar. Me acerco con la excusa de echarle una mano, pero lo único que hago es echársela... a su cuerpo. Después de muchas risas y empujones por su parte me acaba echando de allí, así que me voy al salón y pongo la televisión a ver qué demonios echan esta noche.

A los cinco minutos me llega un mensaje de Cristen que me deja mucho más relajado de lo que estoy.

Buenas noches, señor Lambert. Todo tranquilo por aquí. Disfrute y descanse.

Sonríó y me estiro en el sofá esperando que Gaby me llame para cenar. Podría pasarme así el resto de mi vida, y estoy esperando que ella se dé cuenta de que esto es lo que necesita.

Media hora después estamos sentados cenando frente al fuego. Hablamos de cosas banales, aunque lo que realmente me apetece es tumbarla en la alfombra y hacerle el amor lenta... muy lentamente. Cuando este pensamiento abandona mi mente me doy cuenta de que ella me mira esperando respuesta a algo que ha dicho.

—Lo siento, ¿qué decías?

Ella suelta una carcajada, deja los cubiertos en el plato, apoya los brazos en la mesa y me mira divertida.

—Acabas de recordarme a un capullo que me llevó a casa en un día de lluvia.

—¿Ah, sí? ¿Qué te hizo ese capullo? —le continuó la broma.

—Pues ignorar lo que decía por mirarme las tetas.

—¡Yo no... Bueno sí, te miraba las tetas. Pero si te ignoré fue por otro motivo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Si te lo dijera tendría que matarte.

—Correré el riesgo.

—Pues en ese preciso momento estaba imaginándome como follarte en ese mismo momento, allí, en el asiento del coche, mientras el taxista miraba.

—¡Eras un depravado! —contesta con una sonrisa.

—Pues sí... lo era. Pero es que estás muy buena, nena... cualquiera se resiste a tener ese tipo de pensamientos...

—Menos mal que has cambiado...

—Sí... ahora estaba pensando en hacerte el amor en esa alfombra de ahí.

Ella me mira con la boca abierta, coge un cojín del sofá y me lo lanza a la cabeza.

—Eres un demonio, Derek Lambert.

—Quizás... pero soy todo tuyo... Gabrielle Lewis.

Seguimos cenando en silencio, y mientras yo recojo la mesa y friego los pocos platos que hemos ensuciado ella prepara palomitas y lleva una manta al sofá del salón. Nos arrebujamos juntos bajo ella y ponemos una película de esas que a ella le gustan.

—¿Sabes qué, Derek? —pregunta al cabo de una hora.

—Dime, preciosa.

—Que prefiero tus pensamientos lujuriosos a la película.

No puedo más que reírme y me lanzo sobre ella para besarla como es debido.

Nuestras bocas se recorren con cuidado, nuestras manos se enredan en el otro, y casi sin darnos cuenta estamos tumbados desnudos frente a la chimenea.

—Vaya rapidez... —dice arqueando su cuerpo.

—Mi único objetivo en la vida es complacerte en todo momento, cielo.

Comienzo a trazar un reguero de besos desde su clavícula hasta su pecho, en donde enredo mi lengua en ese pezón rosado que me vuelve completamente loco. Ella gime y enreda sus dedos en mi pelo, apretándome contra su piel enfebrecida, haciéndome gemir a mí también.

Pero parece que ella tiene otros planes, y se revuelve juguetona hasta dejarme a mí tumbado en la alfombra a su merced. Yo cruzo los brazos bajo la cabeza y sonrío satisfecho, pero toda la pose se va a la mierda cuando sus manos acarician mis testículos con suavidad.

—¡Oh, joder... nena! ¡Demasiado directa!

—¿No te gusta?

—¡Claro que sí! ¡Pero vas a hacer que me corra demasiado pronto!

Ella sonrío con esa mirada de diablilla y abre la boca frente a mi polla, que tiembla esperando la primera lamida. Recorre con su lengua toda mi longitud despacio, sin apartar sus ojos de los míos, que arden de deseo contenido.

Cuando su boca succiona mi miembro arqueo el cuerpo en respuesta. Sus labios rodean mi glándula y sus dientes rozan suavemente la piel aterciopelada de una forma deliciosa. Sus succiones son cada vez más frenéticas, más intensas, y con un gemido ronco me corro entre esos pechos deliciosos.

—¡Joder, nena! Te has superado.

—Ahora vuelvo. Voy a limpiarme.

Gabrielle se da la vuelta y se dirige hacia el baño dando saltitos causados por el frío. ¿En serio se cree que voy a dejarla sola en la ducha?

Corro detrás de ella, pero me paro a mirarla por la abertura de la puerta. Se mira en el espejo sonriendo, admirando ese cuerpo que me tiene de manicomio, y se mete en la ducha en cuando el vapor indica que el agua está caliente.

Entro despacio en el baño, y sonrío al oírla cantar una de sus canciones favoritas. Definitivamente no es perfecta: canta como los grajos. Aparto la cortina con cuidado y me pongo detrás de ella. Sabe que estoy aquí, su piel se ha erizado, al igual que la mía, pero la muy sinvergüenza no se gira para mirarme.

—Mucho has tardado —me recrimina.

—He estado haciendo de voyeur.

Mis labios se hacen con la carne tierna de su cuello, besándola lentamente, saboreando su piel, marcándola suavemente con los dientes. Ella gime y se arquea para darme mejor acceso, y amaso sus pechos con las manos a la vez. Bajo una de mis manos suavemente hasta sus rizos y busco minuciosamente ese botón que tanto placer nos proporciona a ambos.

Muevo el dedo en círculos, muy lentamente, y sus caderas comienzan a moverse al mismo ritmo. Su culo roza mi polla cada vez que se arquea, y poco a poco va cobrando vida de nuevo. Levanto su pierna despacio y la hago apoyar el pie en el pequeño asiento de cerámica que trae incorporado el hidromasaje, enciendo el chorro de la pared, que da justo en su sexo, y me introduzco lentamente en ella.

—Mmm... así... —ronronea.

Comienzo a mover las caderas muy despacio, tan despacio que el tiempo parece haberse detenido a nuestro alrededor. Apunto el chorro de agua a su clítoris y mis manos vuelven a regodearse en sus pechos.

Estoy en la gloria, y mi sangre se calienta por momentos deseando aumentar el ritmo, pero no pienso terminar esto aquí y ahora, así que tras unas cuantas embestidas más salgo de ella y apago el agua.

—¡No! ¿Pero dónde vas? —gime frustrada.

—Shh... confía en mí.

La seco con mucho cuidado, aprovechando para continuar las caricias, y la levanto en peso, hundiéndome de nuevo en su interior. Ella me rodea con brazos y piernas y comienza a besarme de nuevo, y haciendo malabares consigo volver a la alfombra y tumbarnos en el suelo sin salirme ni un ápice.

—Querías mi fantasía, nena... y la vas a tener.

Comienzo a moverme de nuevo, despacio, besándola al mismo ritmo, acariciando su pelo esparcido a nuestro alrededor. Su cuerpo está tan cerca del mío que parecemos uno solo, su cara está arrebolada por la pasión y sus ojos brillantes de amor. Es la visión más perfecta que tendré en mi puta vida.

—Te quiero —susurro un segundo antes de volver a besarla.

Poco a poco voy aumentando el ritmo, pero aún no es suficiente para ella (¡cojones!, tampoco lo es para mí) así que se retuerce para dejarme de nuevo tumbado en la alfombra. Me dejo hacer, hoy está juguetona y yo estoy dispuesto a jugar a lo que ella quiera.

—Hoy quieres mandar tú, ¿eh?

—Cállate, Derek.

Se sienta a horcajadas en mi cuerpo y comienza a moverse deprisa, fuerte, de manera descontrolada. La sujeto por la cintura para intentar aplacar un poco su ritmo, pero yo también lo necesito, así que la imito todo lo que me permite esta postura. Su sexo se cierra deliciosamente sobre mi polla. El roce de su culo con mis huevos se vuelve insoportable, y cuando su cuerpo se convulsiona me arrastra a mí al orgasmo.

Capítulo 29

Llevamos dos días en la playa, y jamás me he sentido mejor. Pasar este tiempo con Gabrielle está sirviendo para conocernos mucho mejor.

El jueves no salimos de la cama en todo el día. Nos dedicamos a hacer el amor, hablar y dormir. Por la noche hicimos una pizza y nos la comimos acurrucados en la cama viendo una de sus películas de amor.

Ayer me despertaron sus dulces caricias. Hicimos el amor en la ducha, y salimos a pasear por el pueblo. Disfruté como un niño viéndola ilusionarse con cualquier tontería que le regalaba. Comimos en un restaurante pesquero, y por la tarde fuimos al cine a ver una película de terror.

Esa noche no hubo preliminares. Llevaba todo el día sin tocarla, sin enterrarme en su paraíso, y en cuanto cerramos la puerta de la casa la empotré contra la pared.

—Se acabó... no puedo más, nena —dije pegando mi boca a la suya.

Ella atacó mi boca con desesperación y enredó sus piernas en mi cintura. Colé la mano por debajo de la falda de su vestido para descubrir que no llevaba ropa interior.

—¡Joder, nena! Siempre sabes cómo ponerme cachondo.

—No te has dado ni cuenta en todo el día —me reprochó.

—Para un día que quiero portarme bien...

—Derek... cállate y fóllame ya.

Desabroché mi pantalón lo justo para sacarme la polla y enterrarme en ella.

—¡Derek!

—Mmm... nena... estás tan caliente y mojada...

—¡Sí... Dios sí!

Comencé a moverme muy despacio, hundiéndome en ella hasta el fondo. Dios... se está tan bien dentro de ella... Mis acometidas aceleraron, sus gemidos subieron de tono, y llegamos al orgasmo al unísono, cayendo desmadejados en el suelo.

—Si lo llego a saber te digo que voy sin ropa interior hace horas —suspiró Gabrielle.

Su comentario me hizo reír a carcajadas. Después de la explosión inicial la llevé a la cama, donde le hice el amor de forma lenta y dulce. Tras ese pausado, extenuante y satisfactorio encuentro nos quedamos dormidos al minuto.

El timbre de la puerta me despierta. Evan. Miro el reloj de la mesita de noche y me sorprendo al ver que son las once de la mañana. Me pongo los calzoncillos y voy a abrir, pero cuál es mi sorpresa al ver allí a Ariana, que salta sobre mí sin vergüenza.

—¡Hola Derek! ¡Qué sexy te levantas por las mañanas, cuñado! —bromea entrando en la casa.

Dios... no sé dónde meterme. Intento taparme con la manta que dejamos tirada en el sofá, y voy corriendo al dormitorio a ponerme algo más decente. Gabrielle aún duerme, así que la zarandeo con cuidado para despertarla.

—¡Ey, nena! ¡Despierta!

Ella se acurruca un poco más, y con una de sus manos busca mi erección. ¡Joder! ¡Como si hiciese falta que me tocara para empalmarme!

—Gaby... no... Vamos, despierta. Tu hermana está aquí.

El nombrar a su hermana hace que salte de la cama como impulsada por un resorte y comience a vestirse.

—¿Mi hermana? ¡Derek! ¿Por qué no...

Cuando se vuelve a mirarme se queda con la boca abierta.

—Dime que no le has abierto la puerta en calzoncillos.

—Creía que era Evan, ¿vale? ¿Por qué no me dijiste que tu hermana vendría?

—Era una sorpresa, ¿recuerdas? Te dije que tenía una sorpresa.

—Pues le acabo de provocar una impresión acojonante, Gaby. Va a pensar que soy un depravado.

—Lo que va a pasar es que vamos a tener cachondeo con eso hasta el día del juicio final.

—No sé qué es peor...

Cuando salimos al salón diez minutos después, ambos perfectamente vestidos, mi cuñada nos ha preparado un desayuno digno de un rey: huevos revueltos, tostadas, beicon y tortitas.

—¿Y toda esta comida? ¿A quién has invitado a desayunar? —pregunto realmente interesado.

—Es para nosotros. Yo no he desayunado y creo que vosotros tenéis que recuperar energías... por lo que he visto al llegar.

—Ary... déjale en paz —interviene Gaby—. El pobre creía que eras otra persona.

—¿Otra persona? ¡Así que no voy a sujetaros la vela! Perfecto. ¿Y esa otra persona es...

La puerta de la calle se abre en ese momento, y Evan entra por la puerta cargado de bolsas.

—Buenos días pareji...

Las palabras mueren en su boca cuando posa los ojos en Ariana. Se acerca lentamente, con la mirada de depredador en sus ojos. ¡Oh, oh! Creo que va a haber problemas. Gabrielle, ajena a mis pensamientos, se acerca a Evan y le da un abrazo y un beso en la mejilla.

—Me alegro de que ya hayas llegado. Déjame presentarte a Ariana, mi hermana pequeña.

—¿Tu hermana? —pregunta mi amigo sorprendido.

—Ajá.

La cara de decepción de Evan es todo un poema. Sé que quiere mucho a Gaby, y no va a ser capaz de tocar a su hermana por muchas ganas que tenga de hacerlo. No quiere poner en riesgo su amistad con Gaby. Me aganto las ganas de reír y me siento a la mesa.

—¿Has desayunado, Evan? Mi cuñadita ha hecho comida para un regimiento.

—Eh... sí, claro —contesta mi amigo—. Si lo has cocinado tú seguro que está delicioso.

Gabrielle me mira con una ceja arqueada, pero me encojo de hombros y sigo comiendo. No seré yo quien le descubra que Evan se ha puesto en modo “Cazador” con la inocente Ariana.

Tras el desayuno, Gaby acomoda a su hermana y nos vamos a dar un paseo por la playa todos juntos. Ary y Evan van rezagados, conociéndose el uno al otro. Gaby no deja de mirar hacia atrás preocupada, así que la abrazo y avanzo un poco más deprisa.

—Tranquila... no se la va a comer —le digo, leyendo su mente.

—¿Seguro? Evan está de lo más raro.

—Cielo, es tu hermana. Tú eres sagrada para él, y por ende, también tu hermana. No va a hacerle nada.

—Pero...

—Además, creo que ambos son mayorcitos para decidir qué es lo que quieren, ¿no?

—Ary es demasiado inocente para Evan. No quiero que le haga daño.

—Nena... en serio, deja de preocuparte. Están divirtiéndose como dos amigos, no veas fantasmas donde no los hay.

Esa noche preparamos una fogata en la playa y hacemos una barbacoa. Los chupitos calientan el ambiente, las chicas se animan... y empieza el juego de la botella.

—No creo que sea buena idea... —replico. Esto puede acabar muy mal.

—Vamos, Derek... te has convertido en un aguafiestas —responde Evan.

—No soy un aguafiestas... pero esto se nos puede ir de las manos.

Nadie me hace caso, así que Gaby comienza el juego. El primer giro de botella nos señala a ella y a mí, así que la tumbo en la arena y le como la boca con parsimonia. Evan y Ary empiezan con los abucheos, pero no hago caso y me sacio por el momento.

El segundo giro de botella señala a Gaby y a Evan. Me tenso un segundo, pero solo eso. Evan se acerca y le da un sonoro beso en los labios, un pico demasiado largo para mi gusto, pero a estas alturas confío plenamente en ambos, así que me repantigo en la arena sonriendo.

Los problemas asoman cuando la botella da su tercera vuelta. Me toca besar a Ary. No pienso hacerlo en la boca, ni de coña, así que le sujeto la cabeza y le doy un beso en la mejilla, de esos que dan las abuelas a sus nietos y que ellos odian tanto.

—Puag, Derek... me has baboseado toda la cara.

Llega el momento que más he temido: la botella señala a Evan y a Ary de lleno. Veo como Gabrielle se tensa, así que la acerco a mi cuerpo y la aprieto contra mí. Evan se acerca despacio a mi cuñada, y la besa con una ternura desconocida en él. ¿Qué está pasando aquí? Evan está irreconocible... Cuando se separan propongo jugar a las cartas, y todos acceden encantados. Parece que el juego se nos ha ido de las manos, y nadie quiere reconocerlo.

El resto del fin de semana pasa en un suspiro. Si bien no quiero preocupar a Gaby, Evan está realmente volcado en Ary, y reconozco que me preocupa que solo quiera pasar el rato con ella.

El domingo, tras dejar a las chicas en casa de Gabrielle, nos vamos a tomarnos una cerveza.

—Joder, macho... ¿En la familia de Gaby no hay ni una sola mujer fea? Ariana está para mojar pan.

—Evan... no creo que haga falta advertirte, pero no se te ocurra acercarte a mi cuñada si lo único que quieres es un polvo.

—¡Vaya! ¡No jodas! ¡Te has vuelto un novio responsable y serio! —bromea— Estás irreconocible.

—No cambies de tema, Evan. En serio, Gabrielle está preocupada y me ha costado un infierno convencerla de que no quieres nada con su hermana, aunque vi esa mirada cuando te fijaste en ella. Y no hablemos del beso de la playa...

—¿Mirada? ¿Qué mirada? Y el beso formaba parte del juego, macho. No iba con doble sentido.

—Lo único que vi fue que te derretiste por ella, vi como te la follabas con los ojos y que en la playa solo te faltó metérsela hasta el fondo.

—A ver... ¿En serio creéis que sería capaz de follarme a la hermana de mi mejor amiga para después dejarla en la cuneta?

—Nunca te he visto hacer otra cosa.

—Vale, Derek. Sé que siempre he sido un capullo con las mujeres, ¿vale? Pero sería incapaz de tocarle un pelo a Ary. Me cae bien, me gusta, pero no pienso hacer nada al respecto.

—Me alegra oír eso... no esperaba menos de ti.

Capítulo 30

Vuelta a la rutina... por desgracia. Las mini vacaciones me han sabido a muy poco. Si por mí hubiese sido me habría perdido un mes entero con Gabrielle. Venecia, París, Roma... cualquier destino romántico me serviría. Pero es hora de poner los pies en el suelo y volver al trabajo.

Por si fuese poco con las pocas ganas que tengo de trabajar, esta mañana está lloviendo a cántaros. Miro por la ventana recordando otro día igual de lluvioso, hace ya tanto tiempo... aquel día encontré a la mujer de mi vida, y desde entonces doy gracias por ello.

La mañana está siendo relativamente tranquila. Cristen ha hecho un excelente trabajo, y todo está como si no hubiese desaparecido dos días del mapa. Hace un rato ha aparecido un mensajero con una gran caja de bombones y una nota para ella de parte de mi chica, y Cristen se ha emocionado tanto como si el que lo hubiese hecho fuera su novio.

—Señor Lambert, la señora Simmons desea verle.

La voz de mi secretaria hace que me den escalofríos. ¿Otra vez? ¿Qué coño querrá ahora esta endemoniada mujer?

—Hazla pasar, Cris. Acabemos con esto.

La mujer que entra por la puerta no es la mujer que conocí. Está muy desmejorada, tiene unas ojeras enormes y ha perdido varios kilos. Vaya... parece que a ella también le está pasando factura todo este asunto.

Me siento en mi silla y la invito a ocupar su lugar al otro lado de la mesa. Se sienta cabizbaja, retorciéndose las manos nerviosa. ¿Qué coño le pasa ahora?

—¿Y bien? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Bueno, yo... es que...

—Estoy esperando, Marguerite.

—Vengo a disculparme contigo.

—¿¿Perdón??

Mi cara de sorpresa tiene que ser todo un poema. Creo que hasta se me ha desencajado la mandíbula de la impresión.

—Quiero pedirte perdón por todo el daño que te he hecho.

—Me parece que estoy alucinando... ¿Tú, pidiendo perdón? ¿En serio?

Marguerite se pone a llorar con la cara escondida entre sus manos. Sé que estoy siendo muy duro, pero por culpa de ella casi pierdo a Gabrielle, y no es algo que se pueda olvidar fácilmente.

—Sé que te hice perder a la mujer de tu vida, y no sé cómo remendar el daño —continúa—. En estos días me he dado cuenta de la clase de persona en la que me he convertido, y te aseguro que no me gusta nada.

—¿Qué te ha pasado, Marguerite? Pareces otra persona.

—Cuando le conté a mi familia que Josh había pedido el divorcio, me dijeron a la cara unas cuantas verdades de las que no me había querido dar cuenta. Lo he perdido todo, Derek. Necesito conservar al menos la dignidad.

—Disculpas aceptadas. ¿Algo más?

—Dile a Josh que... que acepto el trato y que en cuanto lleguen los papeles del divorcio los voy a firmar. No me quedan fuerzas para seguir luchado —dice levantándose—. Yo sola me he buscado esto, y sola debo salir.

Dicho esto, rompe a llorar. ¡Joder! No puedo verla tan deshecha. Por mucho daño que me haya hecho nadie se merece pasarlo tan mal. Me acerco despacio y la abrazo con cuidado, casi con miedo a que todo sea una treta más. Pero ella se agarra a mi camisa y llora incluso más fuerte, sus hipidos están a punto de desarmarme.

—Vamos, Marguerite, cálmate. Todo saldrá bien.

—Lo he... hecho todo mal... yo... he destrozado... mi vida.

—Saldrás adelante, ya lo verás.

Acaricio suavemente su cabello para intentar que se calme. Apenas pasan unos segundos, pero ya me siento incómodo con la situación. En ese momento la puerta de mi despacho se abre, y mi mundo se derrumba: Gabrielle entra sonriendo, pero su sonrisa muere en sus sonrosados labios cuando ve a Marguerite apoyada en mi pecho. Abre los ojos de par en par y echa a correr escaleras abajo.

Me deshago del abrazo de Marguerite y salgo a correr tras ella. La alcanzo en la calle, a escasos metros de mi oficina. Está parada en medio de la lluvia, llorando.

—¿Por qué has salido corriendo de esa manera? —pregunto suavemente.

—¡Vete!

—Nena... mírame, por favor.

—¡He dicho que te vayas!

—¡Y una mierda! —grito frustrado— ¿Qué coño crees que pasaba ahí arriba, Gabrielle?

—¡Dímelo tú!

—¡No pasaba nada, joder! ¡Vino arrepentida y rompió a llorar! ¿Qué demonios querías que hiciera?

—Bonita excusa para engatusarte.

—¿Engatusarme? ¿En serio crees que alguna otra mujer podría engatusarme? ¡Solo te quiero a ti, joder! —La agarro de la muñeca para impedir que salga corriendo.

—¡No te creo! —Intenta zafarse de mí— ¡Es ella! ¡La misma mujer con la que estuviste dándote el lote!

—¡Sabías que estoy llevando su divorcio! ¡Sabías que ibas a tener que verla en mi despacho!

—¡¿Y por eso tengo que tragar cómo la abrazas?! ¡¿Y por eso tengo que aguantar que...

—¿Aguantar qué, Gabrielle? ¡No hice nada! ¡Ni antes ni ahora!

—Derek... márchate, por favor. Déjame sola.

—No pienso dejarte en este estado, yo...

—Necesito pensar.

—¿Pensar en qué? —la realidad me golpea como un mazo— No confías en mí... ¿verdad? Crees que te voy a engañar con otra... ¡Contéstame!

—Yo...

No la dejo terminar. Me alejo de ella con la sorpresa y la decepción pintadas en mi cara. Necesito despejarme, necesito respirar. ¿Por eso no quiere casarse conmigo? ¿Porque no confía en mí?

Me dirijo con paso cansado al edificio de mi oficina. Marguerite está de pie en la entrada, mirándome entristecida. Cuando paso por su lado apoya su mano en mi brazo, gesto que aunque parezca increíble me reconforta.

—Lo siento, Derek —dice—. Iré a hablar con ella y...

—No serviría de nada. Todo esto es culpa mía. Debí saber que no todo podía ser tan

perfecto.

Los días siguientes los paso encerrado en mi despacho, trabajando a destajo para no pensar en ella. Un millón de veces he descolgado el auricular del teléfono para llamarla, para convencerla de que digo la verdad, pero... ¿de qué serviría? Si no tengo su confianza... no tengo nada.

Resulta jodidamente irónico: la encontré un día de lluvia... y un día de lluvia la he vuelto a perder.

Mi vida se ha vuelto a convertir en un puto infierno. Me limito a levantarme, ir a trabajar, encerrarme en casa y pensar en Gabrielle. Pienso en ella las veinticuatro horas del puto día.

Evan está siendo un gran apoyo, pero aunque lo ha intentado más de mil veces en estas dos semanas, Gabrielle no quiere oír hablar del tema. He perdido toda esperanza de volver a recuperarla. Cuatro veces son demasiadas.

Estoy sentado en el sofá, dándole vueltas al anillo de compromiso que nunca adornará su dedo. Llevo días sin ducharme, apenas como nada, y lo único que quiero hacer es dormir.

Un golpe en la puerta me saca de mi ensoñación. Abro creyendo que es Evan, pero me sorprende al ver parada allí a Ariana.

Ella me aparta a un lado y entra en mi apartamento como un huracán.

—¿Qué demonios haces así?

—Ary... no tengo ganas de visitas. Vete, por favor.

—No te lo crees ni borracho —Se acerca y olisquea el aire cerca de mi cara—, y borracho no estás.

—¿Qué quieres, Ary?

—En primer lugar quiero que entres en el cuarto de baño, te duches y te afeites.

Apesta a mofeta.

—¿Vas a obligarme a hacerlo? —pregunto realmente divertido por primera vez en muchos días.

—Ponme a prueba —responde con los brazos en jarras.

Como no quiero discutir (ni comprobar si habla en serio) me doy una ducha y me afeito, como me ha pedido. Cuando salgo del cuarto de baño el olor a comida inunda toda la casa. Mis tripas rugen en respuesta... parece ser que tenía hambre.

Ary ha preparado una buena comida a base de puré de patata, filetes y ensalada. Me siento en la mesa que ha preparado con cubiertos para dos, y al instante ella planta delante de mí un plato a rebosar.

—Más vale que te lo comas todo. Estás hecho un asco.

—¡Vaya, gracias!

—¿Pero tú te has visto, Derek? Has adelgazado al menos veinte kilos en dos semanas.

—A exagerada no hay quien te gane, ¿eh?

Comemos en relativo silencio. Bueno, en realidad yo me limito a comer y ella parlotea como una cotorra. No toca el tema de su hermana en ningún momento, cosa que agradezco. Cuando terminamos, la ayudo a recoger la cocina, sirvo dos copas de vino y me siento en el sofá con ella. Curiosamente ahora se queda en silencio, coge el mando del televisor y pone una serie de risa, no sé el nombre, pero está bastante bien.

Tenerla aquí me sienta bien. No sé qué tiene, quizás sea la alegría que desprende, pero aligera un poco la tristeza que me embarga.

A las doce de la noche, Ary se despereza y se dispone a marcharse.

—Espera, cojo las llaves y te llevo a casa —digo levantándome.

—No hace falta, Derek, tengo el coche en la puerta.

—Bueno, pues déjame al menos acompañarte al coche. Es muy tarde y no quiero que andes sola por ahí.

—Sí, papá —contesta sonriendo.

Tengo que reconocer que tiene una sonrisa preciosa, una sonrisa tan... tan parecida a la de Gabrielle... Bajamos en el ascensor en silencio, y cuando llegamos al coche, ella se vuelve y me abraza.

—No te des por vencido, Derek —susurra—. Mi hermana te quiere.

—No confía en mí, Ary. No hay nada que hacer —digo apenado.

—Deberías hablar con ella. Deberías explicarle...

—Lo intenté. Lo intenté y me echó. Mientras ella no confíe en mí no tiene sentido que lo intente de nuevo.

Ella suspira, se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla.

—Piénsalo, ¿de acuerdo? Solo piénsatelo.

Veo alejarse su coche en la oscuridad. Realmente Ariana es un soplo de aire fresco, una luz en la oscuridad. Apenas la conozco, y ya la quiero como a una hermana.

Subo al apartamento y miro alrededor. Todo está tan silencioso sin Gabrielle... todo está tan gris... Ella llenó mi vida de luz, y ahora me encuentro de nuevo en las tinieblas.

Descuelgo el teléfono y marco su número. Un tono, dos, tres... al quinto salta el contestador.

—Nena... soy yo. Necesito verte, necesito estar contigo. No nos hagas esto... no puedo vivir sin ti. Llámame, por favor. Te quiero.

Capítulo 31

Un puto mes. Hace un puto mes que no sé nada de Gabrielle. Ni un mensaje, ni una llamada... nada. Estoy llegando a hartarme de tanta gilipollez. Si hubiese hecho algo mal, o me hubiese comportado como el gilipollas que era antes, entendería toda esta mierda, pero por ella cambié y aun así la he perdido.

Ary y Evan están siendo un gran apoyo para mí. Vienen a verme casi a diario, aunque solo sea pasar por la oficina para comer juntos o tomarnos una cerveza después del trabajo. No nombran a Gabrielle, simplemente se comportan como si nada hubiese pasado.

Evan ha intentado infinidad de veces hablar con Gabrielle, pero siempre obtiene la huída por respuesta. Ha optado por seguir la estrategia de Ariana: ser un buen amigo para ella.

Creo que entre esos dos se cuece algo. Las veces que hemos salido los tres a cenar, o a tomarnos algo, las miradas ardientes más de una vez estuvieron a punto de prender fuego al local.

El otro día fui a ducharme, y cuando volví al salón ambos respiraban con dificultad, y Ary tenía toda la cara roja, fruto de la barba de tres días de Evan. Espero que mi amigo no sea gilipollas, porque como la cague con ella le voy a dar una paliza de la que se acordará toda su puta vida.

Hoy estoy hasta los cojones de papeleo. La mañana ha sido tranquila, demasiado tranquila. Suelto el bolígrafo en la mesa y me restriego los ojos, que me escuecen de tanto leer.

Un golpe en la puerta me anuncia la llegada de Cristen con mi almuerzo. Hoy voy a comer en el despacho, no tengo ganas de salir fuera.

—Déjalo en la mesa de cristal, Cris, por favor —digo sin mirarla.

—Derek...

La voz de Gabrielle hace que se me corte la respiración y el corazón se salte un latido. Levanto la vista hacia ella... ¡Joder! Está tan pálida... tiene demasiadas ojeras, está demasiado delgada... y yo sigo igual de enamorado de ella.

Me levanto despacio, y me acerco con miedo de que sea una mala pasada de mi mente enamorada. Pero cuando alargo la mano para acariciar su mejilla, siento su piel caliente, su tacto de seda. Su cuerpo se acerca a mí, me abraza, me aprieta contra ella y rompe a llorar.

No soy capaz de abrazarla, la sorpresa me tiene paralizado, solo puedo mirarla. A los pocos segundos se separa de mí y toma asiento en uno de los sofás. Yo me acerco y me siento en el otro sin decir nada, solo mirándola.

—¿No vas a decir nada? —susurra.

—No sé qué decir... ¿Qué haces aquí?

—Bueno, yo... ayer vino a verme tu clienta.

—¿Mi clienta? —pregunto sin comprender.

—Marguerite Simmons.

Me tenso esperando el reproche, pero este no llega. Gabrielle solo se mira las manos, pero no voy a ser yo quien le pregunte qué ocurrió.

—Me dijo que ella siempre te había perseguido —continúa— pero que tú jamás le habías hecho caso.

—Eso ya te lo había dicho yo —le reprocho.

—También me dijo que el día que os sorprendí en el despacho tú estabas completamente borracho, y que ella se aprovechó de eso para besarte. Me dijo que cuando yo salí por la puerta la echaste. ¿Es cierto?

—Sí.

—Me pidió perdón por el daño. Me dijo que estabas loco por mí, y que desde que me conoces has sido incapaz de mirar a ninguna otra mujer. Cuando llegué a casa se lo conté a Ariana y me echó una buena bronca.

No me sorprende en absoluto que Ary lo hiciese. Lo hizo conmigo que no soy su hermano...

—Me contó que os habíais estado viendo durante todo este tiempo —continúa— y que lo estabas pasando muy mal. Que cuando fue a verte por primera vez se asustó.

—Yo también me habría asustado si me hubiese visto con sus ojos. Es una mujer demasiado inocente.

—Derek, yo... Lo siento. Lo siento mucho. Dejé que los miedos decidiesen por mí. Que me pidiesen matrimonio me asustó, y...

—¿Te asustó? ¿Por qué? —ahora sí que no entiendo nada.

—Acababas de recuperar tu vida, y tenía miedo de no ser lo bastante buena para ti.

—No puedes hablar en serio —digo realmente sorprendido— ¿De dónde coño te sacas que no eres lo bastante buena para mí, Gabrielle? ¡Soy yo quien no te merezco! ¡Soy yo quien no merece tenerte en su vida! ¡Pero soy un jodido egoísta y no quiero dejarte marchar nunca! ¿Entiendes?

—Derek...

—¡No! ¿Me oyes? ¡Hace semanas que te llamé y aún estoy esperando que te dignes a llamarme! ¿Crees que yo lo he pasado bien? ¿Crees que para mí ha sido fácil ver cómo mi vida se iba a la mierda otra vez?

—Lo siento —susurra agachando la cabeza.

—En serio, Gabrielle. O confías en mí o ya puedes irte por donde has venido, porque sin confianza esta relación no va a ninguna parte.

Me lo estoy jugando todo a una sola carta, pero mi mente agotada ya no puede más. Gabrielle se levanta y se acerca despacio a mí, como si tuviese miedo de que la alejase. Me muero por tocarla, por tumbarla en la alfombra y hacerle el amor una y otra vez, por recuperar el puto tiempo perdido, pero necesito esa respuesta.

Ella se sienta en mis rodillas, agarra mi cara entre sus manos y susurra muy bajito “Confío en ti” antes de juntar su boca con la mía. Dios... la echaba tanto de menos... su boca es mi droga, ¿acaso no se lo he demostrado lo suficiente?

Le devuelvo el beso despacio, sin apresurarme, saboreando cada latido, cada suspiro que sale de entre sus labios. Cuando rompe el beso, apoya la cabeza en mi hombro y rompe a llorar de nuevo, y yo me desarmo y la abrazo con fuerza.

Permanecemos largo rato así, fundidos el uno en el otro, esperando que amaine la tormenta y nuestras vidas empiecen a volver a la normalidad.

□ □

Llevo largo rato despierto mirando al techo. Gabrielle duerme a mi lado. Aunque me moría por tocarla, no quería venir a casa con ella. No quería caer en la tentación de volver a hacerle el amor como si nada hubiese pasado, porque no es así.

Su desconfianza casi acaba conmigo. Después de todo lo que hemos vivido juntos últimamente no me esperaba eso de ella. Pero parece que el pasado continúa pasándome

factura... Parece que mis actos han conseguido terminar con la confianza que me tuvo alguna vez.

Ella se remueve inquieta y me abraza con fuerza, pero en este momento no soporto que me toque, me ha hecho demasiado daño, así que me levanto de la cama y me preparo un café. Apenas son las cuatro de la madrugada, pero parece que hoy Morfeo no está por la labor.

Me quedo mirando por la ventana las calles, que a pesar de la hora están bastante transitadas. Nueva York nunca duerme... y parece que esta noche yo tampoco.

—Derek... ¿Qué haces levantado? —su dulce voz llega a mis oídos, pero no consigo moverme.

—Vete a la cama, Gabrielle.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

—No puedo dormir, eso es todo —miento.

—Derek...

—En un momento voy. Ve a acostarte, hace frío.

Ella agacha la cabeza y vuelve a su habitación. No sé qué me pasa... no consigo olvidar todo lo que ha pasado. Debería volver a la cama y hacerle el amor... pero soy incapaz de tocarla.

Termino mi café y me acerco al dormitorio con paso decidido, pero un sobre encima de la mesa me hace detenerme en seco. Son unos análisis clínicos. Los cojo con cuidado, con miedo a mirarlos, y me dirijo a la habitación.

—¿Qué es esto, Gabrielle?

Ella mira el sobre y retira la mirada avergonzada.

—No es nada importante.

—¿Que no es nada? Yo creo que si te has hecho unos análisis será porque ocurre algo.

—De verdad, Derek... todo está bien.

—Nena... dímelo.

—Creí que estaba embarazada, ¿de acuerdo? Creí que estaba embarazada y fui a hacerme unos análisis para cerciorarme. Pero no lo estoy.

—¿Pensabas decírmelo? Si hubieses estado embarazada, ¿me lo habrías dicho? —sin pretenderlo la furia ha vuelto a mí.

—¡Por supuesto que te lo habría dicho! ¿Qué clase de pregunta es esa, Derek?

—No confías en mí, así que...

—¡Ya te he dicho que lo siento! ¿Qué tengo que hacer para que me creas cuando te digo que confío en ti? Cometí un error, Derek. No creo que seas el más indicado para crucificarme.

Sus palabras impactan en mi parte racional como una bala. Tiene razón. ¿Quién soy yo para culparla si eso es lo mismo que hice yo con ella? Me tumbo en la cama y la abrazo con fuerza. He sido un estúpido, casi la pierdo otra vez por mi propia estupidez.

—Lo siento, nena. Lo siento.

Ella me abraza y pega su cuerpo al mío. Sobran las palabras... y también la ropa. Gabrielle se saca el camisón por la cabeza y me desnuda deprisa, se sube sobre mí y gatea como una gatita traviesa, restregando sus pechos por mi cuerpo, encendiéndome como solo ella sabe hacer.

—Te quiero, Derek —susurra un segundo antes de meterse mi polla en la boca.

Me arqueo llevado por el placer, y enredo mis manos en su pelo para guiarla, para alargar el momento. Su lengua me vuelve loco, sus labios me aprietan de manera alucinante,

y mi polla se endurece por segundos deseando enterrarse en ese coñito que se restriega por mi pierna reclamando atención.

Cuando estoy llegando al punto sin retorno, aparto su boca de mi miembro y la beso con desesperación. Ella gatea por mi cuerpo y me sitúa en su entrada. Con solo alzar las caderas estoy enterrado en ella, sintiendo su calor, sintiéndome de nuevo en casa.

—¡Joder, nena!

Empieza a mover las caderas acompasadamente, adelante y atrás, haciendo que mi polla entre en combustión instantánea. Mis manos vagan por su cuerpo, queriendo tocarlo todo a la vez, pellizcando sus pezones un instante y al instante siguiente buscando su clítoris entre sus rizos.

Ella gime, se retuerce y se convulsiona en un orgasmo que para mí es pura ambrosía. Pero necesito más de ella, necesito sentirme más apretado, así que le doy la vuelta y la tumbo en la cama boca abajo.

—Ahora vas a saber lo que es bueno, gatita salvaje. Has sido muy mala... y ahora me toca serlo a mí.

Le doy un pequeño azote y coloco mi cuerpo sobre el suyo. Con un brazo rodeo su cadera para alzarla lo justo. Entro lentamente dentro de ella, y acaricio suavemente su clítoris en círculos mientras me balanceo despacio... muy despacio en su interior.

Esto sí que es el Nirvana... mis caderas se retuercen, mis embestidas aceleran, y sus manos agarran dos puñados de sábana cuando el orgasmo vuelve a arrasarla. Ahora es mi turno... La pongo de rodillas y comienzo a empotrarme en ella con fuerza, deprisa, con ansia... hasta que el orgasmo me arrasa y caigo sin resuello sobre ella, que se deja caer en la cama.

Despierto una hora después apoyado en su pecho. Las caricias de sus manos en mi pelo son tan relajantes... sonrío por primera vez en semanas. Por fin me siento en calma, en paz conmigo mismo y con ella.

—Yo también te quiero, Gabrielle —susurro antes de quedarme dormido de nuevo.

Capítulo 32

Por fin es viernes. Después de una semana de mierda estaba deseando salir de la oficina para poder perderme con Gabrielle un par de días. Hace ya tres meses que todo ha vuelto a la normalidad entre nosotros. Tres meses en los que he sido completamente feliz.

Hemos hablado mucho sobre lo ocurrido. Hemos dejado el alma al desnudo para que no volvamos a hacernos daño sin pretenderlo. Poco a poco hemos conseguido reconstruir un par de corazones que estaban hechos jirones por culpas de nuestras malas decisiones, y ahora todo va como la seda.

Gabrielle me ha mandado un whatsapp diciendo que en casa me espera una sorpresa. Sí, en casa. Tras días de insistir, la convencí de que la mejor manera de conocernos el uno al otro era viviendo juntos... y en un par de semanas terminamos la mudanza.

Desde entonces todo en mi vida es perfecto, y tengo intención de que siga así mucho tiempo. Lo tengo todo preparado de nuevo. Mañana voy a llevarla a cenar, y cuando volvamos a casa Ary lo tendrá todo listo para que vuelva a pedirle que se case conmigo. Y esta vez me dirá que sí, o voy a atarla a la cama y voy a hacerle el amor hasta que acepte.

—Señor Lambert... debe irse —la voz de Cristen en el intercomunicador me hace sonreír.

—¿Debo irme? ¿Me estás echando?

—Gabrielle me amenazó con despedirme ella personalmente si usted no llega a su casa a tiempo. No pienso arriesgarme.

Tras una carcajada, recojo mis cosas y me marcho. Voy a tener que darle un aumento de sueldo a Cristen, porque aguantar las amenazas de Gaby no debe ser fácil.

Al abrir la puerta de mi apartamento me encuentro con un reguero de velas encendidas que me guían hacia el dormitorio. Mi polla se anima al imaginar lo que nos espera al final del camino, y me dirijo hacia allí desnudándome deprisa.

Pero al llegar al dormitorio solo encuentro una nota sobre la cama.

¿Sorpresa? La sorpresa no te espera en casa, chico sexy. Dirígete a la casa de la playa de Evan. No te arrepentirás.

Me tiro en la cama en calzoncillos riendo. Será cabrona... ella en la playa y yo medio desnudo y cachondo. Va a pagármelas, señorita Lewis... ya lo creo que me las va a pagar.

Me doy una ducha, me pongo unos vaqueros y un jersey de lana y cambio el coche por la moto, ir en dos ruedas es mucho más rápido. Conduzco como alma que lleva el diablo hasta la playa. Necesito llegar, aprisionarla contra una pared y follármela a pelo.

Cuando abro la puerta de la casa, mi libido cae en picado al encontrarme en el salón a Evan y Ary viendo una película mientras comen palomitas.

—Eh... hola chicos. ¿Y Gaby?

—Nos dio un mensaje para ti —dice Evan.

Me quedo mirándolos a la espera de una respuesta, pero ellos vuelven a dirigir su atención a la película. Mi paciencia se está terminando, así que me acerco a ellos y chasqueo los dedos frente a la pantalla.

—¿Pero qué haces? —grita Evan— Quítate del medio, hombre, que nos perdemos el final.

—¿Podéis decirme qué os ha dicho Gabrielle?

—Nos ha dado esto para ti —contesta Ary extendiendo una nota hacia mí.

—Muchas gracias —replico con sorna.

Me acerco a mi habitación y me siento en la cama a leer la dichosa nota. Gabrielle está juguetona... y eso me pone muy... muy cachondo y me exaspera a partes iguales.

Paciencia, chico sexy... aún no está preparado tu premio. Busca en el armario y sigue las instrucciones. Pronto obtendrás tu regalo.

Abro el armario y busco alguna nota que me dé una pista sobre lo que tengo que hacer. Al final del todo encuentro un traje en el que hay una nota: “vísteme”.

Sonrío imaginándola desnuda escondida en alguna parte, con una nota que diga “cómeme”, como en Alicia en el país de las maravillas. Hago lo que me pide, y en el bolsillo del pantalón encuentro otra nota.

Camina cinco pasos a la izquierda, veinte a la derecha y sesenta al frente. Te estaré esperando.

Mmm... parece la búsqueda de un tesoro... mi tesoro. Comienzo a contar los pasos, que me llevan hacia la pérgola de la playa, que tiene las cortinas corridas y está iluminada por una luz tenue.

Al llegar, me encuentro que la cama ha desaparecido y en su lugar hay una bonita mesa preparada para una cena elegante. Sobre uno de los platos hay otra nota.

Sírvete vino y espérame. Llegaré en unos minutos.

Me reclino en una de las cómodas sillas y sirvo vino en las dos copas. Cuando casi he terminado con la mía, las cortinas se abren y aparece Gabrielle.

Parece un ángel. Lleva un vestido vaporoso blanco similar a una túnica griega. Se ha hecho un recogido en el pelo que deja al descubierto la curva de su cuello, y al andar su pierna derecha queda completamente al descubierto.

Me levanto hipnotizado, me acerco a ella y tomándola de las manos la beso despacio, con miedo de que se evapore en mi imaginación.

—Estás... absolutamente... preciosa —tartamudeo.

—Gracias, cariño. Tú también estás muy guapo. ¿Cenamos?

Aparto su silla para ayudarla a sentarse. Relleno mi copa para brindar con ella, aunque no vuelvo a probar el vino. Necesito estar sobrio para disfrutar de todo lo que tenga preparado para mí.

Poco después aparecen Ary y Evan a traer la comida. Él me mira cómplice, sonrío y me guiña un ojo. ¿Qué coño le pasa ahora?

Cenamos en relativo silencio. Aprovecho cualquier oportunidad para acariciarla, para tocar sus manos, su brazo, su cuello. Me muero de ganas de que termine la cena para poder llevarla a la cama, desnudarla despacio y hacerle el amor.

Pero cuando terminamos con los postres, Gabrielle, mi chica, esa que hizo que cambiara para que fuese un hombre mejor para ella, esa que inunda mi mente, con la que he atesorado recuerdos imborrables, vuelve a sorprenderme arrodillándose frente a mí y sacando la caja de los anillos que tenía guardada en la caja fuerte.

—¿Nena? —pregunto confundido.

—Una vez me llevaste a tu restaurante favorito para pedirme que me casara contigo y decliné la oferta. Esta vez soy yo quien te ha traído a su lugar preferido y te lo pide a ti.

Derek... sé que hemos tenido muchos problemas a lo largo de nuestra relación. Sé que últimamente he sido yo quien no lo ha hecho bien, pero desde que vivimos juntos me he dado cuenta de muchas cosas.

—Pero...

—Déjame terminar, por favor —me interrumpe—. Me he dado cuenta de que me quieres tanto o más que yo a ti. De que eres un hombre honesto, justo, fiel... de que estando contigo soy plenamente feliz, y de que cuando no estamos juntos siento que me ahogo. No quiero estar con nadie que no seas tú, y sé que ahora lo tengo completamente claro, por eso... ¿Quieres casarte conmigo, Derek?

Tengo un nudo en la garganta que me impide hablar, así que me arrodillo frente a ella en la arena y la beso con todo el amor y la pasión que llevo dentro. Sus manos se enredan en mi pelo, las mías en su cintura, y sin apartar mi boca de la suya la levanto en brazos y me encamino con ella hacia la casa.

Cuando llegamos al salón descubro que Evan y Ary han desaparecido. Han encendido la chimenea y han puesto música lenta... todo perfecto para hacer el amor. Pero no pienso arriesgarme a que nos pillen, así que me dirijo a nuestra habitación.

Cuando cierro la puerta le levanto el vestido, le aparto las braguitas y tras abrirme el pantalón la empotro contra la pared... duro y hasta el fondo. La envisto con fuerza, me bebo sus gemidos, y cuando llegamos al orgasmo me dejo caer en el suelo y la abrazo con fuerza, enterrando la cara en su hombro.

—¿Eso es un sí? —dice entre jadeos.

Suelto una carcajada, y ella me acompaña. Me veo reflejado en esos ojos de color caramelo que me vuelven loco. Por fin soy un hombre nuevo... y completamente feliz.

Epílogo

Estoy de los nervios. Doy vueltas en la sala de espera una y otra vez. Ary y Evan me miran divertidos, pero me importa una mierda. Mi mujer está esperando a nuestro primer hijo, y creo que voy a morir en el intento.

Gabrielle y yo nos casamos dos meses después en la capilla del pueblo de la playa, una ceremonia sencilla con pocos invitados: Evan, Ariana, nuestros padres y Cristen... que se ha convertido en amiga, y cómplice, inseparable de Gaby.

Ella decidió ponerse el precioso vestido de corte griego con el que me pidió que me casara con ella... dice que le trajo buena suerte y que no piensa tentar al demonio. De cualquier manera para mí fue la novia más bonita del mundo.

Cuando la vi aparecer por el pasillo de la iglesia casi me da un infarto. Aún no podía creerme que esa preciosa mujer fuese toda mía, y cuando el cura nos declaró marido y mujer la besé con una mezcla de euforia y pasión desconocida para mí.

Lo celebramos en el pequeño restaurante de la bahía, aquel en el que cenamos la primera vez. Parece increíble que después de esas veinticuatro horas mi vida haya cambiado por completo. Jamás pude imaginar que aquella mujer que esperaba un taxi bajo la lluvia fuera la que pusiese mi vida patas arriba... pero doy gracias al cielo por cada minuto que la tengo conmigo.

La noche que me pidió matrimonio hicimos algo maravilloso: engendramos a un precioso bebé. Aún no ha nacido, pero va a ser tan preciosa como su madre. Sí, será una niña. Aunque Gaby quiere un niño.

Le dijimos al médico que no nos dijese el sexo del bebé... y hemos hecho apuestas al respecto. Si es niña... la apuesta la gano yo, y Gabrielle tendrá que ser mi esclava sexual durante un fin de semana entero. Si es niño... no quiero ni pensarlo.

El doctor entra en la sala de espera y me hace señas para que le siga. Llegó la hora, campeón. Vas a ser papá. Tras ponerme la ropa esterilizada, entro al quirófano, donde veo a Gabrielle tumbada en una camilla con las piernas abiertas al máximo y la cara llena de lágrimas y sudor. Estoy de los nervios, pero mi mujer necesita que sea fuerte, y así seré.

En cuanto me ve, extiende su mano hacia mí y me sonríe con ternura.

—Eh... ¿todo bien? —susurro.

—Tu hijo tiene ganas de salir... —gime ante una nueva contracción.

—Mi hija quiere ver lo guapa que es su mamá.

Acaricio su mejilla con ternura, intentando aliviar un poco el dolor que debe estar sufriendo.

Una hora después, y tras incontables sufrimientos por mi parte (¡Joder! Solo de ver la cara de mi mujer es suficiente tortura para mí) sostengo en brazos a Derek Lambert Junior, un niño precioso de tres kilos y medio que ha salido hambriento de la barriga de su mamá.

Me siento tan pequeño... Toda mi vida he pensado que no merecía nada, y ahora lo tengo todo. Mirando esa pequeña manita sujetando mi dedo con fuerza me doy cuenta de todo lo que he conseguido desde que Gabrielle llegó a mi vida. Pongo a nuestro hijo en el pecho de mi mujer, que me mira sonriendo con lágrimas en los ojos.

—Es precioso, nena... absolutamente perfecto.

—Es igual que tú... y es niño. ¡He ganado!

Sonrío ante la ocurrencia. En vez de estar deseando descansar, la bruja de mi mujer

quiere guerra.

—¿Y bien? ¿Qué has ganado? —pregunto.

—He ganado... veinticuatro horas de placer.

Tras una carcajada, uno mis labios a los suyos y apoyo la cabeza en la almohada para observar a mi mujer y a mi hijo. Le pedí veinticuatro horas de placer... y a cambio ella me dio una vida.

Fin

Placeres

Prohibidos

De Gabrielle

Prólogo

La alarma del móvil me despierta sobresaltada. He vuelto a tener una pesadilla, y hace días que se repite: corro tras un hombre, siento que es la única forma de salvarme, pero él se me escapa entre los dedos.

Miro por la ventana antes de meterme en la ducha. Parece que no lloverá... ¡Menos mal! Hoy me sería imposible cargar con el dichoso paraguas y las flores que debo comprar en el mercado.

La ciudad está atestada de gente. Los coches se amontonan en el atasco de primera hora de la mañana, y los transeúntes inundan la parada del metro. Tengo que hacer malabares para poder colarme en el vagón, pero tras unos cuantos empujones por fin me sitúo en un sitio cerca de la puerta.

Por fin llego a mi destino: el mercado de flores. Paseo por sus pasillos aspirando los aromas hasta llegar al puesto de Mary, una anciana que siempre tiene las mejores flores del mercado y a muy buen precio.

—Buenos días, Mary. ¿Qué tal va la mañana? —pregunto sonriente.

—¡Hola, mi niña preciosa! —contesta acercándose a besarme— Mal, hija. Aún no he vendido ni un clavel.

—Pues ya tienes tu primera venta. Necesito dos docenas de gardenias, dos de rosas blancas, tres docenas de lirios blancos y otras tres de orquídeas del mismo color.

—¿Todo eso? —pregunta la mujer preparándose el pedido— ¿Algún evento importante?

—Una boda. Tengo que preparar ocho centros de flores blancas para las mesas.

—Parece que el negocio te va bien, hija. Me alegro mucho por ti.

—Poco a poco va progresando. La verdad es que estoy muy contenta. Cada vez tengo más clientes, y dentro de poco necesitaré contratar a una ayudante.

—Aquí tienes, preciosa —sonríe tendiéndome dos cajas—. Que pases un buen día.

—Tú también, Mary.

Llego a la floristería no sin esfuerzo. La mañana la paso demasiado ajetreada, se acerca el día de los enamorados y todo el mundo quiere encargar ramos de flores para sus seres queridos. La tarde, sin embargo, pasa relativamente tranquila mientras consigo terminar cinco de los ocho centros que tengo que entregar para la boda de pasado mañana, sábado.

Cuando cierro la floristería esa noche está lloviendo a mares. Llevo una hora en la parada de taxis, intentando que alguno pare, sin éxito. Por más que me esfuerzo en detenerlos, todos pasan de largo. Estoy calada hasta los huesos, cansada y muerta de frío.

Por el rabillo del ojo veo que un tipo se acerca, silba y al momento un taxi se detiene a su lado. Alzo los brazos al cielo, frustrada.

—¡Será posible! —gimo impotente.

El hombre se gira, sonríe y abre la puerta del taxi, haciendo una floritura.

—Señora, está diluviando. Vamos, comparta el taxi conmigo.

—No, gracias, esperaré el siguiente —Ni loca voy a montarme en un coche con un completo extraño.

—Vamos... no voy a morderla. Tan solo intento ser amable, así que suba al taxi, por favor.

Me asomo disimuladamente para comprobar que el taxista es un hombre mayor, así que asiento y entro en el vehículo sentándome lo más pegada posible a la ventana opuesta.

Aunque el asiento es enorme, el hombre se sienta pegando su cuerpo al mío. El roce de su pierna en la mía hace que me estremezca, pero logro disimularlo. No intenta entablar conversación, sino que permanece todo el tiempo mirando por la ventana, cosa que agradezco. No estoy de humor para ser amable.

Aprovecho para observarle detenidamente. Pelo moreno, ojos claros, rasgos angulosos y un cuerpo aparentemente en forma tras su traje de diseño. La verdad es que está como un tren, y me relamo imaginándolo desnudo.

Cuando el taxista para frente a mi casa, pago mi parte de la carrera y me vuelvo hacia él.

—Ha sido muy amable por traerme, señor...

Pero no contesta, ni siquiera parpadea. Chasqueo los dedos para ver si reacciona, sin éxito.

—¿Se encuentra bien? —pregunto preocupada.

Mis palabras parecen sacarle del trance en el que se encuentra, sacude la cabeza y me mira.

—Sí, perdona. ¿Qué decías?

—Le comentaba que ya hemos llegado a mi casa y quería agradecerle su amabilidad. De no ser por usted habría llegado a casa empapada —ya lo estoy, pero solo pretendo ser amable.

Él me mira seductoramente, apoya su brazo en el respaldo del asiento y cruza las piernas.

—¿Qué te parece si nos tuteamos y aceptas tomarte un café conmigo mientras me muestras lo agradecida que estás?

¿Cómo? La sorpresa me deja parada en el sitio con la boca abierta, pero pronto la rabia comienza a bullir. ¿Pero quién se ha creído que es?

—Me parece que puede usted irse al infierno. Ya he pagado mi parte de la carrera, por lo que mi agradecimiento termina aquí. No me gustan los hombres que se creen irresistibles, así que adiós.

Dicho esto salgo del taxi dando un portazo. Una vez en casa, me desnudo aprisa y me meto bajo el chorro del agua caliente. No puedo resfriarme con todo el trabajo que tengo por delante estos días. Me arrebujó bajo las sábanas de franela y me quedo dormida al instante.

Capítulo 1

A la mañana siguiente me levanto con un dolor de cabeza terrible. Perfecto, tengo un millón de cosas por hacer y con este dolor me va a costar horrores.

Me tomo un analgésico con el café y salgo para el trabajo. El tráfico está como de costumbre, pero como hoy no tengo que pasar por el mercado y el sol luce en el cielo me doy el gusto de ir caminando hasta la floristería.

En la esquina de la calle compro un *bretzel* y voy comiéndomelo mientras preparo las macetas y las flores para la exposición.

Me paso la mañana enfrascada en los centros de boda, que debo entregar mañana. Entre los clientes y los encargos salgo más tarde de lo habitual.

Tras diez minutos esperando sin éxito un dichoso taxi, desisto de parar uno y me voy caminando a casa. Al cruzar la esquina veo un hombre apoyado en un coche frente a mi puerta.

Le miro con interés, porque en mi edificio la única mujer joven sola soy yo, y es raro ver a hombres atractivos por aquí, pero la curiosidad se vuelve rabia cuando me percató de que es el tipo del taxi. Se acerca con paso decidido, y alzo los ojos al cielo e intento pasar por su lado, pero se interpone en mi camino.

—¿Tú otra vez? ¿No fue suficiente lo que te dije ayer? —le pregunto exasperada.

—Es por eso que volví, preciosa. Quería pedirte disculpas por haber sido un auténtico gilipollas —Su afirmación me sorprende y gesticulo exageradamente.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! No pensé que un prepotente como tú supiese pedir disculpas —él sonríe complacido.

—¿Qué tal si te invito a un café para compensarte? En una cafetería, palabra.

—No creo que te merezcas otra oportunidad.

—Por favor, princesa, ten un poco de misericordia con este capullo arrepentido.

—Estoy cansada, necesito una ducha y...

—Ángel, no seas mala, concédeme la redención.

Una carcajada escapa de mis labios inconscientemente, y accedo a acompañarlo al *Starbucks* de la esquina. Tras pedir nuestros cafés, nos sentamos en una mesa vacía al fondo del local, y sonrío cuando él me mira.

—Bueno... cuéntame algo de ti —digo en vista de que él no abre la boca.

Permanece callado, mirándome fijamente. Tras un par de segundos sacude la cabeza y sonrío, claramente avergonzado, igual que en el taxi.

—Lo siento, estaba distraído. ¿Qué decías?

—¿Se puede saber qué pasa contigo? —pregunto furiosa.

—Sinceramente, me he perdido en el movimiento de esos pecaminosos labios. Lo siento.

Me levanto de la silla airada. Si es que soy tonta, no sé por qué he accedido a fiarme de él.

—Creo que esto es un error. No te interesa nada de lo que te digo, y creo que lo que buscas es un puto polvo de emergencia, así que me voy.

—No... No te vayas, por favor. Es que eres demasiado atractiva para mi bien, eso es todo.

—Lo siento, pero no soy de las que sucumben con palabras edulcoradas. Y tampoco

soy de polvos de una noche.

Me suelto de un tirón y me marcho de inmediato. ¿Pero qué se ha creído ese estúpido arrogante? ¿Cree que con una mirada y dos palabras bonitas me voy a quitar la ropa interior empapada?

—Por favor, espera, no te marches —oigo a mi espalda al entrar en el portal.

Me vuelvo enfadada para encararme a él con las manos en las caderas.

—¿Por qué me persigues? —le grito— ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Lo siento... otra vez. No sé qué me pasa contigo, me estoy comportando como un auténtico gilipollas. No tengo excusa.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —respondo cruzándome de brazos.

—¿Por qué no empezamos desde cero? —pregunta tendiéndome la mano—. Hola, soy Derek. Encantado de conocerte —Tras una leve vacilación accedo al apretón.

—Soy Gabrielle.

—Encantado de conocerte, Gabrielle. Creo que será mejor que te deje marchar... por ahora.

—Sí, será mejor que me vaya antes de que vuelvas a hacer el capullo —respondo sonriéndole.

—¿Te apetece cenar conmigo esta noche? Conozco un restaurante muy acogedor cerca de la playa en el que podríamos hablar tranquilamente.

—Solo si prometes no volver a quedarte en Babia —bromeo.

—Prometido. ¿Te recojo a las ocho?

—De acuerdo.

—Muy bien —me besa suavemente en la mejilla—. Hasta más tarde.

La tarde en la floristería pasa tranquila, así que cierro pronto para poder prepararme para mi cita de esta noche. Me ducho pensando en Derek... la verdad es que me atrae. Es un hombre muy guapo, y esos ojos claros me vuelven loca. Aunque su punto fuerte es su sonrisa. Cuando sonrío de medio lado hace que me estremezca.

Tras una hora plantada frente al armario al fin me decanto por unos pantalones vaporosos negros y un top sin mangas color crema. Me maquillo lo justo, y me echo un poco de mi perfume favorito en los lugares exactos.

A las ocho bajo a la calle y encuentro a Derek para dejarme sin respiración. Si el traje de chaqueta le sienta de maravilla, el vaquero y el cuero le sientan de muerte. Se me acerca sonriendo y mis piernas se vuelven gelatina, pero cuando me doy cuenta de que viene en moto me estremezco.

No me llevo demasiado bien con esos trastos, y aunque al principio me muestro reticente al final accedo al paseo, que me resulta muy agradable. Al ir abrazada a su espalda puedo palpar con precisión sus abdominales bien definidos bajo la tela de la camiseta, y so olor inunda mis fosas nasales.

Dios... ¡qué bien huele! No puedo reprimir el impulso de enterrar mi nariz en su cuello con la excusa de resguardarme del viento. Poco después llegamos a un pequeño restaurante con vistas al mar. El camarero nos conduce a una mesa situada en la terraza, justo al lado de la barandilla, desde donde se pueden ver las luces de los barcos, el mar... y un millar de estrellas.

Me pierdo en ellas un segundo mientras él elige el vino. Es un sitio tan romántico... La conversación durante la cena es muy interesante. Nos empezamos a conocer, y eso me gusta. La velada pasa en un abrir y cerrar de ojos, y antes de lo que me hubiese gustado nos encontramos de vuelta a casa.

Me acompaña hasta la puerta y se apoya en el quicio sonriéndome. En esa pose parece un niño travieso... y me está poniendo a mil con esa sonrisa aniñada. Ahora mismo tengo ganas de que me bese... me cargue en sus fuertes brazos y no pare hasta llevarme a la cama y hacerme el amor.

¿Pero qué me pasa? No hace ni veinticuatro horas que nos conocemos y ya lo quiero en mi cama. No soy de esas que se acuestan con el primero que pasa, pero Derek es peligroso... muy peligroso para mi cordura.

—Me lo he pasado muy bien esta noche ¡Y encima has conseguido no volver a hacer el capullo! —bromeo— Gracias por una velada maravillosa.

—Ha sido un auténtico placer, cielo. Hasta otro día.

Se acerca despacio y agarrándose del cuello suavemente me besa en la mejilla. Su olor vuelve a inundarme despertando un millón de mariposas en el estómago.

Levanto la vista y me reflejo en esos ojos cristalinos que me miran con auténtico deseo, y en ese momento mando al garete toda la precaución, las reservas y mi moral.

—Esto... ¿Quieres subir?

—Será mejor que no lo haga, ángel.

Su respuesta me pilla desprevenida, me decepciona, me frustra. ¿Acaso no era deseo lo que vi en sus ojos hace unos instantes?

—Está... está bien, lo entiendo —miento.

El me dedica una sonrisa triste y acaricia mi mejilla con una mirada tan tierna que me derrite por dentro.

—No... no lo entiendes, preciosa. Intento ser un caballero.

—Así es como se llama ahora, ¿no?

Intento sonreír para que no se dé cuenta de mi decepción, pero no sirve de nada.

Derek me sujeta suavemente de la cintura y me aprieta contra él. Noto el bulto de su enorme erección en mi estómago, y su aliento se mezcla con el mío a escasos milímetros de mi boca.

A esta distancia puedo ver las motitas verdes que salpican sus iris grises, y no puedo evitar relamerme los labios ansiado que me devore.

—Gabrielle... me muero de ganas de subir contigo, empotrarte contra la puerta de entrada y follarte hasta mañana, pero no es el momento. Aún no. Sube, preciosa, antes de que me arrepienta de ser un caballero.

Su confesión me deja muda... y a punto de entrar en combustión. Sus palabras susurradas entre dientes han dejado muy claro que Derek me desea... me desea y mucho. Asiento como una tonta y tras darle un beso lo más cerca posible de su pecaminosa boca subo a mi casa.

En cuanto cierro la puerta, me dejo caer sobre ella y termino escurriéndome hasta quedar sentada en el suelo. Derek es un hombre muy peligroso... e increíblemente sexy.

Va a ser una noche muy larga... inundada de sueños eróticos con él.

Capítulo 2

He pasado una noche horrible. Entierro la cara en la almohada y grito frustrada antes de salir de la cama. ¡Maldito Derek! Se ha instalado en mi cabeza para atormentarme con sueños muy... muy eróticos.

En ellos, Derek subía a mi casa y me hacía el amor de forma lenta y dulce. Acariciaba mi cuerpo como si fuese el más preciado tesoro, y besaba mis labios con reverencia antes de decirme “te quiero”.

Me coloco bajo el chorro del agua caliente recordando mi cita con Derek. Aunque cuando le conocí fue un auténtico creído, la verdad es que ayer se comportó como todo un caballero.

Cada vez me gusta más... y eso puede ser peligroso. Porque no creo que Derek sea hombre de compromisos. Estoy vistiéndome cuando suena el timbre de la puerta. ¿Quién puede ser tan temprano? Mi hermana no suele levantarse al amanecer un domingo.

Me quedo con la boca abierta cuando abro y veo a Derek apoyado en el umbral, más guapo de lo que recordaba. Lleva unos vaqueros que se ajustan perfectamente a sus muslos y un jersey de cachemira color crema. Está para comérselo... de arriba a abajo.

Ante mi falta de respuesta, Derek me besa en la mejilla y entra en mi casa como si lo hubiese hecho ya infinitas veces.

—Vamos, dormilona, ponte el bañador que nos vamos.

Le miro con la boca abierta. ¿Que nos vamos? ¡Si no habíamos dicho nada de vernos hoy!

—¿Derek? ¿Habíamos quedado?

—La verdad es que no, pero esta mañana se me ha ocurrido que podría apetecerte ir a la playa.

Tras un tira y afloja que evidentemente gana él, voy a vestirme. Vuelvo a encontrarme delante del armario sin saber qué ponerme. Al final opto por un biquini que me compré la semana pasada bajo la insistencia de mi hermana y unos shorts vaqueros con una camisa sin mangas de seda.

Llamo a Ary para que se ocupe de llevar los centros de mesa a la boda, de la que ya casi me había olvidado. Ella accede gustosa con la condición de que nos vayamos una noche de chicas, así que puedo respirar tranquila.

Cuando vuelvo al salón Derek me tiende una taza de café humeante, tal y como a mí me gusta. Sonrío agradecida y me lo bebo deprisa bajo su atenta mirada.

—Estás preciosa, ¿vamos?

Asiento y me coge de la mano, entrelazando sus dedos con los míos antes de dirigirse a la puerta. Se para delante de un precioso descapotable negro y me abre la puerta del copiloto para que me acomode en los cómodos asientos de cuero color crema. Hacemos todo el camino en silencio, y llegamos a una playa a la que se accede por una valla metálica cerrada con llave. Me sorprende, pero no digo nada.

Lo que nos encontramos a continuación me deja muda. Estamos frente a una pequeña cala de arena rubia y aguas cristalinas. En el centro de la misma hay una pérgola de madera resguardada con cortinas blancas y bajo ella una enorme cama cuadrada con mullidos cojines blancos. Junto a ella hay un par de mesas de cristal en las que descansan una botella de champán, dos copas y una fuente de fruta fresca.

—¿Todo esto es tuyo? —pregunto sin apartar la vista de tan romántico escenario.
—De un amigo. Me lo ha prestado para hoy.
—¿Y cuándo lo has preparado?
—Ya te he dicho que no podía dormir.
—¿Y por eso tuviste que darle la vara a tu amigo?
—No le compadezcas, cielo, él es un crápula que vive de noche y duerme de día.
—Me suena esa descripción...
—Yo no soy como él, Gabrielle. Nunca lo he sido.

Me dirijo a la cama y me desnudo antes de tumbarme en ella a tomar el sol. Derek se acerca despacio, con movimientos felinos, y se deshace de su camiseta dejando al descubierto unos abdominales muy bien definidos. El aire escapa de mis pulmones al imaginarme pasando la lengua por esa tableta de chocolate. Él sonríe y se va corriendo a la orilla para tirarse al agua como cualquier nadador experto.

Disfruto viendo su cuerpo ondearse sobre las olas, y cuando se acerca para reunirse conmigo lleno dos copas de cava. Él coge una y da un sorbo, derritiéndome con su mirada lasciva, y acaricia mis labios con una cereza madura que deja resbalar por mi cuello hasta el valle entre mis pechos.

Mi sexo se humedece, y un gemido mal disimulado escapa de mis labios cuando sonríe llevándose la fruta a los labios. Dios... cómo me pone este hombre. Está jugando a seducirme, pero ese es un juego al que yo también sé jugar. Cojo una uva del cuenco y la dejo caer en su pecho. La fruta rueda por su abdomen hasta quedar parada justo en la cinturilla de su pantalón, y yo sonrío maliciosa y la recojo con mis labios, rozando deliberadamente su ya notoria erección.

—Dios, nena... vas a volverme loco —gime inspirando con fuerza.
—Tú has empezado.
—No me estoy quejando, créeme.

Seguimos seduciéndonos, aprovechando el juego que nos ofrece la fruta madura. La temperatura sube por momentos, estoy muy mojada, lista para él, pero después de la negativa de la noche anterior no me atrevo a tentarle.

Me levanto y tras mirarle juguetona corro al agua. Él es más rápido y me atrapa a mitad de camino, me carga en su hombro y se lanza al mar. El agua fría calma mi piel ardiente un segundo, pero al salir a la superficie me encuentro con sus ojos rebosantes de deseo, que hacen que vuelva a arder. Intento huir de esa mirada, pero no doy ni dos pasos cuando Derek me atrapa, me pega a su cuerpo y me besa por fin.

Entro en combustión instantánea. Sus carnosos labios están hechos para que una mujer llegue al orgasmo con un solo roce. Su boca se mueve sobre la mía con un anhelo que me asusta. Sus manos aprietan mi culo para pegarme más a su erección, que está justo en mi sexo, y comienza a restregarse contra mí en un vaivén que va a hacerme perder la cabeza. Jamás me habían besado de esta manera. Jamás un hombre me había hecho arder con tan solo un beso. Cuando me envuelve en sus brazos para llevarme a la enorme cama mi yo interior grita excitado. ¡Por fin va a hacerme el amor!

Sus manos me recorren entera, su lengua salpica mi piel de suaves lametazos, y yo me retuerzo llevada por el deseo. Pero tras un suspiro lleno de pesar, Derek se separa de mí.

—Lo siento, Gabrielle, no debí...
—Pero yo quería que lo hicieras... quiero que lo hagas.

Jamás he suplicado a ningún hombre, pero el ruego ha salido de mis labios antes de que consiga ordenar mis pensamientos. Él me mira con ternura y acaricia mi mejilla con un

leve roce de sus dedos, y yo sé que va a volver a repetirse la negativa de la noche anterior.

—Gabrielle... no creo que el mejor sitio para echar un polvo sea una playa.

—No te entiendo... —mi voz tiembla, estoy a punto de echarme a llorar aunque no quiera.

—No voy a follarte como un perro en celo, eso es todo.

—¿Me deseas? —necesito saberlo, porque si no es así esto se termina aquí y ahora.

—Más de lo que puedo desear respirar.

—Entonces deja que ocurra. Necesito que me hagas el amor.

Él me mira asustado, se separa totalmente de mí y se sienta en el borde de la cama para mirarme con una sonrisa.

—Gabrielle... yo no hago el amor, cielo. Yo solo follo.

—¿Y eso qué significa?

—No soy hombre de compromisos. Yo no puedo atarme a una mujer, porque acabaría destrozándola. No soy bueno para nadie.

—¿Y por qué no lo intentas? Quizás estás equivocado.

—No puedo... no funcionaría.

—Dime entonces qué es lo que puedes ofrecerme. Dime qué quieres de mí.

—Quiero que pases un día entero conmigo, preciosa. Solo uno, después te dejaré en paz.

—¿Solo un día? ¿Follar hasta caer rendidos y no volver a verte jamás?

—Es lo único que puedo ofrecerte, mi amor. Follarte hasta que me ruegues que pare porque seas incapaz de soportar un solo orgasmo más.

—No quiero ser una muesca más en tu lista de conquistas.

—No...¡No! Tú eres única, ángel. No sé qué tienes, pero no puedo dejar de pensar en ti. No duermo, no como preguntándome dónde estarás, o qué estarás pensando. Créeme, jamás serás una más, eres única. Jamás consigo recordar a ninguna de mis amantes más de una semana, pero a ti sé que no voy a olvidarte nunca.

—No sé qué gano yo con todo esto... Es una locura.

—Ganarás la noche más maravillosa de toda tu vida, pero también ganarás la oportunidad de explorar tu sexualidad y conocerte mejor a ti misma. Ganarás veinticuatro horas de placer.

Me encuentro en plena batalla campal interior en este momento. Me ha dicho que nunca hace el amor... pero eso es porque nunca ha conocido a una mujer de la que enamorarse. Ahora tengo que decidir si vale la pena arriesgarse a descubrir si seré yo esa mujer.

Si paso esas veinticuatro horas con él y no soy la mujer que necesita, voy a salir muy herida. Pero si no lo hago jamás averiguaré qué podría haber pasado entre nosotros.

Derek no me deja pensar demasiado... antes de que me dé cuenta le tengo sobre mí devorando mi boca. El roce de su miembro contra mi sexo hace que gima de placer y pierda la poca cordura que me queda. Le acerco más a mí... necesito tenerle dentro de una vez, pero vuelve a separarse una vez más y a mirarme con ternura.

—Quédate conmigo y te mostraré un placer como nunca antes has experimentado.

Sus palabras susurradas hacen que cometa la mayor locura de mi vida... acceder a pasar veinticuatro horas de sexo desenfrenado con un desconocido, porque realmente no le conozco lo suficiente.

Accede a darme de tiempo hasta el fin de semana que viene, pero antes me hace sufrir un poco más. Sus manos hacen magia sobre mi piel. Sus dedos me acercan al orgasmo a una

velocidad vertiginosa, y termino desmadejada en la cama tras un clímax frustrante, pues no me ha permitido tocarle.

—Acuérdate de esto cuando estés sola en tu cama estas seis putas noches, bombón, porque yo voy a tener que matarme a pajas hasta el sábado.

Sus palabras me provocan un escalofrío, y él sonríe antes de darme un beso en los labios y llevarme a casa. Se despide de mí con otro beso y se aleja silbando calle abajo.

Cuando subo a mi apartamento las dudas me atenazan el corazón. ¿Qué he hecho? ¿He perdido la cordura?

Capítulo 3

Llevo toda la semana hecha un manojo de nervios. No dejo de darle vueltas a mi cita de mañana. Cada vez que pienso que voy a acostarme con un hombre a quien no conozco demasiado me entran escalofríos.

Yo no soy así... jamás he tenido sexo esporádico. Todo el sexo que he tenido en mi vida ha sido con parejas estables, con hombres por los que sentía amor y que me correspondían en el sentimiento.

Ayer, harta de tanto comerme la cabeza, quedé con mi hermana pequeña para pedirle consejo. Ariana me escuchó, inspiró profundamente y me dio un buen sermón.

—A ver, Gaby... ¿En qué época vives? Hoy en día es muy común acostarse con un tipo atractivo solo para pasar el rato. Yo lo hago constantemente, y te aseguro que la mayoría de las veces es muy placentero.

—Lo sé, Ary, pero yo...

—Has quedado con él varias veces y te lo has pasado en grande. Es guapo, inteligente y encima se porta como un caballero... ¿Qué más se puede pedir?

—Tienes razón, pero...

—Problema solucionado —me interrumpe—. Si no lo quieres tú dame su teléfono. Nos parecemos mucho así que puede que no le importe que ocupe tu lugar...

Mi hermana siempre sabe arrancarme una carcajada. Tras una mirada que podría haber asesinado a cualquiera y un buen cojinazo, solo tengo una respuesta que darle.

—Ni lo sueñes... Derek es todo mío... al menos durante veinticuatro horas.

Decidí cerrar hoy la floristería para dedicarme por completo a mí. Necesito mimarme, untarme de cremas y hacerme la manicura. Esta mañana fui a la peluquería para modernizar un poco mi peinado. Unas mechas color caramelo y un corte nuevo, lo suficiente para parecer distinta pero sin que se dé cuenta de que lo he hecho por él.

Derek... ¿Por qué despierta en mí esta mezcla tan extraña de sentimientos? Es un hombre tan misterioso... Tengo la sensación de que guarda secretos en su interior, pero mis hormonas ganan la batalla cada vez que está cerca. Me gusta mucho, despierta las mariposas de mi estómago y hace que mi corazón lata desbocado.

Me arranca de mis cavilaciones el timbre de la puerta. ¿Será Derek? Me pongo muy nerviosa de pensar que él estará tras la puerta, pero es mi hermana quien entra en casa con la fuerza de un huracán.

—¿Ary? ¿No trabajas hoy? —pregunto extrañada.

—Pedí la tarde libre para irme de compras con mi hermana.

—¿De compras? ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué, Gaby? Tu armario es un desierto árido, no hay nada de color. Hay que comprarte algo bonito y sexy para mañana.

—¿Sexy? ¡Ary, me moriré de vergüenza! Sabes que me corto muchísimo en ese aspecto.

—Para eso estoy yo, hermanita. Para sacar a la diablesa que llevas dentro.

Después de buscar en mil tiendas y probarme más de veinte modelitos, encontramos el que Ary dice que es El Vestido. Un trozo de tela negro que deja a la vista más de lo que me gustaría. Cortísimo, escotadísimo y pegadísimo.

—¡Dios, Gaby... estás preciosa!

—Ary esto es demasiado revelador —digo tirando del dobladillo del vestido.
—Gabrielle... vas a pasar veinticuatro horas ardientes, no a rezar el rosario. Necesitas seducirle, y ese vestido te queda perfecto.
—Perfecto para coger una pulmonía... ¡No tapa nada!
—Tapa lo justo y necesario. Cuando te vea con ese vestido Derek va a quedarse con la boca abierta.
—Si tú lo dices...
—Claro que lo digo, porque es verdad. Con mis tacones rojos y el bolsito compañero estarás para comerte.
—O para que salga corriendo. Parezco una puta.
—Como vuelvas a decir eso te doy... Pareces una preciosidad.
—¡Está bien, está bien! Me lo llevo.
—Así me gusta, que le hagas caso a tu hermana menor que entiende de estas cosas.
—Mocosa engreída...

Después de la sesión de compras, nos hemos ido a casa y hemos hecho una sesión de belleza intensiva. La verdad es que me encanta pasar tiempo con Ary, no nos vemos tanto como nos gustaría debido a nuestros respectivos trabajos. Yo estoy todo el tiempo encerrada en mi tienda y ella... de congreso en congreso.

Tras unas pizzas y una película romántica acompañada de palomitas, mi hermana regresa a su casa y yo me voy a la cama, donde cierto hombre misterioso de ojos grises me persigue en sueños.

□ □

Estoy frente al espejo con la ropa interior que me ha regalado Ariana esta mañana. Me ha llegado a casa el paquetito de *Victoria's Secret* con una nota que habrá hecho enrojecer a la dependienta.

Cariño, estoy segura de que con este conjuntito le dejarás sin respiración y babeando. Suerte en tu primera experiencia de sexo esporádico. Te quiero mucho

Me han dado ganas de matarla en ese mismo instante. Realmente el conjunto es precioso. Encaje y seda, rojo y negro, de tres piezas: sujetador, tanga y ligero. Estoy segura de que Derek me lo arrancará en cuanto lo vea, como hizo con el bikini en la playa.

Una idea ronda por mi cabeza... ¿Seré capaz? Es un conjunto precioso, y me da pena que no me dure ni veinticuatro horas... Antes de arrepentirme, me deshago del conjunto y me pongo el vestido sin nada debajo, me maquillo como Ary me ha indicado y dejo mi pelo suelto.

El último toque es un poco de perfume en los sitios estratégicos y ya estoy lista para salir. Miro el reloj... y aún queda media hora para mi cita. Comienzo a dar vueltas por la habitación, pero los nervios van a acabar conmigo, así que me asomo a la ventana para ver si me tranquilizo.

Derek acaba de aparcar su coche frente a mi puerta. ¡Ha llegado pronto! Intento ocultarme, que no me vea aún... pero su mirada me taladra antes de que pueda mover un solo músculo. Tras una última mirada en el espejo, salgo a su encuentro. Está apoyado de manera descuidada en su coche, con las manos en los bolsillos y unas gafas de sol que ocultan esos preciosos ojos al mundo.

En cuanto estoy cerca me coge de la cintura, se quita las gafas y me besa, un beso con el que llevo soñando toda la maldita semana. Mis manos viajan inconscientes hacia sus

hombros y pego mi cuerpo al suyo para saborear la dulzura de sus labios.

—Dios, nena... estás impresionante. ¿Has desayunado? —pregunta cuando nuestros labios se separan.

A mí ese beso me ha dejado sin habla, así que niego con la cabeza. ¿Desayunar? Los nervios no me han dejado pegar ojo, mucho menos tragar bocado. Derek no se mueve, solo me mira con una sonrisa en los labios que me está poniendo nerviosa.

—¿Qué? —pregunto sonriendo— No dejas de mirarme. Me pones nerviosa.

—Te miro porque estás tan condenadamente sexy que te juro que de no ser porque nos detendrían por escándalo público te tumbaría sobre la mesa y te follaría con fuerza.

—Gracias... creo.

Él suelta una estruendosa carcajada y me abre la puerta del copiloto para que me acomode. Intento subirme al vehículo sin separar demasiado las piernas, no quiero que descubra demasiado pronto mi secreto. Pero es demasiado listo, y en cuanto arranca el coche desliza su mano por mi muslo hasta la unión de mis piernas... enredando sus dedos entre mis rizos y haciendo que inspire con fuerza.

—Vaya, gatita... has logrado sorprenderme. Creí que llevarías encaje debajo de ese vestidito tan sexy —murmura.

—No voy a permitirte que me rompas la ropa interior, y después de lo que pasó el otro día en la playa sé que sería así.

—Estoy plenamente satisfecho con tu decisión, preciosa. Veamos cómo puedo sacar partido de esto.

Mueve sus dedos por mi abertura, haciendo que me remueva en mi asiento, e intenta penetrarme con uno de ellos.

—¿Puedes tener tu atención puesta en la carretera? —suplico para que deje de torturarme— Vamos a estrellarnos.

—Aunque soy un hombre puedo hacer dos cosas a la vez, bombón. Y la que se está excitando eres tú... yo aún estoy sereno.

Miro de reojo a su entrepierna para descubrir que está duro como una roca... una enorme roca. Alzo una ceja mirándole, pero solo me sonrío de medio lado y continúa moviendo sus dedos por mi abertura, introduciendo su dedo dentro de mí y humedeciendo mi clítoris con los jugos que fluyen fruto de mi excitación.

Gimo desatada, y arqueo mi cintura buscando su roce, buscando que sus dedos entren dentro de mí de nuevo y me lleven al orgasmo. Pero cuando este está a punto de llegar Derek aparta su mano para poder maniobrar y meter el coche en la cochera.

Respiro como si hubiese corrido una maratón. Tengo los pechos hinchados, y el roce de la tela en mis duros pezones me están haciendo perder la cabeza. Cuando apaga el motor, Derek se vuelve hacia mí y devora mi boca mientras me penetra con sus dedos de manera salvaje, catapultándome a ese orgasmo que se me escapaba.

Me quedo desmadejada en el asiento, intentando recuperarme, y él me mira con esa sonrisa de autosuficiencia que tanto me gusta. Salgo del coche con piernas temblorosas, pero antes de que dé un solo paso Derek me aprisiona contra la columna para volver a besarme de manera salvaje y restregar su erección contra mi estómago.

—Este ha sido el primero de muchos, pequeña —susurra—. Te voy a llevar al orgasmo tantas veces que cuando termine contigo vas a tener que dormir una semana entera para recuperarte.

—Por favor... para. Vas a conseguir que me excite de nuevo.

—Esa es la idea, nena. Te prometí veinticuatro horas de placer, que no se te olvide.

—Desde el otro día no puedo olvidarlo.

Entramos en el ascensor cogidos de la mano, y en cuanto se cierran las puertas vuelvo a besarme, recorriendo suavemente mi cintura con sus manos. Vuelvo a estar excitada, pero esta vez no voy a correrme solo yo.

Acerco mi mano despacio a su erección, y comienzo a acariciarle lentamente, casi sin rozarle. Él gime y se deja caer contra la pared, pero tras un par de pasadas me agarra fuerte del culo y empieza a moverse restregando su polla contra mí. El roce de la tela me excita de nuevo, y me agarro a sus hombros para imitar su movimiento.

Cuando las puertas del ascensor se abren, tira de mí hacia una puerta blindada, que no consigue abrir hasta el tercer intento. Ni siquiera me da tiempo a pasar al salón. En cuanto cierra la puerta me coge en peso y se hunde en mí hasta el fondo. ¡Madre mía! Es un hombre enorme, y siento su piel rozarse con la mía de manera exquisita. Sus embestidas van aumentando de ritmo, mis uñas se clavan en su piel. De mi boca salen gritos incontrolables, de la suya susurros entrecortados.

—¡Ah, Dios, Sí! —grito a punto de correrme— ¡Así... justo así!

—Eso es, muñeca... vamos, mírame.

—¡Dios... Sí! ¡Joder qué gusto!

El orgasmo me arrasa mirando esos ojos que brillan llenos de excitación. Mi cuerpo se convulsiona y quedo desmadejada entre sus brazos. Siento como sale de mí cuando llega su orgasmo segundos después, y apoyo mi cabeza en su hombro sin fuerzas para moverme.

Cuando ambos recuperamos el sentido, nos damos un baño caliente. Su baño es enorme, así como la bañera redonda que ocupa el centro de la estancia.

Mientras él se deshace de mi vestido, desabrocho su camisa lentamente, sin evitar la tentación de besar su piel a cada paso que doy. Él inspira fuerte, pero no dice nada. Cuando estamos completamente desnudos se sienta con la espalda apoyada en la bañera y me ayuda a sentarme entre sus piernas. El agua caliente relaja mis músculos, y juego con la espuma mientras siento sus manos enredarse en mi pelo.

Masajea con cuidado mi nuca, y desliza sus manos por mi cuello hasta llegar a mis pechos. Los sopesa con cuidado antes de seguir bajando por mi cintura hasta enredarse en mi sexo. Un gemido escapa de mis labios cuando arqueo el cuerpo buscando sus caricias, pero él tiene otra idea en mente y me levanta en peso para sentarme a horcajadas en sus piernas.

Ahora mismo solo tengo que levantarme y guiar su erección hasta dentro, pero aún podemos alargar mucho más la pasión, que aún languidece debido al polvo anterior y al agua caliente. Le rodeo con mis brazos y entierro la nariz en su cuello. Huele a una mezcla de madera de sándalo, manzana y ciruela... y no puedo evitar la tentación de recorrer ese hueco con mis labios lentamente.

—¡Oh, Dios, nena...! Me vuelves loco...

Parece que mi caricia ha desatado su pasión, porque siento sus manos en mi cintura, que me levantan en peso y me hacen descender sobre su miembro, duro, caliente y suave.

Me arqueo ante las sensaciones que me recorren por entero. Sentir su boca en mi pecho, sus manos apretando mi culo y su miembro calvándose hasta el fondo me llevan al borde de la locura antes de lo que desearía.

Caigo desmadejada sobre él, que me besa en la sien y me levanta en brazos para meternos en la ducha.

—Vamos, preciosa, solo un poco más y te dejaré descansar un poco. Déjame enjabonarte.

—Ya puedo yo —digo intentando quitarle la esponja.

—De eso nada, ese lujo es mío.

—No soy una niña pequeña, Derek... trae la esponja.

—¿Y desaprovechar la oportunidad de meterte mano? Ni lo sueñes.

No puedo evitar soltar una carcajada, y apoyo las manos en la pared para que pueda enjabonarme bien. A pesar de las bromas se dedica solo a lavar nuestros cuerpos, y cuando termina me envuelve en un albornoz y me seca con movimientos suaves.

Tanta ternura desmiente sus palabras. Aunque diga que él solo folla, todos estos gestos distraídos y altruistas me demuestran que no es eso lo que está haciendo conmigo... o al menos eso es lo que yo quiero creer.

Capítulo 4

Me despierto con un suave roce en mi mejilla. Abro los ojos lentamente y me encuentro con la mirada cristalina del hombre que poco a poco me está robando la cordura... y el corazón, aunque no quiera reconocerlo. Siento sus besos por mi espalda, y ronroneo como una gatita satisfecha después de haberse tomado su tazón de leche.

Mi amante me ha traído la comida a la cama, y no duda en hacer de ella una seducción en toda regla. Me provoca con las ostras, y antes de que me dé cuenta le tengo enterrado entre mis muslos, lamiéndome entera. Ningún hombre me había hecho sentirme así, deseada, preciosa, perfecta. Ningún hombre había conseguido que perdiese la cabeza de la manera que consigue hacerlo Derek.

La diablesa que llevo dentro sale a jugar, y me doy la vuelta para meterme su miembro en la boca. Siento cómo se tensa, cómo sus manos aprietan mis muslos y su lengua se queda quieta en mi sexo. Recorro la punta con la lengua despacio, saboreando su sabor picante, y poco a poco le engullo por entero.

Sus palabras ininteligibles me hacen sonreír, pero sigo succionando hasta que se tensa y el orgasmo le arrasa. Intenta apartarme, pero quiero tragármelo entero, así que sigo succionando hasta que se le siento temblar.

Cuando la tormenta pasa, continúa con sus lamidas en mi sexo, desesperadas, frenéticas, que me hacen llegar al orgasmo en menos de un segundo.

Pero él no tiene suficiente, y hacemos el amor de manera desenfadada tumbados en la alfombra. Termino desmadejada, sin fuerzas y sin apenas aire, y me doy cuenta que en apenas unas horas me he enamorado de un completo desconocido.

Suelto una carcajada, y él me imita al momento. Me reflejo en sus ojos plateados, que brillan de forma extraña, y antes de que pueda decir nada le tengo sobre mí de nuevo, besándome sin descanso. Le abrazo suavemente, rezando porque lo que estoy sintiendo sea un reflejo de lo que él siente por mí.

Una caricia en mi mejilla me despierta. Abro los ojos y miro el reloj: las siete de la tarde. Sonríe cuando los labios de Derek rozan los míos, y miro en sus ojos con la esperanza de descubrir sus pensamientos.

—¿Has dormido bien? —la pregunta escapa de mis labios de manera inconsciente.

—Creo que nunca había dormido tan bien en mi vida. Vamos, levanta.

—¿A dónde vamos?

—A dar un paseo. Me apetece salir de aquí, ¿a ti no?

—Claro que sí.

Nos metemos en la ducha juntos, pero cuando le veo entrar tras de mí le pongo la mano en el pecho para pararle.

—Un segundo... si entras aquí no vamos a salir a ninguna parte, y quiero disfrutar de la luz del sol.

—Te prometo que no te tocaré... ahora.

—Tus promesas en ese sentido valen muy poco, Derek. Eres insaciable.

—Quizás... aunque solo me pasa contigo.

Sus palabras me dejan muda, así que me doy la vuelta y me enjabono el pelo en silencio. Cuando estoy con los ojos cerrados siento las manos de Derek resbalar por mis pechos, y me quito de su alcance con una carcajada.

—¡Prometiste estarte quieto!

—Solo te estoy enjabonando —contesta con cara de niño inocente.

—Me estabas metiendo mano... no trates de disimular.

—De acuerdo, lo admito, pero verte desnuda me pone a mil... no puedo resistirme a tocarte.

—Dijiste que saldríamos a pasear —protesto con un mohín.

—Y saldremos... uno rápido, te lo prometo.

Sus manos resbalan por mis costillas hasta mi culo y me aprietan fuerte contra él, haciendo que su erección impacte directamente contra mi clítoris.

—Derek...

—Lo sé, cielo. Tranquila.

Me hace darme la vuelta y apoyar las manos contra la pared, levanta mi pierna y me hace apoyarla en el banco de la ducha. Me siento demasiado abierta, demasiado expuesta... y demasiado excitada. Cuando Derek abre el grifo de la ducha y el agua impacta en mi clítoris doy un salto recorrida por un placer muy intenso.

—¡Oh... joder! —grito ante la impresión.

—Te gusta, ¿verdad?

—¡Sí!

—Pues esto te va a volver loca.

Siento su miembro entrar en mi lentamente, tan despacio que va a volverme loca. Me muero de ganas de echarme hacia atrás y hacer que me empale fuerte, hasta el fondo. Comenzamos a movernos al unísono, gimiendo, acariciándonos frenéticamente. El orgasmo está cada vez más cerca, pero cuando me susurra al oído mi cuerpo se arquea estallando con un grito.

Salimos de la ducha relajados y sin fuerzas. Nos secamos entre risas y caricias furtivas, y me dirijo al dormitorio para ponerme la ropa que traje puesta, pero Derek me sorprende con un vestido precioso de tirantes y unas sandalias a juego.

—¿Qué es eso? —pregunto sorprendida.

—Un regalo. Póntelo.

—No deberías... no...

Estoy tan sorprendida que no sé qué decir, no esperaba que me regalase nada. Él sonrío dulcemente y cogiéndome de las mejillas me besa con una dulzura infinita, consiguiendo que mis piernas se conviertan en mantequilla.

—Cariño, no querrás pasear por la playa con lo que has traído puesto. Cuando vi el conjunto en la tienda me acordé de ti, y me apeteció regalártelo.

—No sé qué decir...

—Solo di “gracias, Derek” —dice haciendo el tonto, y no puedo evitar sonreír.

—Gracias, guapo.

—Ahora ven aquí y bésame.

Derek abre los brazos y frunce los labios, esperando un beso, pero yo estoy juguetona, y mirándole perversa, me arrodillo en la alfombra y acerco mi boca a su miembro, que solo con sentirme acercarse empieza a hincharse. Beso la punta despacio, susurro “gracias” y lo succiono con fuerza. Continúo chupando, lamiendo, mordiéndole hasta que se corre, y le miro sonriendo mientras me relamo los labios después.

Tentar al diablo hace que me queme, y me levanta en peso, me sienta en el escritorio y me devuelve el favor. Sentir su lengua recorriéndome, entrando en mí, y sus dientes mordiendo despacio mi perla hace que me corra. Derek sube por mi cuerpo besando mi piel

hasta que llega a mi boca, y con un beso agresivo se aparta de mí y se va a vestirse silbando.

Por un momento me quedo quieta, mirándole sonriendo, y deseando tener esto el resto de mi vida. Pero eso es un deseo imposible, él ha dejado muy claro que solo quiere veinticuatro horas conmigo, así que me bajo del escritorio y me visto en silencio.

Capítulo 5

Me despierta el roce de las manos de Derek en mi espalda, y sonrío perezosa. Hemos pasado veinticuatro horas dedicándonos a disfrutar del sexo de mil maneras distintas, y ahora el tiempo se ha acabado.

—Buenos días, Derek —susurro para sacarme el malestar de encima.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

—Como un lirón... pero hemos desperdiciado demasiado tiempo durmiendo — contesto bajando triste la mirada.

—Quédate.

Oír eso de sus labios me sorprende, pero no sé a qué se refiere. Si quiere que me quede para saber hacia dónde nos puede llevar esto lo haré sin dudar, pero si lo que quiere es sexo sin compromiso me marcharé, porque no estoy preparada para sufrir por amor.

—No, Derek. Quedarme implicaría algo para lo que no estás preparado —digo para sonsacarle lo que piensa.

—Gaby, estoy más que preparado para pasar otro día contigo. Es más, necesito pasar otro día contigo.

Mi mundo se derrumba ante sus palabras. Un día más... eso es todo lo que quiere. Me he enamorado de alguien que solo me quiere para pasar un buen rato, y eso duele demasiado.

—Exacto, solo un día más. ¿Y después qué? —intento parecer despreocupada, pero ahora mismo tengo el corazón y el alma destrozados.

—No pienses en el después, piensa en el ahora, en lo bien que lo hemos pasado y lo bien que lo pasaremos hoy.

—Quizás tú estés preparado para pasar una noche más conmigo, Derek, pero yo no estoy preparada para terminar con el corazón hecho pedazos, que es lo que ocurrirá si me quedo.

—Pero... —silencio sus palabras besándole despacio.

—Derek, no lo estropees. Quedémonos con el bonito recuerdo de lo que ha pasado entre nosotros. Por favor, llévame a casa.

—¡De acuerdo, maldita sea! Te llevaré a tu casa... después. Llevo veinticuatro horas follándote, ángel... ahora voy a hacerte el amor.

Mi cuerpo tiembla, y mis ojos se llenan de lágrimas cuando le veo acercarse lentamente para besarme por todas partes. Lleva haciéndolo desde que empezó esta locura, pero ahora son distintos, llenos de angustia, y cierro los ojos para que no logre ver la tristeza que me inunda.

Me venera con sus caricias, sus manos y su boca recorren mi piel con reverencia, y mis gemidos se mezclan con mis sollozos angustiados. Me hace el amor despacio, tumbado sobre mi espalda, haciéndome sentir toda su piel en contacto con la mía, susurrándome palabras que están destrozándose por dentro, pero no puedo evitar que mi cuerpo responda al suyo y me recorra el orgasmo cuando le siento convulsionarse.

Derek me envuelve entre sus brazos y tras un suspiro se queda profundamente dormido. Yo no puedo pegar ojo, y lloro en silencio memorizando sus facciones, su piel, sus caricias. No sé cómo ha ocurrido, pero siento que separarme de él va a destrozarme, va a acabar con mi capacidad de amar.

Las lágrimas que llevo conteniendo toda la mañana resbalan por mis mejillas, y lloro

en silencio hasta caer dormida.

Me despiertan sus besos suaves, y evito abrir los ojos un momento, necesito quedarme con él un poco más. Pero llegamos a un acuerdo y tengo que dejarle ir, así que abro los ojos y sonrío sin ganas.

—Hola —suspiro.

—Hola princesa. Es la hora.

Sus palabras son mi sentencia, pero no quiero que sepa que me afecta alejarme de él, así que salto de la cama y comienzo a vestirme. Mis manos tiemblan, y mi corazón está hecho pedazos, pero es lo que debo hacer.

El viaje hacia mi casa es asfixiante. Lo hacemos en absoluto silencio, cogidos de la mano, pero sin dedicarnos ni una sola mirada. Yo porque no quiero que vea lo mucho que me afecta, él porque va pendiente de la carretera.

Ha llegado el momento de la despedida. Le amo, pero debo dejarle marchar. No puedo buscar algo en él que no existe, así que me vuelvo hacia él para despedirme.

—Ha sido un auténtico placer conocerte, Derek —susurro.

—El placer ha sido mutuo, Gabrielle. Déjame llamarte mañana, por favor.

—No... Lo mejor es que nos despedamos aquí. Has sido maravilloso, pero mi corazón no resistiría ni un solo encuentro más.

—¿Estás completamente segura de que es lo que quieres?

—No —contestosonriendo—, pero es lo más seguro para ambos. Adiós, Derek.

—Adiós, mi dulce Gabrielle.

Entro en el portal temblorosa, subo las escaleras corriendo y cierro la puerta de mi casa dando un portazo. El dique se rompe, y lloro desconsolada cayendo al suelo, abrazándome las rodillas para enterrar la cara entre ellas.

Quise jugar, y al final he salido perdiendo. Estas veinticuatro horas me han hecho perder la cordura y el corazón por un hombre maravilloso, pero que no cree en el amor.

Mi hermana aparece por la puerta de la cocina, y al verme tirada en el suelo corre a levantarme.

—Gaby, ¿qué ha ocurrido? ¿Te ha hecho algo? ¿Llamo a la policía?

Niego sin parar de llorar, me abrazo fuerte a mi hermana y descargo toda la tensión. Ella me abraza en silencio, y cuando puedo articular palabra la miro a la cara.

—Me he enamorado de él, Ary. Me he enamorado de un hombre que nunca va a ser capaz de amar.

—Tranquila... saldrás de esta. Te lo prometo.

Mi vida acaba de irse a la mierda, pero tengo que recomponer los pedazos de mi destrozado corazón para seguir adelante.

Derek se ha llevado consigo mi alma, y lo único que puedo hacer es conservarle en mi memoria como un bonito recuerdo.

Continuará...

